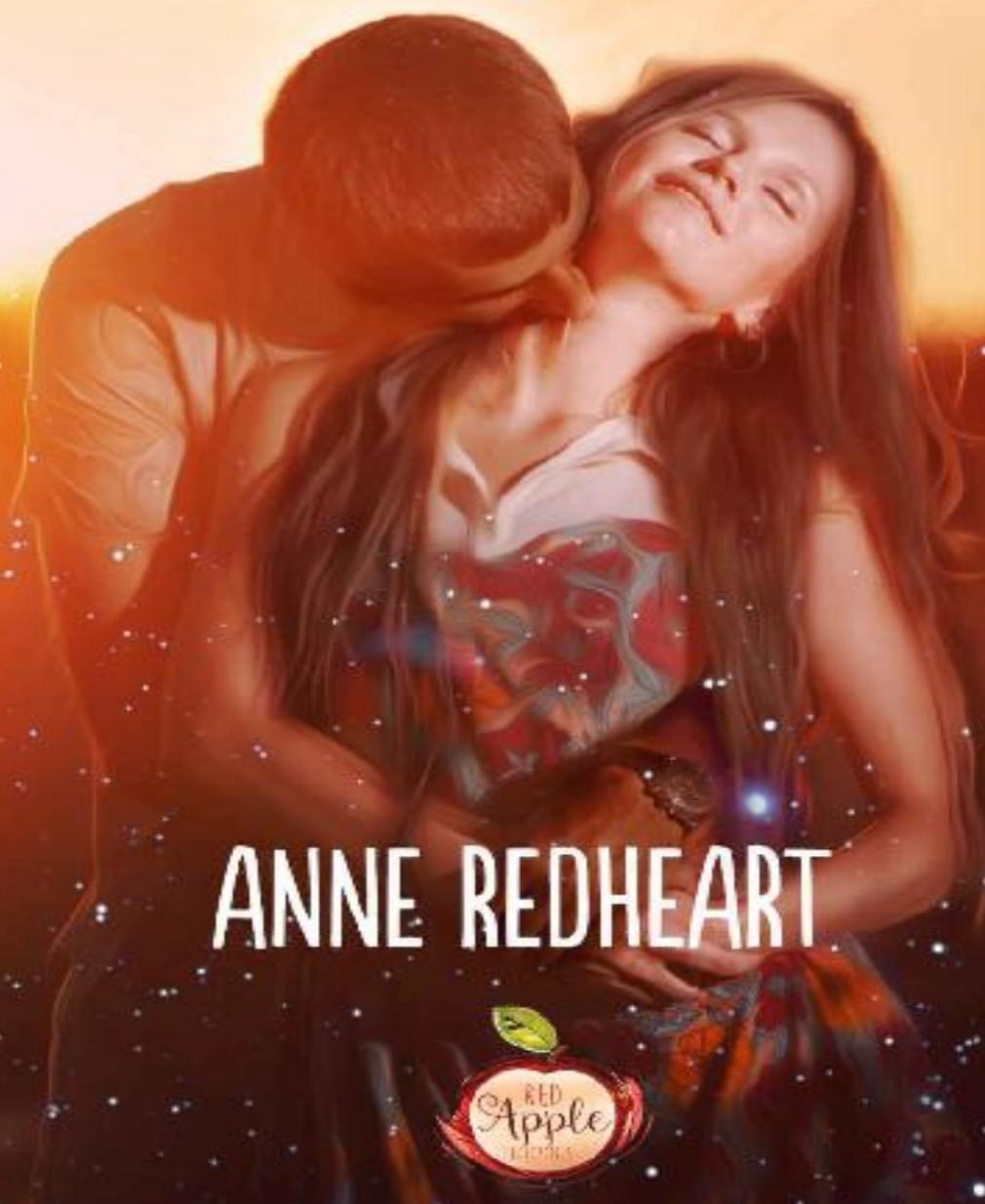


te respiro



ANNE REDHEART



CONTEMPORÁNEA



TE RESPIRO
ANNE REDHEART

Los personajes y situaciones que se narran en esta historia son ficticios, cualquier hecho parecido a la realidad es mera coincidencia.

Primera Edición: Julio 2016

Fotocomposición de la portada: [SW Design](#)©

Título Original: Te respiro

Del texto: Anne Redheart©

De esta edición: Red Apple Ediciones©

Anne Redheart © 2016

Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibidas, si la autorización expresa de su titular; la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de “amigos” en internet— y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o prestamos públicos.

Índice de capítulos

- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)
- [15](#)
- [16](#)
- [17](#)
- [18](#)
- [19](#)
- [20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[Agradecimientos](#)

A Jose, mi marido, mi fuente de deseo y de inspiración

Te amo, vida mía.

1

*« Tan imposible es avivar la lumbre con nieve,
como apagar el fuego del amor con palabras ».*

W. Shakespeare.

«No hay mayor vacío que el que puede verse a través de una mirada», solía decir mi abuela. Hasta aquel gélido día de invierno no supe la magnitud que aquellas palabras podían llegar a alcanzar.

Recuerdo que todo empezó el diez de enero del año dos mil ocho. Un fallo grave en el sistema informático del Hospital Gregorio Marañón había provocado que aquella tarde regresara de mi trabajo dos horas antes de lo habitual. Estaba entusiasmada por reencontrarme con Samuel, mi prometido, y continuar ultimando los detalles de nuestra boda, para la que faltaba poco más de un mes y aún teníamos varios asuntos por solucionar.

Después de un par de trasbordos de metro y de luchar contra una intensa lluvia que me calaba hasta los huesos, llegué hasta nuestro pequeño apartamento en Arganda del Rey, el cual pronto se convertiría en nuestro hogar. Cuando abrí la puerta, dejé el abrigo y el bolso en el perchero, y las llaves sobre la entrada, tal y como tenía por costumbre. El piso aún tenía un aspecto sobrio, con muebles modernos y minimalistas, con líneas rectas en color negro. Poco a poco estaba dispuesta a darle un aspecto más acogedor, pero me parecía que por el momento era suficiente para comenzar una vida en común.

Al no escuchar ningún ruido en toda la casa, supuse que Samuel habría bajado a comprar algo de comida, porque la nevera la habían traído aquella misma tarde y aún estaba vacía. Era placentero alejarse del estrés del tráfico para adentrarse en el que sería nuestro reino. A Samuel le gustaba llamarle *«nuestro pequeño palacio»*, cuando en realidad le encajaba mejor otro nombre que poco después descubriría.

Con alivio, me descalcé y dejé tirados sobre la alfombra del salón mis zapatos de tacón. Me senté en el sofá y encendí la televisión. Me tumbé para poder tener los pies en alto y descansar un rato. Pero al acostarme, tuve una desagradable sorpresa: mi mano tocó un tanga negro de encaje, el cual me pareció que no era de mi propiedad. En principio no me alarmé, ya que desde siempre he sido una apasionada de la lencería fina y era fácil que no recordase haberlo comprado. Aun así, me resultaba extraño que la noche anterior hubiese perdido mi tanga ahí, pero como recordaba la noche de pasión que habíamos pasado Samuel y yo, haciendo el amor en todos los rincones del piso, no le di mayor importancia.

Tras unos minutos, me incorporé para ir al cuarto de baño y ni siquiera me calcé. No recordaba en qué caja, aún por desembalar, había metido mis zapatillas de estar por casa y no pensaba volver a ponerme los insufribles zapatos que había llevado durante todo el día. Pero al llegar al pasillo las circunstancias adquirieron un nuevo cariz. Junto al florero había unas medias tupidas, de color granate, las cuales estaba totalmente segura que no eran mías. Además, colgando del picaporte del dormitorio había un sujetador negro de encaje transparente y me percaté de que unos sutiles jadeos traspasaban la puerta. Me temí lo peor, aunque me negué a creerlo hasta que no lo comprobé con mis propios ojos.

Al abrir la puerta de la habitación me horroricé: me encontré a Tania, mi mejor amiga desde la niñez, desnuda y tendida a cuatro patas sobre la cama de matrimonio, que aún estaba plastificada, y al que iba a ser mi marido, embistiéndola con desenfreno.

De inicio, hubo un profundo silencio. Me quedé petrificada y no fui capaz de articular palabra. Hasta que la mirada de Samuel se encontró con la mía y pude comprobar que entre nosotros ya no había amor, tan sólo quedaba el vacío más incommensurable.

—¡Lucía, puedo explicarlo! ¡Espera! No es lo que parece... ¡Espera!... —me decía Samuel, mientras se subía los pantalones con torpeza, en un patético intento de recobrar la compostura y, de paso, algo de dignidad—. Tan sólo deja que te explique... ¡Lucía, Lucía! ¡Tienes que escucharme!

—¡Tú! ¡Me lo podía esperar de cualquiera menos de ti! ¡No me lo puedo creer! ¡Fuera de aquí ahora mismo, zorra! —le recriminé a Tania, mientras recordaba que ella misma me había dicho que Samuel no era mi tipo. Ahora sabía cuál era el motivo de aquel falso consejo.

—¡¿Cómo se puede ser tan hija de puta?! —proseguí, deseando que ambos desaparecieran de mi vista, ¡y pronto!

Un ferviente odio invadió rápidamente cada rincón de mi ser, matándome por dentro como si fuese un condenado a muerte al que administran la inyección letal. No obstante, aún conservaba la suficiente fortaleza para darle rienda suelta a toda aquella ira incommensurable.

—¡Lucía! ¡No! Tienes que escucharme... ¡Todo tiene su explicación! —me suplicaba Tania, mientras la sacaba a empujones de la habitación.

Sus ojos me imploraban clemencia, pero no le sirvió de nada. Le lancé su abrigo y sus zapatos de tacón de aguja, tratando de manera deliberada de darle de lleno en la cabeza con cada uno de ellos, pero no tuve fortuna. Su cara empalidecía por momentos, aterrada. Samuel se escondió detrás del sofá en el mismo instante en el que agarré un jarrón que me había regalado su madre y se lo lancé con fuerza. No le di

directamente, pero uno de los pedazos de cerámica que estallaron contra la pared se le incrustó en una de sus mejillas. Maté dos pájaros de un tiro: conseguí darle y acabé con aquel jarrón tan espantoso, el cual había aceptado en su momento a regañadientes.

No sentí lástima ni compasión por Samuel, tan sólo una suprema repulsión. Era un cobarde y un miserable. Mi corazón era un volcán al borde de la erupción por tanta ira sin medida:

—¡Largo de aquí, los dos! ¡Fuera! ¡Ahora!

Mi brazo izquierdo señalaba enérgicamente hacia la puerta. Les quería fuera de allí *ipso facto*. Él, en cambio, tan sólo quería continuar con sus absurdas explicaciones.

—Pero cariño, todo lo podemos solucionar... Déjame tan sólo que te aclare...

—¿Qué me vas a aclarar tú, imbécil? ¿Qué me has fallado? ¿Qué me has traicionado?... ¡No quiero volver a verte! ¡A ninguno de los dos! —Les reproché, encolerizada, mientras les arrojaba lo que pillaba al paso.

—No tires ahora todo por la borda, que ya lo tenemos todo listo en nuestro pequeño palacio... —me explicó, tratando en vano de que me atuviera a razones.

—¿Pequeño palacio?! ¡Esto es tu picadero! ¡Eso es lo que es! ¡Largo de aquí ¡Ya! —Le interrumpí, enferma de ira.

Al final, los dos salieron de la casa ofuscados, dando un sonoro portazo. Pasé la cerradura de seguridad y la cadenita, para asegurarme de que no podría volver a entrar mientras yo estuviera dentro de la casa. A través de la mirilla vi como ella le murmuraba algo al oído y luego escuché como sus tacones se encaminaban hacia el ascensor. Quise dar un bofetón a cada uno por haberme hecho tanto daño, pero pensé que lo mejor era ser fuerte y mantener las distancias.

—Lucía, por favor, abre la puerta. No lo eches todo a perder... ¡Déjame entrar, cariño! ¡Te lo suplico! —me decía mientras golpeaba enérgicamente la puerta con su mano.

No tuve fuerzas para contestarle. Sus palabras sonaban tan carentes de sentido que parecían vacías. ¡Cómo podía llamarme cariño después de lo que me había hecho! ¡Todo en él había sido un maldito fraude! Me derrumbé tras el umbral, rota en lágrimas, sabiendo que los cimientos de mi vida yacían en pedacitos por el frío suelo del salón.

—¡Lucía! ¡Lucía, por favor! ¡No me hagas esto! —Me pedía con desesperación.

Samuel había sido mi sol, mi faro guía y sin él mi vida se encontraba totalmente a oscuras. Mi cuerpo, extenuado de dolor, apenas si tenía fuerzas para seguir respirando. Aun así, reuní el valor suficiente y le dije:

—¡Vete! ¡Largo de aquí, hijo de la gran...! ¡Márchate ahora mismo o llamaré a la policía! Te juro que como no te vayas... ¡Te odio! —bramé mientras mi corazón

luchaba por no salirse de mi propio pecho.

Necesitaba que se alejara de mí, para intentar asumir lo que me había sucedido. Tras un tiempo que se me antojó eterno, los golpes y las súplicas cesaron y un atronador silencio invadió la estancia. Mis ojos, heridos de dolor y rabia, miraban de forma fija hacia el techo, tratando en vano de hallar una explicación a lo ocurrido. Me senté en el suelo, deseando que aquel infame sufrimiento acabara pronto. Deseaba despertarme en la cama y que nada hubiera ocurrido, o bien, que mi vida tocara a su fin de una vez por todas, ya que todo a mi alrededor era demasiado doloroso y punzante. No lo podría resistir por mucho más tiempo.

No podía comprender como Samuel, con el que había compartido mi vida, había tirado todo a la basura y de aquella manera tan ruin. Él había sido mi primer y único novio, el hombre más dulce y maravilloso del planeta, hasta aquella misma tarde. Había estado a un solo paso de dar el “*sí, quiero*” y comprometerme con él en matrimonio. Mientras tanto él me había estado engañando con Tania, a quien yo consideraba mi mejor amiga y con la que había compartido absolutamente todo desde el jardín de infancia.

Me sentía una estúpida, una completa imbécil por haber confiado a ciegas en los dos y por no haber abierto los ojos a tiempo para darme cuenta de que mi vida era una completa farsa. Me odiaba por haber creído que los príncipes azules sí existían y por haber dado por hecho que la amistad entre Tania y yo sería para toda la vida. ¡Qué idiota había sido!

Ella y yo habíamos compartido todo: juegos, confidencias, amistades, etc. Decíamos que éramos como hermanas y alardeábamos ante cualquiera de nuestra gran amistad. ¡Me sentía tan patética al recordarlo! Jamás intuí que también compartíamos al mismo hombre.

La realidad se derrumbaba por momentos a mi alrededor. El mundo me parecía un lugar hostil, plagado de podredumbre y falsedad. Samuel había sido mi esencia, la fuerza que me empujaba a seguir hacia adelante y ahora le había perdido para siempre. El silencio en la casa era gélido y ensordecedor. La soledad cubría con su olor a traición cada rincón de lo que un día creí que sería un hogar. Me arrastré hasta el sofá y allí vi tirado aquel maldito tanga, el cual había significado el principio del fin de mi relación. Ebria de ira, lo despedacé con mis propias manos, totalmente fuera de mí.

¡Cómo podía haber estado tan ciega! Me arrojé sobre el sofá y lloré con amargura, aprisionando mi cara contra el almohadón. De este modo los vecinos no escucharían mis lamentos, pensé. Tal vez así también lograra dejar de respirar. Deseaba morir, no cabía en mí otra solución. Las dos personas en las que más había confiado en mi vida me habían fallado. Me sentí una cobarde por no querer seguir

viviendo en un mundo como aquel, inundado de dolor y mentiras.

Pero justo en el momento en el que iba a desmayarme, me giré boca arriba. Me sentí una miserable por no haber tenido el valor de llegar hasta el final. Mi cuerpo tosió de forma compulsiva y me incorporé unos instantes. Al final me recosté de nuevo, derrotada.

No podía parar de sollozar, mientras veía como el reloj digital que adornaba el salón devoraba las horas sin piedad. La casa, callada, vociferaba los ecos de mi propia soledad. Miré al suelo y observé aquella estancia: al igual que mi vida, todo estaba despedazado en miles de ínfimos pedacitos.

El móvil sonó innumerables veces, pero no tenía fuerzas ni para levantarme a desconectarlo. Tan sólo escuchaba su incesante cantinela, la cual me parecía irritante y desagradable. Después de varias horas, la batería se apagó de forma definitiva, mientras anhelaba que mi vida también lo hiciera. Me sumí en aquel océano de silencio y oscuridad hasta que, agotada, me quedé dormida.

De pronto Natalia, mi vecina de abajo, tocó al timbre de casa:

—Lucía, ¡abre, por favor! ¡Sé que estás ahí! ¿Qué ha pasado? —me dijo desde detrás de la puerta—. He oído gritos hace un rato. Me tienes preocupada... ¡Abre, por favor!

Al final accedí. Le entreabrí la puerta, pero con la cadenita echada. Le dije que ahora no me apetecía hablar con nadie, que estaba bien y que tan sólo había discutido de nuevo con Samuel. No me atrevía aún a reconocer que Samuel y yo habíamos roto de manera definitiva, aunque era consciente de que jamás podría perdonarle aquella infidelidad. Natalia siempre fue una gran amiga y mi paño de lágrimas, pero no tenía ni fuerzas ni ganas de contarle nada, al menos de momento.

—¿Estás segura? Sabes que a mí me lo puedes contar, sea lo que sea, ¿verdad?

—pronunció sin traspasar el umbral—. Estoy para lo que necesites. Lo sabes, ¿no?

—Lo sé... —le contesté, simulando una media sonrisa en los labios. Rehuí de su mirada y cerré la puerta con un sonoro golpe.

La vida en sí misma se me antojaba febril, dolorosa, sangrante. Mi ser se encontraba roto en cuerpo y alma. Todo había dejado de tener sentido para mí.

La noche desplegaba su manto añil tras la ventana. La lluvia también desplegaba dulcísima su nana. Arganda del Rey se me antojaba una ciudad extraña, mientras las nubes desdibujaban el perfil de cada edificio tras el cristal.

El teléfono fijo sonaba de forma incesante y su melodía de carcajada de bebé, que tanto me hacía reír, en ese momento se me antojaba feroz. Me acerqué y pude ver que era Samuel quien llamaba. Di un tirón al cable y conseguí deshacerme de nuevo de él, recobrando algo de calma. Pero sólo pude comprobar que el silencio también

me gritaba en derredor. La vida era tan sólo una macabra pantomima que parecía no tener fin.

Nuestra historia de amor había comenzado en mis años de instituto. Samuel era el chico más atractivo que jamás había visto y mi timidez tan sólo me permitía regalarle alguna que otra sonrisa furtiva. En clase era incapaz de mantener la concentración. No podía dejar de mirar su pelo dorado y su esbelto cuerpo de deportista en ciernes. Hasta que un día, en nuestro último año de instituto, él se me acercó y, mientras sus ojos de un inusitado e intenso azul cobalto penetraban en mí, me dijo:

—Muñeca, voy a llamar a la policía porque me has robado el corazón —me pareció el piropo más bello que ninguna mujer podía recibir. Me conquistó definitivamente con aquella frase.

Y desde aquel mágico momento hasta hoy, Samuel había sido el principio y el fin de mi mundo. Mis días a su lado estaban llenos de luz y alegría. Mi existencia se circunscribía entorno a él, pero de golpe y porrazo había descubierto que todo había sido una vulgar y absurda mentira.

Los muebles aún conservaban los plásticos de la tienda, ya que Samuel y yo habíamos decidido desenvolverlos justo una semana antes de la boda, para que no se estropeasen ni pillasen demasiado polvo. ¡Qué ilusa había sido al confiar tan ciegamente en él! Jamás podría perdonarle semejante traición. A pesar de todo, lo más duro era comprobar que no había ni un rincón de mi vida en el que él no estuviera.

—¿Cómo demonios se supone que tengo que superar esto?! —le gritaba a la habitación vacía, sin tan siquiera esperar una sola respuesta.

Me giré y vi una foto de nosotros dos sobre una de las estanterías. ¡Parecíamos tan felices! Ebria de odio, la tiré contra la pared frontal del comedor.

—¡Maldito hijo de...!

Nunca imaginé que se podría sufrir tanto por amor. Él había sido la parte más estable de mi vida y de la que más me enorgullecía, pero sin previo aviso, como si fuese un castillo de naipes, se había desmoronado con tan sólo un suspiro.

Pasé los días tendida en el sofá, llorando hasta que ya no me quedaron más fuerzas ni más lágrimas por derramar. Mi cabeza era un enjambre de abejas en plena ebullición laboral. Miraba a mi alrededor buscando la manera de poder seguir hacia delante sin él, pero era incapaz de encontrar el camino. Todo estaba impregnado de su evanescencia. Cada poro de mi piel aún le amaba, aunque sabía también que jamás volvería a su lado. Sobre mi cuerpo restaban tan sólo las brasas de una hoguera apagada, que a pesar de que aún humeaban, sabía que no volverían a arder.

Vi caer la noche tras el cristal y también vi romper el alba una y otra vez. El paso

de los días era tan sólo una angustiada prórroga de mi vida, la cual ya había tocado a su fin, desde el momento en que había visto a Tania y a Samuel follando como animales en el que iba a ser nuestro lecho.

Durante las madrugadas era cuando peor lo pasaba, ya que los recuerdos eran hordas enemigas que asolaban hasta los cimientos de mi fe. Las horas infames del amanecer eran enredaderas que emergían desde el suelo y aprisionaban mi cuerpo, llevándome prácticamente hasta la asfixia y hasta los límites de mi propia cordura. Con ímpetu, deseaba una y otra vez mi propia muerte. El sueño y el cansancio me invadían a ratos, pero me despertaba con brusquedad, presa de horribles pesadillas en mitad de un gran charco de sudor y lágrimas. Nada me importaba, tan sólo deseaba que mis días acabasen pronto; o que el sueño me alcanzase de nuevo, para abandonar, al menos por unas horas, mi cruda realidad. Al menos dormir suponía dejar de sufrir, dejar de padecer por un rato. Aunque también solía revivir en sueños la escena entre Tania y Samuel engañándome. ¡Era algo horroroso!

Además no podía comer, mi estómago se había cerrado por completo. Mis días se habían convertido en una maraña gris de ilusiones y esperanzas muertas. Hasta que, de repente, la realidad se tornó gelatinosa, líquida, difusa. Permanecí durante no sé cuánto tiempo tendida en el sofá mirando hacia el techo. Estaba absorta en mis propios sufrimientos, con un pie en la consciencia y con el otro en una sombría ensoñación. Hasta que la más profunda oscuridad se arrojó sobre mí.

Lo siguiente que recuerdo es que me desperté en la fría cama de un hospital, conectada a varios goteros y a un monitor que marcaba los latidos de mi malogrado corazón. Todo mi cuerpo desprendía un hedor a abandono, a soledad y a miedo. Creo que dicho efluvio emergía desde lo más hondo de mí. A mi alrededor la estancia estaba impregnada de un desagradable olor a medicamento. También detecté un perfume que me resultaba muy familiar. Giré la cabeza y comprobé que a mi lado estaba mi madre, que me miraba con condescendencia:

—¡Lucía, hija! ¿Estás despierta? ¿Pero se puede saber en qué demonios estabas pensando? —Me reprochó, visiblemente angustiada.

Un gélido sudor frío surcaba mi espalda. No sabía por donde comenzar a explicarle lo ocurrido y ni tan siquiera tenía las fuerzas suficientes para hacerlo.

—Mamá, por favor... Ahora no, te lo ruego... —le imploré, extenuada. Un sabor amargo, supuse que por culpa de la medicación, emponzoñaba mis sentidos.

—Hija, si no llega a ser porque Natalia me llamó preocupada, alertándome acerca de que no había sabido nada de ti en dos días y de que no le abrías la puerta, ¡quién sabe lo que te podía haber pasado!

—¡Pues Natalia debería de meterse en sus asuntos! Quizás habría sido mejor que

se quedara en casa calladita... —comenté cabreada, con ganas de rendir cuentas con Natalia.

—¿Por qué dices eso, hija? Además, ¿se puede saber por qué narices tenías el móvil apagado? Los médicos dicen que te has deshidratado por no ingerir nada en dos días o más, ¿es eso cierto, jovencita? —me preguntó, apuntándome con el dedo en un gesto que, desde que tenía uso de razón, lograba exasperarme.

Mi madre no se había dado cuenta de que a mis treinta y dos años no podía seguir tratándome como si fuera una niña. Quizás en parte también fuese culpa mía, porque nunca había tenido el valor suficiente para pararle los pies.

—Mamá, por favor, ahora no es momento de... —le pedí, pero mi voz apenas era un susurro inaudible.

—Además, ¿qué demonios te ha ocurrido con Samuel? ¡No sé qué mosca te ha picado con él, hija mía! Me ha llamado por teléfono y me ha contado que no le dejas entrar en casa, que os habéis enfadado y que no quieres volver a verle. ¡No deberías tratar así a tu futuro marido!

Mi madre siempre había tenido una especial predilección por Samuel, porque mi prometido era de una familia adinerada y pensaba que, casándome con él, no sólo solucionarían mis problemas económicos, sino también los que ella pudiera tener a largo plazo.

—¡Samuel es un cínico y un mentiroso! ¡No quiero volver a verle! ¡Jamás!

El pitido del monitor se aceleró de forma vertiginosa. De repente, una espesa oscuridad se derramó sobre mí y tan sólo pude ver a una legión de personal sanitario entrando a toda prisa en la habitación.

—¡Sus constantes! ¡Sus constantes! —Les oí decir, antes de sumirme en un profundo sueño.

Escuchaba sus voces mientras intentaban reanimarme a la desesperada. No podía hacer nada por despertarme, por más que lo intentara. Cuando abrí los ojos de nuevo, a mi lado sólo había una jovencísima enfermera cambiándome los sueros. Al mirarla no pude evitar sentir cierta envidia sana. Deseé volver a tener su edad y disfrutar de esa ingenuidad que da el no haber cumplido aún los veinte, para creer de nuevo en los príncipes azules y en el amor para toda la vida.

—Buenos días, Bella Durmiente. ¿Quieres que entren los demás, o prefieres quedarte a solas otro rato más? —me preguntó con dulzura, mientras inyectaba algún tipo de medicación en el gotero.

La chica me obsequió con la mejor de sus sonrisas, digna de un anuncio de dentífrico, mientras aguardaba mi respuesta.

—A solas... —conseguí pronunciar, mohína.

—Bueno, está bien, pero si necesitas algo pulsa el botón rojo y vendremos al

instante, ¿de acuerdo?

Allí me quedé, sola y abatida, dejando de nuevo correr el tiempo. La vida, desde el momento en que encontré en la cama a Samuel y Tania, era un verdadero sinvivir. A través de la ventana pude observar como los primeros copos de nieve del invierno tiznaban de un blanco resplandeciente las azoteas y cornisas de los grises edificios que custodiaban el hospital. Recordé la famosa frase de Lutero: « *Una mentira es como una bola de nieve; cuanto más rueda, más grande se vuelve* ». Así era mi vida, una enorme bola de nieve que había rodado hasta estrellarse de bruces contra el muro de la realidad.

Permanecí varios días más en el hospital. Mi madre entraba y salía de la habitación, visiblemente afectada. No me dijo nada más acerca de lo sucedido, tan sólo me colmó de cuidados y me forzó para que volviese a comer. Sus ojos, inyectados en sangre, denotaban que había estado llorando a escondidas. Algo se removió en mi interior al ver a mi madre, la fría y calculadora mujer de negocios a la que nunca antes había visto llorar, tan compungida. Ni siquiera cuando mi padre nos abandonó a las dos, de la noche a la mañana y sin mediar explicación, recordaba haberla visto tan afectada.

Después de una semana me dieron el alta y regresé a mi apartamento. Una vez allí, reuní el valor y fui capaz de contarle a mi madre todo sobre mi ruptura con Samuel. Mientras lo hacía, ella no podía dar crédito a lo que le estaba contando:

—¡Será malnacido! Hacerle algo así a mi pequeña... ¡No me lo puedo creer! — exclamó al enterarse de lo ocurrido.

—Ni yo, mamá... Ni yo...

Me gustó que, a pesar de que mi madre siempre se había mostrado como una mujer distante, esta vez se estaba comportando como si fuera mi mejor amiga.

—Pero ahora... No sé qué hacer... La boda...Uf...

—Permite que tu madre se encargue de todo eso, ¿vale, pequeña? —Me dijo, acariciándome el mentón con ternura—. Tú descansa. Aún estás muy débil y no debes preocuparte por nada, tan sólo por comer bien para recuperarte pronto.

Me fascinaba el poder que ella ejercía sobre mí. Tan sólo con sus palabras lograba que el mundo fuese un poco más sencillo.

—Pero mamá... Eso es demasiado, incluso para ti...

Me parecía muy injusto que mi madre se viera obligada a pasar por semejante trago. Me negué en rotundo a ello.

—¡Para tu madre no hay peros que valgan! Tú sólo tienes que prometerme que no harás ninguna tontería más —me inquirió—. ¡Y qué vas a comer como Dios manda! ¿De acuerdo, cariño?

—Te lo prometo —acepté con resignación.

—Eres lo que más quiero en el mundo... Prométeme de corazón que estarás bien y te cuidarás.

A pesar de que nuestra relación siempre había sido fría, sus palabras empezaban a sonar reconfortantes. Era maravilloso sentirla tan cercana justo cuando más la necesitaba.

—Prometido —le contesté, esbozando una leve sonrisa.

Ella se marchó y yo me quedé dormida en el sofá. Aún no tenía el valor suficiente para entrar de nuevo en el dormitorio y enfrentarme al recuerdo de aquella escena entre Samuel y Tania. Cuando desperté a la mañana siguiente me preparé un vaso de leche y, al abrir el armario para coger la sacarina, me encontré con una agradable sorpresa junto a una nota de Natalia que decía así:

« He comprado estas magdalenas con tropezones de chocolate. Sé que son tus preferidas para los momentos de bajón. Además, tu madre me ha dejado su juego de llaves, pero sólo por si hay alguna emergencia. Espero que no te importe.

Mucho ánimo de parte de tu vecina que te echa mucho de menos. Nati » .

Me pareció un hermoso detalle por su parte, pero no sirvió de mucho. Estaba harta de que cada rincón de la casa me recordase a Samuel. De repente, aquella mañana emergió una imperiosa y absoluta necesidad desde lo más profundo de mi ser: tenía que huir de allí. Distancia, esa sería la clave para continuar con mi propio destino.

Decidí llamar al trabajo y solicité tomarme unos días personales que me debían desde el año pasado, ya que aún no me encontraba con fuerzas suficientes para volver a la rutina. Un gélido y agudo dolor me aprisionaba el pecho, lo que me dejaba prácticamente sin aliento, mientras que cada recuerdo ardía dentro de mí como una inmensa y dolorosa pira. La realidad se me antojaba densa e irrespirable. Tenía que escapar de Madrid, pero no sabía a dónde ni cómo hacerlo.

En Madrid tenía mi trabajo fijo en el Hospital como auxiliar administrativa y eso no era fácil de encontrar en ninguna otra parte. Pero quizás debía renunciar a él para retomar las riendas de mi propia vida. Pensé en consultar vacantes de trabajo a través de varios buscadores de empleo en la red. Me apunté a varias ofertas y mandé mi currículum a otras tantas empresas, e incluso me inscribí en una bolsa de trabajo que se encontraba abierta para trabajar en el Hospital Quirón de Torrevieja. Fue en esta última donde, por fortuna, a los dos días me llamaron para hacerme una entrevista. En ese momento empecé a ver una luz al final del túnel.

Le conté a Natalia lo de mi entrevista y le pedí que me prestara las llaves del apartamento que tenía cerca de la Playa de la Mata en Torrevieja, a lo que ella accedió complaciente, ya que estaba deseosa de que me recuperara y volviera a ser la

de siempre.

En aquel apartamento, el verano anterior, las dos habíamos disfrutado de unos días estupendos, que me ayudaron a sobrellevar una crisis de pareja que estaba teniendo con Samuel, según él por mis supuestos celos paranoicos. Incluso, el muy cobarde, me hizo creer que tenía algún problema psicológico y me llevó a uno de los especialistas en salud mental más prestigiosos de Madrid. Todo porque no veía normal que su teléfono móvil estuviera plagado de números con nombres femeninos que yo ni tan siquiera conocía. « *Todo esto es parte de mi trabajo* », afirmaba. Cierto es que se dedicaba a la gestión comercial de una importantísima multinacional de accesorios y complementos de moda, pero eso no le daba derecho a que cada pocos días me llegasen noticias de que mi novio había estado hasta después de la medianoche con alguna clienta, en alguno de los locales de ocio nocturno más famosos de Madrid. Según él, sólo se trataba de cenas de trabajo. ¡Ahora lo entendía todo! Aunque era ya demasiado tarde.

Por otro lado, la entrevista en el Hospital Quirón me fue de maravilla. Me dijeron que si aceptaba, podía incorporarme inmediatamente para cubrir una baja por maternidad que les había surgido de forma imprevista. El trabajo sería similar al que hacía en el Gregorio Marañón y de inicio me harían un contrato de tres meses, que luego intentarían renovarme para que continuase allí, si ambas partes así lo creíamos oportuno. Las palabras de aquel responsable de Recursos Humanos suponían la apertura de un mar de nuevas posibilidades en mi vida, las cuales no tenía intención de desaprovechar.

Cuando salí de la entrevista, una bocanada de aire fresco invadió mis sentidos y recordé otro de los viejos dichos de mi abuela: « *La vida no te da nada que no puedas soportar* ».

—Eso espero, abuela, eso espero —musité en soledad, aunque con la ilógica esperanza de que ella pudiese escucharme, desde algún lugar más allá del horizonte. Decidí ir a dar una vuelta por la playa.

El paseo me resultó reconfortante, aunque hacía un frío intenso que me hizo estremecer. Me asomé al mirador de la Torre del Moro, donde hay unas vistas espectaculares del mar, que se abre bajo una inclinadísima pendiente. Abrí mis pulmones e inhalé toda la brisa marina y la paz que allí se respiraba.

Continué mi camino hasta la Playa de la Mata. Las nubes de algodón bailaban alrededor en el cielo. Bajé la cuesta pensando que debía pedirle a Natalia que me alquilara el apartamento. Así podría vivir en su casa y ya habría solucionado el tema del alojamiento. Suponía que todo el mundo me iba a tachar de insensata por dejar un puesto fijo a cambio de uno temporal, pero mi salud y mi integridad física y psicológica estaban en juego. No tenía otra opción.

Al fin pisé la arena. Me descalcé y caminé hasta la orilla. El día amortajaba sus últimos haces de luz en el horizonte. El viento soplaba con fiereza, pero no me importaba el frío. Necesitaba sentir cómo la arena acariciaba mi piel y notar como mis pasos se grababan tras de mí. El sonido de las olas diluyéndose entre mis pies, mientras el ocaso teñía el horizonte de tonalidades cobrizas y ocre, me relajaba. Mientras paseaba jugando con las olas, decidí que era la última vez que miraría las huellas que dejaba a mi paso.

Aquello era otra realidad, el preludio de una nueva vida que estaba aguardándome y a la que no pensaba renunciar, costara lo que costara.

2

*« Lo menos frecuente en este mundo es vivir.
La mayoría de la gente existe, eso es todo » .*

Oscar Wilde

No tuve ningún problema con Natalia para llegar a un acuerdo económico sobre la mensualidad que debía pasarle por la casa. Al fin y al cabo, ella en más de una ocasión había alquilado el apartamento a desconocidos y, de hecho, había tenido una mala experiencia con un inquilino el pasado mes de septiembre. Desde entonces se había vuelto mucho más exigente y recelosa a la hora de alquilar el apartamento a extraños, me explicó. Me comentó que ella estaría más tranquila si, al menos hasta que llegara el verano, era yo su inquilina.

Los papeles del finiquito del Gregorio Marañón tardaron una semana en solucionármelos, aunque sé que desde el Departamento de Personal se dieron toda la prisa posible. Llamé también a Recursos Humanos del Hospital Quirón y les dije que en unos diez días podría incorporarme a mi nuevo puesto de trabajo. No tuve ninguna objeción por parte de ellos. Supongo que entendieron que no quisiera dejar ningún cabo suelto antes de mudarme desde Madrid.

Samuel me llamaba con insistencia al móvil, incluso a horas intempestivas y eso era algo que me agobiaba y me tenía de un humor de perros. Decidí que ese acoso era un buen motivo para cambiar de terminal y de número de teléfono. Quería que desapareciera de mi vida, de una vez y para siempre, para poder pasar página de forma definitiva. Les comuniqué mi nuevo número a Natalia y a mi madre y en menos de una hora tuve también ese asunto zanjado.

Estaba decidida a escapar de mi realidad, reinventar y redefinir mi vida. Tenía que volver a tomar las riendas de mi día a día y sabía que en Madrid me sería imposible hacerlo. Allí el peso de los recuerdos me ahogaba a cada paso. Aún amaba a Samuel, a pesar de todo el sufrimiento que me había causado, pero sabía que jamás regresaría a su lado. La decisión estaba tomada y no habría vuelta atrás.

Así que aquel veinte de enero guardé los restos de mi corazón en una de las maletas y el resto de mis sueños en la otra y cargué ambas en mi coche, poniéndole punto y final a una vida que pudo haber sido muy hermosa pero que nunca llegó a serlo. De súbito, cuando ya había cerrado el maletero e iba a montarme en el coche para poner kilómetros de por medio, apareció Samuel.

—¡Lucía, Lucía! ¡No te vayas! Espera, creo que podemos arreglarlo... —me suplicaba, desesperado—. ¡No puedes abandonarme así, por favor!

—¡Déjame, Samuel!... Es inútil que insistas, no queda nada entre tú y yo —le dije, mohína, mientras pensaba que todo era una cruel pantomima de lo que debería ser.

—¡Tienes que escucharme! ¡No puedes hacerme esto!

El hecho de oírle decir aquello hizo estallar toda mi furia. Sus ojos, llorosos y enrojecidos, me mostraban que él también estaba sufriendo por nuestra ruptura. Pero si la confianza entre ambos había muerto, nada nos quedaba. Tan sólo habían unas brasas humeantes donde antes un fuego apasionado ardía entre los dos. Él mismo le había arrojado un cubo de agua fría para apagarlo. Ahora sólo nos quedaba el desengaño y la mentira, que minaban cualquier intento de emprender de nuevo nuestra relación.

—¿Que no puedo hacerte qué, Samuel?! ¿Quién te crees tú que eres para decirme qué puedo o no puedo hacerte? ¡Serás cínico! Después de que has sido tú el que se ha encargado de mandarlo todo al garete. ¡No quiero volver a verte! ¿Me has entendido bien? ¡Vete a la mierda de una vez, joder!

Un gemido sordo rompía mi voz, mas me armé de valor y delante de él no derramé ni una sola lágrima.

—¡He roto con Tania!... Dime tan sólo a dónde vas... No puedes desaparecer de mi vida, así sin más. ¡Yo te amo! —me dijo, clavándome sus ojos de zafiro en el alma.

Me importaba un bledo que Tania y él hubieran cortado. No quería saber nada de ninguno de los dos. Es más, me alegraba de que al menos no les hubiera servido de nada todo el dolor que me habían causado. Se lo tenían bien merecido. ¡Por falsos!

—Tú y yo ya no tenemos nada más que hablar. ¡Hemos terminado! ¡Qué te quede bien claro!

—¡No puedes hacerme esto! ¡No puedes...! —exclamó entre sollozos.

Respiré hondo, tratando de reunir el valor necesario para no lanzarme a sus brazos y volver con él, porque sabía que si lo hacía, sólo me serviría para hacerme más daño.

—Puedo y debo, Samuel... además... ¡Tú no tienes ni la más remota idea de lo que es el amor, Samuel! Y ahora, ¡apártate de mi camino! —Le empujé hacia atrás y pude cerrar de un portazo el coche.

Sabía que no podía tener conmiseración por él, pero percibí que por dentro, muy en el fondo de mí, me estaba muriendo de pena. La mujer fuerte y entera que aparentaba ser estaba mucho de la realidad, pero tenía la vana esperanza de que el tiempo y la distancia pudieran poner cada cosa en su lugar dentro de mi vida.

Al final le dejé allí en la acera, inmerso en la soledad que él mismo se había ganado, mientras mi corazón latía de forma furiosa y un nudo me aprisionaba el pecho,

llevándome hasta casi desfallecer. Sentía que junto a él también abandonaba una parte de mi propio ser. El aire se había atascado en mi garganta, llevándome al borde del colapso.

Paré el coche en una esquina, tratando de retomar el aliento. Me recosté hacia atrás y me tomé una cápsula de valeriana del frasco que llevaba siempre en el bolso. Cerré los ojos e intenté no pensar en nada, para relajarme un poco. Tras varios minutos, respiré hondo, giré la llave y pisé de nuevo el acelerador, rumbo a redescubrir mi propio destino. Sintonicé en la radio mi emisora de rock favorita y desconecté un poco de mis problemas, a ritmo de canciones de AC/DC o Aerosmith, entre otros. Intenté relajarme al volante, mientras el paisaje y la carretera enmarcaban mi nuevo horizonte, más allá de las mentiras y del dolor. Me dejé la garganta cantando a voz en grito todas las canciones que ponían en la radio, liberando así adrenalina.

Conducir siempre me había tranquilizado. Hacía que me evadiera de todo y de todos. Pero esta vez, el palpito acelerado de mi corazón, por los dolorosos recuerdos que dejaba atrás, no me lo permitió. Mis músculos estaban gélidos y tensos, pero el ansia por descubrir nuevos sueños guiaba mi camino. No pensaba arrepentirme ni girar el timón rumbo al pasado.

En casi seis horas llegué al apartamento de Natalia en Torrevieja, que a partir de ese día sería mi nuevo hogar. Había encargado a mi madre que me enviara el resto de mis cosas a través de una agencia de transportes, porque mi modesto Renault Clio, de más de ocho años, ya no podría circular si le ponía un sólo bulto más.

Descargué todo el equipaje en mi nueva habitación. El apartamento era de estilo sobrio y en la penumbra tenía un aspecto desangelado. Subí la persiana y pude ver que, a pesar de estar el cielo totalmente cubierto, no llovía. Así que decidí salir a dar un paseo, para comprar algo de comer y de paso, estirar las piernas. Después de tantas horas al volante, mi cuerpo se encontraba agarrotado y dolorido.

Recordaba dónde se encontraba el supermercado más cercano. Fui y compré varios productos básicos que me permitieron salir del paso. Al día siguiente ya haría una lista completa y compraría todo lo que necesitase, decidí. Después, cogí el coche y bajé hasta la playa conocida como la Playa de los Locos. Necesitaba saborear esa nueva y extraña sensación de libertad.

La playa siempre había sido mi debilidad, desde pequeña. « *¡Cómo me gustaría volver a retomar esa inocencia!* », reflexionaba en mi interior. Supongo que, especialmente para todos los que hemos nacido en el interior, el mar nos resulta el prodigio más maravilloso y perfecto de la naturaleza. Un agua tan negra como la noche se abría ante mí, mientras la luna dibujaba hasta mis pies un sendero argentado sobre las olas. Hacía frío, pero no me importaba. Necesitaba volver a sentir, volver a respirar, volver a ser yo de nuevo. En mitad de aquella paz, el sonido estridente de mi

teléfono móvil me sobresaltó. Sobre una luz azul parpadeante, anunciaba que era Natalia.

—Hola cielo, ¿cómo estás? ¿Has tenido un buen viaje? —me comentó con dulzura.

—Sí, muchas gracias. Estoy algo cansada, pero supongo que es normal. Sor demasiadas horas al volante.

—Ahora a cenar y a descansar. Te deseo lo mejor en tu primer día de trabajo. ¡Y no te olvides de mí!

Al contestarme así, supe que ella había captado mis pocas ganas de hablar.

—Y espero que todo en la casa lo encuentres de tu agrado. Sabes que para cualquier cosita, sólo me tienes que telefonar, y a través de Mamen, mi hermana, que vive en La Zenia, te lo podré solucionar.

Me alivió saber que podría contar con alguien ante cualquier incidencia. Asentí con un tímido gracias.

—Y ya no te molesto más. Tan sólo quería desearte lo mejor en tu nueva vida y decirte que te quiero un montón, amiga. Cuídate —concluyó.

Ella me conocía y me comprendía mejor que nadie. Sabía además que quería estar sola, que estaba agotada y que lo que más falta me hacía era tranquilidad. Por eso decidió dar por finalizada la conversación, justo en el momento en que comenzaba a resultarme cargante.

—Gracias por todo lo que me estás ayudando, Nati. Te lo agradezco de corazón. Y tranquila, que estaré bien.

—A ti, cielo. Hasta pronto.

—Adiós. *Ciao*.

Con cierta inquietud por mi nuevo puesto de trabajo, decidí que lo mejor sería volver a casa, acostarme pronto y así empezar en el Hospital Quirón con buen pie. Tras una cena ligera, un par de valerianas y una infusión relajante, me dejé atrapar en los brazos de Morfeo.

3

*« Aquellos que sueñan de día
son conscientes de muchas cosas
que pasan por alto quienes
solo sueñan de noche » .
Edgar Allan Poe*

A pesar de haber puesto kilómetros de distancia, los recuerdos ardieron de nuevo al acostarme. Las sábanas, gélidas como el hielo, se adherían a mi espalda; mientras la imagen de Tania y Samuel se repetía en mi subconsciente de forma incesante. Mi mente giraba en un frenético y casi letal torbellino. Era como una película que se emitía continuamente en mi cerebro, mientras mi angustia y mi desconsuelo parecían no tener fin.

Busqué de manera desesperada un aliciente para engancharme de nuevo a una vida que, de tan hostil y extraña, se me antojaba ajena. La noche caminaba a paso lento, soñoliento, como si se negara a concluir. Vi marcarse cada hora en el despertador del dormitorio. Giré a un lado y al otro de la cama en un sinfín de ocasiones, como si el sueño fuera un saltimbanqui que brincaba sobre la cama y que yo trataba de atrapar en cada giro, pero que, burlón, siempre se me escapaba entre las manos. El pecho me ahogaba e intensas punzadas me azuzaban una y otra vez. La ansiedad estaba rozando el colapso. Al final me levanté y fui hacia el comedor.

Enchufé la televisión y vi un programa en el que una psicóloga hablaba acerca de que a menudo nuestro mayor enemigo somos nosotros mismos. Tenía la certeza de que aquella mujer tenía toda la razón, pero prefería continuar refugiada en mi propio dolor. No es que fuera una opción voluntaria, sino mi única alternativa.

Sin darme cuenta, la madrugada se derramó sobre la ciudad sin previo aviso. Me fui derecha a por el primer café de la mañana y a darme una ducha.

Mi madre telefoneó instantes después:

—Cariño, ¿qué tal con tu nueva vida? Espero que estés ya instalada en tu casa de la playa —su voz transmitía una enorme preocupación por mí.

—Bien, mamá, bien, y sí, aún me quedan algunas cosas por desempaquetar, pero ya puede decirse que me encuentro instalada —le contesté, sin mucha convicción.

—Y anoche, ¿cenaste bien? Espero que sí, cariño. Recuerda que el médico dijo que no dejaras de comer bajo ningún concepto, para poder levantar esa anemia tan grande que tienes —me refirió con voz entrecortada.

Se notaba que, tras el teléfono, estaba mordiéndose las lágrimas. Un gélido

silencio se alzó entre nosotras. Hasta que respiré hondo y proseguí, dibujando también una sonrisa en la voz.

—Sí, mamá...Cené bastante. No sufras más por mí, por favor.

Supongo que es algo común que todas las madres se obsesionen por la comida de sus hijos y más después de lo sucedido días atrás. No podía culparla por ello.

—Ahora precisamente me pillas comiéndome una tostada de mantequilla y mermelada de tomate que, como ya sabes, son mis favoritas —mentí, más tarde ya almorzaría en el trabajo. Mi prioridad era terminar de meter las cosas en mi bolso con la mano que me quedaba libre.

—Me alegro, cariño. No quiero que me vuelvas a dar ningún susto, cielo.

—Descuida, mamá, no lo haré. Y ahora te tengo que dejar. ¿No querrás que llegue tarde en mi primer día de trabajo? —Le sugerí, intentando en vano colgarle.

Ella hizo caso omiso y siguió en sus trece, para mi mayor desesperación.

—No, cielo, no... Y cuando puedas, llámame, ¿vale? —me comentó con tono lastimero.

—De acuerdo. Cuídate. Adiós —Y le colgué sin dejarle opción a réplica, porque de lo contrario no habría manera de que mi madre dejara de hablar, aunque también entendía su alto grado de preocupación.

Miré el reloj de mi teléfono móvil. « ¡Mierda! ». Al final no llegaría a tiempo al trabajo en mi primer día. Me puse lo primero que encontré de ropa y salí pitando escaleras abajo. Una gélida lluvia impregnó mis mejillas. Miré al cielo y vi una nube con forma de estrella. Pensé que tal vez aquello era una señal de que algo bueno me estaría esperando en algún lugar.

El trabajo logró que me evadiera un poco de mi gris realidad. Allí conocí a Alice, una irlandesa que sonreía en todo momento pero que no hablaba demasiado bien el español y que era a su vez amiga de Susana, un auténtico ciclón de Torre vieja.

—Hola.... Tú, nueva, ¿verdad? ... ¡Yo, Alice! —me dijo, señalándose el pecho, tal y como había visto en las películas antiguas de Tarzán—. Mucho gusto. —Me tendió su mano.

—¡Hola! Soy Lucía... ¡Encantada! —le contesté, mientras ella me miraba ensimismada, con una radiante e inmensa felicidad.

Su cara redonda y sus mejillas rosadas me hicieron recordar a los dibujos animados de Heidi.

—Hola, yo soy Susana, pero puedes llamarme Su. ¡Ay, chica, pero qué mala cara tienes! ¿Anoche estuviste ya de juerga por Torre vieja? —me dijo, mientras me empujaba con desparpajo hasta el cuarto de baño.

« Ojalá fuera por una buena juerga », pensé, a la vez que aquel torbellino de

mujer me miraba con desaprobación. En mi interior me preguntaba cuándo le había dado pie para que se tomara tantas confianzas.

—Deja que tita Su te arregle esas ojeras. ¡Qué espanto! —me dijo, sacándose un estuche del bolso como si fuera un mago que se saca un conejo de la chistera.

Comenzó por empolverarme la nariz, mientras canturreaba una canción indescifrable. Ella estaba exultante y desprendía un halo de energía a su alrededor que me eclipsaba por completo. Después, sacó una brocha enorme y expandió coloretes a discreción por mis pómulos. Empecé a toser y le rogué que parara. Ella dio un paso atrás y me dijo en un tono que rozaba lo ofensivo:

—¿Qué quieres? ¿Espantar a todo hombre que se cruce en tu camino esta mañana? ¡Por Dios!

—No, de verdad, no es necesario...

Lo cierto era que lo que menos me importaba en el mundo era mi imagen personal. Ese día tenía otras cosas más importantes por las que preocuparme.

Susana era alta, esbelta y con una mirada azul intensa y felina que traspasaba el espejo. Tenía una abrumadora seguridad en sí misma, fruto de saberse el centro de todas las miradas. No hizo caso a mis continuas evasivas y sacó el resto de sus brochas de una maleta que guardaba en un cajón bajo llave en el mismo aseo y continuó con su particular sesión de belleza: me sentó en un taburete que había en un rincón del lavabo y me maquilló a su antojo, de manera que ni yo misma era capaz de reconocerme. Alice nos acompañó al lavabo, puesto que no quería perderse el espectáculo, el cual para mí fue humillante.

—¿A qué eres soltera y entera, encanto? Se nota... Esta misma tarde tú y yo nos vamos de compras.

Aquella pregunta indiscreta también me resultó hiriente, pero no me apetecía discutir por un comentario tan inmaduro. Jamás había conocido a alguien así, tan excéntrico a la par que egocéntrico. Susana era un verdadero terremoto que removía todo a su paso, cuyo trasfondo tal vez fuese bueno, pero que por el momento aún estaba por descubrirlo.

—Yo, en realidad, había pensado que... —le contesté, mirando el vestido gris que llevaba puesto, de más de cinco años atrás, el cual estaba visiblemente desgastado.

Me odié por no haber elegido mejor la ropa para mi primer día de trabajo.

—No hay excusas que valgan. ¡Venga, monada! Te vendrá bien una de nuestras tardes de chicas. No seas aguafiestas. Alice seguro que también se apunta, ¿a qué sí, bombón? —dijo, mirándola con arrogancia.

—¡Oh, sí! Yo nunca pierdo un *shopping*. ¿Dices tú que sí también? —me preguntó, deslumbrante.

Sus ojos rebosaban una alegría que incluso podía respirarse en el aire. Era pura chispa y entusiasmo hecho mujer.

—Bueno... Está bien... —asentí con resignación.

Aquellos primeros días con mis nuevas amigas fueron para mí un verdadero suplicio. Ellas venían a por mí cada tarde e íbamos juntas al Centro Comercial Habaneras, de compras y a tomar algo. Sabía que Alice y Susana lo hacían con la mejor intención, pero hubiese preferido quedarme en casa, viendo alguna película lacrimógena e inflándome a comer helado de chocolate, que era mi antidepresivo más eficaz. Sin embargo, no les pude decir que no las acompañaba, ya que también era importante para mí sentirme integrada en aquel trabajo, en el que yo era tan sólo “la nueva”. Ellas hicieron ese proceso algo más fácil.

No tenía ganas de arreglarme, así que iba en chándal todo el tiempo que no estaba en el trabajo. Susana me miraba con cierta repulsión cada vez que venía a mi casa por las tardes. Ella, en cualquier momento del día, llevaba tacones de diez centímetros y una ropa que tan sólo le cubría lo imprescindible. Encima se ponía un abrigo entallado que parecía confeccionado a medida. Al caminar por la acera o por las tiendas parecía una modelo desfilando y atraía todas las miradas masculinas de su entorno. Susana adoraba sentirse el centro de atención, mientras Alice y yo éramos tan sólo simples títeres que se movían a su alrededor.

Me sugirieron que ese fin de semana podríamos ir a bailar salsa a un *pub* llamado “El Malecón”. Mis compañeras ya habían estado allí, justo una semana antes de mi traslado y habían quedado fascinadas con el sitio. Me comentaron que allí había unos muchachos sudamericanos que hacían exhibiciones de baile en el local, los cuales las sacaron a la pista, permitiéndoles disfrutar de sus cuerpos tersos en movimiento.

Lo que menos me apetecía era algo que tuviera que ver con el género masculino, así que, en principio, me negué en redondo a ir. Pero Susana amenazó con no dirigirme más la palabra y hacer que en el trabajo fuera una marginada, además me tachó de sosa y de muermo. Insistió de una forma tan obsesiva que no me quedó más opción que aceptar el plan. Por no escucharla más, accedí.

Por fortuna y para mi sorpresa, mi vida cambió de forma radical a partir de aquel sábado que fuimos a “El Malecón”.

4

« Sólo el amor puede ayudar a vivir » .
Oscar Wilde.

—Por favor, no te vistas como si fueras a pedir limosna en la puerta de una iglesia. Ponte la minifalda dorada que te compraste el otro día, reina, que esas piernas están para lucirlas. ¡Las chicas nos vamos de caza el próximo sábado por la noche! — exclamó Susana, entusiasmada.

—¡Sí! —apostilló Alice, sin entender muy bien lo que le decía Susana.

Por mi parte, asentí con resignación sin ser consciente de lo que aquel plan me depararía, ya que por ello mi vida daría un giro de ciento ochenta grados y jamás volvería a ser la misma.

Durante esa semana tan sólo era un alma en pena que vagaba por la vida sin motivo ni razón. Todo me recordaba a Samuel, e incluso en más de una ocasión había creído verle en la parada del autobús, o bien comprando delante de mí en la frutería o en la panadería. Tal vez aún le quería y por eso le echaba tanto de menos, pensaba. Mis compañeras, a su vez, trataban de infundirme toda su vitalidad, pero sin demasiado éxito.

—Pero Lucía, tesoro, tienes que pasar página de una vez. Seguro que el tal Samuel lo ha hecho y ni se acuerda de tu nombre. Tal vez en “El Malecón” encuentres a un sustituto, y ya sabes lo que dicen: “A rey muerto, rey puesto” ¡Ja, ja, ja! —me decía Su, intentando animarme.

Sé que lo hacía con su mejor voluntad, pero me molestaba que ella hablase de mi situación con semejante frialdad. « *Pasar página... ¿Cómo demonios se hace eso?* », pensé. Estaba claro que mi compañera era incapaz de entender cómo me sentía, porque ella nunca había amado y se jactaba de ello.

Para Susana, los hombres eran objetos, posesiones que podía tirar a un contenedor en el momento que dejaban de interesarle. Ni su mente ni su corazón eran capaces de comprender lo que era estar enamorada, entregarse a alguien por encima de todo y de todos, e incluso por encima del propio yo. En cambio, para mí era imposible concebir el amor de forma diferente a ello.

Por otro lado, pensaba que merecía más que nadie la oportunidad de disfrutar de una noche de juerga y desmadre, después de tantas otras que había pasado en vela, debido a tanto sufrimiento y dolor.

Y por fin llegó el sábado. Después de probarme todo el armario, opté por

ponerme un vestido negro ajustado hasta la rodilla, que se abrochaba de abajo a arriba con una cremallera en la espalda de color plateada, la cual hacía juego con mi bolso y zapatos. No era muy original, pero era un atuendo que me hacía sentir muy segura de mí misma. Cuando Susana pasó a recogerme, mi moral cayó rodando por el suelo. Nada más verla, presentí que todas las miradas masculinas irían de nuevo dirigidas hacia ella. Había elegido un vestido de encaje semitransparente rojo, que dejaba entrever un conjunto de lencería negro. Si mi madre hubiera estado presente, habría dicho que su indumentaria dejaba muy poco a la imaginación. De hecho, en el trabajo la conocían por el apodo de Mata-Hari, por su enorme capacidad de seducción entre los hombres, gracias a los modelitos tan insinuantes y llamativos que usaba a diario. Un cuarto de hora más tarde apareció Alice, zampándose una magdalena. Susana se quedó a cuadros al verla y murmuró entre dientes:

—La diosa del *glamour* acaba de llegar —refirió con cierta hostilidad.

—No toques mis narices —le contestó, sacándose una segunda magdalena del bolso—. En el fondo tú quieres también una —le dijo, acercándosela y simulando con su propia voz una música de escena de tensión en cualquier película.

—No, no... —y una risa floja estalló entre nosotras.

Por su parte, Alice se había puesto un pantalón holgado negro y una camiseta sencilla, en color celeste. Pero con su carita risueña y angelical, su energía positiva y su naturalidad, despedía tanta luz que llamaba también la atención.

Aquella noche, cerca de las diez, entramos con cierto nerviosismo a “El Malecón”. Decidimos ir temprano para poder coger una de las mesas del local. Una vez dentro, todo me pareció deslumbrante. Con Samuel apenas salía a ningún sitio, porque a él no le gustaba bailar y se agobiaba cuando íbamos a alguno de los locales de moda de Madrid. Así que aquella noche era como si volviese a tener quince años. Las luces me abstraían, teniendo un efecto casi hipnótico sobre mí.

Nos sentamos en una de las mesas próximas a la pista de baile y, al momento, un deslumbrante camarero se nos acercó. Como un duelo entre la vida y el azar, él irrumpió en mi vida, avivando de nuevo mis sueños, pero también cada uno de mis miedos. Irradiaba sobre mí una atracción sexual casi palpable y mi corazón perdió toda conexión con mi cordura y tan sólo escuchaba como latía con violencia en mi pecho.

—¡Hola chicas! ¿Qué desean tomar? —Una chapita en su camiseta indicaba que su nombre era Marcos.

Como en la película “Ciudadano Kane”, un instante fue suficiente para marcar el resto de mi vida. Mi mirada fue subiendo a través de su cuello, por su piel morena, hasta llegar a su pelo negro azabache. Giró su rostro hacia mí y, de repente, todo a nuestro alrededor se detuvo y la música enmudeció. Mis muslos se tensaron con

lujuria. Nunca había sentido una atracción tan poderosa por nadie. Tenía una mirada felina en la que podía perderme para siempre y de sus ojos bronceados emergían fuegos artificiales. Su sonrisa era cálida e intensa y desató en mí un relámpago de sensaciones que ya creía olvidadas, lo que hizo que mi corazón volviera a aletear de pasión. Su mirada certera se hizo eterna en mí. Dos graciosos hoyuelos surgieron en sus mejillas, como por arte de magia y su pelo moreno tenía cierto efecto mojado bajo el reflejo de los focos. Cuando se giró, puede ver que también tenía un trasero que quitaba el hipo. Todo en él era sencillamente perfecto, arrollador y de una sensualidad titánica.

Cuando regresó y dejó el *gin- tonic* que le había pedido, su mano rozó la mía. Los cubitos de hielo destellaban bajo el efecto de las luces del local, como si fueran diminutos *flashes*. Sin saber cómo ni por qué, mi cuerpo se estremeció, tembló de arriba a abajo y mi estómago se encogió al ver despertar tanta emoción y deseo sin medida. Noté como mi pecho respiraba trabajosamente y una ardorosa hambre de él invadió cada poro de mi piel.

De inmediato me puse tan nerviosa como una colegiala ante su primer amor y me negué a que nada de aquello me pudiera suceder. « *Ya no tienes edad para enamorarte del primer chico guapo que se te cruza en el camino* », « *los hombres no son de fiar* », « *olvídate de él, seguro que está con otra y sólo quiere utilizarte* », me repetía en mi subconsciente de manera incesante, mientras mi mirada se había quedado clavada en su culo desde hacía rato. Era pequeño y respingón, y por lo que pude comprobar, no era yo la única que se había fijado en él. Su trasero se cimbreaba a cada paso, sabedor de ser el centro de todas las miradas. Resistirme a sus encantos era algo realmente agotador.

—Marcos a ti gustar, ¿a que sí? —Me preguntó Alice, sacándome de mi particular estado de ensoñación, juntando sus dedos índice de forma simbólica, señalando el fuerte poder de atracción que era tangible entre ambos.

En definitiva, ella también se había dado cuenta de que Marcos me gustaba. Me sobresaltó el saber que mi estado fuera tan obvio ¿Se habría dado cuenta él también? Sólo de planteármelo mi temperatura corporal subía a una velocidad de vértigo.

—¡No, no! ¡Ni pensarlo! De lo que menos ganas tengo yo ahora mismo es de otro hombre. ¡No, ni hablar! —le contesté, tratando de aparentar que Marcos no me importaba, aunque mi tono de voz y mi actitud dictaminaban otra cosa muy diferente.

—Pues tu cara ha dicho otra cosa... Además, mal gusto no tienes, guapa porque... ¡Menudo cuerpazo tiene el amigo! —alegó Susana, asombrada también por la hermosura de aquel adónico camarero.

Yo no era muy consciente de lo que me estaban diciendo, tan sólo tenía ojos para el tal Marcos y su perfecto trasero. Asentía a todo lo que ellas me decían, pero sin

prestarles ningún tipo de atención.

—Todas las mosquitas muertas sois iguales cariño. Os conozco ya... —masculó Susana.

Durante un instante titubeé si contestarle o no. Finalmente, lo dejé por caso perdido.

Me quedé prendida en la imagen de Marcos el resto de la noche, mientras escuchaba ausente algún resquicio de la animada conversación que mantenían Susana y Alice. Su excelsa belleza era algo turbador para mí. Pasé varias horas así, siguiéndole en cada gesto, en cada sonrisa que regalaba por doquier, hasta que la música subió de volumen y las mesas vacías desaparecieron en un santiamén.

Iba a dar comienzo la noche en “El Malecón”, tal y como anunció el *disc-jockey*. La pista multiplicó por cinco sus luces de colores y una nube densa de vapor emergió de súbito desde una especie de cañón, impregnándolotodo. « ¡Adiós, pelo liso! », me lamenté.

De pronto salió Marcos, con el torso descubierto, desde un extremo del local y una de las camareras, con un minúsculo bikini con flecos que se balanceaban sobre sus pechos, emergió desde detrás de la barra y fue hasta el centro de la pista, moviendo enérgicamente sus caderas. Marcos la siguió hasta que se encontraron justo en el ecuador de la zona de baile, donde comenzaron a bailar una bachata bien acaramelados. « *Será su novia* », pensé. « *Alguien con semejante cuerpazo sólo puede tener a alguien como ella a su lado* ».

Las notas parecían estar hechas a la medida de ambos. Aquel medio tiempo parecía no tener fin. Sus pies eran suaves caricias en el suelo chispeante de lucecitas provenientes de los focos. Comprendí que había elegido un mal día para dejar de fumar. Salí a la puerta para encender el que me juré por enésima vez que sería mi último cigarrillo. Era irracional, pero sentía celos de aquella pareja de película.

Aún era una verdadera experta en soñar despierta, lo que me llevaba a ser también única en acumular decepciones. Lo cierto es que en aquel momento habría estrangulado a aquella bailarina, de haberla tenido a tiro, y no de un modo metafórico. A pesar de presentir que no lo tendría nada fácil, decidí que no tiraría la toalla así como así. La partida tan sólo acababa de comenzar.

Cuando regresé, Alice y Susana también habían desaparecido. Pensé que estaría en el baño, pero cuál fue mi sorpresa al descubrir que Marcos estaba bailando con Susana, y su compañera de baile, con Alice.

Supongo que Susana detectó cierta tensión en mi mirada, así que se acercó hasta a mí y me comentó para apaciguarme:

—Sólo te lo estaba entreteniendo, ¡no me mates! —comentó de forma casi

esperpéntica—. Además, vino él preguntándome por ti y le contesté que volvías en seguida. Así que todo tuyo, morenaza. No te cortes o lo lamentarás el resto de tus días. ¡Menudo “tiarrón”!

—Pero... Pero... Espera. Yo... —le contesté, nerviosa, cuando de repente, él me agarró por la cintura, y me condujo hasta el centro de la pista de baile.

« *¡Si yo no sé bailar tan bien como la chica esa! ¡Dios, no permitas que haga el ridículo!* », rezaba, presa del nerviosismo. Él me aferraba con descarro por la cintura y bailábamos por toda la pista. En las distancias cortas, Marcos era el hombre que toda mujer codiciaba. Yo, en el fondo, estaba encantada de ser su elegida. Mi corazón olvidó el ayer y comenzó a moverse sin miedo a volver a sentir, a volver a ser feliz en definitiva.

—¡Oye! ¿No vas un poco deprisa? Que yo sepa, primero se debe pedir permiso... Para bailar, quiero decir... —le expliqué, horrorizada por mi torpeza para seguir el ritmo de la música, y también cabreada, tratando de zafarme de sus manos, que ya me asían un poco más abajo de la cintura.

—Tampoco te estoy pidiendo que te vengas a la cama conmigo. Es sólo un baile. ¿O por quién me has tomado, princesa? —susurró tras mi lóbulo con picardía, mientras notaba como su aliento ardía sobre mi nuca.

Su piel tenía un aroma exótico. Era una mezcla de aromas frutales, crema para después del afeitado y de café irlandés. De súbito, todos y cada uno de mis miedos fueron derribados con la sencillez que la brisa desmorona un castillo de arena. Estar a su lado me hacía sentir vulnerable y eso era algo que me enervaba. Mi sangre ejercía un flujo frenético en mis sienes. Tenerle tan cerca era algo enloquecedor. Su pecho al descubierto desplegaba un intenso poder de seducción sobre mí. La música me embriagaba y su mirada impúdica, lasciva, me traspasaba más allá de la piel. A pesar de tener la ropa puesta, él me hacía sentir totalmente desnuda.

Su boca eran dos gajos de la fruta más jugosa, la cual llamaba mi atención y me invitaba a ser devorada. Su torso ejercía un poderoso magnetismo hacia mí, como si él fuera mi propio centro de gravedad. Todo se había esfumado a nuestro alrededor, tan sólo percibía que estábamos él y yo en aquel local. Sus ojos eran de oro líquido y relucían como el más hermoso de los amaneceres de verano.

Nunca el baile fue mi fuerte, así que deseé con todas mis fuerzas no tropezar. No quería causarle una impresión de patosa en nuestro primer encuentro. Gracias al segundo *gin- tonic* que me acababa de pedir, no me resultó difícil relajarme y seguir el ritmo con cierta soltura.

Recuerdo que, de pronto, me detuve y miré a mi alrededor. Pude ver como Alice y la compañera de baile de Marcos se besaban en un rincón. Era hermoso verlas comiéndose a besos junto a la barra que había al fondo del local. Alice le acariciaba

su melena negra azabache mientras mordía sus labios con ambrosía. Sus lenguas se entrelazaban, juguetonas, sin importarles si habría un mañana. A su vez, Susana conversaba animadamente con uno de los guardias de seguridad de la puerta, mientras él le miraba el escote con descaro y bajaba su mano hasta su trasero. Me invadió una poderosa excitación.

Marcos se había detenido también, atónito porque no entendía lo que me estaba sucediendo. Tuve un repentino ataque de pudor, o bien un acuciante complejo de inferioridad. Tal vez ambas cosas a la vez. La verdad es que ni yo misma lo sabía.

—¿Qué te sucede, princesa? Relájate. Esto es un local de ocio. Acá la gente viene a pasárselo bien... ¿Qué tiene eso de malo?

Tenía la voz más melodiosa y sensual que jamás había escuchado. Todo en él era perfecto, era la sensualidad hecha hombre.

—Supongo que... —le contesté, desconcertada.

—Sólo déjate llevar, ¿sí?... Shhh... Shhh...

Con esas escuetas y sugerentes palabras logró ponerme a cien. Su mirada felina nublabla mi razón. Entre nosotros no había sentimientos, sólo placer en su estado más puro, fruto de una atracción sexual tan grande como nunca antes había sentido. Él puso su dedo índice sobre mis labios. Bajo un supremo impulso, se lo cogí y lo lamí con lujuria, como si fuera el más delicioso de los helados. Deseaba tanto su cuerpo que me hacía daño. Casi al instante, un bulto poderoso emergió desde el interior de sus pantalones. Sus labios se curvaron formando una intensa sonrisa de infarto. Sin previo aviso, selló mi boca con la suya.

A partir de ahí, todo se precipitó entre nosotros, como si fuera un alud de sensaciones y perversión, del que ninguno de los dos tenía la menor intención de escapar. Él se puso frenético, mientras la música sonaba a nuestro alrededor. Estaba totalmente prendida en sus encantos, así que abandoné todo pudor y me entregué a él, dándole una pista evidente de que aquella noche sería mío. Le arrastré hasta un rincón del local y le agarré la mano, introduciéndosela por debajo de mi vestido, para que fuera consciente de que anhelaba que él estuviera dentro de mí. Él me besó, roto de deseo, a lo que yo le respondí como si fuera a devorarlo.

Jamás pensé que algo así me pudiera suceder. Supongo que una vez que la hoguera se prende ya no hay vuelta atrás y la chispa había pasado a ser un excelso infierno en tan sólo un instante. Sin saber cómo, me llevó hasta una puerta que había justo en la esquina de una de las barras, en la que había una señal de prohibido el paso y en la que se podría leer: “*Sólo personal autorizado*”. Él la abrió y entramos a una especie de almacén que tenía el local. En ese momento, Alice y Susana nos miraban atónitas, mientras yo simplemente me dejaba arrastrar por la situación.

Me arrinconó contra la pared y mordisqueó mis labios con fiereza. Sus manos se

abalanzaron sobre mis pechos turgentes, que pedían a gritos salir del escote de mi vestido. Marcos era la perfección absoluta hecha hombre en las distancias cortas. Todo en él era sencillamente enloquecedor. Su belleza, digna de un dios helénico, me abrumaba. Me notaba completamente húmeda: mis braguitas, mis muslos... Entre mis piernas palpitaban mis ganas de él. Mi clítoris imploraba su atención, pero él quería hacerse de rogar y puso sus manos a cada lado de sus piernas, esperando ver qué era capaz de hacer yo, para comprobar qué ficha iba a mover. Estaba disfrutando de lo lindo con mi falta de pudor, mientras yo me recreaba sobre su pecho desnudo.

De súbito, él bajó la cremallera de su pantalón y sacó su enorme y erecto pene. «*¿Cómo cabía algo tan grande dentro de esos pantalones tan estrechos*», murmuró una vocecita traviesa dentro de mí. Una pícara sonrisa emergió en mis labios.

Sin pensármelo dos veces, me arrodillé y lo introduje en mi boca, mirándole a los ojos, mientras él los entrecerraba, extasiado. Metió su mano de nuevo por debajo de mi vestido y apartó a un lado mi tanga. Acarició mi clítoris y mi sexo fue ya un volcán en plena erupción. Metió dos de sus dedos en mi vagina y comenzó a entrarlos y sacarlos de forma frenética.

—Ves, y aún no te he arrancado ni una sola prenda de ropa, princesa —me comentó con lujuria.

—Ya estás tardando...

Fue dicho y hecho. Agarró el tanga por un lateral y de un tirón me lo arrancó. Su ímpetu me llevó a enloquecer. Me giró y bajó con soltura la cremallera de mi vestido. Estaba claro que era todo un experto en ese tipo de lides.

Mi espalda, al verse desnuda, se erizó. Esta vez yo le ayudé, porque no quería que me rompiera el vestido, y lo lancé lejos de mí. Él hizo lo propio con sus pantalones. Además, apartó las cajas y estiró una manta en el suelo. «*Joder, esto debe ser su picadero. ¡Lo tiene todo previsto al milímetro!*», pensé, aunque yo tenía claro que no tenía intención de parar. Llegaría hasta el final y lo disfrutaría como si no hubiera un mañana. Me lo merecía, después de todo.

Su pene, poderoso y oscuro como aquella noche, me tomó de manera delirante. Me entregué a él, entre cajas apiladas de cerveza y de refrescos de cola. Quizás no era un entorno muy romántico, pero nos tendimos sobre el suelo y mis piernas se enlazaron a su espalda. Entre nosotros se desató la más intensa de las locuras, mientras tomaba conciencia de que mi vida, desde ese momento, jamás volvería a ser la misma.

—¡Espera! ¡Nos pueden pillar! ¡Para, por favor! —le ordené ante la repentina idea de que alguien nos pudiera descubrir allí adentro.

—He pasado el cerrojo por dentro. Estamos solos, princesa... Déjate llevar —me dijo mientras succionaba cada uno de mis pezones, conduciéndome sin freno hacia

el éxtasis.

Notaba su sexo duro y ardiente entrar y salir de mí, mientras mis fluidos eran ya un río de deseo y perversión. Sus ojos me observaban feroces, llenos de un hambre voraz. Mi boca le imploraba más y más, cuando sus labios, embravecidos, decidieron emborracharse de mi clítoris. Mi cuerpo, de súbito, estalló en un clímax como nunca antes había sentido. En el sendero indómito de mi vientre, se desataron los límites de mi propia cordura. Entre nosotros tan sólo existía el fuego, el sudor y la humedad, bajo la melodía de mi sexo, que sonaba como si un niño con chanclas de playa pisara sobre un suelo encharcado.

Me desprendí de mi propio cuerpo, para elevarme más allá de la piel. Él siguió embistiéndome una y otra vez, con unos movimientos salvajes y enloquecidos. De repente, él extrajo su pene de mi sexo, derramando todo su semen dentro del condón. Cayó derrotado junto a mí, que le esperaba tendida en un rincón, junto a una caja que hacía las veces de papelera. No sentía ningún tipo de frío, ya que mi cuerpo ardía casi febril, por el orgasmo. Le deseaba. Anhelaba que el tiempo se detuviera en ese mismo instante. Pero, por desgracia, no fue así.

—Vístete de prisa, muñeca. Puede que ya nos estén echando de menos —me dijo, devolviéndome el vestido que me había arrebatado instantes atrás. Su cuerpo, sudoroso, me abrazó y me fundí con él en un apasionado beso.

Entonces el recuerdo de Samuel llegó a mi mente, como un fantasma que se presenta en el momento más inoportuno, bajo un gélido haz de dolor. No entendía cómo había sido tan estúpida de entregarme a otro hombre en tan poco tiempo. Además, para aquel guaperas quizás solo habría sido una más en su historial de polvos de una noche. Pensé que él vería a las mujeres como objetos de usar y tirar y que tendría la agenda plagada con los números de teléfonos de sus amantes, sus trofeos de noches de sexo y desenfreno. No entendía cómo, sin apenas conocerle, me había dejado atrapar en su tela de araña. Pero en la intensidad de su mirada risueña se hallaba la respuesta.

—Por cierto, no me has dicho ni cómo te llamas —me dijo, mientras se abrochaba sus pantalones desgastados.

—¿Ah, no? Pues creo que tú tampoco me lo has dicho, encanto —le contesté, mientras trataba de acicalarme un poco, para disimular lo que había sucedido en aquel almacén.

Supuse que a la salida tendría muchas preguntas a las que contestar por parte de mis nuevas amigas y muy pocas posibilidades de disimular la verdad, pero era lo que menos me importaba.

—Está bien. Empezaré yo, pues. Soy Marcos, preciosa; ¿y vos? —me dijo extendiéndome su mano, en un impostado gesto galante, mientras se subía un poco más

los ceñidos vaqueros que llevaba aquella noche.

—Lucía —le contesté ensimismada por lo que acababa de suceder entre los dos, y pensando que quizás estuviéramos teniendo un diálogo de besugos.

—Es un nombre precioso para una preciosa mujer... Espero que nos volvamos a ver, Lucía —me dijo, retirándome el pelo por detrás de la oreja.

«¿Me querrá volver a ver de verdad, o lo dice sólo por quedar bien? », se preguntaba una vocecita en mi interior, llena de ilusión.

—Yo también lo espero, Marcos —Y le guiñé un ojo, coqueta.

—Nos veremos por aquí, pues, ¿cierto? —me preguntó, y vi en sus ojos que su corazón también chispeaba, entusiasmado.

—Con un poco de suerte, quizás vuelva otro día —le contesté, tratando de aparentar cierta seguridad en mí misma, aunque lo cierto es que mi voz no sonaba demasiado convincente.

Además, Marcos me había dejado agotada y mis defensas estaban fuera de juego. En ese momento vi lo que era mi tanga. Sin saber cómo había ido a parar ahí, estaba coronando una de las torres de cajas de botellines de cerveza. Lo cogí y se lo di.

—Toma, guárdatelo y no te olvides de mí, guapo —le dije, acariciando su mentón y tocándole el trasero con descaro.

Él sonrió, complacido. Pero de golpe, abrió la puerta y regresé a la realidad del local.

Alice y Su estaban sentadas en una mesa, mirando fijamente hacia la puerta que Marcos y yo habíamos cerrado hacía una media hora. Cuando nos vieron abandonar el almacén, ambas esbozaron una sonrisa infantil en sus labios. Se notaba que estaban hambrientas de información. Susana se levantó y vino hacia mí, mientras Marcos acudió solícito a la llamada de la que intuí que debía ser la encargada de “El Malecón”.

—Vaya con la mosquita muerta. Queremos detalles, so pendón. ¡Ja, ja, ja! —me dijo Susana, ávida en deseos de cotillear.

—No sé lo que os estaréis pensando... La verdad... ¡Es mucho mejor!

No tuve más opción que hacerles un resumen para saciar su sed de saber lo ocurrido. Se quedaron a cuadros, porque no se esperaban que alguien como yo fuera de las que tienen sexo nada más conocer a un chico, aunque en realidad yo era la primera sorprendida.

Poco después, las tres continuamos bailando, bebiendo *gin-tonics* y disfrutando como si no hubiera un mañana, mientras yo mantenía la vana esperanza de atrapar la atención de Marcos, pero él ni tan siquiera me miró. Se puso detrás de la barra a servir copas a destajo y, salvo alguna mirada furtiva, no tuvimos ningún otro tipo de contacto. Susana y yo estuvimos bailando en mitad de la pista hasta bien entrada la

madrugada. Quizás ese domingo tendríamos una resaca de órdago, pero sólo quería disfrutar el aquí y el ahora. Después ya habría tiempo para los arrepentimientos. En ese momento tan sólo podía dejarme arrastrar por los ritmos latinos que dominaban mis piernas. Alice, después de un largo rato a nuestro lado, se marchó a la zona donde había unos sofás. Al final se quedó dormida, sentada en un rincón del local.

A las cinco de la mañana se encendieron todas las luces del *pub*, el cual estaba ya prácticamente vacío y Marcos desapareció de mi vista. Por megafonía el pinchadiscos anunció que la fiesta había terminado. Fuimos a despertar a Alice ya que, después de parar la música, sus ronquidos se detectaban a varios metros de distancia. Decidimos coger un taxi para volver a casa, sanas y salvas, y sin ninguna multa por las copas de más que nos habíamos tomado. Ya recuperaríamos el coche al día siguiente, de una forma u otra.

El domingo por la tarde las tres regresamos a “El Malecón”, pero Marcos, por desgracia, no estaba allí.

—Tiene el día libre —nos informó Valeria, su habitual compañera de baile, de la cual Alice se había enamorado perdidamente.

—Es una “pene” —dijo Alice, haciendo que Susana y yo estallásemos en unas sonoras carcajadas.

—Mañana vuelve... Espero que puedas esperar, amiga —susurró Valeria en mi oído.

De todos modos, decidimos tomarnos unas cervezas. Alice estuvo prendida en Valeria todo el tiempo. Por otro lado, pensé ilusionada que quizás Marcos le habría hablado de mí a su compañera de baile, tal y como yo había hablado de él a mis dos amigas, durante todo el día. Susana y Alice me habían comentado que parecía otra mujer desde el día anterior. Mi corazón volvía a aletear, feliz y enamorado. Además, sentía que al fin era quien yo realmente quería ser, sin miedos, ni absurdos prejuicios.

5

*« Quédate conmigo hoy,
vive conmigo un día y una noche
y te mostraré el origen de todos los poemas » .
Walt Whitman.*

Hasta el domingo siguiente, en el que regresé a “El Malecón”, no me reencontré de nuevo con Marcos. Nada más verle de espaldas en la barra del local, mi corazón crepitó, entusiasmado. Él estaba concentrado preparando unos cócteles con sumo esmero. Me acerqué con decisión, tratando de aparentar seguridad en mí misma y cierto desparpajo. Pero cuando llegué hasta a su espalda, toda mi voluntad se desmoronó y tan sólo fui capaz de susurrarle un tímido « *Hola* » .

—Hola preciosa, creía que jamás volvería a verte... Voy a servir estos “Sex on the beach” a aquella mesa de allá y enseguida estoy de vuelta, ¿de acuerdo? —me respondió de forma seductora, con su marcado acento sureño.

« *Él también ha pensado en mí* », deduje por lo que me había dicho. Una poderosa atracción comenzaba a fluir otra vez entre ambos. De repente, giró su rostro hacia a mí y de nuevo me derretí en la intensidad de sus ojos. Su boca, firmemente delineada, parecía musitar “*Bésame*”. Marcos lograba prender mi cuerpo tan sólo con el fulgor de su mirada dorada.

—Aguarda un momento aquí, ¿sí? Enseguida estaré contigo al cien por cien.

—Perfecto —repliqué, pensando que era una estúpida por haberme encaprichado así de aquel camarero de discoteca, el cual a buen seguro pronto pasaría de mí, rompiendo una vez más mi ya malherido corazón.

Para Marcos quizás yo no habría sido más que un rollo de una noche, una más en su lista de *affaires*, pero lo cierto es que él también parecía feliz de volver a verme. « *Esto no me puede acarrear nada bueno* », murmuraba mi conciencia, que me apremiaba a salir huyendo de allí sin más dilación. Aun así, no la escuché y seguí hacia adelante.

Pero ese ímpetu, ese frenesí y deseo que él ejercía sobre mi cuerpo, era el fruto prohibido de un Edén proscrito. Nada podía evitar que deseara hincar el diente a aquella jugosa manzana con forma de hombre. Nada. Me sentía totalmente suya, y eso que apenas le conocía. Desde el instante cero de conocernos, Marcos se había encargado de hacerme sentir salvaje y ardiente.

Cuando regresó de servir las mesas, cogió una de las cerezas que usaban para decorar los cócteles, la puso en mis labios y yo la mordí, divertida. Él sonrió y me

regaló una mirada que parecía traspasar mi ropa. Sus ojos de gato me devoraban. Tan sólo llevaba abotonado un botón de su camisa azulada semitransparente. Su torso semidesnudo dejaba entrever sus músculos, dignos de un adonis. Su tez morena, como la arena de la playa al anochecer, estaba llena de un influjo atrayente que hacía que no pudiera dejar de mirarle, embelesada.

—¿Has venido sola esta noche? —me preguntó, mientras me apartaba el pelo hacia atrás, dejando al descubierto mi lóbulo—. ¡Niña mala! —me dijo, dándome una palmadita en la nalga.

No protesté, sino que le dediqué una sonrisa pícaro, complacida. A su lado me sentía *sexy*, perversa. Él también era consciente del poderoso imán que ejercía sobre mí y sabía sacarle el mayor partido a ello. Era un seductor nato y, después de lo ocurrido en nuestro último encuentro, suponía que de nada me serviría poner barreras al deseo.

—Ajá... No te lo esperabas, ¿a qué no? —Me sentí una estúpida al soltar semejante tontería.

Siempre tuve una gran facilidad para decir estupideces en los momentos más inoportunos. Mis nervios solían ser muy traicioneros. Sentí como mis mejillas se ruborizaban y unas gotas de sudor surcaban mi frente. Intenté mantener el tipo a la desesperada.

—Pues no, preciosa... Supongo que Valeria lamentará no encontrarse esta noche con Alice. En toda la semana no ha parado de hablar de ella —me contestó, sonriente.

« *Se está haciendo el remolón* », pensé. « *No quiere reconocer que está coladito por mí* ».

—¿Y tú? ¿Has tenido un hueco para pensar en mí, entre tus múltiples candidatas? —le dije, poniéndole una pierna sobre su rodilla, mostrándole que esa noche no había tanga alguno que quitar.

—Quizás... —respondió, insinuante.

Su presencia era turbadora y desconcertante, y a su lado me sentía traviesa y sucia. Estaba totalmente fuera de mí. No me reconocía. Jamás me había comportado así con un hombre.

Me vino a la cabeza el título de un artículo de una conocida revista femenina, que había leído el día anterior: “Siéntete una diosa”. Así me sentía yo a escasos metros de él. Tan sólo quería que me arrancara el mini vestido negro de tirantes que había estrenado aquella noche para la ocasión. Anhelaba que me hiciera sentir de nuevo que era la única dueña de su pasión desmedida. Le deseaba, todo mi cuerpo reclamaba sus labios, su torso desnudo, su sexo... Un grito voraz emergía desde mi interior y le exigía que me poseyera de nuevo.

—Lleva cuidado. Este puede que no sea un buen lugar para... —me comentó,

mientras comenzaba a avanzar con su mano entre mis muslos.

—¡Marcos! ¡Maldita sea! No te pago para que estés todo el día tonteando con las clientas —bramó alguien desde detrás de la barra, interrumpiéndonos.

Nos giramos y vi a una mujer que intuí sería su encargada. Nos miraba desafiante. « *Tonteando con las clientas* », había dicho. Sus palabras habían supuesto un jarro de agua fría para mí. Tal vez para él sólo habría supuesto eso, un flirteo más. Pero no me daría por vencida con facilidad, porque era probable que ella tan sólo pretendiese que me alejara de él, y yo no iba a ceder así como así.

Su larga melena rubia le cubría hasta los senos, los cuales estaban tapados por un diminuto top beige.

—¡Qué fuera hay mesas por servir! ¡Joder! —prosiguió increpándole, en un tono tan estridente que las pocas personas que se agolpaban en la barra se giraron y nos miraron con desprecio.

Miré fijamente a Marcos, exigiéndole una explicación.

—¡Mi jefa! Ella no tiene lo que yo te doy, por eso está siempre así de amargada. ¡Ya voy, Rachel! —exclamó, incorporándose desde la mesa junto a la barra en la que nos encontrábamos—. Luego te veo, princesa —me dijo guiñándome un ojo, cómplice.

« *¡Maldita rubia de bote!* », pensé. Seguro que ella también había pretendido tener una noche de pasión con Marcos, no lo había logrado y ahora no podía soportar que él estuviera conmigo. A pesar de todo, fingí una sonrisa y me acerqué hasta su cuello, sinuosa, lamiéndole por detrás de la oreja. Rachel, que no nos quitaba los ojos de encima, tan sólo pudo suspirar, resignada. Una ígnea satisfacción emergió desde mi interior: Jefa borde, 0; administrativa locamente enamorada, 1.

—¿A qué hora acabas? —le pregunté, impetuosa.

—Hoy acabaré pronto. ¿Te gustaría que nos viésemos luego, princesa?

—Sí, claro... —musité con timidez, mientras él me acariciaba la mejilla.

—A las doce acaba mi turno. Si quieres, a y cuarto te veré en la puerta principal. Espero que me dejes usar tu ducha al llegar a casa, mi amor.

Asentí, mientras mi mente y todo mi cuerpo le reclamaba gritos. Quería tenerlo de nuevo dentro de mí. Mis muslos me abrasaban con sólo imaginar que tendríamos sexo salvaje dentro de mi ducha aquella misma noche. Mi clítoris comenzó a palpitar y noté como se humedeció mi entrepierna. Tan solo me preocupaba si estaría a la altura de sus expectativas, ya que con tantas amantes que parecía tener, el listón estaría muy alto.

Justo en el momento en que las agujas del reloj de pared que había en la sala señalaban la medianoche, una diosa de ébano salió a la pista. Su melena negra ondulada caía sobre su ínfimo vestido de color esmeralda. Las primeras notas de un

merengue comenzaban a sonar. Una nube de luces destellaban a su alrededor. Un diminuto cielo de estrellas giratorias emergió desde el techo del local.

Una voz en *off* anunciaba el nombre de los que iban a hacer la exhibición de baile de esa noche: Marcos y Yamila. Él, que vestía un slip dorado, cuyos laterales consistían en tan sólo unas cordonerías entrecruzadas, se acercó hasta ella. Enlazó una pierna entre las dos interminables de ella y comenzaron a desplazarse por la pista. Los cuerpos de ambos eran perfectos y acariciaban el suelo, mientras sus pieles de bronce lindaban una con otra. Entre ellos saltaban más que chispas. Eran verdaderos fuegos artificiales.

Alguna gota de sudor furtiva emergía de la frente de Marcos, mientras ella parecía devorarlo con su mirada absorbente y penetrante. El bamboleo de sus caderas adquirió una velocidad trepidante con la siguiente canción, mientras él la agarraba por la cintura, mirándola con un impostado orgullo: ahora él era el cazador y ella era su trofeo. Juntos formaban la armonía perfecta, como dos notas formando el más bello acorde.

Tomé conciencia de que nunca estaría a la altura de alguien como él. Nunca una chica del montón, una simple mortal como yo, podría deslumbrar a una divinidad hecha hombre como Marcos. Era una batalla perdida de antemano. Mi deseo y mis ganas de él se vinieron abajo en un suspiro. Salí a la puerta a encender un nuevo cigarrillo. Definitivamente, no estaba atravesando la mejor época para dejar de fumar, reflexioné con amargura.

Recordé que en la fiesta de mi octavo cumpleaños, sorprendí a mi abuela y a mi madre en una conversación de las que ellas calificaban como de adultos, mientras preparaban mi pastel favorito de galletas y chocolate. Horas atrás me había caído mientras jugaba, por segunda vez en menos de un mes, en una pequeña zanja que había en el patio trasero de la casa. Mi madre me había llevado al hospital donde me dieron cinco puntos de sutura, que se añadieron a la herida de la vez anterior, la cual aún no había cicatrizado del todo. Desde el umbral de la cocina escuché decir a mi madre:

—Esta hija mía tiene una habilidad especial para tropezarse una y otra vez con la misma piedra.

Las dos se miraron, cómplices, y sonrieron de forma sutil, al tiempo que yo las miraba en silencio, escondida. Mi vida había cambiado mucho desde entonces e incluso la piedra hoy día era otra, pero seguía conservando aquella aciaga cualidad de la que hablaba mi madre, muy a mi pesar.

Decenas de jóvenes a mi alrededor entraban y salían de forma atropellada de “El Malecón”, mientras yo sentía que mi vida se consumía demasiado deprisa, al igual

que el cigarrillo que llevaba entre mis dedos. Una incontrolable y amarga sensación de derrota se adueñaba poco a poco de mí.

De súbito, una mano helada tocó mi espalda. Me giré sobresaltada y vi a Marcos detrás de mí. Una sonrisa esperanzada irrumpió en mis labios al verle de nuevo a mi lado, aunque mi ilusión se esfumó en apenas unos instantes.

—Lo siento princesa, pero uno de los muchachos se ha puesto enfermo, y tengo que cubrir su turno. Otro día nos veremos, preciosa, he de volver a la pista con Yamila —me dijo, dedicándome una mirada triste.

Su exótica compañera tenía bonito hasta el nombre. Una ígnea oleada de celos surcó mi pecho. Era irracional sentirlos, porque le conocía desde muy poco tiempo atrás, pero estar a su lado se había convertido en mi prioridad. Él era como una grave adicción para mí.

—Está bien... —bisbiseé, aunque la noticia me había supuesto un gran chasco, tampoco quería parecer desesperada delante de él.

Entré y recuperé mi abrigo del guardarropa, mientras Marcos continuaba bailando con furia junto a la diosa de ébano. Sus piernas se encontraban entrecruzadas mientras sus cuerpos, con un suave vaivén, se contoneaban hacia el suelo. Sintiéndome desdichada y frágil, regresé a casa.

Debía de renunciar a él. Lo mejor para mí sería que tirara la toalla y asumiera cuanto antes la derrota. Era un dios inalcanzable para una chica normal como yo. Había sido una estúpida al creer lo contrario.

6

*« Todo hombre es como la Luna:
con unacara oscura que a nadie enseña » .
Mark Twain*

Aquella noche volví a llorar. Me sentía sola, como un perro abandonado en mitad de la calzada, que vaga aturdido por el arcén, sin saber cuál debe ser su siguiente paso. Mi vida, en apenas un mes, se había convertido en una gris y hostil pesadilla.

Abrí la botella que guardaba en el armario para las emergencias y decidí emborracharme. Tal vez así sentiría algo de calor, aunque fuera fruto de un cómplice Jack Daniels. Tras la ventana, un intenso vendaval de lluvia y viento huracanado arreciaba sobre la acera. Me sentía el ser más ínfimo y miserable sobre la faz de la Tierra. Estaba claro que la felicidad me seguía siendo esquiva.

Caí rendida en el sofá, mientras en el techo se reflejaba el rostro de Marcos. Ni siquiera mi mente emponzoñada por el alcohol se dignaba a darme una tregua. Me sentía un verdadero harapo hecho mujer. Jamás podría alcanzar a un hombre como él. Al final el whisky hizo mella en mí y acabé vomitando en el baño, hasta quedar exhausta. ¡Qué ilusa había sido al imaginarme al lado de un hombre como él!

Ni siquiera me fui al dormitorio, me quedé tirada en el sofá hasta que vi como una luz cruda se filtraba a través de la ventana. En ese preciso instante me quedé dormida.

Al abrir de nuevo los ojos, vi aterrada la hora que marcaba el reloj del salón.

—¡Las diez! ¡La madre que me...! ¡De esta me echan! —exclamé, aturdida mientras me vestía a la carrera.

Me puse un vaquero y una camiseta negra y, sin ni siquiera maquillarme, salí zumbando del apartamento. Iba a llegar al trabajo dos horas tarde, así que no había tiempo para florituras.

Por suerte, aquella mañana logré que nadie se percatara de mi retraso. Susana había tenido la brillante idea, unos días atrás, de dejarle a Alice las fichas de acceso de personal, ya que ella era muy puntual y solía llegar diez minutos antes a la oficina.

Una impresionante jaqueca dominó mi cabeza durante toda la mañana, mientras el papeleo se me acumulaba sobre la mesa de trabajo. Pero nada me importaba, estaba tan enganchada a Marcos que no veía vida más allá de él.

Cuando salí de trabajar me quedé atónita, ya que justo en la puerta estaba Marcos esperándome. Creí que estaba alucinando, pero no, ¡era él! ¡y estaba más guapo que nunca!

—¿Cómo demonios has sabido donde trabajaba? ¿Y qué se supone que haces aquí?

« ¡Dios mío, estoy horrorosa! Las ojeras me llegan hasta los pies y me he puesto lo primero que he pillado... ¡Maldita sea! No me puede estar pasando esto a mí » , reflexionaba, mientras mi corazón aleteaba emocionado. « ¡Tierra trágame! » .

—Alice le dijo a Valeria que trabajabais todas juntas en el turno de mañana del hospital. No sabía si salías a las dos o a las tres del mediodía. Llevo una hora esperándote. Tenemos que hablar... —Su rostro era extremadamente serio.

Tenía mi particular teoría acerca de los “*tenemos que hablar*”: no solían acarrear nada bueno. Presentía que esta vez también sería una de esas ocasiones.

—Vale, yo también lo creo. Vamos a la cafetería. Pero no tienes porqué darme ninguna explicación... —le comenté aparentando frialdad mientras, en el fondo, me moría de ganas de devorarlo a besos.

Fuimos hasta la cafetería y pedimos un par de cervezas. Nos sentamos y él, con semblante serio, me dijo:

—Verás, Lucía... Creo que eres una chica muy guapa y me atraes mucho, aunque esto último ya te lo has podido imaginar tú sola.

« ¡Le gusto! ¡Le gusto! Pero ahora vendrá el inconveniente » , pensaba en mi interior, mientras temía oír sus excusas para alejarse de mí. Su semblante taciturno no dejaba lugar a dudas. Pero su belleza era tan deslumbrante que dolía.

—Pero... Quizá sea mejor que no sigamos hacia adelante... Ni como amigos... Yo jamás te podré ofrecer lo que tú esperas en un hombre... —me explicó agachando la mirada, lamentando lo que me acababa de decir.

—¿Perdona? ¡¿Tú quién te has creído que eres para decirme eso?! ¡Qué sabrás tú acerca de lo que espero o dejo de esperar en un hombre!

—Créeme, es mejor que cada cual siga su camino... —sugirió, sin mucho convencimiento—. Es lo mejor para ti... Para todos...

Su mirada parecía de hielo, pero algo dentro de mí me decía que estaba mintiendo. De pronto, una excelsa ira invadió mis sentidos.

—¡Vete a la mierda! —le dije, arrojándole lo poco que me quedaba de cerveza a la cara.

Nunca había hecho algo así, pero de mí no se reía nadie... ¡Por muy irresistible que me resultara! Lo cierto es que fue un impulso irracional y en aquel momento sentía que se lo merecía.

—¡Espera! ¡Espera!... —me dijo agarrándome del brazo—. No quiero que...

En su tono de voz noté cierto matiz de arrepentimiento.

—¡No me toques! No quiero que me vuelvas a tocar, ¡jamás!

Me levanté y salí corriendo de la cafetería, rota de dolor.

Traté de contenerme pero noté mis ojos acuosos, al borde del desbordamiento. Sin previo aviso, las lágrimas comenzaron a rodar sobre mis mejillas. Arranqué mi coche, sin darme cuenta de que Marcos se encontraba aparcado justo detrás de mí y estaba decidido a seguirme. Al llegar a mi apartamento, él aparcó dos plazas de aparcamiento más hacia atrás.

—¿Para qué me sigues?! ¿Acaso no ha quedado ya todo claro entre los dos? —le reproché, deseando perderle de vista.

—Lucía, sólo quiero pedirte que me perdones... No quiero hacerte daño. Verás, ahora mismo mi presente no es el que tú piensas, no quiero que te veas atrapada en él. Podría ser... Peligroso —me dijo, cabizbajo—. A tu lado mereces a un buen hombre que pueda cuidar de ti.

Me parecía increíble que alguien tan joven tuviera una mentalidad tan retrógrada. «*Podría ser peligroso*», había dicho. En aquel momento no asumí la magnitud de sus palabras.

—Deja que sea yo quien elija lo mejor para mí, ¿no crees? —Le supliqué, con los ojos enrojecidos, llena de dolor—. Ya no soy una niña para que cuiden de mí, ¿por qué no eres capaz de entender eso?

—No me puedes pedir que...

—Mira, Marcos —le contesté, interrumpiéndole—, yo tan sólo te voy a exigir una cosa: no quiero ser una conquista más en tu vida, quiero ser la única. Eso es lo único que te voy a pedir. Déjame entrar en tu mundo, nada más.

En ese preciso instante, noté como él y todos sus argumentos incongruentes se vinieron abajo, rindiéndose al deseo contenido entre ambos, que ya quemaba.

—Es lo único que deseo.

Sus labios me estaban pidiendo sin palabras: “*Cómeme*”.

Comenzó a besarme, mientras yo trataba de abrir la puerta de mi apartamento con torpeza. A toda prisa subimos hacia mi habitación, que se encontraba en el piso superior del dúplex, desnudándonos y perdiendo las prendas por el camino. Teníamos demasiada hambre el uno del otro y no podíamos perder más tiempo.

La magia de sus caricias hizo que se esfumaran todos mis temores. Sus labios, ardientes y carnosos, me mostraban el camino al éxtasis supremo al lamer mis pezones. Me levantó y mis piernas se encaramaron a su cintura, me llevó hasta el dormitorio y sobre la cama me terminó de desnudar. Cogió un fular, que había en un perchero junto al ropero, y lo anudó alrededor de mi cabeza, tapándome los ojos.

—Sólo siente, princesa... —murmuró, sugerente.

Todos mis sentidos se agudizaron, incluso más allá de mi propia piel. Me sentía volátil, etérea, mientras mis propios gemidos eran el cordón umbilical que me conectaba a mi húmeda realidad.

Después se marchó, le escuché bajar las escaleras corriendo, abrir la nevera y en unos instantes regresó al dormitorio. Mi sexo chorreaba por el deseo y las ganas de él. Pasó por mi boca y mis senos un cubito de hielo y lo llevó hasta mi sexo. Allí lo dejó derretirse mientras mi cuerpo clamaba a voz en grito que me hiciese suya. Escuchaba mis propios jadeos y me di cuenta de que mis ansias de él era una necesidad primaria, casi animal. Mis manos titilaban sobre su pecho desnudo, incrédulas al tenerle de nuevo tan cerca. Mi corazón me abrasaba en el pecho y estaba a punto de estallar, lleno de pasión. Sentía mi respiración entrecortada y un trepidante calor que se adueñaba de mi cuerpo.

De repente me colocó de espaldas a él, mientras mi cuerpo jadeaba e imploraba que me penetrara de nuevo. Con ímpetu, me invadió hasta las entrañas, llevándome después a la locura en cada embestida. Me destapé los ojos porque necesitaba verle, para conservar en mi retina aquel estallido desenfrenado de pasión sin medida entre los dos. Retiró mi pelo, que empapado por el sudor caía sobre mi cara, para poder admirar en el espejo de la habitación como me deshacía de placer, mientras él me tomaba de una manera tan salvaje. A mí también me encantó ver como su rostro se transfiguraba, roto de tanto frenesí. Me giré hacia él y mis manos se encaramaron a su trasero. Ahora iba a ser yo la que marcara el ritmo. Le obligué a tenderse boca arriba sobre la cama y le dije:

—El que juega con fuego, al final termina por quemarse.

Me sentía la protagonista de mi propia película porno. Ya había dejado atrás todo pudor. Yo era su ninfa y él estaba bajo mi poder, a merced de mis deseos. Me subí sobre su verga, comencé a cabalgar y le ofrecí de nuevo mis pezones, a los cuales él se agarró con premura, succionándolos y lamiéndolos con su lengua enfurecida y juguetona. El suelo pareció ceder a nuestros pies. Me llevó al orgasmo en mitad de aquel baile de lujuria y perversión.

—Me vuelves loco, nena. Me voy a correr —dijo él, al borde del éxtasis.

—¡Córrete, vamos! —le respondí, señalando la parte superior de mis pechos —.Sobre mí, quiero sentir tu semen quemándome la piel. Hazme sentir sucia.

Estaba desinhibida por completo, fuera de mí. Rápidamente, se salió de mi interior, se retiró el condón y todo su semen ardiente se derramó sobre mi torso, empapado ya en sudor. Fue el colofón final a aquel momento tan especial. Tras asearnos y quedarnos desnudos sobre la cama, me tendí en su pecho. Antes de dormirme, le comenté, rezumando ternura:

—Prométeme que mañana estarás.

—Te lo prometo. Ahora descansa —me contestó, apretando la mandíbula, emocionado.

—Soy tuya, Marcos —le respondí, sintiéndome feliz, aunque más vulnerable que

nunca.

—Te adoro, princesa...

Él no me dijo nada más, tan sólo me dio un beso sutil en la frente. Yo me acurruqué sobre su pecho, bajo una dulce sensación de satisfacción y relax. Finalmente, mis ojos se cerraron y se rindieron a un placentero sueño.

Cuando desperté por la mañana, mi cama estaba vacía. Marcos no estaba junto a mí, pero no haría mucho tiempo que se habría levantado porque su aroma impregnaba las sábanas y cada rincón del dormitorio.

Miré el despertador que había sobre la mesilla de noche: las ocho de la mañana, anunciaba. Pero justo debajo de éste había una nota, que decía así:

« Esto no ha sido una buena idea. Lo mejor será que no volvamos a vernos.

Hasta siempre, princesa.

Marcos » .

No podía creer que después de seguirme hasta casa para pedirme perdón, tras amarme de nuevo como ningún hombre lo había hecho antes, e incluso después de prometerme que estaría conmigo a la mañana siguiente, me estuviera dejando de una manera tan mezquina.

—¡¿Por quién me has tomado?! ¡Serás gilipollas! —exclamé mientras hacía pedazos la nota.

Era un cretino si pensaba que podía ningunearme y utilizarme de aquella manera tan vil. Se iba a enterar, porque a mí no me chuleaba nadie, dije en voz alta, como si le tuviera delante en ese momento.

—¡Cuando te coja se te va a caer el pelo! —proseguí encolerizada, dando un golpe sobre la mesa que derramó un vaso de leche con café, que probablemente él me había preparado para desayunar.

Me odié por haberme creado falsas expectativas con respecto a Marcos, pero lo cierto es que no podía evitarlo, debido a que ejercía sobre mí un ineludible y supremo poder de atracción. Era incapaz de sentirme culpable por ello.

Pero tenía una idea clara: nuestra relación, o lo que hubiese entre él y yo en aquellos instantes, no podía quedar así. Iría a por él a cantarle las cuarenta.

7

*« A veces la gente no quiere escuchar la verdad,
porque no quiere que sus ilusiones
se vean destruidas » .*

Nietzsche

El viernes siguiente decidí regresar a “El Malecón”, armándome de valor y después de haber pasado una semana de perros. Había ensayado varias formas de decirle todo lo que pensaba de él: que era un idiota y un cobarde que no se daba cuenta de la mujer que podía tener a su lado. Eso sí, en ningún momento debía mirarle a los ojos, porque como cayera presa de la profundidad de su mirada, ya no tendría escapatoria. Era consciente de que, cuando estuviera de nuevo a su lado, sería muy vulnerable a sus dotes de seducción y no podría bajar la guardia en ningún momento. Aunque sabía que, en el fondo, me moría de ganas de estar con él.

Además, al día siguiente era el día de San Valentín y me enervaba sobremanera pensar que ni tan siquiera sabía si había algo entre los dos. Por mi parte tenía claro que sí, pero dudaba de que para Marcos hubiera sido algo más que un objeto de usar y tirar. La incertidumbre y los miedos me carcomían, pero ese mismo día saldría de dudas.

Susana y Alice me acompañaron en esa ocasión. Al fin y al cabo, ellas habían sido mis confidentes en aquellos días grises y además, Alice también ardía en deseos de reencontrarse con Valeria:

—Ella es mi “para siempre amor” —decía una y otra vez, bajo una incansable sonrisa de enamorada.

Para mí, esa manera tan melosa de entender el amor era algo inconcebible, al menos hasta aquel momento. A Marcos no le resultaría nada fácil llegar a lo más hondo de mi corazón, estaba convencida de ello y, aunque había una atracción física brutal entre ambos, no podía afirmar que estuviera enamorada de él. ¿O tal vez sí? Tan sólo el tiempo conocía la respuesta. En primer lugar, pensaba, tendría que aclarar mis sentimientos, los cuales sentía escapar de mis manos como arena de la playa a merced del viento.

Entramos al local, que estaba prácticamente vacío. Tan sólo vimos a la plantilla de camareros, que organizaba todo lo necesario para la noche. En principio no vi a Marcos. Poco después le encontré en la parte de afuera, sacando las mesas y las estufas a la calle. Al contrario de lo que me esperaba, él me miró de reojo y ni tan siquiera me saludó. Cuando se giró, todo mi cuerpo se revolucionó. Llevaba un

pantalón de lino blanco, semitransparente y parecía no llevar ropa interior. Me puse febril y mi indignación por su indiferencia se transformó en ansias de él. Respiré hondo y, armándome de valor, me acerqué hasta donde estaba y le dije airada:

—Creo que merezco una explicación.

—Estoy trabajando. No tengo tiempo de hablar —me contestó, frunciendo el ceño, enojado.

Si pretendía que así me alejara de él, estaba muy equivocado. No sabía con quién se la estaba jugando, porque por las buenas era muy buena, pero a las malas no tenía parangón.

—¿Cómo puedes decir eso, después de lo que ha sucedido entre nosotros? —le imploré, mientras notaba como, en contra de mi voluntad, mis ojos se inundaban de lágrimas—. ¡Eres un completo idiota!

—Entre nosotros no hay nada y si en algún momento ocurrió algo, nunca debió de suceder... ¡Jamás! —espetó, malhumorado.

Una ígnea desazón se apoderó de mí. No permitiría que me alejara de él. «¿A qué va a ser amor?», murmuró la voz de mi conciencia.

—Tan sólo te estoy pidiendo una razón más lógica... Yo... Creo que he empezado a sentir algo por ti. Dime que no sientes nada por mí y me iré para siempre.

Un silencio hiriente se abrió entre nosotros. No quería parecer desesperada pero tampoco le dejaría escapar. Cada rincón de mi ser le deseaba con todas sus fuerzas. Estar a tan escasos centímetros de él era un verdadero ejercicio de supervivencia, en el que estaba claro que tenía todas las de perder. Era algo fulminante y enloquecedor. Me sentía como el motorista que sobrepasa todos los límites de velocidad, y el riesgo queda minimizado ante la libertad y el poder que le otorga el sentir el viento sobre su rostro. Así me sentía yo, fascinada y aterrada al mismo tiempo, por la intensidad y el vértigo que me producían mis propios sentimientos.

—¡Mírame a los ojos y dime que no sientes lo mismo que yo! ¡Maldita sea! —Le supliqué, estallando en un desconsolado llanto—. ¡Dímelo y te juro que no volverás a saber nada más de mí!

Me tapé la cara con ambas manos, esperando una reacción por su parte. No me importaba nada suplicarle, implorarle que se quedara a mi lado. A pesar del poco tiempo que hacía que le conocía, nunca había sentido algo tan intenso por nadie; ni siquiera por Samuel, con quien había estado incluso a punto de pasar por el altar.

Sus labios gruesos y delineados en un rostro perfecto, ejercían sobre mí un poderoso magnetismo. Tras un instante que se me antojó una eternidad, su mano se deslizó por mi pelo y, finalmente, me abrazó.

—Lucía, deja de llorar. Me partes el alma. ¡Para, por favor, princesa! —me pidió, mientras una lágrima furtiva surcaba una de sus mejillas.

« *¡Me quiere! ¡Me quiere!* » Mi corazón travieso saltaba de alegría. « *Está emocionado, y eso sólo puede decir una cosa: ¡me quiere!* » .

—Entonces... Tú...

—Lucía, no puedo negar que siento algo por ti... —y con la mirada perdida en la nada, prosiguió—. Verás, tienes que tomar una decisión, pero sabiendo quién soy en realidad. Descubrirás que no soy una buena persona y llegarás a la conclusión de que mereces a alguien mejor. Debes buscar a un hombre que te pueda dar una vida feliz y tranquila. Hice cosas en mi pasado de las que me arrepiento y por eso, hoy por hoy, mi presente es peligroso y no quiero involucrarte en él.

Estaba desconcertada. No entendía nada de lo que trataba de explicarme. O tal vez sólo me estaba negando a aceptar lo que quería decirme, fuera lo que fuese. Mientras tanto, sus ojos cálidos e intensos, me taladraban.

—Pero, ¿qué pretendes decirme? Porque te juro que no me estoy enterando de nada —le pregunté, intrigada—. Tampoco creo que hayas matado a nadie...

En su mirada gélida e inexpresiva había mucho mundo, lo que hizo que mi piel se erizara. En Marcos había un halo de oscuro misterio que debía de causarme miedo o rechazo. En cambio, esa cara oculta me atraía más hacia él, de un modo irrefrenable.

—Mañana hablamos, ¿de acuerdo? No quiero que la bruja de mi jefa termine por despedirme esta noche. Hasta pronto, Lucía —me dijo, dándome un intenso beso que me llevó prácticamente a levitar.

En lugar de marcharme, decidí quedarme en la puerta fumándome un cigarrillo, ya que con esa excusa podría verle más de cerca, y tal vez más tarde él podría tener otro ratito para mí. Al menos, esa era mi esperanza.

Cuando regresé al local, Valeria y Alice bailaban juntas en la pista, acarameladas. Alice estaba pletórica, agarrada de la cintura de Valeria, mientras ella le acariciaba el pelo y se brindaban besos furtivos entre los compases de aquella cumbia.

Rachel, al pasar por mi lado, vociferó en soledad, al tiempo que se tocaba la melena de un modo compulsivo y enervante:

—Desde luego, ¡siempre ocurre lo mismo!... Mira que se lo he dicho a todos y a cada uno de ellos. Regla número uno del local: nada de relaciones personales con los clientes en horario de trabajo. ¿Y me ha hecho caso alguien? ¡No! ¡Pues que hagan lo que les dé la gana!

Mientras yo, que lo estaba escuchando todo y aunque no se dirigiera directamente a mí, no pude evitar el darme por aludida y esbozar una pícaro sonrisa. Quizás ella se sentía celosa por la evidente química que surgía entre Marcos y yo, cada vez que estábamos a escasos centímetros el uno del otro. Decidí que lo mejor sería regresar a casa, ya que aquella noche Marcos y yo no íbamos a poder estar juntos ni un instante.

Susana decidió volver conmigo en el coche, mientras Alice me dijo:

—Yo luego taxi. *Thank you* —Y continuó bailando, extasiada ante las sinuosas curvas de Valeria y, quizás, también por alguna que otra copa de más.

—Vámonos ya, que de tanta miel me va a dar una subida de azúcar, ¡por Dios! —bramó Susana.

Supongo que se sentía celosa porque ella era la que se quedaba sin pareja y esa situación no debía de ser fácil de asumir para su ego desmedido. « *La reina de la noche había sido destronada por sus lacayas* », bromeé en mi interior, sonriendo con satisfacción. No despegó el pico en todo el trayecto de vuelta, pero no le di la menor importancia.

Aquella noche no pude dormir. El hecho de imaginar a Marcos traspasando el límite de lo prohibido, me excitó más e incrementó mis ganas de él hasta términos insospechados. Una mezcla de morbo y pasión desmedida tomó las riendas de mi cuerpo. Así que saqué de mi mesilla de noche el vibrador que guardaba para ese tipo de emergencias, lo encendí y lo introduje en mi sexo, pensando en aquella primera vez que habíamos tenido Marcos y yo en el almacén de “El Malecón”.

Me masturbé. Cerré los ojos mientras escuchaba el zumbido de aquel falso pene vibrando en mi interior. Le imaginé sobre mí, dentro de mí, encerrados en aquel cuarto rodeados de botellines de cerveza, haciéndome sentir sucia, perversa, pero sobre todo, deseada. Sintiéndome además plenamente satisfecha, llena de él, fundiéndonos los dos en un solo cuerpo. Llegué al clímax en un tiempo récord, gracias al recuerdo de aquel hombre que sabía cómo despertar mi lado más salvaje. Su recuerdo bastó por esta vez, pero tenía claro que no me conformaría sólo con ello. Lo nuestro acababa de empezar y teníamos un hermoso futuro por construir.

Cuando recuperé de nuevo la calma, reflexioné acerca de lo que me había dicho aquella misma noche. Tenía claro que ambos nos deseábamos. Nada de lo que me dijera cambiaría eso. Y mi corazón me decía que entre él y yo había algo más que una mera atracción física. Me encontraba exhausta y me quedé dormida en el sofá, hasta que me despertaron los primeros rayos de sol que traspasaban la ventana.

De repente, sonó el timbre del apartamento. Sobresaltada, me incorporé y me asomé a través de la mirilla. Torrevieja se me antojaba un lugar extraño e inseguro. Era Marcos. Respiré hondo. Había llegado el momento de la verdad.

—Soy Marcos... ¿Puedo pasar, Lucía? —me preguntó con cara circunstanciada, desde el otro lado de la puerta.

Le abrí de inmediato. Estaba deseando tenerle cerca de nuevo. Asombrada comprobé que, hasta después de estar toda la noche trabajando, su rostro era perfecto. Ni rastro de ojeras ni de cansancio. ¿Cómo lo hacía? Era evidente que estaba hech

de una pasta especial.

—Claro, te estaba esperando. Siéntate y ponte cómodo. Voy a hacer café —le dije, dirigiéndome directamente hacia la cafetera.

—No, no es necesario... De verdad... Me iré pronto.

Necesitaba una explicación y quería saber qué estaba sucediendo en realidad y cuál era su gran secreto.

Su olor era suave y fresco, quizás por la loción de después del afeitado. Su rostro era soberbio, hermoso, a pesar de que era probable que no hubiera dormido en toda la noche. « *¡Qué mal repartido está el mundo!* », pensé. Marcos estaba perfecto a todas horas y yo debía de tener un aspecto horroroso.

—Sabes que te puedes quedar aquí, no tienes por qué marcharte —le sugerí, mientras hacía caso omiso a su negativa y preparaba dos cafés solos, bien cargados.

—Lucía, escucha. Tienes que saber que no soy una buena persona. Verás, en mi país, Colombia, tuve que matar a dos hombres. Estuve metido en temas de tráfico de hachís, y por culpa de una deuda contraída con el cártel de Boetti, el más importante allá, dos tipos vinieron a por mí. No me dejaron otra opción. Eran ellos o yo.

Ambos nos sentamos en la barra americana, mientras abría unas barritas de cereales que era lo único que tenía para acompañar a los cafés. Después de una noche entera trabajando y a pesar de que su rostro era propio de un galán de cine, estaría agotado.

—Pero eso no puede ser cierto. ¡No me lo creo! Lo dices sólo para apartarte de mí.

—Créeme, sí que lo es. Tuve que matarles. Si no, me habrían secuestrado y nadie habría sabido de mí jamás. Pero sus compadres juraron vengar esas muertes y tuve que huir. Cuando escapé, fueron a mi casa y apresaron a mi padre. Poco después, el noticiero informaba de su asesinato mediante una “corbata colombiana” —con los ojos inundados en lágrimas, guardó silencio para retomar el aliento. Tras una pausa, respiró hondo y continuó—. Desde Colombia me llegan continuamente amenazas que afirman que nunca podré descansar tranquilo. Y es cierto, de hecho siempre duermo con una recortada bajo la almohada, por si acaso.

No podía dar crédito a lo que me estaba contando. Parecía el argumento de una película, ¡pero era algo real!

—Si estás en peligro, ¡deberíamos ir a la policía! —Le sugerí, aterrada.

Mis manos temblaban mientras intentaba deshacer el azúcar en el café. No podía permitir que alguien le pudiera hacer daño. Marcos ya había sufrido demasiado en la vida. Tenía que hacer algo por él. Protegerle, de algún modo.

—No, no... Tienen ojos por todas partes y, si se enteran que he ido a la policía, me matarán en el mejor de los casos; o si no, tendré que pagar por la muerte de esos

dos hombres en mi país. Y créeme que las cárceles de Colombia son lo más parecido al infierno.

Me gustaba saber que confiaba en mí, pero todo lo que me estaba contando me asustaba cada vez más.

—Pero... Entonces tú, ¿estás en peligro! ¡No puedo quedarme de brazos cruzados, mientras esos malnacidos te pueden hacer cualquier cosa! Tal vez cuando queramos reaccionar ya sea demasiado tarde. Me importas de verdad, Marcos... —le dije con dulzura, con los ojos anegados en lágrimas, acariciándole el pelo.

Debía de ser un monstruo aquel que intentase hacerle daño a Marcos. Para mí era algo inasumible, pero el dolor que reflejaba la profundidad de su mirada no dejaba lugar a dudas de que estaba hablando muy en serio.

—Shhh... Y tú a mí, mi dulce Lucía. Por eso es por lo que debemos dejar de vernos. Yo estaré bien, pero si seguimos juntos te pondría en peligro y eso es algo que no puedo permitir. No podría perdonarme que por mi culpa te sucediera algo malo.

—Pero yo... —murmuré, aterrada sólo con la idea de que alguien le pudiera hacer daño.

—Shhh... —me calló, poniendo uno de sus dedos sobre mis labios—. No sufras por mí, mi amor. A ver cómo te lo explico... En “El Malecón” todos tenemos un pasado turbio, pero somos como una gran familia y nos protegemos los unos a los otros. Las alianzas que se establecen en el lado oscuro son tan fuertes o más que los lazos de sangre. No sufras, que no me va a suceder nada malo, pero no quiero que corras ningún riesgo innecesario. Lo mejor para los dos es que justo aquí separemos nuestros caminos.

Sus ojos comenzaban a humedecerse. A él también le dolían sus propias palabras. Tal vez él también sentía algo por mí, por más que intentara disimularlo. Mi respuesta sería un rotundo no. No me daría por vencida tan fácilmente.

—¿Pero y qué pasa conmigo? ¿Y si te dijera que no entiendo el mundo si no estás tú en él? ¡Maldito seas, Marcos! Ni siquiera te has parado un instante a pensar en qué es lo que yo quiero.

No consentiría que fuera tan egoísta conmigo. Si él estaba en el lado oscuro, tal y como había afirmado, sería yo la que decidiría si daba el paso o no de entrar en ese mundo.

—No, no, te equivocas. Si te digo todo esto es porque me importas demasiado y no podría soportar que algo malo te ocurriera por mi culpa —contestó Marcos, categórico.

Me tenía de los nervios. No sabía si darle un guantazo o comérmelo a besos.

—¡Déjame terminar! ¿Te crees con derecho a entrar en mi vida, a poner mi mundo patas arriba y ahora me dices que te vas? ¡Ahora soy yo la que no quiere que te

vayas! Mi cuerpo y todo mi ser necesitan de ti para seguir viviendo, al igual que comer o respirar... ¡No voy a dejarte marchar! ¿Me has entendido bien, so imbécil?

Estaba histérica. Haría o diría lo que hiciera falta para que se quedara, ya que el único y supremo temor que tenía era que saliera por esa puerta y no volviese a entrar por ella nunca más.

—Es lo más hermoso que jamás me han dicho —exclamó emocionado—. Te quiero Lucía.

—Y yo a ti, Marcos, desde el primer momento en que te vi.

Me encontraba tan feliz que ni me reconocía. De nuevo, la pasión y el frenesí estallaron entre nosotros. Me desnudó, me hizo el amor en cada rincón de la casa, entregándose a mí sin importarle nada más. Éramos tan sólo dos almas enlazadas para siempre, cuyos cuerpos estorbaban y se devoraban a besos, presos de una lujuria sin límites.

Al día siguiente, cuando desperté, él aún seguía a mi lado. Estaba dormido con la boca entreabierta y decidí que lo mejor sería despertarle con un beso. Era nuestro primer Día de los Enamorados juntos, y estaba decidida a que ni él ni yo lo olvidáramos.

—Feliz San Valentín, guapo —le dije, dándole un cálido beso en los labios—. Despierta, dormilón.

Tras un sutil parpadeo, él entreabrió los ojos y, como dos rayos de sol al estallar el amanecer, su luz invadió mis sentidos.

—Buenos días, princesa. Feliz San Valentín —me contestó, con voz melodiosa.

Tomé conciencia de que en aquel instante comenzaba el primer día del resto de mi vida.

8

« *El alma que puede hablar con los ojos,
también puede besar con la mirada* » .

Gustavo Adolfo Bécquer.

Habían transcurrido unos quince días desde aquel catorce de febrero, en los cuales Marcos y yo nos veíamos cada día al salir del trabajo. Paseábamos por el rompeolas, que estaba junto a la feria del paseo marítimo. Era nuestro lugar especial. Adentrarnos en aquel sendero de madera que se introducía varios kilómetros en el mar, mientras las olas rompían bravías sobre las rocas, humedeciendo nuestros besos en salitre, era algo de ensueño. Cuando estábamos allí tan sólo éramos él y yo: sin celos, sin miedos, sin pasado ni presente... Nuestros corazones latían acompasados mientras paseábamos con mi cabeza reposando sobre su pecho. Era una sensación poderosa, casi mágica, que saboreaba despacito, sin prisa, como un buen café. Nuestra historia de amor iba poquito a poco por el buen camino. Habíamos acordado que seríamos discretos para no despertar hostilidades con Rachel, su jefa, y que Marcos no tuviera que sufrir recelos innecesarios.

Alice no había ido a trabajar en la última semana. Supuse que estaría enferma, o que tal vez se habría cogido unos días personales para disfrutar de su incipiente amor con Valeria. No quise molestarla con llamadas inoportunas. Con Susana no llegaba a encajar demasiado. Por su carácter distante y altivo, tan sólo manteníamos una relación cordial.

Aquel jueves, cuando me estaba despidiendo de Marcos junto a su coche, y ya habíamos quedado para el día siguiente en “El Malecón”, de repente sonó su teléfono. Era Valeria.

—Sí... Sí... Espera... Es Valeria... Que si sabes algo de Alice, que no le coge el teléfono —me preguntó, tapando el altavoz del móvil.

« *Valeria, ¡dichosa Valeria! ¡Siempre tiene que estar en medio!* », bramó el angelito de los celos que habitaba en mi cabeza, a pesar de que tuviera presente que era la nueva pareja de Alice. No obstante, me tragué mi orgullo y decidí contestarle como si nada pasara:

—No, sólo sé que ha estado toda la semana sin ir a trabajar. Supongo que estará enferma o quizás se haya pedido algunos días personales. No es tampoco nada raro, ¿no? En Madrid, donde trabajaba antes, era algo de lo más normal.

—Que no sabe nada —le comunicó a Valeria—. No sé, no le habrá pasado nada,

tranquila... De acuerdo, si quieres, iré contigo... En media hora estoy en tu casa.

—¿Qué sucede, Marcos? —le pregunté con desasosiego.

Era extraño verle así, porque ya éramos todos lo suficientemente maduros como para alarmarnos porque Alice no hubiera ido a trabajar. Algo estaba pasando por alto, pero desconocía qué podría ser.

—Dice que lleva llamándola al teléfono móvil dos días y no se lo coge. Va acercarse a su casa, a ver si averigua algo, y prefiere no ir sola.

« *¿Qué está tratando de decirme? ¿Por qué narices Valeria no quiere ir sola? ¿Qué teme que haya pasado?* », reflexionaba en mi interior. Respiré hondo y decidí que lo mejor sería no sacar las cosas de contexto. Tal vez la tensión me llevaba a alarmarme en exceso.

—Espera, telefonaré a Susana a ver si ella sabe algo —le sugerí.

A pesar de que Susana y Alice eran uña y carne, ella nos dijo que no sabía nada. De hecho, la había llamado varias veces el día anterior, pero tampoco obtuvo respuesta. Era todo muy mosqueante. De repente parecía que se la hubiera tragado la tierra.

—Lo mejor será que nos acerquemos a su casa. Seguro que habrá una explicación y a Alice no le habrá sucedido nada malo. Así todos nos quedaremos mucho más tranquilos.

—De acuerdo, ¡vamos! —le dije, cogiendo las llaves de mi coche, del fondo de mi bolso—. Iremos en el mío. ¡Conduzco yo!

En pocos minutos llegamos donde vivía Valeria, que ya esperaba en el portal del edificio, cariacontecida.

—Esto no me da buena espina, chicos. Ojalá que me equivoque... Uf... —dijo ella.

—No seas agorera, Val. Verás como Alice está bien —le contestó Marcos, tratando de mitigar su desazón.

Entre ellos noté una extraña complicidad, pensé que era fruto de esa especie de alianza del lado oscuro, de la que me había comentado Marcos días atrás.

En pocos minutos llegamos al bungalow de Alice y detectamos que algo no era normal: un perro aullaba agónico. Era sólo un mal presagio de lo que descubriríamos después.

Tocamos el timbre de la casa y tan sólo el perro extenuado salió a nuestro encuentro, atravesando el pequeño jardín.

—¡Es Rocky, la mascota de Alice! Parece no haber comido durante días. ¡Oh, Dios mío! —exclamó Valeria, cuyo rostro empalideció de súbito.

La pasión que Alice sentía por *supomerian* era *vox populi*, ya que siempre se refería a él como si de un hijo suyo se tratara.

—Creo que lo mejor será que llamemos a la policía... Aquí pasa algo muy raro...

—comenté sin resuello. Aquello me daba muy mala espina.

—Seguro que no ha pasado nada malo, chicas. Preguntaré a algún vecino, a ver si saben algo de ella. ¡No nos precipitemos en sacar conclusiones, por favor! —nos dijo Marcos tratando en vano de apaciguarnos, principalmente a Valeria.

Ella me abrazó, desconsolada. Su cuerpo temblaba de puro pánico. Yo le acariciaba el pelo, intentando tranquilizarla. Sus dientes castañeteaban, presos de un gélido pavor.

—Todo irá bien. Todo irá bien... —le repetía a modo de mantra.

—No sé, Lucía, cielo... No sé... Mira, ya vuelve, Marcos, ¿qué te han dicho?

—Pues le he tocado el timbre a un par de vecinos. Uno se ha quejado porque el perro de Alice no para de aullar desde hace varias noches y no le deja dormir. El otro me ha dicho que normalmente coincide con ella por las noches sacando a pasear al perro, pero que, desde hace más o menos una semana, no la ha visto ni sabe nada de ella. También ha contado que el perro no ha parado de aullar —comentó bajo una impostada calma.

—¿Y qué hacemos, Marcos? —le pregunté, aturdida.

—Creo que lo mejor es que llamemos a la policía. Llama tú, por favor, será lo más prudente.

—Está bien...

En media hora una patrulla se personó en el lugar y accedimos a la casa de Alice. Valeria hiperventilaba, presa de un ataque de pánico. Me llamó la atención que Marcos se subiera la capucha de su sudadera, ciñéndose la cordonera, como si de repente tuviera mucho frío, y que se pusiera unas gafas de sol a pesar de que hacía rato que había oscurecido. Supuse que no quería que le viésemos llorar si se le escapaba alguna lágrima. Más adelante entendí que lo que hacía era camuflarse de la policía.

Al llegar a la puerta del inmueble, un extraño hedor emergía a través de la puerta. Valeria estalló en un desconsolado llanto, mientras Marcos luchaba por mantenerla en pie. Un frío miedo iba cobrando forma tangible entre nosotros.

Cuando la policía logró abrir la puerta, nuestros peores presagios se hicieron realidad. Valeria se desmayó *ipso facto*. Alice se había ahorcado en una de las lámparas del salón, y su rostro, amoratado y macilento, se balanceaba inerte ante nosotros.

—¡No, joder, no! ¡Qué alguien llame a una ambulancia! —le grité a Marcos, aterrada y sosteniendo a una Valeria ya desfallecida entre mis brazos.

Marcos dio un puñetazo contra la puerta del comedor, astillándola e hiriéndose

en los nudillos con ella.

—¡Salgan de aquí! ¡Ahora! —nos inquirió un policía, de manera categórica—. Su amiga sólo necesita tomar un poco el aire. ¡Vamos, fuera de aquí todo el mundo!

Nos echó a la calle, mientras Marcos hacía reaccionar un poco a Valeria, a base de palmaditas en el rostro. Los vecinos, alertados por los gritos, comenzaban a asomarse al rellano de la escalera:

—¿Pero, qué ha sucedido? ¿Qué pasa? —preguntó una adolescente desde el fondo del pasillo.

—¿A qué vienen esos gritos? —dijo también un anciano que salió desde la puerta de al lado.

Valeria comenzaba a despertarse y sus ojos me imploraban que le afirmara que lo que había visto se trataba en realidad de una pesadilla.

—¡Oh, Val! ¡Oh, Val! Lo lamento, amiga mía —le repetía Marcos—. Sé que la querías de verdad... ¡Lo siento! ¡Lo siento mucho!

—¡Esto no puede ser real! ¡No puede estar muerta! ¡Yo la amo! ¡La amo!

Su voz era gutural. Valeria estaba rota de dolor al perder a la persona más importante de su vida y, aunque apenas la conocía, me partía el alma verla sufrir de esa manera. Al ponerme en su lugar pude sentir su dolor y su desesperación. Si le hubiera ocurrido a Marcos, yo no podría seguir viviendo.

No podía creer que Alice se hubiera suicidado. Hace sólo unos días éramos tan felices en “El Malecón” y ahora ella estaba muerta.

—¡No, por Dios, no! —exclamó Marcos, destrozado por lo sucedido—. Valeria, cariño, Val... Sé fuerte.

Nos fundimos los tres en el abrazo más amargo de nuestras vidas. Esperamos detrás de la puerta hasta que sacaron a Alice, dentro de una bolsa gris con cremallera, y la introdujeron en un furgón negro.

Un policía portaba a Rocky entre sus brazos, el cual aullaba, llorando ante el fallecimiento de su dueña. El agente nos dijo que si alguno queríamos hacernos cargo del perro. Valeria dijo:

—Yo... Ahora es lo único que me queda de ella. ¡Joder! ¿Por qué ha tenido que hacer una cosa así? ¡Yo la amaba! ¡Y ella a mí! ¡Maldita sea!

—Ahora no puedo ni quiero pensar en nada... —respondió Marcos, dejándonos a las dos con la mosca detrás de la oreja.

Todos sabíamos que, a partir de aquel instante, algo había cambiado en nuestras vidas para siempre.

Los siguientes dos días pasaron muy deprisa. Alice fue incinerada y sus cenizas fueron arrojadas al mar, tal y como ella había escrito en su testamento. « ¿Cómo

alguien tan joven podía haber hecho testamento? » , pensé. Era algo muy extraño.

Las investigaciones de los agentes no dejaron lugar a dudas: ella se había suicidado. No había dejado nota de suicidio, pero el *modus operandi* fue clarificador: nadie había forzado la puerta y no había marcas ni golpes sobre su cuerpo por lo que no hubo ningún tipo de forcejeo. Tan sólo había huellas de Alice en toda la casa y la autopsia reveló que había ingerido altas dosis de alcohol y alguna sustancia psicotrópica en las horas previas a la muerte. Pero la pregunta era por qué.

¿Por qué Alice, una mujer joven y en apariencia feliz, se había quitado la vida? ¿Habría algo en su día a día que todos desconocíamos? No encontraba ninguna explicación lógica, por más vuelta que le diese. No pude dormir en esos días y ya no había maquillaje capaz de disimular aquellas terribles ojeras que se habían adueñado de mi rostro. Cada vez que intentaba cerrar los ojos volvía a ver la horrible imagen de mi compañera ahorcada.

Después del funeral y de acompañar a la familia de Alice, que se había desplazado desde Irlanda para esparcir sus cenizas en la zona de los acantilados, Marcos vino a mi casa.

Cuando entró, se fue directo al sofá sin ni siquiera darme un beso. Los dos estábamos muy nerviosos, así que decidí recostarme sobre su pecho, para intentar relajarnos.

—Algo me huele mal, princesa —me dijo, acariciando mi rostro sobre su regazo, mientras estábamos tendidos en el sofá.

—¿A qué te refieres, Marcos? Estás muy raro con todo esto... Supongo que todos lo estamos... ¿En qué piensas?

—En que quizás Alice no se haya suicidado... Quizás Alice haya sido... En fin... Asesinada.

Un hosco desasosiego se adueñó de mis cinco sentidos.

—¿Asesinada? ¿Pero qué narices estás diciendo? ¡Eso es imposible! Todo el mundo la adoraba. No tenía enemigos —le respondí, atónita.

—Pero Valeria sí que los tenía. Verás, Val vino conmigo desde Colombia, huyendo también del cártel de los Boetti. Hace algunos años ella tuvo una relación conmigo allá, y ellos lo saben. Además, son expertos en cometer asesinatos haciéndolos pasar por suicidios y no dejan ningún tipo de rastro. Quizás haya sido un ajuste de cuentas. Tal vez ellos ya estén aquí.

—Marcos, ¿no crees que estás un poco paranoico? Tal vez Alice tuviera algún trauma, un lado oculto en su interior que no conociésemos —le contesté, sin darle mucha importancia a lo que me estaba diciendo.

Su mirada, mezcla de perplejidad y frustración, me mostró que estaba hablando muy en serio.

— ¿De verdad crees que Alice se ha suicidado? ¿Tú crees que era una persona gris o depresiva? —me preguntó Marcos, de manera contundente.

Estaba clara cuál era la respuesta. Alice había sido la persona más alegre y sonriente que había conocido y era imposible que se hubiera quitado la vida.

—Creo que deberías extremar las precauciones, Lucía. No es fácil estar en el lado oscuro, pero ahora, al estar conmigo, tú también formas parte de él.

—Marcos... me estás asustando... —murmuré, desconcertada.

—No, no, pequeña... Jamás permitiré que te ocurra nada malo. Tan sólo quiero que te quedes con esto. —Sacó una pistola de una mochila que había traído—. Y quiero que la lleves siempre encima. Será lo mejor.

—¡Estás loco! ¿Cómo voy a ir con eso encima? ¡Dios mío, ni pensarlo!

—Es sólo por si acaso. Ojalá que nunca tengas que utilizarla. Ojalá pudiera dar marcha atrás a todo esto. Más valdría que no me hubieras conocido nunca —me comentó, apesadumbrado.

—¡Eso no lo digas ni en broma! A pesar de todo, eres lo mejor que me ha pasado en la vida. ¡Nunca me arrepentiré de ello! —Mi corazón palpitaba enfurecido, como si fuese un gigantesco tambor—. Te amo, Marcos, y eso no habrá nada ni nadie que lo cambie.

—Te adoro, pequeña... Te adoro.

Accedí, aterrada por lo que nos pudiera suceder a partir de entonces y me guardé la pistola en el bolso.

Nos abrazamos y sentí latir su corazón más fuerte que nunca. En ese momento, nuestras lenguas se enzarzaron en un frenético baile. Marcos me acarició la espalda y un escalofrío subió por mi piel, encendiéndome de nuevo. Le devoré los labios, mientras le arrancaba la camisa. Él, jugueteón, sacó mis pechos de la blusa y los acarició, pasando a continuación a succionar cada uno de mis pezones, lo que me estremeció de placer. Mi sexo palpitaba de ganas de él, así que, de un empujón, lo tumbé en el sofá, y me subí encima de sus caderas. Sus manos, poderosas, arrancaron el tanga de debajo de mi falda. Se sacó su miembro y me lo incrustó de una embestida. Cabalgamos de forma desenfadada, hasta que el éxtasis nos invadió, dejándonos exhaustos. Me acomodé sobre su pecho y ambos nos relajamos durante algún tiempo.

Mis sentimientos hacia Marcos eran una furiosa pulsión, un precipicio que me producía vértigo pero por el que sentía una extraña atracción a arrojarme sin freno, sin importarme lo más mínimo las consecuencias que ello tuviera. Nada me importaba más allá de él.

9

*« Sabemos lo que somos
perono lo que podemos llegar a ser » .
William Shakespeare.*

En los ojos de Marcos, día tras día, iba descubriendo el significado de la palabra amor. Me encantaba transmitirle mis sentimientos y mis temores sin ningún tipo de pudor. A su lado me sentía feliz, amada y, sobre todo, segura. Cada tarde, menos los días en los que él trabajaba, paseábamos juntos por el rompeolas del paseo marítimo, comiéndonos a besos y compartiendo nuestro incipiente amor. Era feliz y no me importaba el precio que tuviese que pagar por ello.

Lo peor era por la noche, cuando me quedaba sola en casa. Cualquier ruido me sobresaltaba y me hacía recorrer la casa, pistola en mano. Pero dudaba de si en el caso de tener que dispararla, tendría el valor suficiente de hacerlo y de si acertaría en el blanco. Marcos me había explicado un millón de veces cómo funcionaba el arma, pero sentía absoluto pavor al pensar en usarla.

Por fortuna no hubo ningún sobresalto y los días transcurrían disfrazados de dulce rutina. Marcos seguía trabajando los fines de semana en “El Malecón” y yo iba a verle allí. Siempre me sacaba a bailar, pero cuando bailaba con alguna otra muchacha del local, me invadían unos celos irrefrenables. *« Es su trabajo, al fin y al cabo, pero me gustaría coger a esa buscona y arrastrarla de los pelos por todo el local »*, reflexionaba. Al final, me calmaba y pensaba que era normal que cualquier mujer perdiera la cabeza por un hombre así, tal y como a mí me había pasado, y que debería sentirme afortunada por estar junto a un hombre tan deseado.

Pero una noche, poco después de cerrar la puerta de mi casa tras despedirme de Marcos, que se marchaba al trabajo, se oyó una explosión. Temiéndome lo peor, salí a la calle a todo correr y vi el coche de Marcos ardiendo. No podía dar crédito a lo sucedido.

—¡No! ¡Asesinos! ¡No! —grité, mirando fijamente la gran llamarada que había.

¡Le habían matado! Era imposible que Marcos hubiera salido de allí con vida. ¡Era el fin! Derrotada, caí de rodillas sobre la acera, viendo como ardía la razón de mi existencia.

De repente, alguien tocó mi espalda. Me giré sobresaltada... ¡Era él! ¡Estaba vivo!:

—¡Marcos! ¡ Marcos! ¡Oh, Marcos! ¡Estás...! ¡Estás...!

Le toqué de una manera desaforada, comprobando que no le faltaba ninguna parte

a su cuerpo. Tenía el rostro ennegrecido por la explosión, pero era lo mínimo que le podía haber ocurrido.

—Ha... Había ido a ti... a tirar... la... ba... sur... basura —tartamudeó acongojado—. Ese era mi... mi co... mi coche. ¡Joder! —exclamó horrorizado, llevándose las manos a la cabeza.

—¡Estás vivo! ¡Oh, Marcos! ¡Yo creía que...! —le dije, aterrada pero aliviada al verle sano y salvo.

Dio una patada al bordillo, enojado, mientras varias sirenas resonaban a lo lejos. La policía estaba en camino.

—Tranquila, tranquila... Ya pasó todo —dijo, abrazándome y besándome en el pelo, tratando en vano de calmarme.

En tan sólo un instante supe que mi mayor miedo no era perder la vida, sino perderle a él.

—Me tengo que marchar, Lucía, pero en cuanto puedas, ¡haz la maleta! No pienso dejarte ni un minuto sola. Volveré en cuanto se haya ido la pasma.

Un cúmulo de sensaciones se agolparon en mi mente: rabia, indignación, desconcierto, ira... Pero sobre todo miedo, mucho miedo por el matiz negro abismal que estaba adquiriendo mi vida.

En un primer momento, los policías tocaron en la casa de al lado. Allí vivía mi vecina Maruja, una anciana viuda que se pasaba el día acariciando a su gato y husmeando en los asuntos que no eran de su incumbencia.

—Sí, le conozco de vista. Va con la chica nueva de aquí al lado. Hace un instante estaban juntos, justo en la puerta... Sí, creo que es su novio, su ligue o alguna de esas cosas modernas de ahora... —le oía comentar, con su característico tono de arpía.

Fui al aseo a lavarme la cara para quitarme el hollín que tenía en el rostro, debido a mi abrazo con Marcos. Me puse un batín encima, para aparentar que no había salido de casa en todo el día. Instantes después, llamaron a mi puerta. Eran dos agentes:

—Buenas noches, disculpe que le molestemos, pero deseamos hacerle unas preguntas —comentó el más joven de los dos, con una fingida amabilidad.

Ni descorrí la cadenita de la puerta ni les invité a pasar. Me pareció una actitud descortés por mi parte, pero era lo más prudente, dadas las circunstancias.

—Sí, claro... ¿Qué querían?

—¿Es suyo alguno de los dos coches que están ardiendo en este preciso instante?

Me había sentido tan aliviada al comprobar que Marcos estaba vivo, que no asumí que mi coche también estaba en llamas y no había hecho nada para remediarlo. A pesar de los nervios, traté de disimular ante la policía:

—¡Pues claro que sí! ¡El rojo! ¡Menuda faena! ¡Y los bomberos sin llegar! Hace

más de quince minutos que les he llamado. Espero que tengan una buena explicación sobre lo que ha pasado. ¡Joder!

—Iré directo al grano: ¿hay alguien que haya podido querer acabar con su vida? —me preguntaron con tono inquisitorial.

—Oiga, mi coche está ardiendo por culpa de lo que están tardando en apagar el fuego del primero. No hace falta ser una eminencia ni un C.S.I. para deducir que al que han intentado matar es al propietario del otro coche. Y además, los bomberos aún no han llegado. ¡Es una clara negligencia de ellos! ¡Les voy a meter una denuncia que se van a cagar!

—¡No me hable en ese tono, señorita! No hace falta ponerse en esos términos. Es mi deber preguntarle y usted debe limitarse a responder. ¡Y punto! —me respondió, consternado por haber dañado su ego.

—Discúlpeme, agente. Son sólo suposiciones mías y lo he dicho por ayudar, más que nada... —le contesté con tono dulzón, temerosa de que, para colmo de males, pudiera acabar en comisaría.

—¿Conoce usted a este hombre? Nos han dicho que le han visto por aquí. Es el dueño del primer coche siniestrado.

Al ver la foto de Marcos, mi corazón se encogió en un puño. Apreté los labios y continué con la farsa, de la manera más convincente posible.

—No, no le he visto en mi vida... ¿Quién es? —les pregunté, con las rodillas temblorosas.

—Es Santiago Silvero, un peligroso narcotraficante y asesino a sueldo. Le buscar las autoridades internacionales. Su vecina nos ha dicho que estaba con usted hace tan sólo unos instantes.

« ¿Cómo? ¿Marcos me ha mentado hasta en el nombre? », me preguntaba enojada. Aun así, decidí otorgarle un último voto de confianza. Le amaba demasiado.

—Jamás le he visto. Mi vecina no ve demasiado bien y tiene mucha imaginación.

—¿Le importaría que echáramos un vistazo en la casa? Es por su propia seguridad.

—Bueno, está bien. —Accedí a regañadientes.

Abrí la puerta y los policías recorrieron las dos plantas del apartamento, sin encontrar ninguna prueba de la presencia de Marcos.

—Está bien... Es un delincuente muy peligroso. Si le ve, no dude de avisar a las autoridades, ¿de acuerdo, señorita? —me comentaron los agentes, mientras se marchaban.

—De acuerdo. Y ahora, si me disculpan, estoy agotada. Buenas noches.

Cerré la puerta, aterrada por si el amor que sentía por Marcos, o como demonios se llamase, me estaba dejando demasiado ciega para ver la realidad.

Pero no podía ni quería alejarme de él. Su amor era como la corriente impetuosa de un río, que me arrastraba sin importarme a dónde me llevara, ni lo que me sucediera por el camino. « *Tal vez estés perdiendo el juicio, Lucía* », me gritaba una vocecita interior, a la que solía llamar conciencia.

De repente, vi a Marcos escondido en la terraza, tendido en el suelo, oculto debajo de una tumbona.

—¿Pero cómo demonios has llegado hasta ahí? ¡Da igual! ¡Ya todo me da igual, Marcos! ¿O debería decir, Santiago...?

—Espera, espera... Te lo explicaré todo más tarde —me dijo, agarrándome del brazo—. Ahora tenemos que marcharnos. ¡Y rápido!

Su mirada felina me deshizo de nuevo. Creo que me habría dado exactamente igual lo que hubiese dicho. Nada podría disminuir mis sentimientos hacia él.

—Creo que si me estoy jugando la vida por ti, merezco saber toda la verdad. Este sentimiento desenfrenado que has desatado en mí, hace que la palabra amor se quede pequeña. Te seguiría a todas partes, pero para ello tendrás que ser sincero conmigo.

—Jamás planeé que esto surgiera entre tú y yo. ¡Jamás! Por eso no te dije toda la verdad. Me maldigo cada día por amarte de esta manera, y por no haber conseguido alejarme de ti. Santiago Silvero murió oficialmente hace algún tiempo... Ahora soy Marcos y te quiero. Al fin y al cabo, eso es lo que importa. Tienes que hacer la maleta y venirte conmigo, ¡ya! ¡Nos han descubierto, Lucía! Cada segundo que permanecemos aquí ponemos nuestra vida en serio peligro. Te explicaré más detalles por el camino.

—Debes de estar de broma, ¿no? Me acaban de decir que eres un asesino a sueldo. ¿Piensas que voy a irme contigo así, por las buenas? —le contesté.

—Lucía, te juro que no soy ningún asesino a sueldo. Yo te amo, ¡maldita sea! —me dijo, con los ojos henchidos en lágrimas—. Si de verdad me quieres, ven conmigo y yo me encargaré de que estés a salvo. Pero tenemos que irnos, ¡ahora!

Ambos subimos a la habitación e hice una maleta a toda velocidad, presa de un pánico irrefrenable, mientras me acordaba de mi madre. Ella pensaba que estaba en un lugar apacible, seguro y tranquilo, pero en realidad me había convertido en la pareja de un fugitivo y la calma brillaba por su ausencia.

En un santiamén recogí lo que pude, mientras Marcos avisaba a un taxi.

—Dime tan sólo a dónde me llevas. Tengo derecho a saberlo —le exigí.

—A mi casa, Lucía. Allí estaremos seguros.

—Pero antes tendrás que prometerme que jamás volverás a mentirme.

—Te lo prometo. Y ahora vamos, que el taxi está ya esperándonos.

Me dio la mano y me sorprendió que, a pesar de su entereza y aparente frialdad, ésta le comenzaba a temblar. Su rostro miraba al frente, como un suicida que mira al vacío antes de dar su último paso, mientras el taxi arrancaba rumbo a lo desconocido.

A su vez, una negra sombra parecía observarnos desde la esquina.

10

« *A partir de cierto punto no hay retorno.
Ese es el punto que hay que alcanzar* » .

F. Kafka.

En tan sólo unos minutos, al llegar a la altura de Guardamar, nos desviamos hacia el interior por una carretera secundaria y nos dirigimos hacia unas pequeñas colinas. El taxi se detuvo junto a un parque, tal y como le indicó Marcos. Cogidos de la mano recorrimos a pie un par de calles, hasta alcanzar un bloque de apartamentos de reciente construcción. Marcos se detuvo y me dijo:

—Bienvenida a mi casa, princesa.

Su casa era una vivienda nueva, situada en una urbanización llamada “Guardamar Hill II”. En la mayoría de los pisos aún figuraban los carteles de “se vende” y los paneles anunciadores de la promotora inmobiliaria. Todo el bloque de viviendas estaba a oscuras y parecía desierto.

—Ven, no hay nada que temer. Creo que estamos solos en el edificio. No hay ningún vecino. Así que no habrá nadie que nos moleste.

Sus labios sensuales y carnosos, fueran cuales fuesen sus palabras, siempre parecían decirme “*Cómeme*”. Pero necesitaba una explicación clara y definitiva sobre lo que estaba ocurriendo. A pesar de que mi cuerpo estaba totalmente rendido a sus pies, no me lanzaría sobre él, todavía.

—¿Qué demonios está pasando, Marcos? Y, ante todo, ¿quién coño eres?! Y esta vez, ¡quiero la verdad, maldita sea! —le dije, dándole un empujón en el hombro, mirándole desafiante.

Pensaba de forma ilusoria que alejándome físicamente de él podría mantenerme más firme. « *No puedes huir de él, por más que lo intentes* », habló mi subconsciente.

—Espera Lucía, tranquila... Todo tiene su explicación. Pero como suele decirse, será a su debido tiempo —me contestó con voz melosa, restándole importancia a la situación.

Me daba cuenta a pasos agigantados de que Marcos era un verdadero encantador de serpientes y que conmigo usaba todas sus armas para no dejarme escapar: su mirada risueña, sus labios sedosos, su perfume, su voz melodiosa...

—¿Cómo que todo a su debido tiempo? ¡Me han dicho que eres un asesino! ¡Urmatón! Me sacas de mi casa en plena noche porque, en teoría, ¡nos han localizado y quieren acabar con nosotros! Han volado tu coche y el mío en la puerta de mi casa, ¡y ni tan siquiera eres capaz de darme una maldita explicación! ¡Joder! ¿Te has vuelto

loco o qué puñetas te pasa? —le recriminé, andando a lo largo del comedor.

—Créeme, te lo contaré cuando llegue el momento... Ahora tienes que calmarte.

Sus ojos parecían tormentosos, aunque su rostro permanecía imperturbable.

—¿Qué me calme? ¡Ahora vas y me dices que me calme! Esto no puede ser real... Esto no me puede estar pasando a mí —le dije, mientras encendía un nuevo cigarrillo.

—Lo más seguro para ti es que, de momento, no sepas nada.

Mi cabeza daba vueltas en un frenético remolino de indecisiones. Mi corazón palpitaba retando a mi cuerpo a mantenerse en pie. En la mirada de Marcos había un imán invisible que me atraía hacia él, sucediera lo que sucediese. Deseaba seguirle a ciegas a cualquier lugar, aunque tampoco daría mi brazo a torcer con facilidad.

—¡Te juro que, o me aclaras de que va todo esto, o no respondo de mí!

—Al verte, yo tampoco respondo de mis actos, princesa... ¡Ven!

Me cogió de la muñeca con firmeza, me atrajo hacia él y empezó a desnudarme. Yo, simplemente me dejé llevar. Le quité la camisa arrancándole algún que otro botón. Me llevó hasta el dormitorio, devorándome a besos. Sus labios jugosos eran el más dulce de los vinos, con el que aquella noche me iba a emborrachar. Su lengua poderosa invadía mi boca, sabedora de que aquel era también su territorio.

—¿Confías en mí, Lucía? —me dijo, mientras me tumbaba en la cama.

Me encontraba extasiada y deseosa de tenerle de nuevo dentro de mí. De la mesita de noche sacó unas esposas, tomó mis manos y arqueó una ceja, a la espera de mi consentimiento.

—No voy a hacerte daño... ¡Jamás! Te amo, Lucía —me dijo.

Me atrapó en su mirada cálida, encendiendo cada poro de mi piel y, a través de sus ojos de miel, me mostró la tormenta de sexo que se avecinaba.

Asentí. Tras aquellas palabras sólo pude acceder a sus deseos, ebria de anhelo. Me dejó allí, completamente desnuda y esposada al cabezal de la cama. Mi cuerpo estaba enloquecido de deseo. Notaba mi respiración entrecortada, mientras mis manos se aferraban al travesaño al que estaba atada. Sentía mi cuerpo ardiente, mi sexo latía con furia y aquel tiempo de espera tan sólo acrecentaba mis ganas de él hasta el infinito. « *¿Qué tipo de juego estará tramando?* », pensaba, mientras sentía mis muslos empapados de mi propio flujo.

Al cabo de unos minutos regresó y me dijo:

—Eres hermosa, Lucía. Muy hermosa... Necesitaba verte a través de la cámara en mi ordenador desde la otra habitación. Tenía que comprobar que confías al cien por cien en mí. Ahora no me cabe ninguna duda de ello, princesa. No has mostrado ni un poquito de temor o desconfianza hacia mí.

Aquello me sentó como una puñalada en lo más hondo del corazón. Yo confiaba

ciegamente en él, ¡y él me ponía a prueba! Era algo humillante y no pensaba tolerárselo.

—¿Qué cámara? ¿Qué estás diciendo? ¡Serás pervertido! Esto no habrá salido por la red... Porque te juro que si es así, en cuanto me sueltes las manos, ¡te mataré!

Aquello había sobrepasado todo límite. Me encontraba totalmente fuera de mí.

—Shhh... ¡Tranquila, fiera! ¿No piensas que un hombre como yo debe de tener el ordenador encriptado y bajo todas las medidas de seguridad posibles? —me interrumpió, dándome mordisquitos en el cuello, como si nada importante hubiese ocurrido.

—¡Eres un maldito enfermo! ¿Lo sabías? ¡Suéltame, ahora! —le grité, histérica.

Si no fuera porque tenía las manos esposadas, le hubiese dado un sonoro bofetón en ese preciso instante. Creo que él también se lo vio venir y por eso no me las soltó.

—¿Pero a que en el fondo te vuelvo loca? No me negarás que te da mucho morbo sentirte bajo mi poder. Eso me dicen todas... —me comentó de forma presuntuosa.

Él desconocía que, con aquellas palabras, se estaba metiendo cuesta abajo y sin frenos en la boca del lobo. Al oír eso, me enervé sobremanera. ¡Eso mismo se lo había hecho a todas! Yo no era alguien especial para él. Era tan sólo un trofeo más que añadir a su colección, una medalla más que colgar en su palmarés.

—¡Serás desgraciado! ¿Y yo qué soy entonces? ¡Una más de tus presas!

—Haces que suene mucho peor de lo que en realidad es, princesa. Yo te quiero mucho, Lucía. Pero no creerías que eras la primera mujer que visita mi cama, ¿verdad?

—No, por supuesto que no. No soy tan estúpida. ¡Ese no es el problema, pedazo de gilipollas! Pero para grabarme deberías haberme consultado antes. Y además, ¿quién demonios te crees que eres para ponerme a prueba? Con todo lo que estoy haciendo por ti, tendría que ser más que suficiente.

—Disculpa, princesa. No pretendía enojarte, mi amor.

Su voz, melosa y trémula, era una verdadera caricia para mis sentidos, pero no sucumbiría de nuevo a sus encantos así como así. Saqué la fiera que llevo dentro y le dije:

—Pues si es así, ¡no lo has conseguido! Y ahora, ¡suéltame de una maldita vez! Se me están entumeciendo los brazos. ¡Y estoy congelada! —le exigí, tiritando de frío.

El ardor y la necesidad abrasante de él se habían convertido en un frío témpano de hielo en un soplido. Y todo por su culpa, que había echado por tierra la magia de aquel momento.

—Está bien, Lucía. Jamás haré algo que tú no desees. Discúlpame —me pidió mientras abría las esposas.

—Demasiado tarde, ¡imbécil!... ¡Déjame sola! Ahora sólo quiero descansar.

Mañana hablaremos.

Deseaba tirarme de nuevo a sus brazos, pero quería hacerle entender que había hecho mal grabándome a escondidas. Esa noche ni tan siquiera dormiríamos juntos. Se lo había ganado a pulso.

—¡Está bien! ¡Dormiré en el sofá! No quiero incomodarte —cogió una manta del armario y salió de la habitación—. Tan sólo espero que puedas perdonarme.

Aquella noche no pude dormir, pensando en qué demonios estaba haciendo con mi vida y si merecía la pena jugárselo todo a esa única baza con sonrisa irresistible y cuerpo de Adonis. Pero al recordar la intensidad de su mirada, supe la respuesta: a través de sus ojos podía ver mi propio destino.

11

« *La paloma protesta contra el aire,
sin darse cuenta de que es lo único
que le permite volar* » .

Goethe

A la mañana siguiente decidí que, a pesar de morirme de ganas de comerle a besos, no podía sucumbir a sus encantos a la primera. Tendría que ponérselo difícil. Me levanté adormilada y al llegar a la cocina pude ver que había hecho tostadas. Nadie, a excepción de mi madre, me había preparado antes el desayuno. A pesar de que el gesto me encantó, no podía bajar la guardia tan fácilmente.

—Buenos días. ¡Te he preparado el desayuno, mi amor! —exclamó con dulzura.

En el fondo me parecía todo tan idílico que creí que continuaba soñando.

—No tengo hambre —le respondí, mirándole con resquemor.

—¿Aún estás enfadada conmigo, princesa? —me preguntó, tratando de meter por detrás de mi oreja un mechón que me caía sobre el rostro.

Le agarré con fuerza la muñeca y negué con la cabeza, indicándole que se detuviera. Y así, sin más, me fui al aseo, mientras mis labios me dolían de no besarle. Aún estaba enfadada con él aunque sabía que, más temprano que tarde, le perdonaría.

—Espera, espera... ¿Qué puedo hacer para que me perdones? Ahora estamos juntos en esto, ¿no? Pues no podemos seguir así.

« *¡Dios, qué guapo está!* », bramaba mi corazón en contra de mi razón. A pesar del poco tiempo que nos conocíamos, había un alto grado de conexión entre ambos. Él sabía qué armas tenía que usar para persuadirme y lo estaba haciendo, y eso era algo que me sulfuraba y me enloquecía a la par. Sus ojos, de un brillo nacarado, recogían el esplendor del jazmín en flor.

—Es que no entiendo por qué me tienes que poner a prueba... Yo no soy tu conejillo de indias, ¿sabes? Estás mal de la cabeza si piensas que voy a pasar por alto todas tus estupideces sin pedirte ninguna explicación —le recriminé mientras me desnudaba y abría los grifos de la ducha—. ¿Me has entendido bien? —le dije señalándole con el dedo, tal y como solía hacer mi madre.

Sabía que a la larga me convertiría en el *alter ego* de mi progenitora, muy a mi pesar.

—Soy un completo idiota y la única explicación que te puedo dar es que me vuelves loco, princesa. Me pones a mil desde el primer momento en que te vi.

El eco de sus palabras venció la distancia entre ambos. Su lengua poderosa y

juguetona se introdujo en mi boca, mientras su pene luchaba en el interior de los vaqueros por salir hacia fuera. Me odié por no poder seguir con la discusión y sucumbir otra vez a sus encantos sin reprocharle nada más. « *Ya habrá tiempo para discutir más adelante* », me dijo mi subconsciente. Simplemente, me dejé arrastrar por su poder de seducción, aunque después me fuera a sentir culpable por ello.

—¡Te deseo, Marcos! —Era incapaz de llamarle por otro nombre que no fuera el de Marcos. Al fin y al cabo, era así como le había conocido.

Él también se desnudó, preso de la misma locura y nos metimos juntos en la ducha. Era una columna de hidromasaje en la que abrimos todos los chorros de agua. Me senté en un pequeño asiento que había dentro de la cabina, tras la mampara semitransparente, y él se puso de rodillas y lamió mi sexo. Su lengua jugaba con mi clítoris en un baile frenético, hasta hacerme enloquecer.

De repente se puso de pie y acercó su pene erecto a mi boca. Me agaché y se lo comí con hambre y con lujuria. Un aura de humedad y perversión nos envolvía. Abrió un poco la mampara y cogió un preservativo que tenía preparado encima de un pequeño taburete. Se lo puso mientras yo le miraba como una niña expectante y juguetona. Me penetró de forma salvaje, mientras el agua resbalaba desde mis senos hacia mis ingles. Su rostro mojado era hermoso, aunque agresivo. Sostenía una de mis piernas con su mano y todo era demasiado resbaladizo. « *¡Qué no me caiga, por favor! ¡Qué no me caiga!* », pensé mientras mi cuerpo deliraba de puro placer. Sin previo aviso, sacó su verga de mi cueva, se quitó el condón y se corrió encima de mí, arqueando su cuerpo hacia atrás, regándome con su semen ardiente.

Cuando pude recuperar un poco la compostura, le dije:

—¿Quieres hacerme el favor de salir de aquí y dejar que me duche con tranquilidad, guapo? No creas que te voy a perdonar por un polvo de nada —le dije, mientras le daba una sonora palmadita en el trasero.

—Eres una provocadora, ¿lo sabías?

« *¡Mira quién fue a hablar!* », gritó mi yo interior más travieso y perverso, mientras ambos saboreábamos el momento entre risas.

Me maldije por no habérselo puesto más difícil, pero a su lado me convertía en un animal salvaje, incapaz de razonar.

—¿Quieres más guerra, nena? Mira que vuelvo a entrar... —me amenazó mientras salía y se enrollaba una toalla a la altura de la cintura, esbozando una media sonrisa en los labios. ¡Estaba tan *sexy!*

Me enloquecía cuando al reír se le formaban unos graciosos hoyuelos junto a las comisuras de los labios. Era lo más hermoso que había visto en mi vida.

—¡Estás loco! ¡Sal de aquí de una puñetera vez! —le dije, risueña y complacida, cerrando de un sonoro golpe la mampara.

Cuando acabé de ducharme, él estaba esperándome. Me abrazó y me besó, con exquisita dulzura.

—De todas las locuras que he hecho en mi vida, esta se lleva la palma —le dije, al tiempo que él me lamía la oreja.

—Define locura...

Su mirada, ansiosa y expectante, lo definía a la perfección. Cada gesto, cada palabra suya eran para mí una mágica provocación. Le amaba como nunca antes había amado a nadie, con la misma intensidad e ingenuidad de quien ama por vez primera.

—Tú, Marcos o quienquiera que seas. Tú eres mi mayor y más dulce locura.

Aquella mañana él me llevó al trabajo. Allí el ambiente estaba muy enrarecido por la muerte de Alice. La verdad es que a pesar del poco tiempo que llevaba trabajando allí, tan sólo un mes más que yo, Alice se había ganado la simpatía y el cariño de todos los compañeros. Al conocerla te encariñabas de ella desde el primer minuto y era muy extraño y doloroso ver su mesa y su silla vacías.

Pregunté por Susana, pero me comentaron que se había dado de baja por depresión. No me sorprendió porque ella y Alice eran uña y carne. Era previsible que Susana se encontrara muy afectada por la pérdida tan repentina y cruel de su compañera. Para ella debía de ser muy complicado de asumir y necesitaría tiempo para superarlo.

Los días siguientes en el trabajo fueron una tortura. Tenía una gran ansiedad, me sentía sola y aturdida, y miraba continuamente por la ventana, pensando en que tal vez alguien estuviera siguiendo mis pasos. Después de la inquietante conversación que había mantenido con Marcos no iba tranquila ni siquiera al cuarto de baño. Cualquier sobresalto me llevaba al borde del colapso. Pensé que al final terminaría en un psiquiátrico, si no lograba procesar lo ocurrido con algo más de calma. Acabé yendo al médico, que me recetó unas pastillas para mitigar mi acuciada ansiedad.

En uno de esos días, Mariano, un compañero de trabajo que había conseguido un ascenso, llevó a la oficina una botella de cava y unos pasteles para celebrarlo. Cuando la descorcharon me asusté pensando que se trataba de un disparo.

—¡Socorro! ¡Qué alguien me ayude! ¡Socorro! —vociferé, mientras me lanzaba al suelo y arrojaba la silla del escritorio contra el armario de las subcarpetas colgantes.

—Pero Lucía... ¿Qué haces? Es sólo un tapón de corcho. Como mucho te puedes hacer un pequeño cardenal, nada más. ¿Estás bien? —me dijo Mariano, atónito ante mi reacción desmesurada.

—¿Estás bien, chiquilla? Últimamente estás muy rarita—comentó Rosa, de

Contabilidad.

Cuando tomé conciencia de lo que acababa de hacer, quise que la tierra me tragase.

—Estoy bien... Sólo impactada... Por todo... —Me sentía ridícula y mis mejillas estaban ardientes, ruborizadas por aquella situación tan patética.

« *Estoy perdiendo la razón por completo* », pensé mientras sentía la mirada incriminatoria y de falsa compasión de mis compañeros justo detrás de mí, que murmuraban a mis espaldas, movidos más por el morbo que por la solidaridad:

—Dicen que vio a Alice, ya sabes... Colgando.

—Es que si realmente vio eso, es normal que esté traumatizada.

—Debería de cogerse la baja. Se le está yendo la olla.

—Estoy bien, voy un momentito al baño... —bisbiseé, sin demasiada convicción.

Pensé que me vendría bien refrescarme la cara, para intentar aclarar mis ideas y relajarme. Antes de entrar en el baño no pude evitar mirar hacia atrás e incluso, una vez dentro, miré por debajo de las puertas de los retretes hasta cerciorarme de que estaba a solas. « *No hay nada que temer. Son todo paranoias. Tranquila* », me dije.

Me lavé la cara, me mojé la nuca mientras miraba mi rostro en el espejo. No me reconocía. Tenía unas ojeras enormes, al no haber descansado ni una hora seguida en días; y estaba tan pálida como los azulejos que tenía detrás de mí, como si sufriera una extraña resaca pero sin alcohol previo.

Volví a mojar mi rostro, en un intento desesperado de mejorar mi aspecto y, de paso, sosegarme. Cuando me incorporé del lavabo me pareció ver una extraña sombra detrás de mí, reflejada en el espejo. Parpadeé aturdida y, de repente, una mano tapó mi boca y me arrojó contra suelo.

—Hola preciosa. Estás muy nerviosa últimamente. Debes saber que quien juega con fuego al final se quema... —me dijo un encapuchado, arrastrándome hasta la zona de los váteres, mientras notaba el filo de su navaja sobre mi cuello.

Forcejeé con aquel extraño tratando de escapar, pero era demasiado fuerte para mí. Notaba mi respiración acelerada porque su mano apretaba mi boca y mi nariz. Había venido a matarme. Era mi fin. De súbito, me arrojó contra el retrete, y un golpe seco atronó sobre mi frente, que casi me hizo perder el sentido. En ese instante escuché unos pasos acelerados aproximándose hasta la puerta. Tal vez alguien se hubiese alertado por el ruido de los golpes:

—¿Pero qué está pasando aquí? ¿Quién demonios es usted? ¿Dónde está Lucía?

—reconocí al momento la voz de Mariano.

El encapuchado, aturdido por aquel imprevisto y quizás por los casi dos metros de Mariano, salió huyendo por la ventana. Mi compañero enseguida vino hacia a mí, asustado.

—¡Lucía! ¿Estás bien? ¿Qué te ha hecho ese desgraciado? —me preguntó, presc del pánico.

En su cara aterrada comprobé que le importaba de verdad, incluso más de lo que ya suponía.

—Sí, sí, estoy bien. No pasa nada. Sólo estoy un poco conmocionada —le contesté, recomponiéndome.

—Estaba preocupado. Como tardabas en volver, vine a ver qué sucedía. Abrí la puerta y cuando le he visto he temido que te hubiera..., que te hubiera... —me dijo, casi sin aliento.

—No, no, tranquilo. No ha pasado nada —le repliqué con voz fatigosa—. No ha abusado de mí, si es lo que te estás temiendo. Tan sólo tengo algún golpe y aún me tiemblan las piernas de la impresión.

Mariano me abrazó para calmarme. Después de respirar hondo, continuó diciendo:

—Pero Lucía, ¿tenemos que llamar a la policía! ¿Y si a ese cretino le da por volver por aquí? Con lo que le ha sucedido a la pobre Alice y ahora esto...

—No, porque no ha pasado nada. Tan sólo querría robarme el bolso. Ya está. Era un ladrón de poca monta. Avisar a la policía sería una pérdida de tiempo porque no le harían nada y lo único que lograríamos sería que volviese más enfadado aún. Déjalo estar, ¿de acuerdo?

Mariano, con la mirada, me imploraba que le hiciera caso; pero yo, en primer lugar, tenía que contárselo a Marcos. Todo apuntaba a que ese hecho estaba relacionado con sus enemigos. Tenía que descubrir el grado de implicación de Marcos en el asunto.

—Tan solo me saldrá un buen moratón, pero nada que un poco de maquillaje no pueda arreglar.

—No sé... Pero todo esto no me da buena espina —me comentó Mariano con resignación—. Espero que estés segura de lo que estás haciendo. Puede ser peligroso si no damos parte a...

—No te preocupes, estoy bien... —le interrumpí de forma categórica, mirándole desafiante—. Además, mi chico va a venir a recogerme, y viene hasta la puerta. No te preocupes, de verdad. No hay por qué dar la voz de alarma.

—Ya... Bueno, tú verás. Estaré alerta, por si acaso...

Desde el primer momento Mariano había mostrado mucho interés en mí. Cada mañana me traía un café cargado recién hecho y me contaba lo solo que estaba y lo mucho que necesitaba a una mujer como yo a su lado. Yo, en cierto modo, me dejaba querer por él, ya que era un tipo muy detallista; aunque tan sólo tenía ojos para

Marcos. Quizás, si Marcos no hubiera entrado en mi vida, Mariano habría tenido alguna posibilidad.

Me dejaba cuidar por Mariano en el trabajo desde que Susana no había vuelto a aparecer por allí. Me gustaba contar con un verdadero amigo en la oficina, aunque sabía que él deseaba que mantuviéramos algo más que una simple amistad. Disfrutaba de la situación y me aprovechaba de ello. A menudo Mariano no se daba por vencido y me soltaba indirectas muy claras. Por ejemplo, si me veía comiendo un cruasán para almorzar, me decía a bocajarro:

—¡Quién fuera cruasán para que me comieras enterito! —Y tenía sus diferentes versiones: tostadas, napolitanas, etc., según lo que tuviera entre mis manos ese día.

Quizás aunque a otra le podía resultar un pesado, como lo decía con esa gracia andaluza que desbordaba por donde pasaba, me era imposible sentirme incómoda ante ese tipo de comentarios. Al contrario, me sentía halagada. Sin embargo, a Marcos le molestaba que me acompañara cada día a la salida del trabajo.

Aquel día, al terminar la jornada, Marcos me esperaba como siempre junto a su moto: radiante, hermoso, sencillamente perfecto. Al verle allí me volví a sentir segura.

Me acerqué hasta él y le di un sonoro beso, mientras Mariano murmuraba un tímido « *Hasta luego* » a mis espaldas. Cuando estuve cerca de Marcos tuve una fría sensación de alivio.

—¡Hola guapo! No sabes las ganas que tenía de verte.

—Yo también te he echado de menos —me respondió, seductor—. Uy, ¿qué te ha pasado en la cara? ¿Te has caído?

No le contesté y él no le dio más importancia. Me abracé a él, con unas ganas tremendas de romper a llorar. Entre sus brazos me volví a sentir plenamente protegida, como una niña cuando regresa al lado de su padre después de su primer día de escuela.

Aquella Harley Davidson se había convertido en nuestro único medio de transporte, desde que a nuestros coches les habían declarado siniestro total.

—¿No te hartas de tu perrito faldero? —me preguntó con sarcasmo.

—No seas así, cariño. Mi perrito faldero, como tú le llamas, hoy me ha salvado la vida, ¿sabes? —le recriminé, enojada.

—¿Qué? ¿A qué te refieres? ¿Qué te ha sucedido hoy? Me estás asustando —me dijo, desconcertado.

—Te lo contaré cuando lleguemos a casa. Ahora, acelera, ¿quieres?

Atónito y aterrado, Marcos hizo rugir la Harley, acelerando a fondo bajo el gélido presagio de que nada bueno había ocurrido. Mientras yo, ensimismada, me

aferré a su cintura y al apoyarme sobre su espalda noté que su corazón palpitaba con violencia. Respiré hondo y sentí que si estaba a su lado, tendría siempre el mundo a mis pies.

*« Desear no es querer.
Se desea lo que se sabe que no dura.
Se quiere lo que se sabe que es eterno » .
Rousseau.*

Al llegar al apartamento de Marcos le expliqué lo que me había sucedido aquella mañana en el trabajo cuando fui al lavabo.

—No puedes volver al trabajo. Saben quién eres y dónde estás. Te controlan. Puede ser muy peligroso —dijo, caminando a un lado y a otro de la habitación, nervioso—. Tenemos que huir. ¡Has de venir conmigo, princesa!

Una ígnea desazón emponzoñó mis sentidos. Mi razón imploraba que le dijera que no, pero mi corazón emergió de sus cenizas, más rebelde y enamorado que nunca.

—¿Qué narices pretendes? ¿Qué deje mi vida, así como así? No puedes convertirme en una fugitiva, de la noche a la mañana.

—Es el precio que tienes que pagar, si quieres estar conmigo, cariño. Lamento que aún no te hubieses dado cuenta —masculló, con el ceño fruncido.

Un gélido escalofrío surcó mi espalda. ¿De verdad quería dar todo por él? Tendría que abandonar mi empleo y mi nueva vida por alguien al que conocía desde hacía apenas dos meses, reflexionaba. Sería una locura, pero tal vez esa locura fuera la que daría sentido a mi existencia. Quizás era un sacrificio demasiado grande, pero lo cierto es que no imaginaba una vida en la que él no estuviera a mi lado. Sólo con tenerle delante me estremecía y mi adrenalina se disparaba hasta límites insospechados. Marcos era para mí el más potente de los afrodisíacos, mi droga más adictiva. Pero sentí pánico al asumir que mi vida se estaba complicando demasiado a gran velocidad.

—Veo que no lo tienes claro, princesa y no te culpo —me dijo, y al acercarse hacia mis labios leí en sus ojos su temor.

Marcos sabía que podría ser la última vez que estuviésemos juntos, si yo optaba por huir de él. En cambio, esa posibilidad no entraba dentro de mis planes y no me importaba lo que sucediese después.

—No debe de ser nada fácil para ti.

Su mirada cautivadora dictaminó en mí su sentencia: él era mi energía vital y sin él todo carecía y carecería de sentido. Aun así, decidí disimular mi decisión final por un poco más de tiempo. Su rostro denotaba un hondo sufrimiento interior, a pesar de que intentaba aparentar frialdad.

—¿Y qué esperabas de mí, Marcos, o Santiago, o quién demonios seas? Tal vez tú estés acostumbrado a estas cosas: a las amenazas, a las navajas, a los asesinatos... ¡Joder! Pero en mi mundo estos incidentes le ponen a una la piel de gallina. ¡No me culpes por ello! Ha sido horroroso, ¿sabes? —le dije, zarandeándole y estallando en un desconsolado llanto—. ¡Maldita sea!

—¿Has pasado mucho miedo, princesa? ¿No te habrá tocado ese hijo de la gran puta?

Marcos metió un mechón de mi pelo por detrás de la oreja, para poder verme bien la cara. Supongo que quería comprobar lo que me había hecho aquel energúmeno. Tan sólo tenía un golpe en la frente, por el que a buen seguro me saldría un gran cardenal, pero nada grave. Marcos trajo una bolsa con hielo y me lo puso justo en el lugar de la contusión. Tras una sensación punzante y dolorosa, noté un frío alivio. En las distancias cortas entre los dos surgía algo eléctrico. Pura química. Era una sensación de intensa atracción que hacía reaccionar nuestros cuerpos, uniéndolos sin que ninguno de los dos pudiésemos hacer nada.

—No, no, tranquilo. ¡Menos mal que Mariano llegó justo a tiempo! —le comenté.

De repente, al escuchar el nombre de Mariano, se alejó de mí, como si mi cuerpo le repeliera.

—¡Lo que me faltaba por oír! ¡Ahora saltas con ese lameculos!

En el fondo me divertía ponerle celoso con sólo nombrar a mi compañero. Me parecía surrealista que, después de lo ocurrido, él sufriera por una menudencia así. Además, después de la confianza que yo le estaba demostrando, era de ley que le exigiera lo mismo hacia mí. Así que, con toda la paciencia y calma que pude, le expliqué:

—Pero vamos a ver, guapo. Me estás pidiendo que te siga a ciegas, sin saber nada de ti, sólo confiando en esos ojos que me dicen que en ti está mi destino. Accedo, pero ahora tú dudas de mí y te pones celoso de un colega que, probablemente, me haya salvado la vida. ¡Es de locos! ¿No te parece? ¡Deberías de estarle agradecido! —le reproché.

Marcos suspiró y sacó un pitillo. Con manos temblorosas logró prenderlo. Miró hacia el suelo, tal vez tratando de encontrar las palabras más adecuadas, pero de su boca no surgió ninguna disculpa. Su mirada estaba ausente, desangelada. En sus ojos descubrí que era una persona enamorada hasta las trancas. De eso no me cabía ninguna duda. Mi corazón se aceleró, exultante y emocionado.

—¡Yo no estoy celoso, en absoluto! Tan sólo te pido que me creas cuando te digo que ir a trabajar al hospital es muy, muy peligroso para ti. Y eso no tiene nada que ver con ese pendejo de Mariano. ¡Ojalá él fuese nuestro mayor problema!

A pesar de estar discutiendo con Marcos, sabía que era una temeridad volver al

trabajo. El tipejo que me había asaltado sabía perfectamente quien era yo, quien era Marcos y había ido a matarme. Con una extraordinaria agilidad, aquel maleante había escapado ante la presencia de Mariano. Por el momento había salvado el cuello, pero la pregunta que me hacía era: ¿por cuánto tiempo seguiría a salvo?

Quizás la próxima vez, y a buen seguro habría una próxima vez, no correría la misma suerte. Porque el fuego con el que yo estaba jugando y del que me había hablado el encapuchado en nuestro encontronazo tenía un nombre de varón y ese nombre era el de Marcos. Pero mis sentimientos eran tan fuertes e intensos que hacían imposible que me alejara de él.

—Te seguiré hasta el fin del mundo, cariño mío. Ahora y siempre —le dije, mirándole a los ojos. Él pintó una sonrisa deshilachada en sus labios, complacido.

Una lágrima furtiva se arrojó por su mejilla de bronce. Ni tan siquiera se molestó en disimularla. Al fin, el chico duro también estaba bajando sus defensas y me mostraba sus sentimientos. Le besé con dulzura, intentando apaciguar su desazón.

—Gracias princesa. Gracias por confiar en mí. Encontraré una solución a todo esto, te lo prometo. Tan sólo he de hacer algunas gestiones.

Cogió su teléfono móvil e hizo algunas llamadas, a media voz y encerrado en el dormitorio. Solapé mi oreja a la puerta pero fui incapaz de escuchar nada. Cuando salió, después de casi una hora, me dijo:

—Ya está todo arreglado. Recoge tus cosas. Nos marcharemos esta misma noche.

Metí mis cosas en una mochila deportiva y me fui con él, sin hacer más preguntas.

Su mirada impúdica, intensa como el sol en un mediodía de agosto, ejercía sobre mí una fuerza devastadora que me impulsaba a seguirle sin más. No me importaba no conocer nada más de él. Sabía que aquel era un juego peligroso en el que había mucho que perder, pero era un juego al que ni quería ni podía renunciar: el juego del amor.

13

*« Puede uno amar sin ser feliz,
puede uno ser feliz sin amar,
pero amar y ser feliz es algo prodigioso » .
Honoré de Balzac.*

Así que decidí seguirle tal y como él quería: sin preguntas y sin exigirle ningún tipo de explicación, aunque me sentía una completa idiota por hacerlo. Tal vez ya no tuviera edad para enamorarme a ciegas de un hombre como Marcos, a lo mejor tendría que haber atendido a las mil y una razones que me exigían que me alejara de él, pero lo cierto es que mi corazón se encontraba atado al suyo y era demasiado tarde para tratar de liberarlo. Amarle me hacía sentir vulnerable y segura a la vez. Era una suprema e inquietante contradicción que me llevaba hasta la locura, pero que constituía a su vez mi única razón de vida.

Estaba claro que algo muy peligroso nos estaba acechando y ni tan siquiera sabía a qué me estaba enfrentando. Marcos mandó algún mensaje de texto a través del teléfono móvil, pero no tuve el valor suficiente para preguntarle qué o a quién estaba mandando esos mensajes.

Me encontraba absorta en mis propios pensamientos cuando un sonido estridente me sobresaltó. El timbre sonaba de forma incesante. Alguien llamaba a la puerta:

—Debe de ser Roberto, un colega. Viene a ayudarnos. Vente conmigo, muñeca. No hay nada que temer. Te juro que nadie te hará daño. Ahora, ¡vamos! —me dijo, cogiendo mi mochila y agarrándome del brazo.

Él sabía que le seguiría al fin del mundo con tan sólo una mirada o un gesto. Le amaba profundamente, de un modo tan irracional que ya no entendía una vida sin él. Me sentía como la protagonista de una película romántica en la que Marcos era mi galán, quien me cuidaría y me protegería de todo mal. Tan sólo deseaba que nuestra historia tuviera un final feliz.

Pero lo que más me asustaba era que la película era real. Mi vida se estaba volviendo una vorágine de luces y sombras que era incapaz de controlar. Aunque Marcos era mi timón, tenía la certeza de que ambos estábamos navegando a la deriva, directamente hacia un oscuro abismo.

—¿Quién es Roberto? ¿Me podías decir al menos a dónde vamos? Tendría que avisar en el trabajo.

No tenía ni idea de cómo debía de enfrentarme a la situación.

—Ya encontrarás otro trabajo. Tengo algo ahorrado y podremos sobrevivir

durante un par de años o más. Sólo tendremos que disfrutar de lo nuestro. ¡Vamos, Lucía! Créeme que no hay nada que temer. ¡No puedes decirme que no!

—Ya no sé ni lo que debo creer ni lo que no. En fin... Esto no tiene ningún sentido, ¿lo sabías, Marcos? ¿O Santiago, o cómo narices te llames? —le espeté, hecha un manojito de nervios.

—Mi vida siempre ha sido un sinsentido, preciosa y ahora tú formas parte de él. Si quieres estar conmigo, este es el precio que tendrás que pagar. Ya es hora de que te des cuenta de ello, princesa.

No entendía nada de todo lo que me estaba ocurriendo, pero la vida muchas veces es un río en cuya corriente tan sólo podemos dejarnos arrastrar. Recuerdo que ese era uno de los sabios consejos que me había dado Natalia el verano anterior, cuando tenía serias dudas de seguir adelante con Samuel. En aquel verano no podía imaginar el giro que daría mi vida en tan sólo unos meses. Si alguien me hubiera adelantado lo que el destino me tenía previsto, con toda probabilidad habría dicho que era imposible. En ese momento no sabía si seguir a Marcos sería la opción correcta o no, pero era lo que dictaba mi corazón, el cual siempre le había ganado la partida a mi razón.

De pronto, el interfono volvió a sonar. Marcos lo descolgó y sin dejar hablar al interlocutor que aguardaba en la entrada, le dijo:

—¡Ya bajamos, compadre! Tenga un poco de paciencia —pronunció de manera dulcísima, mientras le abría la puerta.

—¡Mi paciencia hace ya mucho tiempo que se ha acabado, Santiago! ¡No podrás esconderte de mí! ¡Te lo advertí, grandísimo hijo de puta! —bramó una voz grave, que subía velozmente por las escaleras.

De súbito, el rostro de Marcos empalideció y sus ojos hablaban por sí solos: ¡estábamos en grave peligro!

—Lucía, ¡es Walter! ¡Tenemos que huir! ¡Ahora! Deja aquí tus cosas y corre. ¡Viene a por nosotros!

Mi corazón me golpeaba en el pecho con sus latidos violentos. No podía dar crédito a lo que me estaba contando.

—¿Cómo que viene a por nosotros? ¿Y quién demonios es Walter? ¡Dime algo, por favor! —le inquirí, aterrada, precipitándome hacia la puerta en menos de un segundo.

—No hace mucho te hablé del cartel de los Boetti, ¿te acuerdas? Pues Walter es su líder —me respondió, con el rostro desencajado.

— ¡Madre mía, dónde me he metido! ¡Joder!

—¡Corre! ¡Vamos! Tenemos que huir. Es nuestra única opción —dijo apremiándome—. ¡No permitiré que nos cojan!

Unas tétricas carcajadas se escuchaban desde el rellano del piso de abajo. El tal Walter estaba ya muy cerca. Seguí a Marcos en dirección a las escaleras de incendio, con el amargo presentimiento de que aquella situación, tarde o temprano, no tendría un buen final. Mi amor por Marcos se había convertido en una seducción letal.

Me precipité escaleras abajo, mientras escuché como un sonoro golpe derribaba la puerta del tercer piso, justo donde estaba el apartamento del que habíamos salido segundos atrás a toda velocidad. Acto seguido se oyeron varios estallidos. Cuando asumí que eran disparos, un grito sordo emergió de mi garganta. Marcos tapó mi boca con su mano para evitar que mis nervios me traicionaran. Si no hubiera sido por su templanza y su ímpetu, no habríamos salido de allí con vida. Me miró fijamente a los ojos y supe que teníamos que continuar y que tenía que mitigar mis nervios.

Mientras corría por aquellas empinadas escaleras de metal, deseaba que todo aquello no fuera real, que fuese tan sólo un sueño del que pronto me despertase. Pero al mirarle y contemplar la belleza de su rostro y notar cómo latía mi corazón cuando él estaba cerca, asumí que todo era demasiado intenso para ser un sueño.

Escuchaba mi propia respiración agitada y empecé a temer que las fuerzas me fallaran. Por fortuna no fue así. Me concentré en no tropezar, porque si me caía podría ser letal para ambos. Cuando llegamos a la acera, pude ver un coche justo en la entrada. Ambos nos agachamos tras la esquina, ocultándonos de cualquiera que pudiera estar buscándonos.

—Debe ser el coche de Roberto —murmuró Marcos.

—¡Vamos! —le dije, lanzándome hacia el coche, sin tener muy claro quién era ese tal Roberto. Tan sólo sabía que era uno de los nuestros.

Era extraño, pero a su lado me sentía una mujer fuerte y segura, a pesar de todo el pavor que corría por mis venas. Mis pasos conseguían moverse a golpe de pura adrenalina.

—Espera, pequeña —dijo él, cogiéndome del brazo y haciendo que cayera hacia atrás, sobre el asfalto—. Probablemente Roberto ya esté muerto.

Un gélido grito emergió de mi boca cuando me giré y vi lo que había en la acera junto al portero automático de nuestro bloque de apartamentos. Marcos me cogió de la mano y me suplicó que fuera fuerte y que me callara, para que nadie nos descubriera. Sobre el suelo, un hombre robusto yacía en mitad de un enorme charco de sangre. Marcos me confirmó que se trataba de Roberto. Restos viscosos se desparramaban por la pared, por los timbres y por el suelo. Vomité, conmocionada al ver aquel entorno dantesco. Debieron dispararle justo en el momento en que nos llamaba por segunda vez. Quizás habría visto a alguien sospechoso. Tal vez incluso hubiese necesitado nuestra ayuda y nosotros no habíamos podido hacer nada por salvarle. Pero de nada nos serviría lamentarnos por él. Roberto estaba muerto y Marcos y yo

seríamos los siguientes si no nos dábamos mucha prisa en escapar de allí. Pero a su vez teníamos que ser muy cautelosos, porque cualquier fallo nos delataría y podría costarnos la vida.

Los ojos de Marcos, de un intenso color miel, me miraban con ternura, como si me estuvieran pidiendo perdón por haberme metido en mitad de aquella tempestad.

—¿Y qué vamos hacer ahora? —le pregunté, implorándole una respuesta.

—De momento escapar de aquí. Huiremos sea como sea. Saben dónde estamos. Saben quién eres. No permitiré que nadie te ponga la mano encima. Te lo prometo —y la fuerza de sus palabras ardía en el interior de sus pupilas.

Tal vez no hubiese futuro entre él y yo, quizás no existiera un mañana para nosotros, pero estaba convencida de que su destino y el mío estaban unidos para siempre. Nos aproximamos hasta el coche y observé varios casquillos de bala incrustados sobre la puerta del copiloto y del conductor. Quizás nos estuvieran vigilando, pero aun así seguimos hacia adelante porque éramos conscientes de que nos pisaban los talones.

—Entra por la otra puerta... ¡Agáchate y yo te cubriré, preciosa! ¡Y tranquilízate o harás que nos cojan, joder! —me ordenó, poniéndome su mano sobre mi cabeza, para que la mantuviese lo más abajo que pudiera mientras él empuñaba su recortada, oteando por detrás de mi espalda.

—Está bien... Está bien —respiré hondo, tal y como me enseñó mi psicóloga meses atrás, y me concentré en no pifiarla.

De súbito, un disparo furtivo impactó sobre la chapa del capó, cuando pasábamos junto al maletero. Un agudo grito surgió entre mis labios, de forma involuntaria. « *Está bien... Todo está bien* », me repetía para tranquilizarme.

—¡Vamos, preciosa! Pronto estaremos de nuevo a salvo.

Me subí al coche y me cobijé detrás de la guantera. Él entró por el otro lado y forcejeó unos cables que estaban debajo del volante y que debían de estar relacionados con el sistema de arranque del vehículo. Varios disparos más impactaron sobre el cristal de la ventanilla del conductor, hasta que estalló en miles de pedacitos. Yo apreté los ojos con fuerza, presa del pánico y escuché a Marcos murmurando « *Confía en mí, princesa* ». En un santiamén estábamos en marcha y a toda velocidad por la carretera N-332. Me incorporé, retirando los cristales que había sobre el asiento y comprobé que nadie nos seguía.

—Ya pasó todo, Lucía. Estamos a salvo... —bisbiseó—. Seguimos vivos, preciosa... —dijo, aún fatigado por la tensión máxima del momento—. ¡Lo conseguimos! ¡Formamos un gran equipo, princesa!

Atónita, tan sólo pude perderme en el dorado de sus ojos, tratando de dar algo de cordura a la vorágine de emociones que acababa de vivir. Marcos tenía algunos

arañazos sobre una de sus mejillas y algunos diminutos cortes provocados por el impacto de los cristales. Por fortuna, no revestían gravedad alguna.

—¿Estás bien? —me dijo, esbozando una leve sonrisa en los labios.

—Sí, supongo... No estoy acostumbrada a que casi me maten varias veces en un mismo día, pero vamos... ¡Bien! ¿Crees que nos hemos librado de ellos? —le pregunté, con voz temblorosa

—Eso espero... Justo debajo de mi asiento debe de haber una manta, por si tienes frío. Por cierto, ¿tienes hambre, princesa? En el asiento de atrás he visto que Roberto había comprado algo de comida para llevar en el restaurante chino. Creo que a él ya no le importará si nos la comemos nosotros.

Negué con la cabeza. Mis nervios me habían cerrado el estómago por completo. Me parecía increíble que mostrara esa frialdad ante la muerte de aquel pobre chico, el cual se suponía que era amigo suyo. No entendía cómo se había acostumbrado a ese tipo de situaciones.

—Me temo que ya no. Pobre... —murmuré, acongojada.

—Mi vida es así, pequeña. Espero que no te hayas arrepentido de la decisión que tomaste, porque ahora ya no hay vuelta atrás. Tú también estás en el punto de mira.

—No voy a alejarme de ti, si es eso lo que insinúas —musité, mientras observaba como se dibujaba una tímida sonrisa en sus labios.

Dejamos atrás las poblaciones cercanas a toda velocidad: Guardamar, La Marina, Santa Pola... Eran tan sólo un cúmulo de luces fugaces que se disipaban a nuestra espalda. Mi mano y la suya se unieron sobre la palanca de cambios. Un gélido silencio se alzó entre nosotros. Poco a poco comencé a relajarme e, incluso, eché una cabezadita mientras el alumbrado de la carretera se hacía cada vez más y más tenue, aunque no logré conciliar más que un sueño ligero.

Cuando giré la cabeza de nuevo hacia él, algo llamó poderosamente mi atención: su bragueta parecía a punto de estallar.

—Madre mía, ¿qué guardas ahí? —dije traviesa, pasándole la mano por encima.

—¿No te enseñaron en el colegio lo que tenemos los chicos? Creo que se da en primaria, ¿no?

—Te voy a enseñar yo lo que aprendí en el colegio. ¡Ven!

Bajé su cremallera y saqué su verga, acariciándolo mientras él conducía.

—¿Eso te enseñaron, mi amor? ¡Qué bueno! —dijo, aferrándose al volante mientras yo se la lamía como si se tratara de un helado.

—¿Te gusta, guapo? Espero que sí. Los dos necesitamos relajarnos un poco, ¿verdad que sí?

—Sí... Me vuelves loco, muñeca. Um... ¡Qué bueno!

Me sentía un poco mareada, pero ello me llevaba a deleitarme aún más en su

pene erecto. Era grande, poderoso y era todo mío. No me importaba si yo no era la primera que lo tocaba ni que gozaba de él. Ambos sabíamos que en aquellos aciagos momentos había un lazo invisible que nos unía, tal vez para siempre. O quizás el deseo había envenenado cada rincón de nuestros cuerpos, como la ponzoña más eficaz. Pero lo que más nos sorprendía era que esa peligrosa seducción había dejado paso al amor, sin que ni uno ni el otro nos hubiésemos dado cuenta de ello.

Arriba y abajo, arriba y abajo. Con premura pero con suavidad, le iba acariciando su glande, mientras su pene, agradecido, se agrandaba cada vez más. Lo besaba con dulzura y devoción, llena de deseo, pasión, frenesí, de locura en estado puro.

—Voy a parar en el arcén, pequeña. Espera, espera... Que no puedo más — comentó nervioso, parando el coche justo a la entrada de una de las urbanizaciones de Gran Alacant.

Y se corrió sobre mi mano, sin darle tiempo a ponerse el condón. Su semen fluyó impetuoso sobre mi rostro y sobre la alfombrilla del coche. Una risilla nerviosa salió de mi boca. Él me observaba entrecerrando los ojos, satisfecho.

—Menos mal que siempre llevo un paquetito de estos para las emergencias.

Saqué de mi bolso unas toallitas perfumadas para limpiarme. Me limpié la cara y las manos y le pasé algunas para que él pudiese asearse.

—Te recompensaré por todo esto, muñeca. Te lo prometo —me dijo, besándome en la mejilla.

—No prometas nada, guapo, que luego te tocará cumplirlo.

A escasos kilómetros de allí, en un descampado muy próximo al aeropuerto de El Altet, abandonamos el coche.

—No llegaremos muy lejos con un coche tiroteado, princesa. Llama demasiado la atención.

Me dijo que un contacto suyo que trabajaba en un “Rent a Car” del aeropuerto nos alquilaría un coche, fuera la hora que fuese. Así que bajamos del coche y Marcos sacó del maletero un bidón de gasolina que habíamos comprado por el camino, rociando por completo el vehículo. Nos alejamos varios metros, sacó su mechero Zippo, lo encendió y fijó la llama, arrojándolo contra el coche. El vehículo prendió en cuestión de segundos. De repente hubo una intensa explosión.

—Sigue hacia adelante, deprisa. Tenemos que alejarnos de aquí, ¡rápido! —me ordenó.

Al instante, se escuchó un nuevo estallido. El reflejo de las llamaradas iluminó nuestras sombras en aquel descampado. Marcos grito: «¡Corre!» y avancé a toda velocidad sorteando todas las piedras y baches con las me encontré. Minutos después, varias sirenas de policía y bomberos comenzaron a resonar en el horizonte.

Unos metros más adelante, cuando ya nos encontrábamos muy cerca del aeropuerto, Marcos cogió su teléfono y marcó el número de su contacto. Por fortuna, Richard estaba disponible y le dijo que en unos veinte minutos estaría allí. Su amigo nos entregó un nuevo vehículo justo en la puerta de « Salidas ». « *Lo quiero sano y salvo* », le advirtió cuando le dio las llaves de aquel 4x4.

—Descuide, compadre —le contestó.

Cuando salimos de allí, Marcos me confesó que estaba agotado y que necesitaba descansar.

—Han sido demasiadas emociones fuertes en un solo día. Yo también estoy destrozada —le respondí, mientras mis ojos también se entrecerraban por el cansancio.

—Voy a parar el coche detrás de aquellos árboles. Necesito dormir al menos una hora.

Giró el volante y se salió de la carretera, ocultando el coche detrás de unos pinos y matorrales. Allí éramos prácticamente invisibles. Si alguien nos descubriera pensaría que éramos una pareja joven, que se habría escondido para mantener sus primeras experiencias sexuales.

Un cielo sin estrellas ni luna nos sumía en la más absoluta y cómplice oscuridad. Él se recostó sobre mi hombro y mis dedos se extraviaron en su sedoso pelo. El roce de sus cabellos sobre mi rostro hizo desaparecer cada temor, cada miedo. Se durmió sobre mi pecho como si fuera un niño que vuelve exhausto tras corretear en el parque. Tantas emociones le habían dejado agotado, así le que acogí complacida sobre mi regazo. Pasé un pañuelo de papel por el interior del parabrisas empañado, para controlar lo que había en el exterior. Me pareció lo más prudente, dadas las circunstancias. Así pude comprobar que sobre la carretera comenzaba a llover. Irremediablemente, yo también me dormí, ebria de una amarga felicidad. Las gotas de lluvia fueron una nana que nos condujo hasta un dulce y placentero sueño.

Éramos dos olas que marchaban prendidas sin freno en el mar, sin miedo a que al final del camino pudieran estrellarse contra las rocas. Detrás de nosotros, un pasado oscuro. Delante, un futuro incierto y hostil. Pero el presente era sólo nuestro y eso era algo que ni él ni yo estábamos dispuestos a dejar escapar.

« Un verdadero espíritu de rebeldía es aquel que busca la felicidad en esta vida » .

Henrik Johan Ibsen

El alba se deshilachó sobre nosotros cuando llegábamos a una gran ciudad que no conocía hasta la fecha. Me había quedado dormida y me desperté en el momento en el que Marcos apagó el motor del coche.

Marcos me comentó que allí tenía un piso franco en el que nos podríamos ocultar, al menos durante un tiempo. Ese era el plan, nuestro único plan por el momento. Todo lo que había soñado durante mi vida se había hecho añicos sin previo aviso: un trabajo estable, un hogar, una tranquilidad económica, quizás formar una familia... Pero renunciar a todo ello no me importaba en absoluto, porque tenía claro que mi vida era él. Mis días eran pasionales, trepidantes y dulces como el almíbar que libaba de los labios de Marcos. Esa situación no la cambiaría ni por todo el oro del mundo.

—Abre los ojos, princesa. Ya hemos llegado —comentó, meneando mi rodilla izquierda, para que me despertara—. Bienvenida a nuestro punto de huida, el cual espero que podamos convertir en nuestro hogar.

Escucharlo de su boca me resultó hasta gracioso. « *Hogar* », dijo. Siempre había pensado en una casa con niños, un pequeño jardín y quizás un perro y no en un piso extraño, probablemente alquilado, en el que ocultarnos de un sicario colombiano. Pero estaba a su lado y no me importaba transgredir mis planes de futuro por él. Aunque, en el fondo, pensaba que estaba perdiendo la cabeza por completo.

—¿Dónde estamos? —pregunté entre bostezos.

No recordaba ni siquiera cuándo había vuelto a arrancar el coche. Mis últimos recuerdos eran de él tendido sobre mi regazo y la lluvia rompiendo sobre el cristal.

—En Valencia, princesa. De nuevo a salvo, como te prometí —murmuró, mientras enredaba un mechón de mi cabello entre sus dedos.

—¿En Valencia?

Sus ojos, que eran de oro líquido, emulaban los primeros rayos del amanecer. Era hermoso sentirle tan cerca. « *Le amo con locura* », pensé, « *sino, no tiene sentido que le haya seguido hasta aquí* ». No podía negar lo innegable.

Me bajé del coche muy preocupada ya que había llegado hasta allí prácticamente con lo puesto. No tenía ni ropa, ni cepillo de dientes, ni nada para mi higiene

personal. Tan sólo disponía de mi teléfono móvil, una barra de labios y mi malograda tarjeta de crédito. Se lo comenté y un ígneo desasosiego emponzoñó mis sentidos.

—Ven, vamos primero a desayunar —me dijo, mientras nos encaminábamos hacia una de las cafeterías que habían en una plaza ajardinada, próxima a la Ciudad de la Justicia—. Más tarde iremos de compras. Tranquila, princesa, que no te va a faltar de nada.

No me gustaba sentirme tan dependiente de él. Yo era una mujer autosuficiente económicamente y no iba a permitir que él me mantuviera. Mientras quedaran fondos en mi tarjeta de crédito, no consentiría que Marcos me pagase nada.

Tomamos mesa y me señaló donde se encontraba nuestro nuevo hogar, justo enfrente de la terraza del bar. Era un enorme bloque de pisos, en el que casi todos vivían de alquiler. « *Es ideal para pasar desapercibidos* », alegó Marcos mientras nos servían los cafés junto a un par de tostadas.

—Llamaré a Recursos Humanos. Diré que me tomo unos días libres, hasta que todo se solucione —le dije, pero él frunció el ceño, dejándome entrever que tal vez jamás pudiera regresar.

Me quitó el móvil de las manos y lo dejó sobre la mesa. Me agarró con fuerza de las muñecas y me miró fijamente a los ojos. Me parecieron tan inmensos y profundos que podría vivir en ellos. Se aproximó a mí y, a escasos centímetros de mi boca, dijo con dulzura:

—Tu vida empieza hoy de nuevo. No tienes nada de qué preocuparte. Te quiero, nena. Me has vuelto loco desde el primer momento en que te vi. Tienes que olvidarte del pasado, porque nos tenemos el uno al otro y eso es lo que de verdad importa. Jamás permitiré que te ocurra nada malo. Ven aquí, preciosa y deja que yo me encargue de reconstruir nuestras vidas. —Sus labios se unieron a los míos con una frenética danza de lenguas, presas de un frenesí desmedido.

No hicieron falta más palabras entre nosotros, ya que nuestras miradas hablaban por sí solas. Marcos tenía hambre de mí y yo de él. Nos devoramos llenos de deseo, de lujuria y de una pasión desmedida, sin ningún tipo de miramientos ni pudor, a pesar de que la cafetería estaba repleta de gente. Él pagó la cuenta y, en tan sólo un instante, subimos al apartamento; ya que teníamos una imperiosa necesidad de hacer el amor. Era un tercer piso, que tenía tan sólo dos habitaciones y un baño.

—Bienvenida a nuestro hogar —me dijo nada más entrar en la casa—. Prometo hacer que sea una estancia que jamás olvidarás.

No pude evitar que un gélido escalofrío atravesara mi espalda, tal vez porque percibiera cierto matiz oscuro en sus palabras. Decidí no darle más vueltas a mis temores y me dejé llevar por la situación.

En la casa había una cocina-comedor, presidida por una lámina enmarcada con el

rostro de Marilyn Monroe y un pequeño dormitorio, sin más mobiliario que una enorme cama y una pequeña mesa. No había ni siquiera un ropero, por lo que intuí que tal vez no viviríamos allí mucho tiempo. Lo más espectacular de la casa era el baño, en el cual había un gran *jacuzzi* y, en una esquina, una columna de hidromasaje. El baño era prácticamente igual de grande que el comedor. Me quedé prendada cuando entré por primera vez y lo descubrí.

Al ver mi reacción, él me preguntó con picardía:

—¿Quieres probar? Es muy excitante... A todas les gusta.

Un calor hiriente se adueñó repentinamente de mí. ¡Cómo podía tener tan poca vergüenza! Si se pensaba que me podría chulear, se iba a encontrar con la horma de su zapato. ¡Me iba a oír!

—¿Sí? Entonces, ¿esto qué es, tu picadero de Valencia? ¿A cuántas has traído aquí? —le pregunté, airada.

Sabía que yo no era la primera en su vida, pero escuchárselo decir con esa despreocupación y descaró, me parecía una falta de respeto y despertaba en mí un mar de dudas.

—A ninguna como tú. —Y ahí fue cuando todas mis defensas se vinieron abajo. Me desabrochó la camisa que llevaba, me comió los labios y metió su mano por dentro de mis pantalones—. Eres única, princesa.

Su mano tomó el mando en mi sexo, mientras caía presa de su mirada cristalina, una vez más. Yo le bajé los vaqueros, mientras él me ayudaba quitándose la camiseta. « *Ya habrá tiempo luego para las explicaciones* », reflexioné, mientras notaba que mis ingles se humedecían al tiempo que sus dedos jugueteaban con mis labios inferiores.

Él me arrancó la ropa interior, poseído por un salvaje e imperioso deseo de poseerme. Me excitaba lamiéndome mis pechos alternativamente, jugueteando con mis pezones y mordiendo mis labios con premura.

En un instante las burbujas nos estaban esperando. Sirvió dos copas de cava y se metió en el agua. Entre risas, pude ver como su enorme verga sobresalía por encima del agua. « *¡Arriba el periscopio!* », pensé, divertida.

—Ven, siéntate aquí —me invitó a situarme sobre su sexo.

Le hice caso, mientras deseaba que mi torpeza no me llevara a dar ningún resbalón, ya que mandaría al traste aquel momento tan especial. Por fortuna, mis movimientos fueron precisos y gráciles. Todo estaba funcionando a la perfección.

Me senté a horcajadas sobre él, mientras sus ojos entrecerrados me transmitían que estaba disfrutando tanto como yo. Me agarré firmemente a las dos asas que había en los laterales del *jacuzzi*, lo que me dio cierta seguridad y me permitió coger impulso. Sentí como mi clítoris rozaba su vello púbico y empecé a bombear sobre él,

en un furor *in crescendo*. Me arqueé hacia atrás. Todo temor había sido olvidado definitivamente, dudando incluso si alguna vez había existido.

—Eres una diosa, princesa —murmuró lleno de deseo, mientras se incorporaba para lamerme de nuevo los pezones.

En realidad, era así como él me hacía sentir cuando me tomaba: radiante, hermosa, como una verdadera divinidad. Se entregaba tanto a mí, complaciéndome en todos los sentidos, que era como llegar al paraíso de su mano.

—Seré tu diosa o lo que tú quieras que sea, Marcos. Pero siempre tuya —le repliqué mientras un ígneo calor subía por mi espalda, abrasándome y llevándome a enloquecer en una incesante marea de sensaciones a flor de piel.

Sólo jadeos y el vapor del jacuzzi se alzaron entre nosotros. Dentro y fuera del agua, proseguí con mi vaivén. El ritmo era trepidante. Me aferré a su cintura, con más fuerza que nunca, sabedora que un brutal orgasmo anunciaba su llegada. La realidad, húmeda y frenética, de repente dejó de existir. Tan sólo estaba mi ser explotando de puro placer, más allá de mi propio cuerpo. El suelo pareció ceder bajo nuestros torsos desnudos. Jamás había sentido nada parecido. La eclosión entre ambos fue impresionante y ambos saboreamos el momento con la efervescencia de quien vuelve a amar por primera vez.

Caí rendida a su lado, satisfecha. Él, por otro lado, se retiró el condón para correrse sobre mí. Su semen fluyó impetuoso y ardiente, derramándose sobre mi rostro y mis senos. Sencillamente, me encantó. Me sentí sucia y perversa, como la protagonista de una película X. Entonces él se sentó de nuevo a mi lado y me acercó la copa de cava.

—Por nosotros —me dijo alzando su copa, clavando sus ojos de avellana en mí, mientras yo hacía lo propio con la mía—. ¡Por un mañana juntos!

Era muy bonito oírle hablar de un mañana juntos.

—¡Qué así sea! ¡Por nuestro futuro! —repliqué, alzando también mi copa, pletórica.

Di tan sólo un pequeño sorbo, porque no quería emborracharme y el cava siempre me había subido como la espuma. Dejé la copa en la repisa que había justo a mi lado. Me recosté sobre el pecho de Marcos, mientras las burbujas continuaban con su atolondrado sonido a nuestro alrededor. Le miré de soslayo y pude detectar que se encontraba en otro lugar, mentalmente ausente. « *Qué no daría yo por descifrar el código de suspensamientos* », reflexioné. Deseaba interrogarle, saciar mis dudas haciéndole todas y cada una de las preguntas que albergaba en mi interior, pero decidí que lo mejor sería saborear aquel dulce momento a su lado. Tan sólo me dejé llevar por aquella efervescente y excitante sensación.

Sin previo aviso, un sonido familiar me devolvió a la realidad de golpe y

porrazo, sacándome de mi particular estado de ensoñación.

—¡Mierda! ¡Al final no he llamado al Departamento de Personal! —le dije cuando mi móvil comenzó a sonar de manera estridente, mientras en la pantalla parpadeaba la palabra “CURRO”—. ¡De esta me echan!

No entendía cómo podía haber sido tan irresponsable de largarme de Torrevieja sin haber avisado en el trabajo. ¡Era tan impropio de mí! Yo siempre había sido muy madura y consecuente en el terreno laboral y de repente, no sabía en qué me había convertido.

—No importa, preciosa. Yo me encargaré de que nunca te falte de nada.

Me enfadé por ese comentario tan machista.

—Bueno, eso te lo aclararé después. Espera un momento, ¿quieres? —le comenté, quitándomelo de encima.

Al hablar con mi jefa de departamento del Hospital, puse la primera excusa que se me ocurrió. Les dije que mi madre se había puesto muy enferma, de manera repentina, y que me había tenido que desplazar de inmediato a Madrid. Le pedí que me concediera unos días personales, asegurándole que regresaría lo antes posible. Cuando colgué me sentí aliviada porque había estado lo suficientemente convincente para que no sospecharan nada, o al menos la excusa serviría para ganar tiempo. Pensé que aquellos cursos que había hecho de adolescente en la Escuela de Teatro de Madrid habían dado sus frutos.

—Niña mala —comentó Marcos cuando colgué.

—No estoy para bromas —le dije, girando el rostro y alejándome de su mirada, para intentar relajarme.

Marcos estaba disfrutando viéndome en aquella situación tan surrealista. Me sentía segura y tranquila a pesar de irme con alguien a quien apenas conocía y, en cambio, me ponía de los nervios ante una posible sanción laboral. Aunque si lo pensaba con frialdad, nada en mi vida tenía demasiado sentido últimamente.

Dejé el terminal en un taburete que había junto al *jacuzzi* y vi como Marcos salía de allí, para secarse. Su cuerpo era propio de una deidad griega, como si una de esas estatuas, tan majestuosamente perfectas, hubiese cobrado vida. Era imposible no perder la cabeza por un hombre así. Se enrolló una toalla a la cintura, se giró y me dijo:

—¿No sales de ahí, preciosa? —Y mientras, mi mente gritaba « *¡Quién fuera toalla!* » .

Su pene luchaba por sobresalir entre el tejido. Era algo enloquecedor.

—Prefiero quedarme aquí, admirando el paisaje —le contesté, recostándome de nuevo hacia atrás y metiendo un instante la cabeza bajo el agua.

Una sonrisa astuta irrumpió en sus labios. Me derretí al ver de nuevo esos

hoyuelos tan graciosos que se le formaban junto a su boca cada vez que sonreía.

—¿Te gusta lo que ves? Me alegra saberlo, porque tú a mí me tienes loco, muñeca

—me dijo, acercándose hasta mí y dándome un ígneo beso en los labios.

Salí detrás de él y me lié una toalla alrededor del torso, la cual se cayó al suelo en el acto. En el espejo pude ver mi rostro enrojecido por el calor, mientras me afanaba en recuperar la toalla.

—No sigas provocándome, preciosa, porque te juro que no respondo —me comentó, disfrutando con mi torpeza.

—¡Calla, tonto! ¿Te encargas tú del café? Yo iré enseguida —le respondí coqueta, cerrando la puerta del baño para poder arreglarme con tranquilidad.

Cogí una camisa de Marcos que había perchada en la puerta y me la puse. Él, al fin y al cabo, la habría dejado ahí para ello, pensé. No me quedaba demasiado bien pero al menos era ropa limpia. Decidí prescindir de la ropa interior hasta que adquiriera alguna de repuesto.

Mientras tanto Marcos fue a la cocina-comedor y preparó café para los dos. Me dijo que se tenía que marchar a arreglar unos asuntos, pero que volvería a mediodía. No quise preguntar nada más, temiendo romper el hechizo de aquel maravilloso momento. Pero antes de marcharse le dije con visible inquietud:

—Espero que algún día puedas contármelo todo, Marcos.

—Algún día, pequeña. Algún día... —me comentó, dejando su mirada perdida en la nada—. Mientras tanto, te pido que confíes en mí. Nada malo te puede pasar. Nadie volverá a ponerte la mano encima, te lo prometo.

Observé como sus ojos ardían al pronunciar estas palabras.

Los días siguientes transcurrieron con relativa normalidad. Al principio temía salir a la calle, por lo que Marcos me aconsejó que llevara la recortada en el bolso, alegando que eso me daría seguridad. En principio me negué en redondo, pero al final accedí, pensando que era lo más prudente por mi parte. Al menos así podría dar algunos paseos por la zona, siempre y cuando evitara los sitios donde hubiera algún tipo de detector de metales o arco de seguridad.

—Lo siento, pequeña, pero además tendrás que evitar centros comerciales y lugares muy masificados. Hemos de evitar que alguien pueda reconocernos.

Eso me dolió aún más. No podía creer que ni siquiera pudiera ir al Centro Comercial “El Saler” que estaba a dos pasos de nuestra casa. ¡Con la falta que me hacía distraerme! Pero no era sólo por capricho, sino porque me urgía comprarme ropa y algunos artículos de primera necesidad. Aunque siempre podría acudir a las tiendas más pequeñas, lejos de centros comerciales, ya que allí no tendría ningún

problema. Sólo era cuestión de patearme la zona y seguro que habría un montón de comercios de barrio donde proveerme de todo lo que necesitara. Acepté a regañadientes, no me quedaba otra opción que hacerle caso.

Marcos desaparecía cada mañana a primera hora y no regresaba hasta cerca de las dos del mediodía. No podía evitar sentirme un poco sola en aquella parte del día. El hecho de que no me dijera a dónde iba me producía un gélido desasosiego, pero cuando trataba de indagar, tan sólo recibía evasivas o me decía que iba a resolver algunos asuntos y que regresaría pronto. A mí no me quedaba más opción que asentir, resignada.

Cada mañana salía a hacer *footing* por el Paseo de la Alameda, con el arma escondida en una riñonera. El hecho de llevarla encima me daba una aparente aunque inquietante seguridad. Me encantaba disfrutar de las zonas verdes que había junto al antiguo cauce del río Turia, así como pasear por los lagos artificiales que presidían la Ciudad de las Artes y de las Ciencias.

Los primeros días iba muy asustada, no me atrevía ni a ponerme los auriculares con música con tal de no bajar la guardia y cualquier sobresalto me aterraba: los frenazos de los coches, los gritos de los niños... Al final, en mis paseos decidí enchufar un viejo *compact disc* portátil que me encontré por el apartamento, porque no quería renunciar bajo ningún precio a mi propia libertad individual. Así, mientras disfrutaba de la música de un CD recopilatorio, me sentía orgullosa de poseer una fortaleza que ni yo misma era consciente de tener y que me permitía seguir adelante en mi nueva vida. Poco a poco me fui sosegando y decidí que aquella etapa tampoco estaba tan mal, después de todo.

Sin embargo, después de un par de semanas sin novedad alguna, a tan sólo una manzana de distancia de mi nuevo domicilio, una vez se había detenido la música del CD que estaba escuchando por enésima vez, un misterioso corredor se acercó a mí por detrás y me dijo con voz ronca:

—Es una verdadera pena que a una mujer tan hermosa le quede tan poco tiempo de vida...

Cuando pasó por mi lado, pude ver que llevaba el rostro cubierto por completo por un pasamontañas negro y una sudadera con una capucha ceñida al rostro. Un desagradable e intenso olor a sudor emanaba de aquel extraño.

—¿Quién eres? —pregunté, quedándome petrificada—. ¿Qué cojones estás diciendo?

Pero el corredor esprintó hasta un coche negro sin matrícula que le estaba esperando para huir, y giró a toda velocidad por Avenida Hermanos Maristas. Un gélido escalofrío traspasó mi espalda, mientras mis piernas flaqueaban de puro

pánico. Me precipité hasta el portal, temblando ante aquella nueva amenaza.

Al entrar en el *loft* llamé de nuevo a Marcos pero, tal y como pasaba cada vez que intentaba contactar con él antes de mediodía, lo tenía desconectado. Bajé todas las persianas, pensando en que tal vez me estuvieran observando desde alguno de los edificios colindantes. Respiré hondo, saqué mi pistola de la riñonera, le quité el seguro y la empuñé. Me senté en el suelo frente a la puerta y esperé, tiritando de miedo. Mientras enjugaba mis lágrimas, me odié porque ser cobarde era un lujo que no me podía permitir en aquellos aciagos momentos. Fui consciente de que la pesadilla tan sólo acababa de comenzar. De nuevo, nos habían encontrado.

« *El amor y el deseo son las alas
del espíritu de las grandes hazañas* »
Goethe.

Desde el póster, Marilyn parecía mirarme con desprecio, bajo un fulgor de misterio. En la parte de abajo había una frase de ella: « *Estás entre lo que quiero tener y lo que me da miedo tener* ». Era justo en ese punto donde se encontraba mi relación con Marcos. Me pareció que Marilyn me hacía un guiño desde el cuadro, o tal vez era que yo estaba perdiendo definitivamente la cabeza.

Horas más tarde, por fin regresó Marcos. Una fría sensación de alivio se adueñó de mí al verle llegar. Se asustó al verme tirada en el suelo, empuñando un arma y con los ojos hinchados de tanto llorar. Con voz entrecortada le expliqué lo que me había sucedido.

—A veces uno no puede huir de su propio pasado, por más que lo intente. Jamás hubo una segunda oportunidad para los hombres como yo —me dijo Marcos, con ígnea amargura.

Sus ojos, atónitos y derrumbados, irradiaban un excelso dolor. Una vez se enteró del gran susto que me había llevado, me agarró con firmeza, me abrazó y me llevó hasta el sofá. Sus áureas pupilas encandilaban mis sentidos.

—Jamás debiste enamorarte de alguien como yo —me dijo mientras me atusaba el pelo con dulzura, tratando en vano de rebajar la tensión que sentía en mi interior.

« *¡Cómo si se pudiera elegir! Pero es imposible no enamorarse de ti* », reflexioné. Tal vez nuestra historia de amor fuese un gran desatino, pero quizás el amor, en esencia, ya lo fuera. Pero también era cierto que Marcos, con tan sólo una mirada, me daba la vida. Para mí con eso era más que suficiente.

Desde que él había llegado, yo no podía parar de llorar. Me había tumbado sobre sus rodillas y le había contado con detalle lo sucedido con aquel extraño que me había amenazado en plena calle. Marcos desplegaba sobre mí su instinto protector, casi paternal. Si estaba a su lado me sentía como una niña junto a su padre: segura y sin miedo.

—Uno no elige de quién se enamora —le dije entre sollozos—. Y a pesar de todo lo sucedido, ¿sabes qué? No me arrepiento de nada —apostillé, incorporándome y mirándole a los ojos con determinación.

—¡Oh, pequeña! Eres tan dulce —me contestó, mordisqueándome el labio

superior—. Pero eres demasiado buena conmigo, ¿sabes? No te merezco.

Adoraba cuando, jugueteando, me mordía los labios, sabedor de cuál iba a ser mi respuesta más inminente: devorarlo con hambre, como si no hubiera un mañana. Sus labios eran la manzana prohibida a la que no pensaba dejar jamás de morder, en aquel Edén proscrito que era su cuerpo, cuando estaba cerca de mí.

Me tendí sobre su pecho y, de ese modo, pude sentir que nada malo me podría suceder mientras permaneciera a su lado. Finalmente, me relajé de tal forma que me quedé dormida. Cuando desperté, él se había marchado de nuevo y esta vez sin avisar. Me había dejado tendida sobre el sofá con una pequeña mantita cubriéndome las piernas. A través de una nota en uno de los imanes de la nevera, Marcos me comentó:

« He salido a arreglar unos asuntos. Por cierto, llamó tu madre pero no quise despertarte. Ella no tenía ni idea de quién era yo así que me he presentado como su yerno. Espero que no te importe. Deberías de llamarla. Parecía preocupada. Volveré a la hora de comer, pero no prepares nada » .

Mi sueño había sido tan profundo que ni siquiera el sonido del móvil me había despertado. Me horrorizaba pensar que mi madre pudiese estar al tanto de nuestra relación, porque como bocazas no tenía parangón. Ella y las cotillas de sus amigas se juntaban cada día para almorzar en el “ Almudena’s Cupcakes ” y allí se ponían al día de las vidas propias y ajenas. Eso era algo que me sacaba de mis casillas y que nunca había sido capaz de entender.

—¡Lo que me faltaba! ¡Podías haber mantenido la boca cerrada, Marcos! ¡Joder A ver qué demonios se supone que le tengo que decir ahora a mamá cuando llame.

El sonido de mi móvil interrumpió mi soliloquio. “Mamá”, anunciaba la pantalla luminosa parpadeante. Sabía que su enfermizo deseo de cotillear no le iba a dejar que transcurriera mucho tiempo hasta su próxima llamada. Tras respirar hondo y replantearme durante un instante si le contestaba o no, descolgué.

—Hola cariño. ¿Qué tal estás? Me tenías muy preocupada. ¿Por qué no te acuerdas nunca de llamar a tu pobre madre?

—Hola mamá. He estado muy liada últimamente. Lo siento —le contesté con voz trémula, viéndome venir los derroteros por los que continuaría su interrogatorio.

—No pasa nada. Te lo perdono, pero me tienes que contar todo acerca de ese tal Marcos, ¡y quiero detalles! —se entusiasmó—. ¿Cómo has conocido a ese hombretón? ¡Tiene una voz tan profunda y varonil!

—¿Y qué quieres que te cuente, mamá? Nos estamos conociendo, nada más...

Sabía que mi madre no se daría por vencida, así como así. Era una verdadera experta en tirarme de la lengua.

—Pero hija, hay que ver lo rarita que eres siempre para los hombres. ¡Si él ya se define como mi yerno! Y tú aún con esas retóricas de « nos estamos conociendo »

¡Por favor! Que a este paso te vas a quedar para vestir santos, cielo —me contestó, hambrienta de respuestas.

—¡Mamá, no empieces, por favor! Me duele la cabeza para aguantar ese tipo de monsergas. Cuando tenga alguna relación seria y estable, serás la primera en saberlo.

Era consciente de que Marcos era el gran amor de mi vida, no veía un posible horizonte más allá de él, pero no me apetecía dar a mi madre más detalles de los absolutamente necesarios, para que no fuera cotilleando por medio Madrid mi relación con él. Incluso podría ser peligroso que en ese momento se supiera nuestro paradero. Tenía que ser muy cautelosa al respecto.

—¿Estás bien, hija? Si tu madre sólo quiere que seas feliz... —me dijo en un tono más pausado.

—Sí, mamá, estoy muy feliz. ¿Y tú? ¿Estás bien?

Sabía que mi madre tenía un sexto sentido para detectar mi estado de ánimo, aunque yo no le desvelara una sola palabra al respecto.

—Sí, cariño. El otro día me encontré con Natalia, tu antigua vecina, en el Rastro. Me preguntó por ti y la verdad es que no supe qué decirle. Por eso te llamaba, corazón. Necesitaba saber que todo va bien, pero ya veo que sí —me dijo, tras la feliz sorpresa que había recibido al hablar con Marcos.

—Tranquila, mamá. Dile a todo aquel que te pregunte que estoy bien. Vuelvo a ser yo de nuevo y eso es lo que importa, ¿no?

—¡Cuánto me alegra oírte decir eso, hija mía!

—Mamá, te tengo que dejar... Tengo una enorme jaqueca y la batería del móvil se me está acabando.

—¡Qué extraño lo de tu móvil! Cada vez que te llamo se te queda sin... —le escuché decir, mientras apretaba el botón de “colgar”. No pude evitar reírme por lo que acababa de escuchar. De nuevo, me había pillado.

Subí la persiana y me asomé por el cristal. Normalmente me relajaba ver las zonas ajardinadas que rodeaban al apartamento. Me encantaba ver como la lluvia impregnaba el frondoso ramaje de los álamos y el agradable olor a flores y a tierra mojada que quedaba después. Era algo de ensueño. Pero esta vez recordé a aquel encapuchado que me había asaltado cuando regresaba de mi carrera matutina. Observé alrededor con cierto recelo, tratando de detectar alguna posible pista en el entorno, pero no había nada ni nadie extraño. Frente a mí, tan sólo había una pareja que se comía a besos detrás de un árbol y, de repente, sentí cierta envidia de ellos. ¿Podríamos Marcos y yo llegar a ser como ellos alguna vez? Pasear tranquilamente, acaramelados, disfrutando de nuestro amor sin tener ningún miedo, siendo tan solo dos enamorados que se cogen de la mano y saborean el momento. Definitivamente eso

era imposible, concluí.

De súbito, un oscuro pensamiento me asaltó: ¿y si el encapuchado me estaba observando desde alguno de los edificios colindantes? ¿Y si en esos momentos incluso me estaba apuntando con un arma? Ese estado de psicosis me llevó a bajar la persiana al máximo y cobijarme en el interior de la casa.

Decidí tomar un baño en el *jacuzzi*. Sería lo mejor que podía hacer para templar mis nervios. Sintonicé una emisora donde estaban poniendo música *chill-out*, me desnudé y me sumergí en un baño de burbujas. En un lateral de la bañera había unos botecitos de sales perfumadas que estaban intactos. Les quité el precinto y las eché en el agua. Gracias a aquella suave fragancia que impregnó la estancia y a la paz que despedía la canción del hilo musical, logré al fin relajarme. Estuve bañándome cerca de una hora, y cuando salí, me puse a ver la televisión del comedor.

Transcurrieron un par de horas más viendo telecomedias, una detrás de otra, y me empecé a impacientar. ¿Dónde demonios se habría metido Marcos? Decidí volver a telefonarle, aún a sabiendas de que sería en balde. Después de escuchar unas diez veces como aquella gélida voz femenina me comentaba que « *El teléfono está apagado o fuera de cobertura* », opté por desistir.

—A lo mejor ha tenido alguna avería en el coche, o quizás ha tenido que quedarse un rato más en el trabajo, donde quiera que sea que trabaje —me repetía de manera incesante en voz alta, tratando en vano de calmarme.

Era raro, porque normalmente llegaba a las dos del mediodía a casa, y eran las tres y media y aún no había vuelto. « *¿Y si le ha pasado algo?* », me gritaba mi subconsciente, mientras mi corazón comenzaba a crepitar, aterrado.

No, no, eso era imposible. Muy pronto Marcos aparecería por la puerta y me daría una explicación, reflexionaba, presa del pánico. Pero él no llegó hasta pasadas las cinco de la tarde.

Cuando abrió la puerta, mi corazón dio un vuelco. Su nariz chorreaba sangre y se había manchado la camiseta y el pantalón.

—¿Qué te ha pasado? ¡Oh, Dios mío! Tenemos que ir al hospital a que te vean. ¡Llamaré a una ambulancia! —exclamé al verle lleno de sangre por todas partes.

No sabía si tendría alguna herida importante, a nivel interno o superficial, o lo que hubiera sido aún peor, ¡un disparo! Por donde iba pasando dejaba un escandaloso reguero de sangre. Cogí mi móvil y marqué el 112, pero justo en el momento que iba a darle al botón de llamada, él me interrumpió diciéndome:

—Tranquila, sólo es un golpe en la nariz. Tranquila... No pasa nada. Estoy bien.

Me arrebató el teléfono e intentó apaciguarme sin conseguirlo.

—¡Pero mírate! ¿Quién te ha hecho eso? —pregunté, aún sin saber si en realidad deseaba conocer la respuesta—. ¡Serán malnacidos!

Cuando se acercó hasta a mí, observé que también tenía el labio partido. Me precipité hasta un pequeño botiquín que había en el cuarto de baño y cogí alcohol, algodón y gasas.

—Quizás deberíamos dar parte a la policía. No podemos quedarnos de brazos cruzados, porque un día pasará alguna desgracia mayor y puede que no tenga arreglo.

—¿A la policía, dices? ¡Ja! Eso sí que sería firmar mi propia sentencia. Me andan buscando, ¿recuerdas? —dijo mientras le ponía algodón mojado en alcohol en sus orificios nasales y ungía también con una gasa el corte del labio.

Mis rodillas parecían haberse convertido en gelatina, ya que mis piernas no dejaban de temblar.

—¡Oh, Lucía! Mi dulce y tierna Lucía... No va a pasar nada malo, pero el futuro es incierto, es sólo una ilusión. Disfrutemos del presente, pues.

—No me gusta que me hables así, Marcos. Me da miedo perderte —le ronroneé detrás de la oreja.

Noté como la piel de su nuca se erizó al notar mi aliento tan cerca. Estaba claro que el poder de atracción era algo recíproco entre los dos.

—Mira, preciosa. Yo te amo desde el primer momento en que te vi. Ya sabes que no soy ningún santo, pero tipos peores que yo los hay a millones. Puede que mi amor por ti sea lo único sincero y puro que hay en mi mundo, ¿no te basta con eso?

Mientras me afanaba en cambiarle los algodones, de nuevo me dio un hambre voraz de lamer cada rincón de su cuerpo. Pero dado el estado en el que se encontraba, decidí que no era el momento. Lo más prudente sería esperar.

Nos encontrábamos atrapados en una espiral en la que no veía la salida, si no era con los pies por delante. Era así de crudo y turbador. Había un enemigo al que ni tan siquiera éramos capaces de ver, al menos yo. Estábamos en clara desventaja.

—Ha llegado el momento de dejar de huir, preciosa. Ha llegado la hora de tomar las riendas de la situación.

El eco de su voz retumbaba en mi cabeza, que parecía haberse convertido en una siniestra cueva, la cual podría derrumbarse en cualquier momento.

Su mirada gélida dejaba translucir la gravedad de lo que nos estaba sucediendo.

—Marcos, no sé qué demonios me estás tratando de decir —le contesté, horrorizada—. Pero de momento tiene que verte un médico, porque el labio no para de sangrarte. No puedo contener la hemorragia y ya has perdido demasiada sangre.

—No podemos ir a ningún médico. En el botiquín también tengo una aguja quirúrgica y un hilo de suturas. ¿Serás capaz, princesa? Confío en ti —me dijo mirándome fijamente a los ojos.

«*Ay madre, me está pidiendo que le suture la herida*», reflexioné aterrada. Pero también era consciente de que yo era su única opción, no le podía fallar.

Y no lo hice...

*« Todavía está abierta la tierra
a las almas grandes » .
Nietzsche.*

—Eres toda una profesional, preciosa —me dijo justo en el momento en el que terminé y corté el hilo.

—No sé si me termina de gustar cómo ha sonado eso... —le comenté bromeando, pero él no pudo ni sonreír.

—Lo has hecho genial, princesa —contestó con satisfacción.

Escupió un mordedor que se había puesto en la boca para soportar el dolor. Era extraño porque, a pesar de tener prácticamente de todo en el botiquín, los calmantes brillaban por su ausencia.

—¡Calla, que aún me tiemblan las piernas! A ver... ¡Ya está! Al final no me ha quedado nada mal. Con un poco de maquillaje apenas se te notará —le dije, tratando de aparentar normalidad.

Me quedé mirándole fijamente, a la espera de una explicación más o menos convincente de lo que le había sucedido, de cuál era la causa por la que había regresado al apartamento en un estado tan lamentable. Pero fue en vano, porque él continuó como si nada hubiese ocurrido. No me dio explicación alguna.

—Por cierto princesa, tú y yo teníamos una comida pendiente, ¿cierto? ¡Pues vámonos! Nos lo merecemos más que nadie, ¿no crees? —me comentó, forzando una leve sonrisa en los labios, que se quedó en una extraña mueca. Supuse que debía de dolerle mucho.

—Mejor será que lo dejemos para otro día —sugerí, sintiéndome mareada por tanta tensión.

Lo de clavar la aguja sobre la carne una y otra vez, templando mis ánimos, me había impresionado sobremanera. No sabía cómo había sido capaz, después de mi fobia desmesurada a la sangre y a las agujas. Estaba orgullosa de mi propia valentía.

—Ya preparo yo por aquí lo que sea. Mejor será que primero me siente un poco.

Traté de que él se recostara sobre mis piernas, para que descansara y se relajara. En cambio, se incorporó e insistió en salir.

—No permitiré que tus manos de seda se lastimen en la cocina —me dijo, besándome con delicadeza en los nudillos.

Era increíble cómo me cuidaba, cómo se desvivía por mí.

—Vamos, princesa. No hace falta ni que te cambies. Así mismo estás preciosa.

Adoro tu belleza natural —prosiguió, dándome un leve mordisquito en el labio superior.

La verdad es que cocinar nunca había sido mi fuerte, y que también deseaba salir a distraerme un rato, aunque sentía verdadero pavor de volver a poner un pie sobre la acera. Me vino a la cabeza un poema de una joven ilicitana, que decía que el amor era una noria que te atrapa por su vértigo y brillantez, mas cuando gira ya no hay escapatoria. Así me sentía, como un pez atrapado en un río bravo que tan sólo podía dejarse arrastrar por la corriente; porque estaba irremediablemente enamorada de aquel hombre de tez morena y mirada áurea, que me había robado para siempre el corazón. Mi mente era un maremágnum de incertidumbres, pero Marcos tenía un poder de atracción sobre mí que me empujaba hacia él, sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo. Sentía sobre mí el más poderoso de los magnetismos.

—Vamos, te prometo que nada me va a alejar de ti. Nada —me dijo, mientras cogía las llaves de la entrada—. Además, a los dos nos vendrá bien tomar un poco el aire.

Aquella tarde bajamos a la calle para buscar un bar donde pudiésemos tomar algo de forma tranquila. Al final optamos por ir a uno que había justo en la esquina de la calle, ya que Marcos conocía al dueño. Habíamos dejado el piso, esa isla urbana en la que habíamos naufragado y que era el único refugio donde me sentía segura. Al pasear por la acera, todas las miradas que se cruzaban con la mía se me antojaban disparos. Además, cuando íbamos por la mitad del camino, nos sorprendió una feroz tormenta, obligándonos a refugiarnos debajo de la cazadora de Marcos, la cual se había quitado y hacía las veces de paraguas sobre nuestras cabezas.

A pesar de la carrera hasta el bar y de que él se reía al vernos empapados, mi corazón crepitaba de puro pánico. Pero después de la comida, y gracias a que él me trató con una ternura exquisita, conseguí relajarme. Sabía que no había nada que temer, mientras Marcos estuviera a mi lado.

*« La resignación
es un suicidio cotidiano » .
Honoré de Balzac*

Después de aquel día decidí que tenía que averiguar, fuese como fuese, a qué se dedicaba Marcos. De una vez por todas necesitaba conocer la verdad, saber a qué o a quiénes me estaba enfrentando; no para huir, sino por averiguar contra qué o de quiénes me tenía que defender. Pero ni siquiera sabía por dónde debía empezar a indagar.

Cada día Marcos se marchaba a trabajar a las ocho de la mañana y regresaba a casa cerca de las dos de la tarde; y se marchaba de nuevo a las ocho de la tarde y no volvía hasta pasadas las once de la noche. No podía estar trabajando en un empleo como en “El Malecón”, porque los horarios no cuadraban. Además, si así fuera, no habría tenido ningún problema en decírmelo, ya que de ese modo era como le había conocido y me había enamorado perdidamente de él. Así fue como me sedujo, con su *sex-appeal* de camarero y su estilo descarado de baile, en el que destilaba una sensualidad sencillamente irresistible. Se me antojaba aquella etapa muy lejana, aunque tan sólo distaba unos meses.

Por otro lado, estaba ese tal Walter con sed de venganza. Sin duda quería aplicar el ojo por ojo contra nosotros y eso era algo aterrador. Él era nuestro principal enemigo, pero era una sombra enorme y difusa que se alzaba ante mí, produciéndome un excelso pavor.

Mi instinto me decía que Marcos estaba actuando al margen de la ley. Era algo más que un mero presentimiento y en medio de aquel maremágnum de incertidumbres y temores estaba yo. Me sentía como una boya que flota en mitad del mar, y que se limita a contemplar lo que ocurre a su alrededor, sin poder hacer nada, sin tan siquiera tener opción a inmutarse.

No obstante, había decidido asomarme al abismo que suponía una vida a su lado. Era como si estuviese en una cornisa de un rascacielos, apoyada de pie junto a Marcos, cogida de su mano. A pesar de sentirme segura y protegida, no podía evitar sentir un vértigo poderoso y perturbador.

—¿Y por qué ha dicho que iba a dejar de huir? ¿Qué está pasando? —me repetía en voz alta, intentando ordenar mis pensamientos.

Pero cada duda, cada reflexión, me conducía a una nueva pregunta y a incrementar mi desasosiego. Era incapaz de llegar a ningún tipo de conclusión.

Aunque una cosa estaba clara: estábamos en peligro y seguro que había algo que yo pudiera hacer. Al menos tenía el deber de intentarlo por todos los medios y, para ello, lo primordial era conocer a mi enemigo. Esa sería mi prioridad absoluta: tenía que ponerle rostro, fuera como fuese.

Revolví cada rincón de la casa, tratando de encontrar alguna pista que me hiciera tener algún tipo de respuesta, pero todos mis esfuerzos fueron en vano. Allí no había nada que le diera un poquito de luz a aquel cúmulo de sombras en el que se había convertido mi relación con Marcos. Traté de encontrar algún tipo de documentación: algún recorte con alguna noticia relacionada, alguna foto o quizás un pasaporte... Pero desafortunadamente no obtuve ningún resultado.

De repente, mi teléfono móvil sonó, y mi cuerpo se estremeció al ver que era una llamada desde un número oculto. Dudé si cogerlo o no. Al final, me armé de valor y descolgué.

—Hola, mi amor... —Aquella voz me resultaba extraña y familiar a la vez. ¿Sería Samuel, mi ex?

—¿Samuel?... ¿Eres tú? —pregunté dubitativa, sin dar crédito a quien estaba

escuchando. ¡Cómo podía tener tan poca vergüenza!

Él asintió con un leve sonido gutural. Era increíble como, gracias a Marcos, había olvidado al hombre con el que casi paso por el altar, el cual me había roto el corazón tan sólo unos meses atrás. Para colmo, me mostraba su bajeza llamándome desde un número oculto, si bien era cierto que era la única forma de que yo le contestara; porque aún me sabía su número de memoria y, si lo reconocía, le habría rechazado la llamada o, simplemente, no le habría respondido.

—¿Qué quieres? Te dije que no quería volver a saber nada más de ti. De hecho, ya estoy viviendo con otra persona —le solté sin piedad, para que él se diera cuenta de lo que se había perdido.

Necesitaba restregarle que ya había rehecho mi vida. Era mi particular venganza por lo mal que me lo había hecho pasar.

« ¡¿Quién narices le habrá dado mi nuevo número al idiota este?! », reflexionaba. Pero en el fondo, tenía una ligera sospecha de cierta madre algo bocazas.

—Eso me ha comentado tu madre. ¡Cómo se puede ser tan...! —exclamó sin ningún tipo de reparo.

« *Mamá, ¡ya verás cuándoote coja!* », vociferó mi pequeño diablito interior, al confirmarse de pleno mi corazonada.

—¡Eres un miserable! ¿Cómo te atreves a llamarme para reprocharme nada, después de todo el daño que me has hecho?

No le consentiría reproche alguno. Desde luego, no era quien para hacerlo. Un oscuro instinto asesino se adueñó de mí. O tal vez era la explosión de demasiada tensión acumulada durante las últimas semanas.

En aquel instante culpabilizaba a Samuel de todo. Quizás si él no me hubiera engañado con Tania, nada de esto habría ocurrido y mi vida sería mucho más tranquila. Aunque también pensaba que eso hubiera hecho que Marcos y yo nunca nos hubiéramos conocido, y me habría perdido una serie de sentimientos y emociones que Samuel jamás habría sido capaz de despertar en mí. Aunque ahora el futuro lo veía tan negro como el mar en una noche sin luna.

—Yo pensaba que tarde o temprano regresarías a mi lado, pequeña; que podrías perdonármelo todo y volver conmigo. Tania y yo rompimos hace tiempo y yo no he podido olvidarte... Creo que nunca lo haré.

—Ese fue siempre tu gran problema: pensar que podías decidir por mí. ¡Nadie te dio nunca derecho a ello! Además, me la trae al paio que no me hayas olvidado, ya puedes ver que yo sí. ¡Jamás volveré a tu lado! ¡Nunca! —le espeté con toda la brusquedad que pude, para que le quedara claro de una vez y me dejara definitivamente en paz.

Noté cómo él rompía a llorar, justo en el mismo instante en el que yo le cortaba la comunicación. No me importó, porque ya nada me importaba de mi vida anterior. Ni siquiera albergaba odio alguno hacia a él, tan sólo quería que desapareciera de mi vida para siempre. Me sorprendí al descubrir que nada quedaba de mi época anterior a conocer a Marcos. Era como si hubiese nacido de nuevo el mismo día en que le conocí.

Regresé al punto en el que estaba antes de la llamada, como si nada hubiera ocurrido. Me tendí sobre la cama, abrazando la almohada. Sentí miedo, un gélido y absoluto pavor que me partía en dos. Temía que todo lo que nos estaba sucediendo no tuviese un final feliz, aunque bien es cierto que jamás creí que en la vida real existieran dicho tipo de finales. Empapé mi almohada de lágrimas, sintiéndome frágil y vulnerable. Sabía que de nada me serviría llorar, pero tampoco pude hacer nada por evitarlo. Al fin y al cabo, eran nuestras propias vidas las que estaban en juego.

No me asustaba el dolor físico, ni siquiera que acabaran con mi propia vida. Tenía miedo de perderle a él. Le amaba de un modo tan ilógico, sobrehumano y desenfrenado, que no quería vivir si Marcos no estaba a mi lado. Me asustaba al comprobar que ya no habría marcha atrás, a pesar de que mi razón me pedía a gritos que huyera de allí. Pero sabía que no tenía otra salida. No la había y sabía que ni tan siquiera intentaría buscarla.

« *No se puede huir de aquel que se convierte en tu propio yo* », me había dicho mi madre años atrás, refiriéndose a mi padre, al cual todavía hoy esperaba que

regresara a su lado. Supongo que él nunca sintió lo mismo por mi madre, pero por fortuna el amor que yo sentía por Marcos sí era correspondido. Aun así, en esos momentos me identificaba con mi madre más que nunca.

Decidí que lo mejor sería seguir a Marcos cualquier mañana, aunque no tenía ni idea de cómo hacerlo para no levantar sospechas. Quizás todo se circunscribía al cártel de los Boetti. En cierto modo estaba segura de ello, por lo que pensé que quizás en internet podría encontrar algún tipo de respuesta.

Tomé la determinación de que la mejor opción era ir al locutorio más próximo, donde podría usar un ordenador de forma anónima y así evitaría que pudieran rastrearne buscando algún tipo de dirección IP. Tendría que ser muy precavida porque en aquellas circunstancias no podía fiarme ni de mi propia sombra. Había visto uno de esos locales, no muy cerca de allí, pero recordaba perfectamente su ubicación. Nuestro enemigo podría estar acechando desde mi propio edificio o desde cualquiera de los bloques colindantes, por lo que me camuflé con una sudadera de Marcos con capucha y me encaminé hacia el locutorio, dispuesta a recabar toda la información que me fuera posible. Entré, cogí una cabina en la que introduje unas monedas, conecté el ordenador y tecleé en “Google” las palabras “Walter Boetti”, esperando para ver si aparecía alguna información en la pantalla.

Por desgracia mis temores se hicieron realidad y pude comprobar que todo lo que Marcos me había contado era la pura verdad. Un diario digital de Colombia afirmaba que Santiago Silvero, el nombre real de Marcos, había acabado con la vida de dos de los tres hermanos Boetti, Rafael y Oswaldo, unos cinco años atrás; y que en la actualidad continuaba en busca y captura. Perteneecía al cártel de los Silvero y, además, en varias ocasiones había estado en prisión en Colombia por tráfico de estupefacientes. También encontré una foto en primer plano de su Némesis: Walter Boetti. Sus ojos me miraban desde el ordenador de un modo desafiante, como si su mirada se hubiera fraguado en el mismo infierno. Sentí un gélido escalofrío surcándome la espalda.

No podía dar crédito a que Marcos, esa criatura divina que me había rescatado de mi propio abismo, fuera ese ser monstruoso que afirmaban las noticias. Pero al parecer ese era él: un delincuente incluido en la lista de los más buscados a nivel internacional. No me sorprendió, pero mi pregunta era: ¿hasta dónde estaba dispuesta a sacrificar por amor? ¿Era más seguro, incluso para él, delatarle? Tal vez estuviera algún tiempo en prisión, pero quizás ese sería el único modo de salvarle la vida, y de paso, salvar la mía. Era un mar de dudas. De lo único que estaba segura era del imán que me atraía hacia él, de una forma tan poderosa que yo no podía hacer nada por evitarlo.

No. No podía traicionarle e ir con el chivatazo a las autoridades; sobre todo,

porque no era capaz de amanecer ni un solo día en el que sus ojos no fueran lo primero que viera al despertar. Tal vez el juego del amor a veces era demasiado peligroso, pero estaba dispuesta a arriesgar. Tan sólo me quedaba seguirle a la mañana siguiente, para intentar averiguar a qué se dedicaba en las horas que no estaba en casa. Tenía que protegerlo en la medida de lo que me fuera posible.

Vi a través de la ventana que comenzaba a nublarse y como nuestra casa estaba a un buen trecho de aquel locutorio, decidí que lo mejor sería regresar aligerando el paso, antes de que se desatara una tormenta y me pillara a la intemperie. Algunos truenos se escuchaban desde el horizonte.

El paseo me resultó reconfortante, aunque no bajé la guardia en ningún momento. Temía que me estuvieran observando. Una tétrica soledad se respiraba a mi alrededor. Tenía un mal presentimiento, un glacial desasosiego emponzoñaba mis sentidos. Me aseguré de que nadie me siguiera, pero sabía que algo iba mal. Todo estaba impregnado de una siniestra calma.

Justo al llegar a mi domicilio, cuando me disponía a abrir la puerta de entrada, una sinuosa sombra surcó la pared lateral, detrás de mí. Sigilosamente, alguien se aproximó hasta mi espalda. Noté hasta su aliento erizando mi nuca. De súbito, sentí como mi cabeza se estrellaba contra el cristal del postigo, golpeándome en la caída con la manivela en las sienes. No vi a nadie, tan sólo se cernió sobre mí la más absoluta oscuridad.

*« ¿Qué es el infierno?
Yo sostengo qué es el sufrimiento
de ser incapaz de amar » .
Dostoyevski*

No sé por cuánto tiempo permanecí inconsciente, tal vez horas, quizás incluso días. Cuando abrí los ojos, una fría oscuridad cubría cada rincón de la estancia en la que me encontraba, la cual me era totalmente extraña. Un desagradable e intenso olor a desagüe y excremento me provocó el vómito. Ladeé la cabeza para no ahogarme y expulsé lo poco de comida que quedaba dentro mi cuerpo, hasta que un ígneo sabor a bilis abrasó mi garganta. Intenté incorporarme, pero me fue imposible. Algo me lo impedía. Tenía mucho miedo y una sed extrema, pero algo me decía que ambos problemas no estaban próximos a solucionarse, ni de lejos.

Un excelso desconcierto se adueñaba cada vez más de mí, a medida que iba recuperando la conciencia. Tan sólo tenía la certeza de que estaba tumbada sobre una tabla fría y tal vez metálica, como la camilla de un quirófano clandestino. Sentía frío porque me encontraba totalmente desnuda. No me podía mover, ya que algo me apresaba a la altura de mis muñecas, mis pies y mis muslos, manteniendo mis piernas abiertas. La tensión que soportaba cada uno de mis músculos era extrema y no podía hacer nada por evitarlo.

Un diminuto bicho correteó fugazmente a través de mis dos rodillas. Me oriné encima, destrozada y horrorizada por la impresión. Era terrible y humillante sentirme en aquella postura. Estaba expuesta e indefensa ante todo lo que me pudiera venir. Era lo más espantoso que jamás había vivido.

De repente, una pequeña luz roja se encendió, en lo que intuí que era la esquina de la habitación; y una puerta, que al parecer se encontraba enfrente de mí pero que la plena oscuridad me impedía atisbar, se abrió de par en par. La luz que entraba a través de ella me deslumbró, pero pude ver una alargada sombra humana entrando en la habitación. Era un hombre con melena larga y oscura, recogida hacia atrás, que debía de medir unos dos metros.

Aquel individuo encendió todas las luces y a mi lado descubrí que había una mesa con varios artilugios metálicos. ¡Aquello era una siniestra mesa de operaciones! Cuando le tuve cerca, enseguida le reconocí. ¡Era Walter! Le había visto en las imágenes de Google y su sola presencia me hizo estremecer.

Giró a mi alrededor, orgulloso de lo que estaba viendo, gozando con mi

vulnerabilidad, regodeándose en su maquiavélica obra maestra que era tenerme cautiva en semejante estado. Estaba completamente segura de que Walter no permitiría que saliera de allí con vida. Pensé que aquello era algún tipo de película *snuff* en la que, por desgracia, yo sería la protagonista. Horrorizada llegué al borde del colapso y empecé a aullar desesperada:

—¡Socorro! ¡Me van a matar! ¡Ayúdenme! ¡Qué alguien me ayude, por Dios!

Mi voz rasgaba mi garganta, porque tenía mucha sed, pero eso no aminoró mi empeño de que alguien pudiera escucharme.

—Shhh... Su mamá no le enseñó que no era bueno andar con malas compañías, mamita —preguntó Walter, mientras precintaba mi boca con cinta aislante.

Mis gritos pasaron a ser gemidos.

—¡Mire cómo lo puso todo! —exclamó, dándome una sonora bofetada.

Enchufó contra mí una manguera cuya presión era tal que me desgarraba la piel. Mi cuerpo temblaba y luchaba de forma incesante por liberarse.

—Tranquilícese, mamita. Si no, terminará por asfixiarse —prosiguió, acariciándome el rostro y sonriendo de forma malévola.

Al descubrir que la luz roja correspondía a una pequeña cámara de video, tuve la plena certeza de que iba a morir. Cogió un bisturí y lo llevó hasta mi yugular, y supuse que iba a seccionarla. Apreté los ojos, me negaba a ver aquel horror, pero él precintó mis párpados a mis cejas.

—No se quiera perder la función, mamita. ¡Ja, ja, ja!

Todo adquirió un matiz borroso y deseé que me despertaran de aquella horrenda pesadilla. Por desgracia era real y, con toda probabilidad, no acabaría nada bien para mí.

De repente, su mano apretó mi cuello, llevándome prácticamente a la asfixia. Deseé que me matara en aquel preciso instante, para acabar con aquel sufrimiento tan atroz. Cuando me soltó, estallé en un desconsolado llanto.

—Se me va a tranquilizar, ¿sí? Porque, aunque no lo crea, no es su vida la que quiero —su mirada de boa en ayunas era negra como la noche.

De mi boca tan sólo salían gemidos guturales, que morían en mis labios precintados. Sabía que era muy difícil que alguien pudiera escucharme. Aquello parecía una especie de búnker, que debía de estar totalmente insonorizado, pero no podía darlo todo por perdido. Aún no.

Mi cuerpo, agarrotado y dolorido, sacaba fuerzas de flaqueza y se retorció de manera frenética, tratando así de liberarse. Quería gritar, pero la cinta aislante no me permitía apenas respirar. La impotencia y la rabia de sentirme abandonada a mi suerte, me hizo enloquecer.

—Respíreme por la nariz, ¿sí? Porque si no, se me asfixiará y ninguno queremos

que eso pase. Con vos tan sólo pretendo pasármelo bien, muñequita.

De súbito, las maderas que había bajo mis extremidades se abrieron más, quedando mi cuerpo extremadamente tenso y formando una siniestra equis. Un gélido palpito me hizo temer lo que iba a ocurrir. Deseé estar muerta para no vivir la tortura que se me avecinaba. Walter se giró hacia la cámara, y con una voz diabólica dijo:

—Escúcheme bien, Santiago. Ahora vamos a ver si es cierto que la quieres, huevón. Haré esto cada día las doce en punto de la noche. Lo grabaré y se lo enviaré por correo electrónico, ¿sí? Sabe perfectamente donde estoy, ¿no es cierto? Pues a partir de la semana próxima, le empezaré a mandar a su putita en pedacitos, ¿me oíste? Lo de Valeria fue tan sólo... ¿Cómo dicen acá?... Un daño colateral... ¡Debiste avisarme de que ella era tu nueva zorra! ¡Ja, ja, ja! —le recriminó, señalándome.

« ¡Valeria está también muerta! ¡Maldito hijo de puta! ¡La ha matado! », exclamaba mi subconsciente y algo me decía que yo sería la siguiente. Mis peores temores se estaban haciendo realidad. Los ojos de Walter ardían, llenos de locura, mientras disfrutaba repasando las correas que ataban cada una de mis extremidades y me rozaba con el bisturí por todo el rostro. Deseaba escapar, huir de aquella lenta agonía que padecía en aquella espantosa celda. Pero no podía hacer nada, absolutamente nada, salvo sufrir y retorcerme de dolor.

Walter quería atraer a Marcos hacia él y yo iba a ser su moneda de cambio ¡Yo era el coste que tenía su vida! Presa del pánico, mis latidos eran ya audibles y mi respiración acelerada y entrecortada.

—Ahora, no me haga perder más el tiempo y venga acá, maldito hijo de puta — prosiguió—. O su vida o la tuya, ¿de acuerdo, Santiago? Ese es el trato —dijo señalando hacia la cámara, desafiante.

De súbito se giró hacia a mí. Su mirada me mostró todas las perversas posibilidades que le rondaban por la cabeza, aunque tenía la certeza absoluta de lo que iba a hacer. Y no me equivoqué ni un ápice.

—Y ahora veamos si de verdad la quiere este huevón.

Con un solo movimiento me introdujo su pene. Me violó de forma salvaje, haciendo arder mis entrañas. Con una mano me cogía el cuello, tratando de asfixiarme, y con la otra me abofeteaba para que no perdiese el conocimiento, aunque hubo ciertos momentos en los que dudo si lo llegué a perder. Mi voz rasgaba en mi garganta. Me deshacía entre bramidos, mientras notaba cómo se desgarraba mi interior. Quería liberarme, pero las mordazas me tenían apresada y su mano me oprimía con fiereza la yugular. Fue el momento más humillante y doloroso de toda mi vida.

En aquel preciso instante deseaba morir, no quería sufrir aquella tortura tan atroz y cruel por más tiempo. Además, Walter era un monstruo despiadado que no

permitiría que saliera de allí con vida, ni a Marcos tampoco.

Pero sobre todo me horrorizaba pensar que Marcos podría morir por intentar rescatarme. Le amaba más que a mi propia vida y sólo quería seguir viviendo si él estaba a mi lado. Así que deseaba ser yo la que muriese. La despiadada sonrisa de Walter fue lo último que vi antes de desmayarme.

Cuando me desperté, mi cuerpo ardía como si le hubiesen prendido fuego. Aquel suplicio era inhumano. Mi cuerpo me abrasaba por cada rincón, mientras mis piernas ateridas y rotas de dolor, se entumecían y sufrían terribles calambres. Parecía que me hubieran arrancado la piel a tiras. No podía moverme y, de tantos golpes, me encontraba en carne viva. « *¿Y qué demonios es eso que me correteapor la pierna?* » . Me horroricé al pensar lo que podía ser y empecé a contorsionarme para expulsar al animalejo de mi rodilla. Era una rata que tampoco se daba por vencida. Tras varios mordiscos en mis extremidades, emitió un chirrido y me la pude quitar de encima, aunque no sabía por cuánto tiempo. Desde cada incisión que me había hecho el roedor en las piernas brotaban diminutos ríos de sangre que parecían dibujar, con líneas escarlata, el mapa de mis venas. « *Con un poco de suerte, me habrá transmitido algún tipo de enfermedad que acelerará mi propio final* » , anhelé, rota de dolor.

Mi boca se encontraba aún tapada, pero no con el precinto, sino con un trapo que tenía un sabor amargo. Traté de chillar para pedir socorro pero fui incapaz de emitir ningún sonido y comprobé que mi cuerpo continuaba sin poder moverse. Estaba entumecida, muerta en vida. Notaba como varios regueros de sangre surgían desde mis muñecas hacia las axilas, abrasando todo a su paso.

Las horas pasaban lentas en aquella pocilga en la que me tenía confinada. Parecía que el tiempo se había detenido, aunque me estremecía al pensar que en tan sólo unas horas aquel desgraciado volvería a por mí.

Esa macabra realidad se convirtió en una horrible rutina. Día tras día, Walter enchufaba la cámara y me violaba salvajemente. Las últimas veces ni tan siquiera me quedaban fuerzas para oponerle resistencia. Cerraba los ojos y me resignaba a la tortura. Mi hora se iba acercando, lo presentía. Mi cuerpo era como un vaso roto que cae fortuitamente en un antro, y al que nadie se molesta ni siquiera en barrer.

Cada día un encapuchado entraba, me esposaba las manos a la espalda, y me incorporaba el torso sin soltarme las piernas. En aquella postura tan forzada e incómoda me daba de comer un poco de pan y un zumo. A través de los agujeros de su capucha podía ver unos ojos de color azul intenso, ebrios de un odio enfermizo hacia mí. De inicio me negaba a comer, aunque al final aquel desalmado me obligaba a pegar algún bocado.

—¿Por qué a mí? Ayúdame, por favor... —le imploraba, con las escasas fuerzas

que me quedaban—. ¡Se lo suplico! Ayúdame, por favor.

—¡Traga, maldita zorra! ¡Déjate de gimoteos y traga...! Si no quieres morir de hambre... Traga.

—Si me ayudas a escapar, te juro que te recompensaré. ¡Te daré lo que me pidas!

Fingía engullir algo, para que me dejara tranquila, pero en realidad guardaba la comida dentro de mi boca para escupírsela al instante a aquel desalmado que se negaba a salvarme. Al final, presa de mi agotamiento y dolor, dejaba de forcejear y me rendía. Sabía que todos mis esfuerzos eran en vano. No entendía cómo podía haber llegado hasta ese punto, pero no tenía fuerzas para luchar más. Me negaba a comer, pensando que así aceleraría el proceso que me conduciría de manera inexorable hasta mi propia muerte.

—No quieres comer, ¡pues no comas! ¡Qué te jodan! —me decía aquel encapuchado, abofeteándome una y otra vez el rostro, para terminar extendiendo de nuevo mis brazos en forma de te mayúscula, amordazándome también la boca, antes de abandonar aquella habitación en la que me encontraba presa.

Pero lo peor estaba aún por llegar. Uno de aquellos fatídicos días, Walter entró armado con aquel maldito bisturí y me dijo:

—Estoy harto de sus quejidos, mamita. Le voy a dibujar una sonrisa, una enorme sonrisa de payaso, porque a mí me gusta que las mujeres me sonrían.

Noté el frío de la cuchilla señalando desde mis mejillas hasta las comisuras de mis labios. Todo mi cuerpo empezó a temblar, moví mi cabeza de un lado a otro tratando de esquivarle, pero él sacó dos nuevas correas desde debajo de la camilla y las aferró a mi cuello y alrededor de mi frente, dejando mi cabeza inmovilizada por completo. Definitivamente, todo estaba perdido.

Primero cerré los ojos con todas mis fuerzas, mientras sentía el frío acero metálico sobre mi cara. Walter era un monstruo sádico que no se apiadaría de mí. Luego llegó el pinchazo, agudo, penetrante. Noté un intensísimo dolor, mi propia carne desgarrada y cómo mi sangre ardía sobre mi rostro. Lloré. Y lo hice con tanta intensidad que creí que mi cabeza terminaría por explotar.

Walter no se inmutó ante mis alaridos. Era un ser desalmado y cruel, que disfrutaba más cuanto mayor era el sufrimiento que infringía a sus víctimas. Cuando terminó de rajarme la cara, y mientras observaba como la sangre brotaba a borbotones desde mi rostro, tuvo la frialdad de sacar una cámara de fotos y retratarme. Entre carcajadas, se alejó finalmente de mí, diciendo:

—Así está mejor. ¡Púdrete, zorra!

Continué sollozando mientras mi sangre impregnaba ya hasta mi nuca. Hasta que, agotada, me quedé dormida.

Mi mente aullaba que había sido una idiota al creer tan ciegamente en Marcos. No iba a venir, no llegaría a tiempo y pronto moriría. Había sido una estúpida por amarle de aquella manera tan sobrehumana. Tal vez él no estaba dispuesto a darme todo por mí, y no podía culparle por ello. Había perdido toda esperanza de salir de allí con vida. Una gélida respiración entrecortada azuzó de forma repentina mi cuerpo. Supe entonces que mi final no estaría muy lejos.

Me acordé de todos los que alguna vez habían estado a mi lado: Natalia, Alice, Valeria... Incluso de Samuel y Tania, porque ya era incapaz de sentir odio por ellos, sólo lástima. Pero sobre todo lo sentía por mi madre, por lo que iba a sufrir cuando se enterase de que su única hija había muerto. Su vida iba a quedar sumida en un inmenso y profundo dolor. De algún modo, ella también moriría cuando se enterase. No se merecía pasar por un trance así, pero me temía que sería algo inevitable.

En aquellos instantes era un ser exánime, sin más voluntad que la que tenía para seguir llorando. Sabía que mi fin, si Marcos no llegaba a tiempo, era casi inminente. En ese momento tan sólo pensaba en la manera de dejar de sufrir y morir sin tanto dolor.

Mi cuerpo se deshacía lentamente, desmadejándose sobre aquella fría tabla de metal. Mi pelo se adhería por cada rincón de mi rostro y mi espalda. De la comisura de mis labios emergían dos regueros de sangre reseca y mi boca era dos enormes costras. Mi realidad era un excelso claroscuro, una pesadilla que se prorrogaba más allá de despertar. Un dolor seco quebraba mi garganta, rota de tanta sed.

Los recuerdos se agolpaban a mi alrededor y me costaba distinguir entre lo que era real y lo que se trataba de tan sólo una alucinación. De repente, mi cuerpo se rindió a una cálida y brillante oscuridad. Una dulce sensación de calma invadió mi interior. Supuse que el juego había terminado y que había perdido la partida de forma definitiva.

Lo siguiente que recuerdo fueron unos golpes. El sonido de varios disparos hizo que se me helara la sangre. Me desperté en aquel lecho de dolor y podredumbre, de cuyas ataduras no lograba zafarme. Intenté abrir los ojos y hasta parpadear me costó un esfuerzo sobrehumano. Pero de repente, Marcos estaba frente a mí. Pensé que había muerto y que lo estaba soñando, o recordando, tal y como dicen que sucede en el instante justo de la muerte. Pero no: yo continuaba con vida y él era real. Marcos estaba allí y había venido a rescatarme. Estallé en un estrepitoso llanto.

Sus ojos, al verme en un estado tan deplorable, lloraron también.

—¡Cariño! ¡¿Qué te han hecho?! Maldito hijo de la gran puta. Tranquila, no podrá hacerte más daño... ¡Vida mía, lo siento tanto! —murmuraba mientras me destapaba la boca y me liberaba de las correas que aferraban mis manos—. No debí dejarte sola... ¡Oh, mi pequeña!

Al tenerle tan cerca, de nuevo pensé que no era real, que era tan sólo un espejismo fruto de mi deseo de volver a verle. Pero de repente alguien se deslizó detrás de él. Se escuchó un nuevo disparo, que resonó en mis sienes. Era Walter que, aunque estaba herido de muerte, no se daba por vencido.

—Al fin te... —El tiro alcanzó a Marcos en el hombro, mientras Walter se desplomó en el suelo.

—¡Púdrete en el infierno! —Marcos se giró sobre Walter y le vació todo el cargador—. Nunca más nos volverá a hacer daño, vida mía. ¡Nunca! Te lo prometo —murmuró, besándome en el pelo—. Te quiero, princesa.

—Pero... Y el otro... ¡El otro! —Temí que el encapuchado que se encargaba de alimentarme pudiera volver.

—Está muerto. Los dos lo están... Ahora descansa. Te llevaré a un hospital —me dijo, terminándome de liberar, mientras se hacía un torniquete con su propia manga de la camisa para controlar su hemorragia del hombro.

—¡No! ¡Nos cogerán! No puedo ir a un hospital...

—Tú no tienes por qué pagar mis deudas —le escuché decir, justo antes de que la oscuridad se cerniera de nuevo sobre mí.

Vencida y exhausta, me abandoné a un dulce y placentero sueño.

19

*« Algunas personas nunca enloquecen.
Tendrán unas vidas realmente horribles » .*

Charles Bukowski

Cuando volví a despertar, estaba sola. El cuerpo me dolía tanto como si me hubiera atropellado un camión. Me encontraba tendida sobre una cama extraña, pero al fin estaba libre. Me sobresaltó la imagen de una sombra sentada en una silla, con la espalda apoyada sobre la puerta. Sobre mi boca, un desagradable sabor a medicamento se adueñaba de mis sentidos. De inmediato comprobé que también llevaba una mascarilla de oxígeno puesta.

—Creo que se acaba de despertar —dijo aquel extraño, ladeando la cabeza sobre un hombro. Más tarde asimilé que era un policía hablando por su teléfono móvil, o quizás a través de un radiotransmisor.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?... —pregunté, aterrada.

Miraba a un lado y al otro de forma frenética, temerosa de que mi calvario aún no hubiera acabado. Me arranqué la mascarilla y la lancé contra la ventana que había enfrente de mí. Por fortuna, a mi alrededor tan sólo habían las cuatro paredes de lo que parecía ser una fría habitación de hospital.

—Pequeña, ya ha pasado todo. Estás a salvo. No tienes nada que temer. Yo soy de los buenos... —me dijo, mostrándome su placa de policía—. Estás en un hospital. ¿Lo ves? —Me mostró un gotero de sangre que pendía sobre mí, y que trazaba una línea granate que iba directamente hasta mi brazo derecho.

«¿Y Marcos? ¿Dónde estará? ¿Estará bien?», me preguntaba aunque sabía que debería guardar silencio para no delatarle.

—Esto te relajará —me dijo una enfermera que acababa de entrar la habitación, acariciando mi rostro con dulzura y poniéndome una pastilla debajo de la lengua.

La enfermera le pidió al policía que abandonara la habitación, al menos momentáneamente, hasta que yo estuviera más tranquila. Él accedió a regañadientes.

—El médico ha dicho que tienes que reposar. Tu madre está fuera, pero tendrá que esperar un poco más para poder entrar. Te dejaré un rato sola, pero para cualquier cosa que necesites, tan solo tienes que pulsar el timbre y estaremos aquí en un periquete. Ahora debes dormir.

Asentí sin mucha convicción.

—Tu madre entrará tan pronto hayamos aclarado algunas cuestiones contigo. Pero ahora, ya lo has escuchado, debes descansar —confirmó el policía, antes de

abandonar la habitación.

De pronto me sumí otra vez en un profundo y placentero sueño. Supongo que los fármacos y mi agotamiento eran los principales responsables de inducirme a ello.

Cuando desperté de nuevo, estaba sola en el dormitorio. El policía no estaba en aquel frío cuarto, aunque supuse que no tardaría mucho en regresar. En ese instante tomé conciencia de la gravedad de la situación. Marcos había matado a Walter y al encapuchado para salvarme la vida, pero no podía delatarle. Le mandarían directamente a prisión y pasaría mucho tiempo hasta que volviésemos a estar juntos. Además, ¿dónde estaba ahora? ¿Por qué no estaba a mi lado? ¿Le habría pasado algo? La máquina que monitorizaba mis pulsaciones empezó a acelerarse.

Cerré los ojos para intentar relajarme y valorar las diferentes posibilidades. ¿Qué podría hacer? Yo no había matado a nadie, y si Marcos lo había hecho, había sido para salvarme de las feroces garras de Walter. Pero para él tendría consecuencias nefastas si contaba la verdad. En ese momento me acordé de cierta película que había visto tiempo atrás, en la que el asesino fingía amnesia para eludir la prisión. Quizás esa sería mi única opción, simular que no me acordaba de nada.

Presas de la desazón, me giraba a un lado y a otro de la cama, empapada en un sudor gélido y febril. En uno de esos giros metí el brazo por debajo de la almohada y me encontré una sorpresa. Allí había un sobre. Lo abrí y saqué una carta manuscrita. Era de Marcos, tal y como intuí desde su primera línea. Decía así:

« Hola princesa:

He venido a verte de incógnito. No te preocupes porque nadie me ha reconocido, ya que he entrado disfrazado de médico. No he querido despertarte porque pensé que era lo mejor para ti. ¡Estabas tan hermosa mientras dormías! He visto en los informes que en unos días podrás volver a casa. Pero cuando he leído todo lo que te ha hecho ese malnacido, te juro que... Uf...

He decidido que lo mejor será alejarme de tu vida para siempre. Pero no porque no te ame, si no precisamente porque te quiero demasiado. Te amo, princesa. Pero lo mejor para los dos es que nos despedamos justo aquí. No quiero que corras más peligro y a mi lado tan sólo conseguiría ponerte en riesgo, y eso es algo que no pienso permitir.

Y créeme, pequeña, lo has conseguido. No has sido una más. Has sido la única que has llegado aquí dentro, directa al corazón. Te has convertido en mi esencia pero, por tu bien, tenemos que poner un punto y final a lo nuestro

Sé feliz y cuídate de los tipos como yo.

Hasta siempre, princesa » .

No podía creer que pretendiera despedirse de mí de aquella manera tan ruin, con una simple carta y sin dar la cara; después de todo lo que había padecido por él. Así, de un plumazo y de manera unilateral, me dejaba y esta vez temía que fuera para siempre.

Deseé gritar, tenerlo delante para decirle que era la persona más cobarde y egocéntrica que había conocido en mi vida y que no entendía cómo era capaz de intentar alejarse de mí, olvidándose de lo que habíamos vivido juntos y del futuro en común que yo ya daba por sentado.

En cierto modo le odiaba, pero también era la criatura más irresistible sobre la faz de la Tierra y le amaba a más no poder. Había estado dispuesta a morir por él y eso no lo iba a cambiar aquella maldita carta de despedida. Le encontraría tan pronto como estuviera recuperada por completo.

Escuché pasos que se aproximaban a la puerta. Tras el umbral distinguí la voz de mi madre que conversaba con un desconocido. No tardarían en entrar. Escondí rápidamente la carta, arrugándola y guardándola en las braguitas de papel que llevaba puestas, para que la pudiera tirar con facilidad por el retrete cuando fuera al cuarto de baño. Tenía claro que delatarle no entraba dentro de mis planes.

Alguien golpeó tras la puerta. « *Que sea mi madre. Que sea mi madre* », deseé con todas mis fuerzas. Pero no tuve suerte, ya que una voz masculina me habló desde el umbral de la habitación:

—¿Señorita Martínez? Si me lo permite, tengo que hacerle unas preguntas.

Yo no le contesté, tratando de obtener unos segundos más de tregua. Fue en vano. De inmediato, vino hasta mí el mismo agente que había visto antes.

—Buenos días. Soy el agente Sesmero. En primer lugar, ¿qué tal se encuentra, señorita Martínez? Lleva más de treinta horas seguidas durmiendo. Supongo que ya habrá podido descansar.

Me sorprendió que me dijera que había dormido tanto, porque tenía la sensación de que tan sólo había pegado una pequeña cabezadita. Supuse que, después de lo sucedido, era algo que entraba dentro de los parámetros normales. Había perdido mucha sangre y mi cuerpo estaba débil y agotado.

—En fin... —tras un leve suspiro, prosiguió—, como ya le he dicho, tengo que hacerle algunas preguntas. ¿Conoce usted a este hombre?

Me mostró una foto de Marcos. No fue algo que me sorprendiera, si bien esperaba que las sospechas apuntaran principalmente hacia Walter. Tampoco comprendía ese tono altanero e incriminatorio que usaba contra mí. Al fin y al cabo, yo era la víctima y no había nada de qué culpabilizarme.

—No. No le he visto en mi vida —contesté, categórica.

Sentí como un sudor frío impregnaba mi frente. Le dije también que me

disculpara, que aún me sentía bastante aturdida y que no recordaba nada más. Le rogué que se marchara, pero él se mostró inmisericorde y prosiguió:

—Su madre, con la que un compañero ha charlado ahí afuera hace un instante, nos ha contado que días atrás le telefoneó y que descolgó el teléfono un hombre con acento sudamericano, que se le identificó como su yerno. ¿Es eso cierto?

« *¡Mamá siempre tan bocazas!* », pensé, aunque más tarde reflexioné que tal vez no hubo mala intención en su chivatazo.

—Mire agente, no me acuerdo de nada, pero no es la primera vez que echo un polvo en una noche de borrachera. Yo no sé qué coño le diría a mi madre ese cretino cuando llamó, pero le juro que cuando desperté esa mañana, estaba sola y con una resaca monumental. Si quiere, deténgame por eso, pero le recuerdo que estamos ya en el siglo veintiuno y soy mayor de edad, por lo que puedo hacer lo que me dé la gana con mi cuerpo en mi vida privada. Y ahora, si me disculpa, tengo que ir al baño.

Tenía que echarle de la habitación a toda costa, no aguantaba más la presión que ejercía con sus preguntas.

—Le ruego que, si es tan amable, avise a mi madre, a no ser que quiera también venir conmigo al cuarto de baño. Es mi hora, ¿me entiende? —le comenté señalándome el estómago, porque tenía que quitármelo de encima fuera como fuese, aunque fuera incurriendo en el terreno escatológico.

La treta funcionó. Aquel hombre me acercó un portagoteros con ruedas y él mismo colocó las bolsas de los sueros en los ganchos destinados a tal efecto. Tenía que deshacerme de la carta. Me incorporé con decisión, pero un leve mareo me hizo dar un traspié.

—Espere un segundo, señorita. Avisaré a su madre para que le ayude —me comentó, visiblemente agobiado.

Una dulce sensación de alivio me invadió cuando vi a mi madre entrar en la habitación. Ella tenía los ojos enrojecidos y la cara demacrada, pero poseía una capacidad casi mágica para hacerme sentir protegida tan sólo con su presencia.

—¿Qué te ha pasado, mi niña? ¿Qué te han hecho esos desgraciados? —me preguntó, apesadumbrada—. Como les coja te juro que... —prosiguió, apretando el puño, profundamente herida.

—Tranquila, mamá. Estoy bien. Ahora sólo quiero pasar página —le contesté, tratando de mitigar su ira y su dolor.

No sabía qué podía hacer para llegar hasta el cuarto de baño sin que mi madre descubriera la dichosa carta; ya que ella tenía la fea costumbre de acompañarme hasta dentro del aseo, y más si me encontraba enferma. Para mi progenitora, el concepto de privacidad en ese sentido no existía.

—Mamá, acompáñame hasta la puerta del aseo, si quieres. Pero cuando llegue

allí, te sales, que una necesita intimidad para hacer ciertas cosas —le comenté.

—Pero hija... ¿Y si te desmayas? Tienes la tensión muy bajita.

—¡Mamá! Que no me puedo alterar, ¿vale? Hazme caso, aunque sea por esta vez. ¡Ya soy mayorcita!

En ocasiones mi madre tenía una capacidad única de irritarme.

—Está bien, hija mía... Además es lo que me dijo el médico, que no te alteraras pasara lo que pasara.

Entré en el aseo y mis piernas flaqueaban. No pude evitar sorprenderme frente al espejo. Tenía puntos de sutura desde las comisuras de los labios hasta casi las orejas, también a la altura de la ceja derecha y atravesando mi frente. Tenía un aspecto horrendo, pero me sentía feliz de continuar con vida, a pesar de todo. Simulé un repentino ataque de tos para hacer ruido y que no se escuchara que estaba rompiendo la carta de Marcos.

Me encontraba envenenada de odio hacia él, por haberme dejado, y sentía náuseas a causa de la medicación. Pero también me emponzoñaban las ganas de tenerle a mi lado. Lloré en silencio en aquel cuarto de baño hasta que mi madre, preocupada, me preguntó si me encontraba bien.

—Sí, mamá — le respondí con un hilo de voz, ahogada por las lágrimas.

En aquellos momentos sentí que mi corazón, a pesar de no haber dejado en ningún momento de latir, estaba muerto porque era incapaz de entender la vida sin Marcos. Habría dado mi vida por él y aquella era una forma muy cruel de pagármelo.

Los días en el hospital eran una maraña de imágenes que veía en duermevela. Las horas pasaban lentas y sinuosas, bajo la gélida cadencia del gotero y de la máquina que me tomaba la presión arterial periódicamente.

Mi madre no se movió de mi lado durante el tiempo que estuve ingresada, aunque yo no tuviera ni ganas de hablar. Aguardaba a mi lado en silencio, con una paciencia y un tacto exquisitos. Pensé que era probable que se encontrara exhausta, aunque siempre me atendía esbozando una cálida sonrisa.

Yo sólo quería dormir, dejar de sufrir por un rato, aunque hay cierta clase de heridas que nunca duermen: las heridas del alma. A menudo el sueño me devolvía a aquella fría sala en la que había sido torturada. Cuando despertaba, no sabía bien qué había sido un sueño y qué realidad. Pero lo que más miedo me daba era la posibilidad de no volver a ver a Marcos. Tenía que encontrarle a toda costa.

Por su parte, el agente Sesmero desapareció durante varios días. Pensé que se habría olvidado de mí o tal vez me hubiese concedido una larga tregua. Pero muy a mi pesar, regresó el mismo día en el que iban a darme el alta.

—¿Me recuerda? Usted y yo tenemos una conversación pendiente desde el otro

día. ¿Puedo pasar?

—Si no hay otro remedio...

—En privado, por favor —dijo, refiriéndose a mi madre, la cual no se había movido de mi lado en toda mi convalecencia.

Ellasalió tras un tímido « *Estaré fuera* », dándome un sonoro beso en la frente. Me daba vergüenza cada vez que hacía eso en público.

—Mire, señorita Martínez, le seré sincero: no vamos detrás de usted.

« *Dígame algo que no sepa* », pensé. Decidí respirar hondo y templar mis nervios. Sería lo mejor para todos.

—Por su bien, debe decirnos lo que conozca acerca del señor Silvero. No queremos que se derrame más sangre. Ese hombre es uno de los delincuentes más buscados a nivel internacional.

Lo que me comentaba aquel policía me parecía sumamente irreal, como si no me estuviera pasando a mí. Se me antojaba como si fuese una película y aquel hombre fuera un actor que me hablaba de otra persona, no de mi Marcos. A todas luces, lo que me estaba contando debía ser pura ficción. Marcos no podía ser esa clase de monstruo que el tal Sesmero pretendía hacerme creer.

—Mire, hasta donde yo sé, fue ese hombre, Mar..., Santiago, quien me liberó de las garras de esa bestia, después de haber estado varios días siendo violada y torturada. Le conocí la noche anterior al secuestro, y sí, me fui a la cama con él, libre y voluntariamente. Si eso es un delito... Sí, soy culpable. Después fue cuando me raptaron. No le puedo ayudar en nada más.

—Pero dígame al menos si le comentó algo de cuáles son sus planes o de qué hablaron.

—Mire, señor Sesmero, hablamos de lo típico que hablan un hombre y una mujer. ¡Fue sólo sexo de una noche! —le dije mirándole directamente a los ojos, con una impostada seguridad en mí misma—. Además, no le puedo decir que lamente que el malnacido que me secuestró haya sido asesinado. ¡Se lo merecía, joder!

Me parecía increíble que aquellas palabras hubieran salido de mi boca. Habían brotado en mi corazón y habían emergido directamente hasta mis labios, sin pasar por mi cerebro.

—Otra cosa más, señorita Martínez ¿cómo explica que la secuestraran en Valencia, si se encontraba residiendo en Torrevieja?

Ahí me había pillado. ¿Cómo podría explicar eso? Decidí salirme por la tangente.

—Lo siento, pero es que no le puedo ayudar más, agente. ¡Y le recuerdo que fue a mí a la que secuestraron! ¡Yo soy la víctima, no el verdugo!

Estaba muy enfadada con aquel energúmeno. Esa manera de asediarme era

indignante. Por más que Marcos hubiera tenido algo que ver en ello, fue él quien me rescató y me parecía muy injusto que estuviera en el punto de mira. Una imperiosa sensación de ahogo se adueñó de mí, impidiéndome continuar. Cerré los ojos, respiré hondo y proseguí. La máquina que medía mi pulso comenzó a pitar de forma estridente. La enfermera vino de inmediato y la reinició. Cuando la puso de nuevo en marcha, le rogó al policía que bajara la voz y que no me pusiera nerviosa.

—Ahora, por favor, lo que deseo es dormir un rato. Déjeme descansar —le supliqué—. Estoy agotada. Por favor, se lo ruego... ¡Márchese!

Traté de darle una imagen lo más lastimera posible, para que no opusiera mucha resistencia y se saliera de una vez por todas de la habitación. No sabía cuánto tiempo más podría aguantar sin perder la compostura.

—Entiendo... Está bien, pero le dejaré a su madre una tarjeta con mi teléfono, por si más tarde recordara algo más. Lleve cuidado, porque podría estar metiéndose en terrenos muy peligrosos, señorita Martínez.

« ¡A buenas horas! » , bramó mi subconsciente.

—De acuerdo, agente. Gracias —le dije, mientras fingía quedarme dormida.

Cuando escuché que la puerta se cerraba, respiré aliviada. Un par de hora después recibí el alta médica y no volví a ver al tal Sesmero.

Mi madre me rogó que volviese a Madrid, a su lado, para poder cuidarme. Perc aquella opción, si bien era la más cómoda para ella y quizás también para mí, supondría renunciar a tener mi propia vida y a mi relación con Marcos para siempre, y eso era algo que no entraba dentro de mis planes. Tenía que volver a encontrarle para decirle que era un inepto y un egoísta por pretender alejarse de mi vida y que nada ni nadie me separaría de él, pasara lo que pasara.

Decidí que la mejor opción sería volver a Torrevieja. Tal vez no fuera la más sencilla, pero mi intuición me decía que, ahora que Walter no suponía un problema para él, quizás Marcos habría vuelto a casa. Mi madre insistió en que ella misma se encargaría de cuidarme en Torrevieja, al menos hasta que fuera capaz de retomar mi vida normal. Como no tenía ni fuerzas ni ánimo para discutir, accedí.

Quizás Marcos no era el hombre que más me convenía, pero el amor era así de caprichoso y de ningún modo pensaba renunciar al que sin duda era el gran amor de mi vida. El recuerdo de su mirada penetrante me empujaba de nuevo hacia él como un imán.

Tal vez aún hubiera un destino esperándome al lado de Marcos. No me daría por vencida porque sabía que mi corazón, indócil, jamás se rendiría.

*« El infierno está vacío,
todos los demonios están aquí » .
William Shakespeare.*

Hay momentos en los que soñar es la única opción que te queda para seguir viviendo. Tan sólo deseaba dormir para que el sueño me devolviera a Marcos y así dejara de sufrir, al menos por un rato. Aunque beber tan sólo de los recuerdos puede convertirse también en el veneno más fulminante. Sentía que, poquito a poco, su ausencia me estaba matando.

Con los retales de mi malogrado corazón fui conformando de nuevo mi propia realidad. Pero ya no se trataba de una vida vibrante, pasional y atractiva, como la que viví junto a Marcos. Era todo lo opuesto a ello. Era una existencia apagada, en la que cada paso me costaba infinitamente más que el anterior, y todos estaban tiznados de un funesto color grisáceo.

Día tras día recordaba la primera vez que vi a Marcos en “El Malecón”, cuando descubrí su mirada impúdica y avasalladora; y nuestra primera vez en el almacén, rodeados de cajas de cerveza. También recordaba la primera vez que bailamos juntos y la primera vez que hicimos el amor en mi apartamento. Todo mi mundo se componía de aquellos retales, que conformaban un etéreo y doloroso álbum de fotos.

En la carta me había dicho que yo era su esencia, al igual que él lo era para mí. *« Nadie puede renunciar a su esencia »*, le murmuraba cada noche a un techo que me traía una y otra vez su rostro. A ratos le maldecía por haberme alejado así de su vida. Otras veces me odiaba por haber perdido la cabeza por él. Pero lo cierto es que le amaba y le deseaba por cada poro de mi piel. No estaba dispuesta a renunciar a él y el hecho de que tal vez no volviera a verle era algo que me llevaba a rozar los límites de mi cordura.

No me costó recuperar mi trabajo en el hospital. Es más, desde el mismo Departamento de Personal me ayudaron a acelerar los trámites para que volviese cuanto antes a mi vida normal. Allí estaban al corriente de todo lo que me había sucedido, ya que la noticia había salido en algunos medios de comunicación. *« Las malas noticias corren como la pólvora »*, me comentaron desde Recursos Humanos. Mis compañeros de Departamento también conocían cada detalle de mi calvario. Sabían que había sido secuestrada y torturada y, movidos por el morbo y la compasión, me hicieron ser el centro de atención durante los primeros días tras mi regreso, muy a mi pesar.

Después de responder a multitud de preguntas de cada uno de ellos, ya que estaban ansiosos por saber hasta los detalles más truculentos de mi secuestro, pude llegar hasta mi mesa. Allí me esperaba Mariano, cariacontecido.

—Hola... —le dije sin ni siquiera mirarle a los ojos, temerosa de lo que pudiera preguntarme.

Mariano era una de las pocas personas que me conocía tan bien que era capaz de leer mis pensamientos con sólo mirarme. A menudo era agradable sentir ese halo de sobreprotección que ejercía sobre mí, pero otras veces, esa sensación de desnudez psíquica ante él me hacía sentir un poco cohibida.

—Hola, Lucía. ¿Qué tal estás?

—Estoy bien. Tan sólo quiero pasar página...

Me empezaba a plantear grabar las dos dichas frases con el móvil y reproducirlas cada vez que fuera necesario. Desde que había entrado en el *hall*, había mantenido esa misma conversación con la administrativa de recepción, con la mujer de la limpieza, con el guardia de seguridad y con una auxiliar de enfermería a la que no reconocí, pero que me comentó que se llamaba Menchu y que trabajaba en la quinta planta.

—Ha sido culpa de ese novio tuyo, ¿verdad? —murmuró Mariano con cierto recelo.

En cierto modo, dio en el clavo. Siempre tenía un sexto sentido para hacerlo. En el fondo, me gustaba ese instinto casi paternal que Mariano irradiaba sobre mí. Quizás, si viviéramos en un mundo perfecto, le hubiera escogido como pareja a él antes que a Marcos. Pero aquel era un mundo que distaba mucho de la perfección y yo tenía esa tosca facilidad de enamorarme de quien menos me convenía.

—Ya da igual. Todo ha terminado para siempre —le contesté de forma categórica, para que me dejase en paz.

—Es lo mejor para ti... Para todos...

Aquello me enojó sobremanera. Estaba harta de que todo el mundo me dijera que era lo que más me convenía. No iba a renunciar a Marcos, a pesar de todo.

—Eso lo tendré que decidir yo, ¿no te parece? —repliqué, airada.

Él, al sentirse intimidado, regresó a su mesa sin decir ni una palabra más.

Marcos me había abandonado porque « *era lo mejor para mí* », según su carta. Mi madre se había venido conmigo a Torrevieja, porque « *era lo mejor para mí* » y ahora Mariano también me recalca lo que era mejor para mí. ¿Y qué pasaba con mi opinión, con mi manera de querer vivir mi propia vida? ¿No contaba? Quizás tuvieran razón, pero yo era una mujer adulta y tenía derecho a elegir mi propio camino.

Más tarde pedí disculpas a Mariano por mi mala contestación, ya que comprendí que no había mala intención en sus palabras.

—He pasado los peores días de mí vida —alegué—. Por favor, entiéndeme y no me tengas en cuenta lo de antes. No debí hablarte así. Te pido perdón porque no mereces que te trate mal, después de lo que has hecho y haces por mí.

—No te preocupes, lo entiendo. Aquí me tienes para lo que necesites. Lo sabes, ¿verdad?

Le sonreí con timidez, complacida. Era bonito que me brindara su cariño y protección sin pedirme nada a cambio.

Pero lo que más me dolía era estar sin Marcos. Añoraba sus caricias, sus miradas hambrientas de mí y su forma de amarme. Me parecía extraño que la vida siguiera su curso como si nada hubiera ocurrido. Mi pasión hacia él era tan inevitable como la fiereza del fuego que había emergido de sus labios cada vez que me había besado.

Por otro lado, la soledad puede llegar a ser la más cruel de las compañeras. El veneno letal de la nostalgia azuzaba mi mente. Echaba de menos la vida al límite que había descubierto a su lado, cuando éramos dos almas fugitivas de una realidad demasiado gris y anodina, surcando un mundo que a ambos se nos quedaba pequeño.

Decidí volver a « El Malecón », pero allí no quedaba más que el esqueleto de lo que había sido con anterioridad. Tan sólo quedaba el rótulo luminoso del local y un cartel con letras fluorescentes que anunciaba “*Se traspasa*”. Parecía que la relación entre Marcos y yo había sido el más hermoso de los sueños, del que ya había despertado. No tenía ni idea de dónde buscarle. Dudaba que hubiera vuelto a su casa de Guardamar. Era algo demasiado obvio y peligroso.

¿Y si hubiera regresado a su tierra, a Colombia? No, sería también muy arriesgado, según lo que el mismo Marcos me había comentado, porque lo más probable era que allí le estuvieran esperando. ¿Y si se hubiera marchado a otro país? ¿Cómo le iba a encontrar? Estaba sumida en la más absoluta desesperación. Una tormenta de pensamientos me arrojaba a uno sólo, el cual me hacía estremecer. ¿Y si nunca más le volvía a ver? Mi vida entera carecería de sentido, ya que sin él mi existencia sería tan sólo terreno baldío. No obstante, sabía que dedicaría cada uno de mis pasos a buscarle. Eso sería lo que daría sentido al resto de mis días: la esperanza de encontrarle.

Aunque tenía la certeza de que sería en vano, finalmente opté por regresar a su casa de Guardamar. Haría lo que fuese para recuperarle, buscaría hasta debajo de cada piedra si hiciese falta. Cuando llegué a su domicilio, la calle estaba en penumbra y sobre la acera se respiraba una tenebrosa calma. Toqué el timbre, pero éste ni siquiera sonó. Pregunté a una persona que iba a entrar en el mismo bloque, por si le conocía, pero me comentó que en ese edificio aún no vivía nadie, excepto él. ¿Cómo era posible? Marcos me dijo tiempo atrás que la única vivienda ocupada del edificio era la suya. Quizás ese individuo se acabara de mudar allí y tal vez no tuviera

constancia de la existencia de Marcos. Según había comentado alguna vez Natalia, aquella era la zona del “nadie-conoce-a-nadie”, y por ello era propicia para el cobijo de bandas y colectivos que operaban al margen de la ley. Últimamente me estaba dando buena cuenta de ello y de primera mano.

El bloque tenía un aspecto desangelado y desde la acera de enfrente tampoco se veía ninguna luz en el interior del edificio. Todo era muy desconcertante. Era como si nuestra historia de amor hubiese sido tan sólo un sueño. El más hermoso, eso sí, pero no real. Decidí desistir y regresar a mi apartamento.

Le busqué también por Torrevieja, pero no había ni rastro de él. La ciudad era un entramado de calles que, como en una tela de araña, me atrapaban y me acuciaban sin piedad. Y entre noches eternas, bajo unas sábanas que sin él eran gélidas como el hielo, le recordaba sin poder dormir. Mi cuerpo era un minúsculo grano de arena atrapado en mitad del desierto, que era mí día a día sin él. El alba siempre me sorprendía sin haber pegado ojo y eso, con el paso del tiempo, me iba pasando factura. El deterioro físico paulatino era más que evidente. Era un alma en pena que vagaba por el mundo sin motivo ni razón. Por más que intentara arreglarme o maquillarme, me era imposible disimular mis noches en vela y el cansancio extremo que me suponía cada uno de mis pasos sin Marcos.

Él, que me había prometido que nada le alejaría de mí, me había abandonado en el momento que más le necesitaba. En cambio, era incapaz de odiarle, sino que le amaba y deseaba más a cada instante. Me sentía una completa imbécil por haber perdido de nuevo las riendas de mi vida.

Además, hacía más de una semana que mi madre se había marchado y una intensa y aciaga soledad me atrapaba bajo sus fauces. La casa conservaba aún la mágica evanescencia de Marcos en cada uno de sus rincones. Todo me devolvía a él, una y otra vez, golpeándome y acuciándome hasta dejarme prácticamente sin aliento. Cada día sin Marcos era oscuro y se me antojaba una eternidad.

Decidí que necesitaba darme un poco más de tiempo. A la mañana siguiente fui al médico y éste me concedió la baja por depresión, de lo que nadie se sorprendió en el trabajo. Tenía que recuperarme de lo vivido, pero sobre todo tenía que encontrarle. Necesitaba volver a sentir, volver a respirar. Vivir de nuevo, en definitiva.

« No es el amor quien muere,
somos nosotros mismos » .

Luís Cernuda.

El viento de levante golpeaba mi rostro mientras caminaba aquella tarde sobre las maderas del rompeolas. El horizonte se cubría con nubes de plomo anticipando el anochecer. Varias parejas paseaban acarameladas a mi alrededor, sin ser conscientes del dolor y de la envidia que me causaban. El cielo me susurraba al oído una y otra vez su nombre. Dicen que el pasado puede ser el más poderoso de los venenos y cada imagen de mi historia con Marcos me azuzaba de forma feroz. El mundo parecía haberse olvidado de que él y yo jamás volveríamos a ser dos. Lo que más me asustaba era que había perdido toda esperanza de verle de nuevo. Paseaba cabizbaja, sumida en los recuerdos, pensando en que tal vez mi vida a su lado había llegado a su fin.

Tras caminar ensimismada casi un kilómetro por aquel paseo marítimo, alcé la mirada y vi un hombre de espaldas que me pareció ser Marcos. En un primer momento no lo podía creer. Ya me había pasado otras veces y conforme me acercaba descubría que sólo había sido una ilusión óptica. Al principio pensé que tal vez mi imaginación me estuviera jugando otra mala pasada, o quizás estuviera alucinando. Pero conforme iba avanzando hacia él, el espejismo mermaba y mis ojos procesaban poco a poco que esta vez era real. De súbito, cuando tan sólo estaba a un paso de poder tocarle, todo a mi alrededor enmudeció, tal y como ocurrió la primera vez que le vi. Definitivamente, era él.

—¿Marcos?... ¿Eres tú? —pregunté con miedo, como si en cualquier momento pudiera despertar de aquel sueño tan anhelado.

Él se encontraba absorto mirando al horizonte y no se dio cuenta de que me estaba aproximando. « *A lo mejor él también está pensando en mí* », me ilusioné. Su rostro ya no era duro, sino que parecía el de un niño perdido que buscaba un nuevo e incierto mañana. Tal vez me estuviera buscando a mí o quizás intentara encontrar la forma de olvidarme. Pero Marcos estaba en nuestro lugar, donde no hacía demasiado tiempo atrás nos habíamos devorado a besos, en unas tardes que demasiado pronto habían tocado a su fin. Eso era una señal clara de sus intenciones. Al verle de nuevo supe que él era el faro que guiaría mi destino, aunque fuera hacia el abismo. Poco me importaba eso, si permanecía junto a mí.

De repente, Marcos se giró, me miró y pude ver sus ojos inundados de lágrimas. Mi corazón se encogió en mi pecho en un hondo estertor y mi respiración era una

batalla que me negaba a dar por perdida. Había demasiadas emociones contenidas que, en aquel momento, afloraban de golpe.

—¡Marcos! ¿Pero se puede saber por qué me has hecho esto? ¡No tenías derecho! ¡Eres un miserable cobarde! —le reproché, dándole empujones sobre su pecho.

Finalmente rompí a llorar, liberando todo el dolor y la rabia silenciada durante las últimas semanas. En aquel instante deseaba cantarle las cuarenta, por haberme abandonado y por lo que me había hecho sufrir al dejarme sola. Quise odiarle con todas mis fuerzas, pero fui incapaz. Con tan sólo un gesto fue capaz de derribar todas mis barreras y argumentos. En su mirada de miel pude ver también el dolor y el sufrimiento más excelso. Los días anteriores se deshicieron como un castillo de arena que se desvanece bajo el viento.

—Shhh... No he podido marcharme... —me dijo, posando un dedo sobre mis labios—. Te juro que lo he intentado, pero no he sido capaz de alejarme de tu lado. Te amo demasiado, Lucía, no puedo vivir sin ti. Lamento no haberme dado cuenta antes. Perdóname, pequeña. He sido un completo gilipollas. Eres mi esencia, ahora lo sé. Te quiero, princesa.

Me derrumbé. Sencillamente, todas mis defensas cayeron sobre aquel suelo de madera. No pude resistirme más y me lancé hacia él. Entre sollozos, tan sólo pude anidar entre sus brazos. Y en el calor de ese abrazo me sentí de nuevo viva. Alcé la mirada hacia la suya y supe que podría vivir en ella el resto de mis días.

Respiré hondo y le dije:

—Eres un idiota, ¿lo sabías? — « *Pero un idiota irresistible* », murmuraba en mi interior—. ¡No me vuelvas a hacer algo así! ¡Jamás! Porque puedo aguantar la mayor de las torturas o el sufrimiento más intenso, pero no puedo ni quiero vivir un solo día más sin ti —le dije, acurrucada sobre su pecho, que era justo el lugar donde deseaba permanecer el resto de mi vida.

A su lado había encontrado de nuevo la felicidad más intensa y plena.

—Nunca más, princesa... ¡Nunca! Siempre estaré a tu lado. Te lo prometo —musitó, acongojado.

Sus palabras sonaban tan sinceras que no me quedó otra opción que creerle. Sus labios, ígneos y melados, hicieron que mis ganas de él se elevaran a la máxima potencia. Tenía tanta sed de él que me estorbaba hasta la ropa. Le devoré con el hambre de quien se le priva por mucho tiempo de su alimento más esencial. La brisa del mar se colaba furtiva bajo mi falda y dio pie a que su mano también lo hiciera. Mi cuerpo, deseoso de tenerle cerca, se estremeció de puro placer.

La atracción existente entre ambos no se había disipado ni un ápice, como sí lo habían hecho los días grises y mohínos en los que su ausencia lo había invadido todo. Pero ahora ya no me importaba. Durante todo ese tiempo que había estado sin él había

imaginado que, si lograba al final encontrarle, tendría un enfado de mil demonios y que no le iba a resultar fácil volver a mi lado. Al final cedería, pero pensaba ponérselo complicado inicialmente, para que se diera cuenta de lo que me había hecho sufrir. Pero tan sólo con verle, con esa media sonrisa en los labios que le remarcaba los hoyuelos de sus mejillas, había derribado todas mis tácticas y estrategias, como en aquel poema de Benedetti; y había quedado prendida de él, pero esta vez para siempre.

Me cogió por la cintura y nos fundimos en un beso apasionado. Al notar sus labios adueñándose de mi boca, supe que todo lo mal que lo había pasado anteriormente había valido la pena. Incluso mi vida entera la había merecido por aquel momento tan maravilloso. El sufrimiento que había padecido había sido recompensado con un reencuentro como aquel. Me aferré a sus caderas y a su trasero, acercándolo hacia mí. Necesitaba sentirle piel con piel, mientras notaba como su sexo luchaba impetuoso por salir del pantalón. Le deseaba, anhelaba notarle de nuevo dentro de mi cuerpo y que me hiciera suya una vez más. « *Ya habrá tiempo para ello mástarde* », me dije, como una niña que planifica la mayor de sus travesuras.

—Te amo, Lucía —me fulminó con su mirada abrasadora.

—Y yo a ti, Marcos...

—Lo sé —contestó, con los ojos henchidos en lágrimas—. Vámonos. Quiero empezar contigo desde cero. Te necesito siempre a mi lado, princesa.

Quizás no era una opción muy responsable volver a abandonarlo todo por él, pero si aún había un futuro para nosotros dos, tenía el presentimiento de que sería lejos de Torrevieja. Una vez escuché que si realmente amas a alguien, tienes que darle alas. Pues eso era exactamente lo que Marcos había logrado conmigo: cobijada en su regazo era capaz de volar, sin más límite que la inmensidad del cielo.

Sin previo aviso, me tomó de la mano y tuve la corazonada de que esta vez nada ni nadie volvería a separarnos. De repente, empezó a llover y el frío comenzó a arreciar, pero no me importaba porque él estaba de nuevo a mi lado. Los días grises para mí habían terminado definitivamente, o al menos eso creía en aquel mágico momento.

—Ya lo hablaremos mientras cenamos —le repliqué, mientras sorbía su labio superior—. ¿Te parece bien, guapo? Tenemos que recuperar el tiempo perdido y después de todos estos días en los que no has estado conmigo, me debes más de una cena, ¿no te parece? —le comenté, divertida.

Tenía sed de él. Por ello no podía dejar de besarle como si no hubiera un mañana. Pero ante todo tenía sed de un futuro a su lado, de compartir un camino juntos.

El olor a madera, a salitre y a tierra mojada impregnaba nuestro alrededor. El

mar se agitaba con bravura a nuestros pies y varios destellos luminosos rasgaban el cielo, anunciando que se aproximaba una tormenta. Era hermoso que las olas nos salpicaran en el rostro, como si el mar también se alegrase al vernos de nuevo juntos; aunque lo que realmente hacía bello el entorno era tener a Marcos a mi lado, después de tantas noches de soledad y hastío.

Debajo de nosotros, el suelo de madera tenía algunas fisuras que dejaban entrever la acera, a más de cinco metros de altura. Podría haber sentido vértigo, pero agarrada a su cintura era incapaz de sentir ningún tipo de temor.

Al fondo las primeras luces nocturnas de Torrevieja empezaban a encenderse, como luciérnagas de asfalto y alquitrán. Era un ritual hipnótico que ocurría cada noche a la misma hora, pero aquel día tenía un aliciente especial: Marcos y yo nos habíamos reencontrado. Eran pequeños guiños que alumbraban nuestra inmensa y renovada felicidad.

Mientras tanto, una misteriosa sombra nos observaba a través de los tablones de madera, desde la acera que había justo debajo de nosotros. Al parecer, las gaviotas no habían sido los únicos testigos de nuestro reencuentro. ¡Nos habían seguido!

*« Encuentra lo que amas
y deja que te mate » .
Charles Bukowski.*

De repente, hubo un estallido. Un grito ensordecedor. Un golpe seco. Acto seguido, noté una marabunta de pasos corriendo hacia mí. Mi pierna dejó de mantener el peso de mi cuerpo. Me desplomé sobre aquellos tablones de madera. Una voz vociferó: « *¡Le han disparado! ¡Ayuda!* ». Tardé un instante en procesar que esa voz era la de Marcos y que a la que habían pegado un tiro era a mí. Sentía como si me hubieran mordido en la pierna. Mi cuerpo se estremeció de puro miedo y dolor al tomar conciencia de la situación. La lluvia mojaba todo en derredor, acrecentando mi sensación de frío.

A mí alrededor reinaba la confusión. Un río ardiente y espeso caía por mi pierna. Era como si fuese lava, pero tenía la certeza de que era sangre. ¡Mi propia sangre! Cada vez me sentía más y más débil, conforme el charco de sangre se iba agrandando. La muchedumbre se agolpaba en torno a mí, sin dejarme respirar. Al fondo, el sonido de las atracciones de feria que había junto al paseo marítimo era ensordecedor. Una silueta fantasmagórica se movió a nuestros pies de manera vertiginosa. La pude ver porque caí de boca contra las maderas, aunque no pude distinguir su rostro. Tan sólo atisbé, a través de las fisuras del suelo, que era una persona alta y que huía rumbo a las atracciones.

La sombra se escabulló como alma que lleva el diablo, diluyéndose entre la gente. Parecía que en realidad fuera un fantasma, porque en tan sólo un instante se esfumó, se volatilizó ante mis propios ojos. Alguien bramó: « *¡Una ambulancia!* », mientras me preguntaba de manera absurda para quién sería. Marcos desapareció de mi vista o tal vez fuera la realidad la que se desvaneciera por un instante. La gente gritaba y se movía exaltada. Varias voces anónimas murmuraban a mi espalda: « *¿Qué ha pasado?* », « *dicen que le han disparado* », « *¡¿a quién han disparado?!* » ; pero ser el centro de atención era lo que menos me importaba en aquellos momentos tan críticos. Escuchaba gritos atronadores por todos los lados. Pronto una sensación ardiente, febril, se adueñó de mi cuerpo. Mi alrededor era cada vez más y más difuso, como si se tratara de un lienzo sobre el que se arrojaba lentamente agua.

Me encontraba tendida boca abajo, lo que dificultaba mi respiración, por lo que trataba de girarme sobre mí misma. Pero el dolor en la pierna me mordía de forma voraz y me lo impedía. Tomé conciencia de la gravedad de la situación. Todo era muy

desconcertante, pero tan sólo podía dejarme arrastrar por las circunstancias.

De repente, él estaba de nuevo a mi lado. Mis sienes latían febriles, y mi cuerpo comenzó a temblar.

—¡Una ambulancia! —gritó Marcos, fuera de sí—. ¡Qué alguien llame a una ambulancia!

—Marcos, escucha. Por si no lo cuento...

—No digas eso ni en broma. Tranquila, princesa. ¡Lo vas a contar! ¿Me oyes? No te duermas. ¡Aguenta, mi vida! Muy pronto estarás bien. ¡No se te ocurra dormirte! — me dijo, mientras me daba palmadas en la cara de un modo frenético, tratando a la desesperada de que mantuviera los ojos abiertos.

Me encontraba sumamente cansada y sentí la imperiosa necesidad de quedarme dormida.

—Marcos, escucha... —insistí, pero noté un nuevo vahído.

—¡No te duermas! ¡Ni se te ocurra cerrar los ojos! ¡No me hagas esto!

—Te amo... —pronuncié, pero no fui capaz ni de escuchar mi propia voz. Dudo que él me hubiese oído.

De nuevo, noté su mano helada golpeándome el rostro y sus lágrimas saladas ungieron mis labios. Traté de recobrar la conciencia, pero me fue imposible. Había llegado mi hora: iba a morir. Mi último suspiro estaba cerca. Lo presentía. Mi pierna estaba tendida sobre un gran charco de sangre y el dolor estaba alcanzando su grado más extremo. Marcos se había despojado de su sudadera y sobre mi rodilla había improvisado un torniquete, pero no había servido de mucho. La bala me mordió con tal fiereza que entré en un estado de máxima debilidad y notaba como la vida se escapaba de mi cuerpo a pasos agigantados. A lo lejos escuché como una ambulancia se estaba aproximando, pero tenía la certeza de que no llegaría a tiempo.

A pesar del gran dolor que suponía separarme de Marcos para siempre, me confortaba saber que el último momento de mi vida lo pasaría cobijada entre sus brazos. Me encontraba inmensamente feliz y tranquila, a pesar de notar la muerte tan cerca. Estaba a su lado, con eso me bastaba.

Cuando me desperté, estaba en el interior de la ambulancia. Miré a mí alrededor pero no vi a Marcos. Estaba otra vez sin él, junto a una enfermera que controlaba mi mascarilla y mi presión arterial, mientras me conectaba a una extraña máquina, a la vez que un montón de cables pendían sobre mí. Lloré con amargura, temiendo que Marcos hubiera desaparecido de nuevo. La enfermera, al verme tan alterada, tocó a una ventana que daba al asiento del conductor, la cual se abrió de inmediato y acto seguido escuché una voz familiar:

—*Tranquila, princesa. Estoy aquí* —me dijo Marcos desde el asiento del copiloto.

Estaba guapísimo, a pesar del terror que reverberaba en su rostro. Todos mis nervios se relajaron, a pesar del incipiente e ígneo dolor. Noté como la ambulancia aceleraba y su sirena martilleaba en mis sienes. Algo me aprisionaba la pierna, a la altura de la rodilla. El dolor era tan ardiente e intenso que me hizo sentir un fuerte mareo. Mis ojos se cerraron, mientras temía que esta vez fuera para siempre.

Mi cuerpo se encontraba cubierto por completo con una tela grisácea de pies a cabeza. No podía ver nada. Me asusté al comprobar que tampoco me podía mover, aunque esta vez no había nada que me sujetara.

De forma espontánea, un gélido escalofrío atravesó mi espalda. Traté de escuchar mi aliento o sentir mis palpitaciones. ¡No respiraba! De súbito escuché voces. Erar Marcos y mi madre. Seguro que acudían en mi ayuda con algún doctor. Siempre lo hacían.

Súbitamente me retiraron la tela que me cubría. ¡Sentía tanto frío en aquella extraña habitación! Era como si me encontrara dentro de una gigantesca nevera. Les pude ver a ambos, pero lo hice como en ningún momento hubiera imaginado que les vería.

Un hombre con rostro gélido, casi pétreo, les acompañaba:

—¿Es ella? —les preguntó

Marcos me abrazó pero yo no le pude corresponder.

—¡No, no, no! ¡Princesa mía! ¿Por qué me has dejado? ¿Por qué? ¿Por qué?

No podía dar crédito a lo que estaba sucediendo. Yo no había dejado a nadie. No entendía nada. « *Me has dejado* », había dicho. « *¿Qué querría decir con eso?* ». Mi mente daba vueltas en un inmenso torbellino, sin llegar a ninguna conclusión lógica.

De repente mi madre emitió un agudo chillido, se oyó un golpe seco y la dejé de ver. Supuse que se había desmayado. No sabía por qué en esa ocasión se habían puesto los dos tan alterados. Tendría que tener un aspecto deplorable para que hubiesen reaccionado así, reflexioné. No era la primera vez que me encontraba muy enferma, a no ser que esta vez no se tratara de lo mismo.

« *Pero no. No puede ser... No puede ser que esté...* », pensaba con sumo desconcierto.

Sin embargo, el rostro desencajado de Marcos me lo decía todo. Desesperadamente, intenté encontrar los latidos de mi propio corazón pero tampoco los hallé. ¡No podía ser! Pero lo cierto es que tan sólo se me ocurría una explicación: ¡Estaba muerta!

—Te amo. Te amo... —me besaba por la frente y los pómulos.

Noté como sus labios ardían sobre mi rostro.

—Señor, lo lamento pero es mejor que salgan de aquí —les dijo el forense, con

tono inquisitorial.

—¡Hija mía! ¡Mi nena, no...! ¡Mi nena, no! ¡Mi Lucía! ¡Díos mío, no! —repetía mi madre, rota de dolor; la cual se había puesto de nuevo en pie, no sin dificultad.

Se giró hacia Marcos y le dio un puñetazo en el mentón.

—¡Todo esto es culpa tuya! ¡Si no te hubieras cruzado en su camino, ahora ella seguiría viva! —le recriminó—. ¡Oh, Dios mío!

Marcos lloró aún más fuerte después de aquella acusación y notaba cómo sus ígneas lágrimas caían sobre mi rostro, que estaba tan rígido y frío como un témpano de hielo.

—Salgan de aquí, ¡ahora! Lamento su pérdida, pero algunos tenemos que seguir trabajando —les ordenó, con extrema frialdad.

« *Adiós, vida mía. ¡Hasta siempre!* », le quise gritar pero ni siquiera logré emitir un leve murmullo. Su mano se estiraba hacia la mía e intenté hacer lo mismo, pero fue en vano. De nuevo Marcos vino hacia mí y abrazó mi cuerpo exánime.

Aquel individuo le empujó hacia la puerta desde donde se oía bramar a mi madre, ebria de dolor.

—Créame. Ya no puede hacer nada más por ella. No me obligue a llamar a seguridad, amigo —le explicó en un tono más compasivo.

Finalmente Marcos, destrozado, desapareció de mi vista y esta vez tenía la plena certeza de que sería la definitiva.

*« En el arte como en el amor,
la ternura es lo que le da la fuerza » .*

Oscar Wilde

Una voz me llamaba desde la oscuridad. Todo era muy confuso, hasta que de repente escuché: « ¡Ya vuelve! ¡Doctor, doctor! ». Sentí como una gélida respiración invadía mis pulmones y, tras varios golpes de tos, ladeé la cabeza y logré recuperar el aliento. Pero sobre todo, noté un gran alivio al comprobar que sólo había sufrido una vívida pesadilla y, por suerte, continuaba con vida.

La habitación estaba iluminada tan sólo por una luz mortecina, pero pude comprobar que Marcos estaba a mi lado, aunque tenía una apariencia horrible: tenía una palidez grisácea que se adueñaba de su rostro y que le otorgaba un aspecto casi cadavérico. Además, tenía unas ojeras que le cubrían media cara, tal vez por no haber dormido bien en semanas y llevaba el pelo ladeado, quizás por haber estado recostado de mala manera en el sillón de la habitación del hospital. A pesar de que una incipiente barba de más de dos días poblaba su mentón, seguía pareciéndome un James Dean de tez morena.

—Tienes mala cara —le dije con cierta sorna.

Una amarga sonrisa brotó en sus labios. Supuse que él también pensaría: « *Pues anda que la tuya* » .

Al menos seguía con vida y estaba junto a él, pero no entendía lo que me había sucedido esta vez. Hacía tan sólo unos instantes estábamos comiéndonos a besos en el rompeolas y ahora me encontraba otra vez tendida en una cama de hospital.

Las imágenes eran turbias y confusas. Recordaba un dolor intenso en una pierna, la sangre emergiendo a borbotones desde mi rodilla y una multitud arremolinándose. La pregunta era por qué, pero sobre todo quién.

—Marcos, ¿qué ha pasado?

—Te han disparado, princesa. Has perdido mucha sangre, pero los médicos dicen que pronto estarás bien —me comentó, esbozando una tenue sonrisa en los labios—. Tranquila, ya ha pasado lo peor.

—¿Qué haces aquí? ¿No deberías esconderte? Te recuerdo que la policía te anda buscando.

Sus ojos brillaban emocionados al verme de nuevo tan espabilada.

—¡No pienso volver a dejarte sola!

—¿Y si te quedas qué crees que sucederá? Si te detienen, los dos estaremos solos

durante mucho, mucho tiempo. ¡Tienes que largarte de aquí ya! —le ordené, usando las pocas fuerzas que me quedaban—. ¡Has de escaparte!

—Shhh... Tranquila. Déjalo todo en mis manos, princesa. Lo tengo todo controlado —me dijo, con la abrumadora seguridad de quien conoce bien los terrenos por los que camina.

« *Lo tiene todo controlado* », había dicho. Supuse que no era la primera vez que se encontraba en una situación así. Un escalofrío me hizo estremecer. « *¿Quién es en realidad? ¿Y si me estoy equivocando al confiar tan ciegamente en él?* », reflexioné. No entendía muy bien cuáles eran sus planes, pero no tenía más opción que creer en él al cien por cien.

—Eres todo un misterio, ¿lo sabías? ¡Tenemos que huir de aquí! Pero ni se te ocurra irte sin mí.

La sensación de permanente incertidumbre era lo que me asustaba y, a la vez, me excitaba de Marcos, en igualdad de proporciones. En el fondo, temía que se hubiera vuelto completamente loco al quedarse allí a mi lado.

—Tengo mis contactos, incluso en los lugares que menos te piensas. Nos ayudarán a salir de ésta, no te preocupes. Tú ahora descansa. Has perdido mucha sangre y te tienes que recuperar lo antes posible, princesa —me dijo, acariciándome el pelo con dulzura—. Ya habrá tiempo de planearlo. Y tranquila, que sin ti no iré a ningún sitio nunca más.

No era muy consciente de lo que pretendía decirme. Los calmantes que llevaba puestos en los goteros me tenían en un estado de ensoñación continua. Mi mente se encontraba abotargada, densa, como si a la sangre le costara fluir por mi cabeza. De hecho, intentaba mantenerme despierta el mayor tiempo posible, pero tan sólo lo conseguía durante breves lapsos de tiempo. A veces le encontraba sentado a mi lado, clavándome su mirada intensa y tomando mi mano con suavidad; y en otras ocasiones le encontraba de pie, hablando por el teléfono móvil, visiblemente nervioso.

Al día siguiente un policía entró en la habitación. Por fortuna, Marcos en ese momento había salido a tomarse un café. O tal vez su salida no se debía a ninguna casualidad, según reflexioné más adelante.

El rostro de aquel agente me resultaba familiar.

—Señorita Martínez. De nuevo volvemos a encontrarnos. Soy el agente Sesmero ¿me recuerda? Nos conocimos en Valencia, hace unos meses.

Asentí con timidez, aparentando frialdad. Pero mi cuerpo, de forma espontánea, comenzó a hiperventilar, temerosa de que pudieran detener a Marcos.

—Bien. Últimamente parece que se está metiendo en demasiados problemas, señorita Martínez —comentó de forma chulesca.

Sabía que tenía razón, muy a mi pesar. Mis piernas flaqueaban. En cambio,

respiré hondo, me armé de valor y le contesté con seguridad:

—No sé de qué me está hablando, señor.

—¿Con quién se encontraba usted caminando por el paseo marítimo cuando recibió el disparo? —preguntó, mirándome fijamente a los ojos, tratando de intimidarme.

—Pues... Estaba con un nuevo amigo...

« ¡Piensa un nombre, rápido! ¡Qué resulte creíble! », me gritaba una vocecita desde mi interior, tratando de adelantarme a la situación.

—¿Y se puede saber cómo diantres se llama ese amigo suyo? ¿No será Santiago, por casualidad? —comentó, mordaz.

—No, su nombre es José y se trata de alguien al que conocí hace un par de días y al que no he vuelto a ver desde mi ingreso aquí —le expliqué con una impostada y desbordante tranquilidad—. Además, no sé por qué siempre tengo que darle explicaciones sobre mi vida privada, agente. ¡Yo no he disparado a nadie!

Pensé que había hecho muy bien en haber elegido un nombre tan extendido en España. Así sería más complicado investigar si en verdad existía o no ese tal José.

—José, ¿qué más? ¿No se tratará de este hombre? —me dijo, mostrándome una foto en blanco y negro de Marcos, con su nombre y apellido real al pie de la misma: Santiago Silvero.

Mi corazón dio un vuelco, pensando en que Marcos tal vez podría estar en serios problemas. No regresaba y temía que le hubiesen detenido.

—No sé sus apellidos y desde luego que no es ese hombre de la foto, al que no he visto desde que me rescató en Valencia. Y como usted comprenderá, no le pido el D.N.I. a la gente que conozco o con la que me acuesto.

—Es usted muy astuta, señorita Martínez, además de una magnífica actriz. Le informo que le llevo siguiendo la pista desde la última vez que nos encontramos y, quizás por un tiempo, usted pueda seguir escondiendo la verdad. Pero tarde o temprano esa verdad saldrá a la luz y usted podría pagarlo muy, muy caro. No sé si me estoy explicando con suficiente claridad... —me amenazó, apuntándome con el dedo.

Noté como mis rodillas, ocultas bajo las sábanas, comenzaban a temblar. No sabía por cuánto tiempo más sería capaz de soportar tanta tensión. Tenía que ser fuerte y resistir la presión.

—No me intimidan sus amenazas. Yo no he hecho nada malo, señor... ¡Cómo se llame! —Los nervios habían hecho que olvidara hasta el nombre de aquel individuo—. ¡Es a mí a quien han disparado! ¡Largo de la habitación! ¡Ahora!

Mi corazón era un ave que batía sus alas con furia en el interior de mi pecho, intentando en balde salir de éste y liberarse.

—Señorita Martínez, tampoco está usted en condiciones de darme ningún tipo de orden... ¡No le conviene!

Decidí que lo mejor sería pulsar el timbre para que acudiera en mi ayuda alguien del personal sanitario.

—¡Largo de esta habitación! ¡Socorro!

De inmediato, acudieron en mi ayuda dos enfermeras, alarmadas por mis gritos.

—¿Qué puñetas está pasando aquí? —dijo una de ellas, desconcertada ante el escándalo que se había formado en un instante en la habitación.

—La señorita Martínez se niega a colaborar con la justicia. En fin... Me queda pendiente preguntarle si va a poner denuncia por lo del disparo. Si no lo hace, la Fiscalía actuará de oficio de todos modos.

—No deseo interponer ninguna denuncia. ¡Tan sólo quiero que me deje en paz!

—No me sorprende en absoluto, señorita Martínez —me respondió, mirándome de forma desafiante.

Las dos enfermeras se quedaron a cuadros. No esperaban una reacción tan desmesurada por mi parte y ellas tampoco sabían qué decir o hacer ante esa situación, ya que no tenían ni la más remota idea de lo que estaba ocurriendo. Finalmente, una de ellas le dijo al señor Sesmero, con calma y delicadeza:

—Señor agente, le ruego que vuelva en otro momento. Ahora mismo la señorita Martínez está muy nerviosa y débil, y necesita descansar. Le agradecería que se marchara.

—Está bien, está bien... Pero volverá a tener noticias mías, se lo aseguro —contestó, malhumorado.

Cuando éste salió de la habitación dando un portazo, la enfermera me dio una pastilla tranquilizante para que me relajara, me la puso debajo de la lengua y me dijo:

—Su novio nos ha dicho en el mostrador de enfermería que se encontraba agotado y que se marchaba a casa a descansar, ahora que usted parecía encontrarse bastante mejor. Volverá mañana a primera hora. Entienda que ha permanecido día y noche a su lado durante los últimos días y apenas ha dormido. Se tiene merecido un buen descanso ahora que, gracias a Dios, usted ha despertado.

La enfermera también parecía alegrarse al verme consciente.

« *Muy bien, Marcos. No dejes que te cojan, amor mío* », murmuré en mi interior. Sentí una fría sensación de alivio, poco antes de quedarme dormida para el resto de la noche.

Marcos no volvió al día siguiente ni en varios días después. Temí que le hubieran detenido o que quizás estuviera oculto en algún sitio del que no pudiera salir, por el temor a ser descubierto. Tenía que recuperarme cuanto antes para regresar junto a él.

Me pasaba el tiempo mirando la puerta de la habitación, esperando a que él

entrara, como si al concentrarme mucho en ello pudiera hacer que volviera antes junto a mí. Poquito a poco recuperé las fuerzas y comencé a caminar, e incluso di largos paseos por los enrevesados pasillos del hospital. Eso sí, sentándome en cada asiento que encontraba a mi paso. Me asusté al comprobar que en cada rincón me encontraba con un agente, que estaba al tanto de cada uno de mis movimientos.

Estaba claro que le estaban esperando y que los dos figurábamos en el punto de mira de la policía. Sabían que tarde o temprano él vendría a por mí y entonces le detendrían. Quizás no teníamos escapatoria posible, pero al menos habría que intentarlo; aunque para ello, previamente tendría que avisar a Marcos. Le intenté localizar a través del teléfono móvil pero, para no variar, lo tenía apagado. No sabía cómo podría advertirle del despliegue policial que vigilaba el hospital, para que ni se le ocurriera aparecer por allí.

Pasaron varios días y yo ya me encontraba prácticamente recuperada. Una mañana un enfermero vino hasta mí y me dijo que tenía que ser trasladada al Hospital de la Vega Baja porque, al no estar empadronada en Torre Vieja, era el protocolo a seguir.

A pesar de llevar una mascarilla de papel y un gorro de quirófano, aquel enfermero de ojos de miel era inconfundible para mí. ¡Era Marcos y estaba de nuevo a mi lado! Su olor, su tacto, el brillo de su mirada volvieron a inundar el entorno; y mi mundo, de nuevo, comenzó a girar.

—No sufras, princesa. Todo va a salir bien. Te dije que tengo mis contactos. Hago esto porque hay policía cubriendo todas las entradas del hospital. Sabían que volvería a por ti, muñeca —me explicó, regalándome una mirada cómplice.

Al fin había llegado el momento de huir. Mi cuerpo empezó a temblar de miedo, comenzando incluso a hiperventilar.

Él se acercó y acarició mi rostro con ternura. Su dulzura logró apaciguarme un poco.

—Descuida, princesa. Tienes que tranquilizarte porque debemos pasar desapercibidos en la medida de lo posible. Lo tengo todo planeado al milímetro. Nada puede salir mal. Tú tan sólo tienes que hacer lo que yo te diga, ¿de acuerdo?

Asentí, llena de entusiasmo. Deseaba abrazarle, decirle cuánto le amaba y devorarlo a besos, pero tenía que ser discreta. Ya habría tiempo para ello más adelante. Ahora nuestra prioridad era salir del hospital con discreción.

—Deja que te ponga esto. Diré que te traslado a la unidad de enfermedades infecciosas. Nadie pondrá ninguna objeción porque un colega mío, *hacker*, ha entrado en tu historial y ha cambiado el motivo de tu ingreso a “Enfermedad infecciosa indeterminada” y ha modificado el registro medio de tus temperaturas, de treinta y

seis con ocho a cuarenta grados —dijo, con una tranquilidad casi palpable.

Me colocó una mascarilla de papel igual a la que llevaba él y recogió mi pelo en un gorro verde, de los que usan los pacientes que van a ser intervenidos en quirófano.

—Esto no puede salir bien, alguien sospechará. ¡Ay, Dios!

—No, porque hoy es uno de agosto y todo el personal es nuevo. La plantilla habitual está de vacaciones y el personal que hay está contratado por un mes y desconoce tus antecedentes... Bueno, y los míos. ¡Ja, ja! —explicó entre risas.

No sabía de dónde sacaba las fuerzas y la sangre fría para bromear en un momento tan delicado.

Al instante, trajo una silla de ruedas para mí y así fue como salimos de la habitación. En mi subconsciente me repetía: « *Todo va a salir bien* », una y otra vez, a modo de mantra, para intentar templar mis nervios y poder mantener la calma y, al menos durante unos minutos, funcionó. Él dejó la falsa orden de traslado en el mostrador de enfermería y, con una extraordinaria frialdad, dijo:

—Me la llevo a la Unidad de Infecciosos del Hospital de la Vega Baja. Tengo órdenes de arriba.

Ninguna de las enfermeras le puso ninguna objeción, como si la orden la hubiera dado algún Dios o ser superior extraordinario. Fueron totalmente incapaces de contradecirle. Se quedaron prendidas en los dorados ojos de Marcos y en su trasero de infarto. Las entendí a la perfección, porque nadie en su sano juicio era capaz de decirle que no a aquella áurea mirada cautivadora. Una dulce sonrisa se dibujó en mis labios, pero nadie la vio gracias a la mascarilla que llevaba puesta.

Pasamos entre un montón de policías que estaban distribuidos junto a la habitación, al final de cada pasillo, al lado de los ascensores, e incluso en la salida principal del Hospital, donde estaba el agente Sesmero. Pero ninguno de ellos se atrevió ni siquiera a acercarse a nosotros. Era como si ambos lleváramos un símbolo de “radioactivos” al ir vestidos de aquella manera, y ninguno de los policías quisiera contagiarse.

Al llegar al exterior, una ambulancia nos estaba esperando.

—Todo está controlado, princesa. Mantén la calma y todo saldrá bien. Te lo prometo —me dijo.

Asentí levemente y miré hacia el suelo, aparentando encontrarme mucho peor de lo que estaba. Con presteza, bajó una rampa de la parte trasera de la ambulancia y subió la silla de ruedas al interior del vehículo.

Me sobresaltó que hubiera alguien sentado en el sitio del conductor. Pensé que estaríamos solos y que Marcos sería quien conduciría, pero él se introdujo conmigo en la parte de atrás. Justo en el momento en el que cerraba la puerta de la ambulancia, el agente Sesmero y dos policías más gritaron:

—¡Alto ahí! ¡Policía!

—¡Arranca, Horacio! ¡Arranca! —inquirió Marcos.

Éste conectó la sirena y arrancó el vehículo, saliendo de allí en estampida. Pero varios coches de policía nos pisaban los talones y temía que tarde o temprano nos dieran alcance. Era consciente de que si lo hacían, todo habría terminado definitivamente.

—Tranquila, princesa. Ya estás a salvo. He tenido que hacer esto porque ese cretino de Sesmero me estaba tocando las narices demasiado.

¿Cómo que ya estaba a salvo? Marcos debía de haberse vuelto loco. Teníamos dos coches patrulla persiguiéndonos a toda velocidad, y él, con toda su calma, me había pedido que me tranquilizara. No veía clara la situación, pero opté por no discutir con Marcos. Preferí cruzarme de brazos y callar, porque estaba muy tensa y asustada. Tras varios volantazos, con los que pensaba que terminaríamos por descarrilar y volcar en el arcén, las sirenas de los coches de policía dejaron de escucharse. Me acerqué hasta la ventanilla lateral de la ambulancia y pude ver a lo lejos dos columnas de humo ardiendo a un lado de la calzada. Al fin les habíamos dado esquinazo.

—Lo conseguimos, compadre.

—¡Buen trabajo, amigo! —contestó Marcos, pletórico.

Casi me había olvidado de la presencia de aquel desconocido en la cabina del conductor.

—¿Quién es, Marcos? —le dije, señalándole sin ningún tipo de disimulo.

—¡Ah! Es Horacio, un buen amigo que me debía un favor. Tranquila, es de confianza. Toma, ponte esto —me dio una bolsa con algo de ropa—. Creo que es de tu talla.

Ni siquiera había reparado en que aún llevaba puesta la bata del hospital y que con ella no podríamos llegar a ningún sitio sin levantar sospechas. Por fortuna, Marcos tenía todo planeado y no dejaba nunca ningún cabo suelto en sus planes.

—Vamos a un lugar seguro, princesa, donde sólo estaremos tú y yo. A ver, déjame que te quite la vía.

Miré el tubito por donde me introducían la medicación. Marcos cogió unas gasas, me dijo que respirara hondo y con sumo cuidado extrajo la aguja. Presionó para que no sangrara, poniendo esparadrapo alrededor de la muñeca.

—Ves, ¡ya está! ¿Te encuentras bien? Pareces un poco mareada.

—No, digamos que es la falta de costumbre —le dije, mientras terminaba de abotonarme la camisa que él me había traído.

Lo cierto es que después de tanto vaivén me sentía con la cabeza abotargada.

La ropa me venía que ni hecha a medida, tanto la camisa como el pantalón,

aunque tenía un corte demasiado clásico para ser de mi gusto. Pero no era un buen momento para ese tipo de remilgos.

—Siento haberte convertido en una fugitiva, princesa.

—Ha sido mi decisión. Tú sólo haz que valga la pena.

—Ya no necesitarás esto. —Cogió mi móvil y me lo tiró por la ventanilla—. Estos serán tus nuevos documentos y tu nuevo terminal.

Me enojó sobremanera que hiciera eso. ¡Era mi móvil! Que estuviera conmigo no le daba derecho a hacer ese tipo de cosas, y menos sin mi permiso.

A continuación, sin dejarme tiempo para reaccionar y mostrarle mi enfado, me mostró una funda de plástico que contenía una identidad nueva para mí. A partir de ese momento pasaba a ser Ana García García. Así lo decía mi D.N.I. y mi nuevo carnet de conducir. Además, me entregó un móvil de tarjeta prepago. Me quedé sin palabras: ¿nueva identidad?, ¿nuevo teléfono móvil?, ¿de qué iba todo aquello? Estaba confundida, pero totalmente entregada a él, en cuerpo y alma.

—Tendremos que estar muy concentrados para no pifiarla. Aunque para mí no será complicado, porque siempre te llamo princesa.

—Algo había notado. Pero señor “como-se-llame”, haga usted el favor de besarme de una maldita vez.

—De acuerdo, princesa. Sus deseos son órdenes para su humilde y fiel lacayo —me dijo, entornando los ojos de forma seductora.

—¡Pero qué tonto eres! —le contesté, desabrochándole el pijama de enfermero que llevaba todavía puesto.

De repente, Horacio tocó en el cristal que nos separaba de la parte delantera.

—Amigos, si son tan amables, hagan el favor de no distraer al conductor, ¿de acuerdo?

Le hicimos caso. No nos convenía que el conductor descarrilara y tuviéramos un accidente. Los dos nos quedamos sentados en los asientos de la parte trasera de la ambulancia, deseando que pronto pudiéramos tener un nuevo encuentro íntimo.

Marcos se calló. Guardó silencio durante unos minutos hasta que, de repente, soltó una sonora risotada. Le lancé una mirada significativa, exigiéndole una explicación.

—¿Se puede saber de qué te ríes?

—De nada.

—O me lo dices o prometo no volver a acercarme a ti —le exigí, cruzándome de brazos.

—Si es sólo una tontería... En fin, estaba pensando en que cuando tengamos hijos, si les contamos todo esto, no nos van a creer.

No entendía cómo era capaz de mostrar tanta sangre fría en un momento tan delicado. Era capaz de sacarme un tema tan comprometido como el de los hijos justo cuando estábamos huyendo de la policía.

—Claro, ahora es justo el momento de sacar ese tema. ¡Bravo y bravo! —le dije aplaudiendo, derrochando toda mi ironía.

Estaba ansiosa por saber hacia dónde nos dirigíamos y aún me temblaban las rodillas después de nuestra fuga del hospital. Era el momento menos apropiado para gastar bromas.

—¿A dónde vamos, Marcos? ¿Cuál se supone que es el siguiente paso que daremos? —le comenté, con evidente hostilidad.

—Verás, esto va a ser muy complicado de aceptar para ti. Espero que lo entiendas: La única manera de empezar de cero va a ser matando a nuestros antiguos yos.

—¿Perdón?

—A ver, princesa. Esta será la parte más delicada. ¡Me resulta tan difícil de explicártelo! Vamos a ir a unos acantilados que hay a escasos metros de aquí y despeñaremos la ambulancia. Está cargada de alcohol y combustible, para que en el momento que choque contra las rocas se produzca una gran explosión y todo quede completamente calcinado. Es un poco drástico, pero es la única opción que tenemos de empezar de cero.

—Entonces, ¿todos pensarán que hemos muerto! —exclamé, horrorizada.

Un frío abrumador se apoderó de mí al escuchar mis propias palabras.

—Lamento que tenga que ser así, princesa, pero es nuestra única oportunidad de salir de ésta con vida. Quienquiera que te haya disparado, tan sólo parará si cree que hemos tenido un accidente mortal.

—Pero, ¿y mi madre? ¿Y mi familia y amigos? ¡No puedo hacerles algo así! Tengo que avisarles de alguna forma... —le imploré, con los ojos inundados de lágrimas.

Me negaba a la vil idea de hacerle pasar a mi madre por mi falso entierro. Tenía que llamarla. Seguro que ella lo entendería y nos encubriría.

—Espera, tengo que advertirles de que todo será una pantomima... Ellos lo entenderán —insistí, encendiendo mi nuevo móvil.

—Lo siento, cariño mío, pero no puedo permitirte —me contestó, arrebatándomelo—. No podemos correr ningún riesgo. Nuestras vidas están en juego.

El hecho de que ni siquiera pudiera despedirme de mi madre, de hacerle saber que en realidad estaba bien, junto al hombre que amaba, me ponía enferma. ¡Iba a destrozarle la vida para siempre!

Todo aquello no entraba dentro de mis planes. Fingir mi propio entierro iba a ser

un precio demasiado alto, que no sabía si estaba dispuesta a pagar. ¿O tal vez sí?

*« Si no recuerdas la más ligera locura
en que el amor te hizo caer,
no has amado » .
William Shakespeare.*

Llegamos al lugar que ambos tenían previsto para deshacerse de la ambulancia. Se trataba de unos acantilados situados a continuación de la Playa de los Locos. Cuando encontrarán nuestros restos supondrían que habríamos sufrido un fatal accidente al tratar de escondernos; o bien que Marcos y yo nos habríamos suicidado en un arrebató de locura pasional, como Romeo y Julieta, por culpa de la presión a la que estábamos sometidos. Todo eran conjeturas, de las cuales para mí ninguna resultaba válida, porque fuera como fuese le causaría un excelso dolor a mi madre. Pero en esos momentos me sentía una marioneta en sus manos y ni tan siquiera mi opinión tenía valor alguno.

Marcos y yo nos bajamos primero de la ambulancia y después lo hizo Horacio. Éste preparó una especie de palanca para que el coche acelerara sólo. Dirigiría el vehículo hacia el precipicio y, llegado el momento, tendría que saltar en marcha. Así que se cambió de ropa y se puso una cazadora gruesa y un pantalón resistente para sobrellevar el impacto contra el suelo.

—¿Estás completamente segura de seguir con esto? Si te niegas, podrías dar al traste con todo y yo podría acabar con mis huesos en la trena. Pero es tu decisión y yo nunca te voy a presionar —me comentó con una extraordinaria frialdad.

Era increíble como Marcos tan pronto podía ser una persona dulce y sensible, como de repente se convertía en alguien impasible y calculador. Además, sabía que yo estaba enamorada perdidamente de él y se aprovechaba de ello. En el fondo era un manipulador nato. Estaba horrorizada porque pensaba que lo que se disponía a hacer era algo inadmisibile, aunque para él era algo perfectamente válido y asumible.

Me maldije porque siempre perdía la cabeza por quien menos me convenía. Me odié por no ser capaz de escapar de aquel abismo, aunque sabía que era el precio que tenía que pagar por permanecer a su lado. Mi amor por Marcos era tan grande que no me quedaba otra opción que seguirle, a pesar de que me sintiera una completa estúpida por hacerlo. El cabreo que tenía con él era monumental, pero había llegado a un punto sin retorno y tan sólo podía saltar al vacío que me ofrecían sus labios.

—¡Eso tiene un nombre y se llama chantaje! Sabes de sobra que no te voy a delatar. Sabes también que no puedo estar sin ti, pero estoy harta de esta coacción

emocional. ¡Harta!

En ese instante fui consciente de que estábamos teniendo nuestra primera gran crisis de pareja. Algo peculiar, eso sí, pero nuestra relación al fin y al cabo también lo era.

—Voy a hacer que todo esto valga la pena, princesa —me dijo con seguridad.

Su dulce mirada invadió de nuevo mis sentidos. Le odiaba porque sabía el efecto que tenían en mí sus armas de seducción y se aprovechaba de ello. De súbito, sus ojos se volvieron acuosos y pude atisbar en ellos una emoción que antes no veía. Me estremecí porque irradiaban la más pura e hiriente sinceridad. Aun así, seguí enfadada con él.

—¡Vete a la mierda, Marcos! Haced lo tengáis que hacer, pero me tienes que dejar tiempo para que asimile todo esto, ¿de acuerdo?

—Tienes el resto de mi vida, princesa.

Sus palabras fueron un disparo directo a lo más profundo de mi corazón.

Tal vez esperaba alguna otra respuesta por mi parte, pero no la hubo. Al cabo de un instante, Marcos se limitó a encoger los hombros y a tomar mi mano, conduciéndome hacia adelante.

No nos quedamos a verlo. Horacio le dio a Marcos las llaves de un nuevo vehículo que se encontraba aparcado un poco más adelante, en el mismo descampado. Para mi asombro, los dos habían previsto hasta el más mínimo detalle. Nos despedimos de Horacio con un frío « *Hasta pronto* », aunque tenía la certeza de que no le volvería a ver. Nos alejamos de él sin más dilación, deseándole la mayor de las suertes. Supuse que saltaría a tiempo y le olvidé.

Arrancamos el nuevo coche y pusimos rumbo hacia nuestro propio destino. Justo antes de llegar al primer semáforo, se escuchó una potente explosión. Una gran columna de humo emergía desde el horizonte y algunos transeúntes miraban y señalaban hacia el lugar del siniestro.

Se me heló la sangre al pensar que, a partir de ese momento, yo estaba oficialmente muerta. Mi cuerpo se sobrecogió de la impresión y Marcos lo percibió. Él acarició mis pantorrillas con su mano derecha, tratando de calmarme; pero yo se la aparté, arisca, porque seguía muy enojada con él. Poco después detuvo el coche en el arcén, a la altura de la Torre del Moro:

—¿Qué pasa ahora, Marcos?

—Ponte esta gorra y estas gafas. Recuerda que ahora nadie debe de reconocerte.

Desde el asiento de atrás, cogió un par de bolsas de plástico que contenía una especie de kit de camuflaje: gafas, gorra, gomas y pasadores para el pelo.

—Hazte un recogido. Tienes que improvisar un cambio de *look*. Supongo que las

mujeres sois expertas en ese tipo de cosas.

Sin inmutarme, decidí pasar por alto el machismo que había impregnado en sus palabras, al menos por esta vez.

—Además recuerda que a partir de ahora tendremos dos nuevas identidades — prosiguió—. Tendrás que concentrarte para no meter la pata. Con el tiempo te acostumbrarás, Ana. Es algo muy sencillo, en el fondo.

—¿Acostumbrarme? ¡Dudo que en algún momento pueda acostumbrarme a tanta mierda!

Me parecía algo irreal. Tenía la sensación de que aquello era un mal sueño del que tarde o temprano también despertaría. Tan sólo podía dejarme llevar.

—Ten en cuenta que a partir de este momento yo paso a ser Ricardo Mendoza, tienes que tenerlo bien presente en todo momento, princesa. Será divertido, ¿no crees?

—Tu princesa ya no cree en nada...

Me importaba bien poco que mis palabras pudieran herirle. Creo que en el fondo era lo que pretendía. Al menos, quería que Marcos asumiera la envergadura del daño que me estaba causando, tanto a mí como a los míos. Un hiriente silencio se alzó entre nosotros.

Él se colocó una peluca morena y una perilla de chivo. Mientras le veía transformándose me recordó a Roger Moore en la mítica serie de “El Santo”, la cual había visto hasta la saciedad en mi infancia. Cuando terminó, le miré fijamente y comprobé que su nuevo aspecto le hacía aún más atractivo.

—Ahora será como si te estuvieras acostando con otro hombre, princesa. ¡Ja, ja, ja! —me dijo con desparpajo.

—No sé cómo puedes encontrar algo divertido en todo esto. Yo me siento la persona más despreciable sobre la faz de la Tierra. Me odio, me doy asco por lo que le voy hacer pasar a las personas que más quiero, sobre todo a mi madre. ¡Y tú lo encuentras gracioso! ¡Joder! ¡No sé cómo puedes ser tan insensible! —le expliqué y me vine abajo.

—Me duele que tenga que ser así, pero no tenemos otra opción. Te amo, preciosa. No te voy a fallar. Confía en mí. —Sus ojos parecían arder en su interior.

Al final asumí que no había un camino alternativo. Tan sólo podía continuar hacia adelante, cogida de su mano con más fuerza que nunca. Puede que la vida fuera un precipicio incommensurable, pero sabía que a su lado sería capaz de superar cualquier obstáculo que se me pusiera por delante.

Mis ojos se clavaron de nuevo en los suyos, y en ellos enhebré de nuevo mi destino, pero esta vez para siempre. Él entendió mis sentimientos y asintió, complacido.

—Y ahora, princesa, llegó la hora.

—¿La hora de qué, Marcos? —le pregunté, al tiempo que intentaba asumir mi nueva realidad.

—Es el momento de la venganza.

*« Antes de embarcarte
en un viaje de venganza,
cava dos tumbas » .
Confucio.*

Ese mismo día regresamos a la casa de Marcos en Guardamar. Me pareció muy arriesgado volver allí, pero decidí que lo mejor sería hacer lo que él me indicara. Al fin y al cabo era él quien tenía experiencia en este tipo de situaciones. Tal vez ahora que Walter había dejado de suponer un riesgo para nosotros, no tendríamos nada que temer en aquel apartamento. « *Es la hora de la venganza* », había dicho. Sus palabras lapidarias resonaban en mi mente y sus ganas de represalia me abrumaban. En sus ojos había un halo de oscuridad que no atinaba a descifrar qué escondía.

Al entrar de nuevo en aquel apartamento, los aciagos recuerdos de nuestra última estancia se agolpaban en mi mente, como una sucesión tormentosa de imágenes sangrientas.

—Marcos, ¿tienes alguna idea de quién puede haber sido el autor del disparo? Porque para vengarnos, al menos tendríamos que saber por dónde empezar.

—Verás, a lo largo de estos días en los que has estado en el hospital, he estado investigando sobre quién podría querer verte muerta. Al principio no logré llegar a ninguna conclusión, pero con el paso de los días he estado pensando en que tendría que ser alguien de tu entorno. Sólo alguien muy cercano a ti podría seguir tan de cerca cada uno de tus pasos.

—No sé hasta dónde pretendes llegar pero sigue, por favor. Entiende que ya es muy complicado sorprenderme —le contesté, intrigada.

No sabía a quién se refería y con qué intención podría estar diciéndome aquello, pero estaba deseosa por saber hacia dónde se dirigía con sus palabras.

—Continúa, continúa, que me tienes en ascuas.

—He investigado a todos tus compañeros de trabajo, a tus amigos y allegados de Madrid y el único que tiene antecedentes penales es Mariano.

No podía dar crédito a lo que me estaba contando. Me parecía patético que Marcos se estuviera inventando aquella sarta de mentiras por celos. ¿Mariano? ¿Antecedentes? Aquello no tenía ni pies ni cabeza. Decidí tomármelo todo a broma, porque si iba en serio aquella patraña, ¡me iba a oír!

—¡Oh, por Dios, Marcos! ¡Eso no tiene ningún sentido! —le contesté, sonriente.

En el fondo me complacía que él pudiera sentir unos celos tan enfermizos por mí.

Alguien tan bello, un dios en la Tierra, sintiendo celos de una humilde mortal como yo. ¡Era de locos!

— Déjame que te lo explique. Seré breve, princesa. Después de indagar en internet durante varias horas, he dado con una noticia sospechosa sobre el pendejo de Mariano. Te lo diré sin dar rodeos. Al parecer, hace casi cinco años le culparon de asesinar a la que era su prometida, una joven llamada Laura, con la que pensaba casarse a finales de ese mismo año. Al final le dejaron en libertad por falta de pruebas concluyentes. Según cuentan los testimonios de la familia de la víctima, la joven le iba a dejar por otro la misma tarde en la que desapareció. Nunca más se supo de Laura, aunque al día siguiente se encontraron unos restos humanos calcinados junto a las lagunas de Torrevieja. Su estado era tal que fue imposible identificarlos con precisión, aunque se determinó que pertenecían a una joven, cuyas características podían encajar con Laura. Sin embargo, fue imposible hallar alguna prueba incriminatoria definitiva que culpara a Mariano. Aunque lo detuvieron de manera cautelara, salió en libertad con cargos a las pocas semanas de haber entrado en prisión — me explicó con aparente objetividad.

No podía ser real lo que me estaba contando. ¡Mariano no podía ser un asesino! Era tan sólo una sucia artimaña para que me alejara definitivamente de él en el trabajo. Marcos se estaba comportando como un perro orinando para delimitar su territorio. Pretender que funcionara una acusación de semejante calibre, sin ningún tipo de prueba, me parecía una actitud primaria, básica.

—Y tú ya, por supuesto, lo das por culpable, ¿a qué sí? Lo que no descubrieron los expertos tras una exhaustiva investigación, lo has visto tú en un parpadeo, ¿no es cierto? ¡Venga ya, hombre! —le comenté, enojada.

—Princesa, ¿qué más necesitas saber? Si lo piensas un poco, tiene todo el sentido del mundo. Él está enamorado de ti y, como no puede soportar que tú y yo estemos juntos, ha intentado acabar con tu vida —me respondió categóricamente.

—Mira Marcos, la vida me ha enseñado a no poner la mano en el fuego por nadie. Pero de ahí a que Mariano sea un asesino, hay una diferencia demasiado grande. ¿Cómo sé que no te lo has inventado todo?

Marcos parecía tan seguro en su exposición de los hechos que incluso comenzaba a hacerme dudar. Pero era todo demasiado surrealista. Estaba segura de que Mariano no tenía ningún motivo para matarme, porque entre él y yo no había habido ningún tipo de hostilidad; sino todo lo contrario, había una gran amistad y algún que otro flirteo sin ninguna maldad por su parte.

—Echa un vistazo. Son varios recortes de prensa sobre la noticia, que he impreso desde la hemeroteca de internet. Ves, hay incluso una foto de Mariano como culpable.

—¡Presunto culpable! No saques las cosas de contexto, que bastante complicadas

están ya. A ver... ¡Dios mío! ¡Es él! —Observé las fotos, aterrada—. Pero fue declarado no culpable semanas después, lo dice justo aquí.

—No sé por qué demonios le defiendes con tanta vehemencia. ¡¿Qué más pruebas necesitas para creerme?! Además, recuerda que en el primer asalto que tuviste en el cuarto de baño del trabajo, Mariano fue el primero en llegar a socorrerte. ¡Porque en realidad Mariano y el asaltante son la misma persona!

Eso era ya el colmo. Recordaba a la perfección que en aquel baño habían dos personas: Mariano y el delincuente. Marcos estaba intentando manipularme de forma deliberada.

—¡Eso no fue así! Precisamente fue Mariano el que se encargó de espantarlo. De no ser por él, ahora yo no continuaría con vida —le repliqué con contundencia—. Habían dos personas en el aseo, de eso estoy segura, Marcos. ¡Él me salvó la vida! Si Mariano no llega a aparecer justo a tiempo, no sé lo que me habría sucedido. Uf... —Un aciago escalofrío me impidió seguir hablando.

—Creo que los días que has pasado en el hospital te confunden y no te dejan ver las cosas con suficiente claridad. ¡Te equivocas de pleno, princesa! Además, allí mismo el asaltante te golpeó en la cabeza, ¿no? Puede que tu recuerdo de aquel momento no lo hayas asimilado con la suficiente nitidez. Confía en mí, princesa.

Cada vez que me pedía que confiara en él, un gélido estremecimiento me invadía hasta las entrañas. Algo oscuro estaba tramando, lo presentía. Además, Marcos se estaba convirtiendo en un experto en tergiversar mis palabras para llevarlas a su terreno.

Abrió una caja fuerte que tenía incrustada detrás de un cuadro en la pared y sacó una pistola, muy similar a la que tiempo atrás me había dado. La cargó y ni tan siquiera se atrevió a mirarme. Marcos era consciente de que si su mirada se encontraba con la mía, no sería capaz de seguir hacia adelante con sus planes.

—¡Eres tú el que se equivoca por completo, Marcos!

Su terquedad estaba alcanzando límites insospechados. Sin embargo, yo tampoco daría mi brazo a torcer.

—Cariño, lo siento mucho pero voy a tener que quitarle de en medio. Es así de simple, princesa.

«*¡Le va a matar! ¡Quiere cargarse a Mariano!*», me gritaba mi subconsciente, horrorizado.

Tenía la sensación de que Marcos se había vuelto loco por completo y tenía que pararle los pies. Su rostro mutó en alguien extraño.

—¡¿Así de simple?! Por si acaso y por unos celos absurdos, tú decides que Mariano debe morir, sin preocuparte ni siquiera de si te equivocas de persona. ¡Eres un maldito monstruo!

—Tú no lo entiendes, princesa. Este es mi mundo, en el cual quien la hace, la paga. Son las reglas.

Marcos me mostró su faceta más siniestra, la cual nunca había visto antes y que me daba mucho miedo, un miedo hiriente que me petrificaba hasta la sangre. Era aterrador lo que estaba descubriendo de él, de golpe y porrazo.

—¿Las reglas de qué?... ¡¿Pero qué mierda estás diciendo?!

Me espeluznaba ver ese lado más oscuro de Marcos y comprobar que podía llegar a ser alguien inhumano, aunque esperaba que yo pudiera cambiarle, porque en el fondo él no era así. Marcos era una víctima de sus propias circunstancias. No podía ni quería culpabilizarle por ello.

—¿Sabes? Creo que las cosas no tienen por qué ser así en tu mundo, ahora que yo también formo parte de él.

Marcos me clavó su mirada penetrante en mis pupilas y supe que algo en su interior se había removido. Pero de inmediato sus ojos se cubrieron de ese halo glacial y oscuro. No era él, o quizás era mi subconsciente el que se negaba a aceptar que en realidad sí lo era.

—¡Déjame! Haré lo que tenga que hacer. Tú tan sólo estate quietecita y pronto estaré de vuelta.

No pensaba permitirselo. Sentía miedo, pero tenía la absoluta certeza de que Mariano no era quien me había disparado. No tenía sentido. Era imposible que él hubiese intentado asesinarme. Estaba claro que algo se nos escapaba ¿pero el qué?

Tenía que hallar una respuesta y cuánto antes. La vida de Mariano corría un serio e inminente peligro. Debía hacer algo para evitar que Marcos le asesinara.

—Si se te ocurre salir por esa puerta, nunca más volverás a saber de mí. No voy a permitir que cometas semejante desatino —le ordené, horrorizada.

—No lo dirás en serio... ¿Me estás desafiando?

—No es ningún desafío, Marcos. Pero te juro que te estoy hablando más en serio que nunca.

Notaba como mis piernas se habían vuelto de gelatina y luchaban arduamente por seguir en pie. Estaba muy cabreada, pero me sentía incapaz de cumplir mi propia amenaza. Me encontraba desesperada y necesitaba intimidarle, de algún modo.

—Ya veo lo que verdaderamente te importo —me dijo, descorazonado.

Se giró de espaldas y de un cajón sacó algo que no pude ver en un primer momento. De súbito, me agarró por las muñecas y forzándome, me las precintó con cinta aislante y las ató al tirador de la puerta del ropero. También precintó mi boca y mis tobillos, sin importarle lo más mínimo el tremendo dolor que me causaba. Me pilló desprevenida y nada pude hacer para evitarlo. Tan sólo pude estallar en un silencioso e ígneo llanto.

—Lo siento, pequeña. No puedo permitir que corramos riesgo alguno. Tal vez ahora no lo entiendas, pero lo hago porque me importas de verdad.

« ¡Y una mierda! », bramó una voz desde dentro de mí. Le odiaba por forzarme de aquella manera y por no atender a mis súplicas.

Al momento, Marcos salió de la casa dando un estrepitoso portazo, abandonándome a mi suerte. Traté de liberarme de mis ataduras pero tan sólo conseguía infligirme más daño. Quería huir de allí, protegerme de él, pero me era imposible. No entendía cómo había sido capaz de hacerme algo así. Se había marchado para asesinar a Mariano, sin atender mis quejas y me había dejado inmobilizada, precintándome a su propio armario ropero. «*Si verdaderamente amas a una persona, no le haces algo así*», concluí. Pero no era mayor el dolor físico que el de mi corazón.

Me veía reflejada en el espejo del armario y la imagen era deplorable: amordazada, sudorosa y con la piel hinchada y enrojecida alrededor de donde tenía las ligaduras. Después de un buen rato intentando liberarme, concluí que era imposible y desistí.

Me sentía como una mierda por no poder hacer nada para ayudar a Mariano, mientras que él sí había sido capaz de salvarme la vida. Estaba segura de que Marcos se equivocaba con él. Además, asesinándole tan sólo lograría complicar más las cosas, tanto para él como para mí.

Cuando regresara me iba a oír. Si le había matado, estaba decidida a dejarle. No pensaba pasar el resto de mis días con alguien así. Me daba mucho miedo comprobar de primera mano lo que era capaz de hacer. No quería estar junto a un ser tan perverso, que era capaz de matar cuando alguien le suponía la más mínima duda.

Por otro lado, si era capaz de maltratarme por llevarle la contraria, era él quien no me dejaba otra opción que la de huir. No toleraría que me humillase cada vez que no pensara igual que él. Mi dignidad como mujer no estaba en venta, a ningún precio. Además, si al final Marcos matara a Mariano no podría cargar con semejante sentimiento de culpa. ¿Pero cómo alejarme de él, si se había convertido en todo para mí? ¿Cómo volver a empezar de cero, como si nada hubiera ocurrido?

«*Con toda probabilidad, Mariano ya esté muerto*», me gritaba mi subconsciente. «*¡Y todo es culpa mía!*». Las manos y los tobillos se me estaban entumeciendo por momentos. «*¿Y si cazan a Marcos, le llevan a prisión y no dice nada de mí? ¡Moriré de inanición!*», reflexionaba aterrada.

Llegué a la conclusión de que tal vez el amor no me hubiera permitido ver que Marcos era un ser despreciable. No consentiría que se repitiera aquella situación tan cruel y humillante para mí. Decidí que no quería tener a alguien así a mi lado.

Acerca de Mariano, no tenía ninguna prueba fehaciente de que él me hubiera

disparado y, aunque así hubiera sido, asesinarle no era la mejor forma de hacérselo pagar. Debía pasar página, alejarme de Marcos aunque me doliera, aunque significara abandonar a quien era mi propia esencia. Tenía que hacerlo y punto.

No sé cuánto tiempo permanecí así, hasta que escuché a Marcos traspasar la puerta. Pero no regresó sólo. Venía con Mariano, encañonado a punta de pistola y con las manos en alto. En el fondo me sentí aliviada al verle aún con vida, aunque no sabía por cuánto tiempo lo estaría.

—¡Dile que fuiste tú el que le disparaste! ¡Vamos, hijo de puta!

—¡Tienes que creerme, Lucía! ¡Yo nunca te haría daño! No sé de lo que me está hablando. ¡Socorro! ¡Socorro!

—¡Confiesa, maldito cabronazo! ¡Acaba con esto de una vez!

Marcos se encontraba fuera de sí. Mariano estaba acongojado, preso del pánico.

—¡Estás loco, tío! ¡Estás completamente loco!

A Mariano le chorreaba sangre por la nariz, y su rostro estaba totalmente desencajado. Yo, aterrada, observaba como sus ojos imploraban clemencia. Marcos era una bestia horrible, que disfrutaba torturando a un inocente. En su mirada pude ver una mezcla de locura y de disfrute que me espantó.

—Escúchame, hijo de puta, quiero que Lucía oiga lo que me has confesado ahí fuera. ¡Suéltalo por esa maldita boca! ¡Acabaré contigo de todos modos, pendejo! De ti depende que tomemos la vía rápida... —le dijo, golpeándole de manera brutal con el cañón del revólver en la cabeza.

Mariano cayó desplomado en el acto. Tuve la absoluta certeza de que le había matado.

—Shhh... Shhh, pequeña... Lo he hecho por nosotros. Tranquila.

Yo lloraba entre espasmos angustiosos. Mi cuerpo estaba impregnado de un hosco sudor frío. Volvía a estar junto a Marcos, pero tenía la sensación de que entre los dos distaba un abismo insalvable.

No me iba a dejar apresar de nuevo por sus encantos. Él era el mal hecho hombre, ¡un asesino! Pero olía tan bien...

*« Como todos los soñadores,
confundí el desencanto
con la verdad » .
Jean Paul Sastre.*

—Tan pronto como te relajes, te soltaré, princesa... —me dijo, abrazándome mientras me atusaba el pelo con suavidad, como si nada hubiera ocurrido.

Pero ni tan siquiera me había desatado. Su mano, manchada con la sangre de Mariano, me resultaba horrenda. Aun así, mi respiración poco a poco se fue acompasando con los latidos de mi denostado corazón. Logré forzar mi propia calma hasta que, al final, Marcos destapó mi boca.

En ese preciso instante me di cuenta de que, a pesar de que Marcos estaba a escasos metros de mí, entre los dos se abría un precipicio insondable.

—¿Por qué? —le reproché con los ojos anegados en lágrimas, señalando con la mirada hacia mi compañero, que yacía inerte en el suelo.

Mariano siempre se había portado muy bien conmigo y no se merecía terminar de una forma tan vil e injusta. Dudaba incluso de que siguiera respirando. Tal vez fuera demasiado tarde para intentar salvarle la vida.

—¿Y qué esperabas, princesa? No sé de qué te sorprendes.

Él estaba tan tranquilo, como si lo que acabara de suceder fuera lo más normal del mundo.

—Yo creía que tú... Qué tú... Déjalo, es igual... Ya veo que...

—Tienes que ser consciente de que yo soy Marcos, pero también Santiago... Y también deberías saber que los dos somos una misma persona. ¿De quién te enamoraste realmente, princesa? —me interrumpió con extraordinaria frialdad.

« *¿De quién te enamoraste?, dice. ¡Eso mismo quisiera saber yo!* », gritó una vocecita desde mi interior. Me resultaba demasiado duro tomar una decisión definitiva, pero no me dejaba otra opción.

—¡Suéltame de una maldita vez, Marcos!

Me parecía indignante que aún me tuviera con las manos amordazadas. Él, sin titubear ni pestañear y clavando en mí su mirada más retorcida, prosiguió:

—Yo te adoro, princesa. Lamento si te hice daño en algún rincón de tu hermoso cuerpo —me dijo, desligando mis muñecas de un tirón—. Sabes que no me dejaste otra opción.

Emití un quejido gutural, que retumbó por toda la casa. Mis muñecas latían a

causa del dolor de haberlas tenido apesadas durante tanto tiempo. Marcos tomó entre sus manos las mías y las besó con ternura, deleitándose en cada dedo, tratando de compensarme de un modo miserable y patético. Le di una sonora bofetada con toda la fuerza que pude reunir. Más tarde me plantearía perdonarle, cosa que no tenía muy clara aún si sucedería. De momento, el bofetón sí se lo tenía bien merecido. De nuevo, me estaba embaucando y yo me estaba dejando atrapar bajo su influjo y eso era algo que no me podía permitir. Sentía que tenía que hacerle pagar por todo lo que me había hecho, además de por su agresión a Mariano, que no tenía culpa de nada y yacía moribundo ante mí.

Sin embargo, sabía que yo era su presa y que no podía escapar de él. Aunque mis extremidades al fin habían sido liberadas, seguía atada a Marcos en cuerpo y alma, y nada podía hacer por evitarlo.

Me aproximé hasta Mariano y comprobé que todavía tenía pulso. Respiré aliviada, ya que aún quedaba alguna posibilidad de salvarle la vida. Más tarde ya seguiría con la discusión con Marcos.

—Aún tiene pulso, ¡tenemos que avisar a una ambulancia! ¡Rápido! ¡Pásame el teléfono! —le inquirí con desesperación.

—Tranquila, princesa. Este memo se pondrá bien. Tan sólo tiene un fuerte golpe. Nada que un poco de hielo y un paracetamol no pueda solucionar —me contestó, anodino—. ¡Nadie se muere por un coscorrón!

¡Cómo podía ser tan insensible! Mi corazón estaba descontrolado y golpeaba en mi pecho de forma salvaje, como si quisiera escapar de él. Tal vez en su mundo las cosas funcionaran así, pero yo también tenía algo que decir, si formaba parte de él.

—Escúchame Marcos... ¡O llamamos ahora mismo a una ambulancia o te jurc que no respondo de mí!... ¿Me has entendido?

—Vale, llamamos y nos largamos de aquí.

—¿Eh? No tan deprisa, guapo. ¡No pienso compartir mi vida con alguien que es capaz de maltratarme así! ¡Ni que es capaz de matar a alguien en el primer ataque de celos que tenga! ¡Bajo ningún concepto! —respondí, categórica—. ¡Eres un jodido perturbado!

Su rostro permaneció inamovible. Quizás nada de lo que estaba ocurriendo le estuviese afectando. Me sorprendió, ya que estaba a tan sólo un paso de perderme para siempre y ni se inmutaba. Marcos ni me amaba ni jamás lo había hecho, concluí. ¡Era un gran farsante! Decidí que debía alejarme de él para siempre, aunque ello me llevara de nuevo al pozo sin fondo del desamor y de la soledad en estado puro.

—No me dejaste otra opción, princesa. Yo tan sólo quería el bien para los dos —replicó con la parsimonia y la seguridad de quien afirma una verdad absoluta.

—¿El bien para los dos? ¡Maldita sea, Marcos! Me dejaste amordazada como si

fuera un animal salvaje. ¡No pienso permitir que me trates así! ¡De ninguna manera! —le dije, dándole un nuevo bofetón que le cruzó la cara.

—Princesa, no fue mi intención... —me contestó con una sonrisa burlona, que pude ver cuando se giró de nuevo hacia mí.

No entendía cómo podía cambiar tanto de actitud de un momento a otro. Era algo inquietante. Tan pronto era un ser desequilibrado y miserable como podía ser la criatura más dulce y tierna sobre la faz de la Tierra. Era una especie de Dr. Jekyll y Mr. Hyde, pero Marcos era consciente de sus dos realidades. Era yo quien me había negado a verlas o, al menos, a aceptarlas. Había cometido el grave error de enamorarme tan sólo de Marcos, olvidándome de que Santiago, su cara oculta, también estaba ahí y era su cruz, su realidad más siniestra y salvaje.

—Marcos... Santiago... ¡O quién diablos seas! No quiero estar más a tu lado... ¡Me das miedo! ¡Déjame marchar! —Mis ojos estallaron en lágrimas.

Mientras le hablaba, cogí su teléfono y empecé a marcar el número de emergencias.

—¿No lo escuchaste? Mariano me confesó que fue él quien te disparó. No merece ni tu compasión ni tu ayuda. ¡Joder! ¡Ese pendejo debe morir!

« *¡Debe morir!* », había pronunciado, como quien dice cualquier frase intrascendente en una conversación coloquial. Así, sin inmutarse. El halo maléfico que se alzó desde su mirada confirmó mi corazonada. Su rostro me mostró que era falso que Mariano me hubiera disparado. No entendía como se podía ser tan manipulador.

—¡Sabes de sobra que eso es mentira! ¡Te lo has inventado todo por unos estúpidos celos! Pero es mentira, igual que tu amor por mí. ¡Todo ha sido una sucia mentira!

La razón me pedía que me alejara de allí, que huyera definitivamente de él. Pero mi corazón, siempre rebelde, me impulsaba a comerle a besos. Aunque esta vez sabía que tenía que ser fuerte y resistir.

—Debí de suponer que no confiarías en mí, que al final serías incapaz de aguantar la presión. ¡Quédate con él, si es lo que quieres!

« *¿Qué? ¡Es intolerable que me trate así!* », me gritaba mi razón.

—Sabes de sobra que eso no es cierto. He arriesgado mi vida por ti, Marcos. He abandonado a todas las personas que más me importaban por seguirte, así que no tienes derecho a reprocharme nada —le dije, empujándole hacia la puerta principal, tratando de ganar un espacio que me facilitase la huida definitiva.

Su comportamiento hacia mí me pareció sumamente injusto. Tal vez él no era la persona que yo deseaba que fuera. Tal vez me había enamorado de la expectativa que tenía de él. Quizás lo que yo había conocido de Marcos había sido una ilusión, un

mero espejismo.

—Entonces, ¿no va a servir de nada que te pida perdón? ¿Qué te suplique que olvides esto y me des una nueva oportunidad? —dijo con desdén.

Era como si su corazón se hubiese petrificado de repente, y ya no fuera capaz de mostrar ni un ápice de sentimientos. Me estaba perdiendo, era consciente de ello y no parecía importarle lo más mínimo.

—No, Marcos. Ya no. No puedo estar a tu lado si te temo —le contesté, compungida, con tan sólo un hilo de voz.

Al escuchar mis propias palabras, noté como un repentino crac partía mi pecho en dos. No podía creer que estuviéramos rompiendo de manera definitiva, pero así era. No podía continuar a su lado por más tiempo. Tenía que alejarme de él, aunque por dentro me estuviera muriendo. Esta vez no habría vuelta atrás.

De repente, noté unos pasos aproximándose detrás de mí. Alguien se agazapó a mi espalda. Todo mi cuerpo se estremeció de puro pánico. Hubo un estallido. Marcos cayó de súbito contra el suelo, desplomado. ¡Alguien le había pegado un tiro! En un primer momento pensé que sería obra de Mariano, el cual se habría levantado y habría disparado contra Marcos en represalia por lo que él le había hecho. Pero cuando me giré, no pude salir de mi asombro.

Estaba algo cambiada, porque se había cortado el pelo y ahora era de un tono rojizo intenso. Pero nada más verla la reconocí.

—¿Susana? ¿Pero se puede saber que coño haces tú aquí? —le recriminé, desconcertada.

—Al fin nos volvemos a encontrar, encanto.

Como en un cubo de Rubik, aquel último giro hizo que todo encajara. En ese preciso instante, al verla apuntándome con una pistola, entendí absolutamente todo.

*« Lo más difícil de aprender en la vida
es qué puente hay que cruzar
y qué puente hay que quemar » .
Bertrand Russell.*

—¡Tú! ¿Cómo has podido estar detrás de todo esto? ¿Por qué? —le pregunté, consternada.

Empecé a atar cabos: ella desapareció el mismo día que encontramos a Alice muerta y no volvió al trabajo a pesar de no tener ninguna causa aparente. Había alegado depresión y después de lo sucedido a nadie se le ocurrió cuestionárselo. Pero había sido una farsa para escapar. La jugada le había salido redonda porque no había levantado ni tan siquiera una leve sospecha entre los compañeros del trabajo.

Ahora Susana me miraba con un odio enfermizo desde la otra esquina de la habitación. Pistola en mano, me observaba desafiante, disfrutando de alargar un poco más los que con toda probabilidad serían los últimos momentos de mi vida.

—Eras tú y ese hijo de puta de Santiago los que tendríais que estar muertos, y no mi Walter. ¡Yo le amaba! Él fue quien me ordenó que te alimentara mientras estabas secuestrada. Si hubiera sido por mí, te habría dejado morir sin más —aulló, envenenada de odio.

—¿Cómo? No sé a qué te refieres...

—Conmigo no te va a funcionar tu cara de no haber roto un plato. En la celda estabas justo como yo deseaba, ¿recuerdas? Era tan divertido verte allí, tan desvalida... ¡Ja, ja, ja! —Su mirada era siniestra y amenazante—. ¡Maldita furcia! —concluyó con despotismo.

No podía dar crédito a lo que estaba escuchando. Susana había sido la pareja de Walter. Además, era el topo que me seguía para perpetrar su venganza contra Marcos. Ella había sido el encapuchado que, durante mi cautiverio, me forzaba a ingerir alimentos y la malvada sombra que había estado perenne en cada paso que daba junto a Marcos. Walter y ella habían sido uña y carne todo el tiempo, y ahora estaba allí dispuesta a aplicar su sangrienta venganza. Susana era el mal en su estado más puro.

—¡Por favor, no lo hagas! ¡Por favor, Susana! ¡Tú y yo éramos amigas!

Me sentí una ilusa por pensar que diciéndole algo así se apiadaría de mí. Había venido a matarme. Ella y yo jamás habíamos tenido nada parecido a la amistad, ni de lejos. Me estaba dando cuenta de que había sido un juguete roto para demasiada gente o que, simplemente, había formado parte de un mundo ajeno y hostil que no entendía.

Teniéndola en frente comprendí que ella se había infiltrado en mi vida para destrozarla. Y lo había conseguido.

—Podemos hablar... ¡Vamos, baja el arma! —le supliqué, desesperada.

El sombrío ojo de la pistola me señalaba fijamente. Era el ojo de mi propia muerte, a la que ahora encaraba, sin valor ni rebeldía, sino con resignación. No tenía más fuerzas para seguir luchando, ni siquiera para intentar resistirme. Estaba entregada a mi malograda suerte.

—¡Ya te lo advertí en Valencia! No debías de andar con malas compañías, porque el que juega con fuego al final termina por quemarse —me comentó, ebria de un odio enfermizo hacia mí, regocijándose en mi hondo sufrimiento.

Miré alrededor y el entorno era dantesco. Marcos se encontraba tendido en el suelo y un reguero de sangre le brotaba a la altura del hombro. Aunque la bala no le hubiese dado en ningún órgano vital, si le había tocado alguna de las arterias principales tan sólo le quedarían unos instantes de vida.

Por otro lado, pude atisbar que Mariano comenzaba a mover las piernas. Él tal vez fuera mi última esperanza. Estaba recobrando la consciencia y Susana, afortunadamente, no se había percatado de ello. Ella controlaba cada uno de mis movimientos con una mirada fría y calculadora. Necesitaba ganar algo más de tiempo y quizás Mariano pudiera ayudarme. Tenía que mantener la calma y que ella no notara nada. Era la única opción que tenía de salir de allí con vida y, tal vez así, salvar a Marcos.

—¿En Valencia?... —le pregunté con extrañeza, en un intento patético de entretenerla unos segundos que para mí podrían ser cruciales.

—¡Lo sabes de sobra! ¡Serás hija de puta! Tal vez me esforcé demasiado en darte algo de comer o en aparentar ser un hombre mientras te teníamos secuestrada. ¡Pero conmigo no te hagas la idiota! ¡No te servirá de nada! —espetó, sosteniendo el revólver con las manos firmes.

Susana había estado a la sombra de Walter en todo momento y ahora estaba enfrente de mí, decidida a aplicar el ojo por ojo con Marcos y conmigo.

—Las mosquitas muertas como tú se ven venir de lejos. No sé cómo Walter no acabó contigo a la primera. Tenía que haberte matado en cuanto tuvo ocasión de hacerlo.

En ese instante bajé un poco los brazos, intentando acercarme a ella para tratar de arrebatarse la pistola.

—¡Y como vuelvas a bajar las manos, te juro que te vuelo la tapa de los sesos! ¡Atrás, zorra, atrás!

Un pequeño hilo de esperanza se abrió ante mí. De reojo, detecté que Marianc estaba intentando incorporarse con torpeza, sin conseguirlo. Pero estiraba la mano

tratando de alcanzar la pistola de Marcos. Susana, por fortuna, estaba tan concentrada en mí, que no miraba hacia él. Mi corazón desbocado estaba a punto de estallar. Aun así, hice acopio de toda la sangre fría que pude y mantuve la calma, a pesar de que mis rodillas flaqueaban.

—Creí que Marcos había acabado contigo cuando me rescató... —le referí con despecho.

—Ese cretino ni tan siquiera me dio, tan sólo tuve que dejarme caer al tiempo que me disparaba. Fue así de simple. Mientras estaba tumbada en el suelo, a sabiendas de que Walter, el gran amor de mi vida, estaba muerto, juré venganza. Lo que no imaginé es que al final me resultaría tan sencillo —me comentó, sin mostrar el menor atisbo de piedad.

Un chasquido me mostró que acababa de quitar el seguro al revólver y su dedo índice se cernió sobre el gatillo. Mi fin era inminente. Cerré los ojos y pensé en mi madre. Para ella sería extraño que encontraran mi cuerpo acribillado a balazos, porque ella ya me habría dado por muerta después del aparatoso accidente de la ambulancia. No entendería nada de lo que había sucedido cuando le presentaran el cadáver de su hija.

Decidí que en aquel último instante de mi vida pensaría en ella. Lo dedicaría plenamente a mi madre, a recordarla tal y como a mí me gustaba. No sufriendo por mí, sino entrándome cada mañana un vaso de leche calentita a la cama o atusándome el pelo, como hacía todos los días cuando era pequeña. La visualicé y traté de pedirle perdón por todo el dolor que le había causado por culpa de haberme enamorado de quien menos se lo merecía. Era muy injusto que sufriera de esa manera y lo que más me dolía era saber que tal vez no había hecho lo suficiente para evitarlo. Pero ya era tarde para cualquier tipo de arrepentimiento o remordimiento. Lamentaba no poder volver a verla y no tener ni siquiera la oportunidad de despedirme de ella.

Esperaba así el tiro de gracia, con el ceño fruncido y los ojos apretados con fuerza. Me había rendido porque en realidad era lo único que podía hacer. No tenía ningún tipo de escapatoria. Era el fin y hacía demasiado tiempo que había dejado de creer en los milagros.

De repente se oyó un disparo, luego otro y otro. Pensé que caería al suelo, derribada; que sentiría un intensísimo dolor y al final llegaría la paz eterna. Pero no sentí nada, salvo un inmenso frío, desconcierto y miedo, un miedo infinito.

Abrí los ojos. Susana cayó desplomada hacia atrás y sus ojos, fuera de sus órbitas, me miraban con excelsa desesperación. A pesar de encontrarse a un paso de la muerte, sus labios aún tuvieron fuerza para espetar:

—¡Zorra asquerosa! ¡Te esperaré en el infierno!

No sentí lástima por ella cuando quedó inerte, tendida en el suelo.

Al levantar la cabeza observé a Mariano, que se encontraba justo detrás de ella. En su mano derecha sostenía el revólver de Marcos. Había vaciado todo el cargador sobre Susana. Sus ojos llorosos denotaban que era la primera vez que se enfrentaba a una situación así. Tanto él como yo éramos conscientes de que gracias a su valentía, su coraje y su sangre fría, habíamos salvado la vida.

Mi pecho se ensanchaba y se contraía de forma espasmódica, como si éste se hubiera convertido en un gran corazón.

—Tranquila, todo ha terminado —me dijo Mariano, mirándome fijamente a los ojos, aliviado.

Pero no todo había acabado, en mi mente había tan sólo una premisa: tenía que ayudar a Marcos. Más tarde ya habría tiempo para los reproches y las aclaraciones. Ahora tenía que pedir una ambulancia, a pesar de las consecuencias que ello podría acarrearlos. Le salvaría la vida, pasara lo que pasara después.

Me acerqué hasta Marcos y comprobé que aún tenía pulso, aunque muy débil.

—¡Tenemos que llamar a una ambulancia! ¡Rápido! —le ordené a Mariano, desesperada—. ¡Vamos Marcos! ¡Tú no me dejes! ¡No me dejes, amor mío! —exclamé, mientras le daba manotazos sobre el rostro, intentando que se despertara.

Me manché de su sangre ardiente, mientras le imploraba al dios que hubiera de guardia que Marcos abriera los ojos. Así volvería a tener una fe que había perdido hacía ya mucho tiempo.

—¡No me dejes, Marcos! ¡Ni se te ocurra dejarme! ¡Por favor, Marcos! —le rogaba, mientras su rostro iba adquiriendo un tono cada vez más grisáceo y macilento.

Escuché de fondo como Mariano pedía una ambulancia a voz en grito. Supe que le estaría siempre agradecida por salvar mi vida y, además, por intentar a la desesperada salvar la de Marcos. Después de todo lo sucedido, que se comportara así era un acto encomiable.

—¡Te amo, Marcos! ¡Vamos, no me dejes! ¡Despierta!

Cuando ya iba a darlo todo por perdido, de repente noté como Marcos pestañeó. Entornó los ojos, pero estaba tan débil que ni tan siquiera podía mantenerlos abiertos. Al menos pude comprobar que estaba vivo, aunque su tez tenía un siniestro color pálido, casi cadavérico.

—¡Santo Dios! —exclamó Mariano, que había regresado a mi espalda.

—¡Oh, Marcos! ¡Estás vivo! ¡Estás vivo! —grité, extasiada de felicidad—
Tranquilo, hay ya una ambulancia en camino.

—Princesa... —bisbiseó, exhausto.

—No digas nada, Marcos. No te muevas. No hagas ningún esfuerzo. Estás muy débil pero pronto te recuperarás.

—No pensaba irme a ningún sitio...

—¡Calla, Marcos! Ya habrá tiempo para hablar más tarde.

Mi corazón se había anudado en mi pecho, tratando en vano de controlar el miedo y la congoja de sentir que tal vez le estuviera perdiendo para siempre.

—Perdóname, princesa... Por todo... Yo te amo.

—Está todo olvidado, vida mía. Yo también te quiero. Además, no te vas a librar de mí tan fácilmente, ¿me oyes? —le dije, tratando de infundirle una tranquilidad que se había anulado por completo dentro de mí.

Las sirenas cortaban la tranquilidad de la noche en aquella zona. Cada vez las podíamos escuchar más y más cercanas. No venía tan sólo una ambulancia para Marcos.

—Les he dicho que había dos heridos de bala. Supongo que habrán dado parte también a la policía —me comentó Mariano, con tono apesadumbrado.

—No te preocupes. Has hecho lo que tenías que hacer y te estaré eternamente agradecida por ello.

—¿Y qué va a pasar ahora? —me preguntó, mientras una glacial penumbra se adueñaba de la estancia, estrangulando hasta mi aliento.

—No lo sé... Ojalá pudiera saberlo —le dije, mirándole fijamente a los ojos, henchidos por la ferocidad del miedo.

Giré de nuevo mi rostro hacia Marcos, que desde el suelo movía los labios, intentando decirme algo. Acerqué la oreja a su boca, pero no pude oír nada. Le miré, desconsolada, temerosa de estar ante un desenlace fatal. ¡Sus ojos comenzaban a cerrarse!

—¡Marcos, no me dejes!

Pero sus ojos se cerraron, mientras yo, rota de dolor, no podía dejar de llorar. Sin él, definitivamente mi vida había terminado. La incertidumbre y el miedo se hicieron tangibles entre nosotros.

« *Es al separarse cuando se siente y se comprende la fuerza con que se ama* » .

Fiodor Dostoievski.

Había pasado más de un año desde la última vez que había visto a Marcos y fue en la sala de un juzgado. Por fortuna, él salvó su vida, pero fue inevitable que diera con sus huesos en prisión. Fue condenado a veintiún años de cárcel, en un módulo de máxima seguridad de la prisión de Foncalent. Tendría que pasar allí entre ocho años y diez años, hasta que le concedieran el tercer grado y pudiera obtener algún tipo de permiso penitenciario.

Mi vida se había vuelto demasiado gris desde el momento en que él fue condenado. Mí día a día era tan sólo un río que me arrastraba a su antojo, sin que yo pudiera intentar nadar a contracorriente. Me convencí de que mis sentimientos hacia Marcos habían cambiado desde nuestra última estancia en Guardamar y que nunca volverían al punto en que estaban antes. Creía firmemente en ello, aunque tal vez sólo me estuviese poniendo una coraza para no sufrir más de lo necesario.

Mi madre había dejado de hablarme desde que salió a la luz la verdad. A pesar de todo, ella me había ayudado en el juicio, consiguiéndome uno de los mejores abogados del país, gracias al cual había logrado salir de la cárcel en régimen de libertad vigilada. Entendí perfectamente que no me volviera a dirigir la palabra desde ese momento y no la culpé por ello. Cualquiera que hubiera estado en su lugar habría hecho lo mismo. La pobre mujer había llegado a celebrar mi propio sepelio con unas cenizas humanas sin identificar, pero que se presuponían mías, que le había facilitado la guardia civil después del accidente de la ambulancia. Temí que el tal Horacio no hubiera saltado a tiempo, o que tal vez en el vehículo hubiera ya un cadáver cuando lo estrelló. Después de todo, no había nada de lo que me pudiera asombrar. Mi vida había sido una montaña rusa plagada de sobresaltos y altibajos en aquellos meses. Pero aquel temerario aunque maravilloso viaje, desafortunadamente había tocado a su fin.

Durante el juicio fui incapaz de declarar en contra de Marcos, a pesar de toda la presión que tuve que soportar, sobre todo por parte del fiscal. Según sus palabras textuales, habría estado « *encantado de enviarme unos cuantos años a prisión* » . Pero gracias a la defensa llevada a cabo por don Rafael Ferrández, mi abogado, y a que no tenía antecedentes penales ni había cometido ningún delito de sangre, además de que no existían pruebas contundentes en mi contra, me declararon no culpable y

pude salir bajo fianza con cargos. Ello conllevaba una férrea vigilancia de cada uno de mis movimientos, a la que me fue muy complicado habituarme.

Los agentes de la condicional me advirtieron que, si era cierto que Marcos y yo tan sólo habíamos sido dos desconocidos que habían mantenido relaciones íntimas sin compromiso en repetidas ocasiones, lo mejor para mí sería que no le visitara en la cárcel. Aunque eso no era asunto suyo, afirmaron que si no les hacía caso y me veían por allí en los horarios de visita, levantaría sospechas y daría lugar a una revisión de mi condena y, por ende, del juicio. Me aseguraron que en mi situación no habría segundas oportunidades.

Tendría que fichar cada quince días en la comisaría de Torrevieja, los días uno y quince de cada mes. No podría salir del país ni cambiar de domicilio habitual. Para mí eso era algo humillante. Por todo lo demás, podría seguir con mi vida normal, aunque yo ni tan siquiera recordaba qué era eso de “vida normal”. La normalidad había brillado por su ausencia en los últimos años.

Mariano se había convertido en mi paño de lágrimas. Él también había sido declarado como no culpable, a pesar de que sus huellas se encontraban en el revólver, porque alegó que había disparado en legítima defensa. Tanto él como yo habíamos sido despedidos del hospital, debido a nuestras reiteradas faltas de trabajo injustificadas y al escándalo que se originó con el caso.

Mariano cada día me llevaba a mi nuevo trabajo como dependienta en una tienda de ropa situada en pleno centro de Torrevieja. Él, por su parte, regresó a su antiguo puesto de peón de limpieza en la empresa de su hermano. Cuidaba de mí, contra todo pronóstico, porque después de lo ocurrido con Marcos pensé que se alejaría de mi vida para siempre. Afortunadamente, me equivoqué.

Día tras día me colmaba de detalles, me agasajaba con regalos, flores y cumplidos y poco a poco me estaba ayudando a pasar una página de mi vida que jamás podría olvidar. Además sentía que tenía derecho a reestructurar mi futuro junto a un buen hombre como Mariano, por el que a la larga podría llegar a sentir algo. De momento, él me quería y yo me dejaba querer, a la espera de que el tiempo pudiera poner las cosas en su lugar y los sentimientos pudieran aflorar. Tal vez estaría una vida entera esperando una primavera para nuestro amor, sin tener la certeza de que algún día llegara a florecer.

Los días transcurrían disfrazados de rutina hasta que un buen día, después de volver de hacer la compra, al abrir el buzón encontré una carta con el sello del Centro Penitenciario de Fontcalent. ¡Era de Marcos! Mi corazón, irracional, volvió a aletear ilusionado.

—Definitivamente eres una imbécil y una blanda, Lucía —me dije en voz alta, al ver que sin remedio estaba cayendo de nuevo en sus redes.

Entré en casa, abrí el sobre con cuidado y saqué dos hojas manuscritas por él, en las que me decía:

« Hola princesa:

Espero que estés bien a la llegada de esta carta. Lamento mucho que al final me cazaran, pero supongo que no te dejé otra opción. Si no hubieras avisado a la ambulancia estaría criando malvas en lugar de en la trena. Me salvaste la vida, princesa, y eso es algo por lo que te estaré siempre agradecido.

El día en el que te conocí en “El Malecón” cambiaste mi vida definitivamente. Sabes bien que no soy muy dado a expresar mis emociones, pero acá en la celda he tenido mucho tiempo para pensar y reflexionar. Pues bien, ese día me hiciste renacer y me salvaste de una vida carente de luz y sentido.

Había algo en ti que te hacía distinta a todas las demás, algo que iba mucho más allá del amor e incluso de la fe y que me siento incapaz de describir con palabras; aunque creo que tú sabes bien de lo que hablo, ¿no es cierto, princesa? Lo nuestro ha sido y es pura química desde el principio, un mundo nuevo y desconocido para mí. Eres lo más hermoso que ha sucedido en mi vida.

Se dijeron muchas cosas durante el juicio y lo más triste de todo es que la inmensa mayoría de ellas eran verdad: asesinato, narcotráfico, altercados violentos, ... Desde que te conozco, princesa, soy un hombre nuevo, pero el peso del pasado es un lastre con el que tendré que cargar el resto de mi vida.

Ahora soy un hombre arrepentido. Lamento con toda mi alma no haberme alejado del camino oscuro cuando aún estaba a tiempo de haberlo hecho y siento haberte inmiscuido también en él, porque tendré que pagar un precio demasiado alto por ello. Ese camino es el que me mantendrá alejado de ti durante casi veinte años y tan sólo le rezo a Dios para que me esperes y no te enamores de otro que te haga olvidarme para siempre.

Tal vez lo veas demasiado precipitado, pero había pensado que, cuando salga de prisión y si tú quieres, podríamos casarnos. Quiero pasar el resto de mis días a tu lado » .

Olí las hojas con la vana esperanza de que conservaran su aroma, su esencia. Me sentí una miserable por haber intentado olvidarle y rehacer mi vida con Mariano, cuando tenía la absoluta certeza de que Marcos era mi gran amor. Ahora él me estaba pidiendo matrimonio, no como me hubiera gustado, pero la respuesta era un rotundo “*Sí, quiero*”. Mil lágrimas ardientes inundaron mi rostro sin previo aviso. No sería nada fácil esperarle, pero por Marcos sería capaz de aguardar una vida entera si hiciera falta.

Le imaginé en su celda entre aquellas frías paredes, con su rostro de dios griego,

pensando en mí, anhelando volver a verme, mientras yo me dejaba engatusar por Mariano. Me sentí un ser repugnante, sucio y lleno de cobardía.

Respiré hondo, mordí mis lágrimas y seguí leyendo la carta:

« Ningún día de visita has venido a verme. No te culpo por ello. Tal vez necesites algo más de tiempo para poner las cosas en su lugar, o quizás aún no me hayas perdonado... Tan sólo quiero recordarte que son los sábados y domingos, de once a una del mediodía y que me encantaría ver tu rostro angelical de nuevo, aunque fuera desde detrás del cristal; Me reconfortaría tanto, princesa! » .

Ese reproche había hecho que algo dentro de mí se rompiera. Tenía que llegar hasta él sin que me reconocieran y darle algún tipo de explicación o, al menos, mostrarle mi apoyo.

« Verás princesa, por último tengo un pequeño favor que pedirte. Te había comprado un regalo, pero ahora como yo no puedo entregártelo en persona, tendrás que ir tú misma a buscarlo. Tal vez no quieras saber nada más de mí, pero si en algún momento has sentido algo por este desgraciado que te ha destrozado la vida, me tienes que escuchar y aceptar mi petición. Se trata de un regalo muy, muy especial... Tan sólo tienes que ir al piso de Guardamar y mirar en el tercer cajón de mi mesita de noche. Allí hay una caja con un detalle para ti.

Para que puedas entrar, te diré que hay un juego de llaves del piso escondido dentro del macetero de la puerta. Sé que no es algo muy seguro, pero después de perderlas por quinta vez, me pareció una solución efectiva. Ya sabes que el orden no es la mayor de mis virtudes, princesa.

Y ya poco más, tan sólo me queda decirte que espero que me perdones por todo el dolor que te he causado, ya que tras estos fríos barrotes, eres tú quien da sentido a mi oscura vida.

Tuyo siempre,

Marcos » .

Me quedé helada. Una mezcla de rabia, de dolor y del más profundo deseo de él se adueñó de lo más hondo de mi ser, invadiendo hasta mis entrañas. Agradecí que aquel día Mariano se hubiese quedado a jugar un partido de fútbol con sus compañeros del trabajo y no me hubiera acompañado hasta casa. Después de leer la carta, necesitaba estar sola y reflexionar sin presiones externas.

Recordé el maremágnum de incertidumbres e indecisiones que se adueñó de mí tras conocer que Marcos se había recuperado del disparo y que pasaría de inmediato a disposición judicial. Aquellos días, yo acababa de salir de prisión preventiva, acusada de encubrimiento. Supongo que aún dolía demasiado el recuerdo de lo que

había sucedido en nuestra última estancia en el piso de Guardamar, así que decidí tomarme un tiempo para poner en orden mis desórdenes emocionales. Dicen que del amor al odio hay un paso y en aquellos momentos tenía un pie sobre cada sentimiento, por lo que necesitaba escapar de aquella suprema contradicción.

Después, tras salir el juicio por mi inculpación en el caso, me entró el pánico. Mi abogado me aconsejó que a pesar de lo que hubiera pasado entre Marcos y yo, lo mejor era que no le volviera a ver. Tenía que alejarme de él de forma definitiva, porque esa era mi única opción para esquivar la cárcel.

Pero ahora, la marea había subido de nuevo y había llevado hasta mí aquella carta sin necesidad de botella, tras el naufragio del que era el gran amor de mi vida. Cada palabra suya hacía que mi interior sangrara, pero también provocaba que le amara con locura. « *Eres tú lo que das sentido a mi oscura vida* », había puesto de su puño y letra en la carta. Sus palabras habían despertado en mí unos sentimientos que creía muertos, pero que tan sólo estaban dormidos. Además, ¡quería casarse conmigo! Mi corazón tal vez era demasiado temerario, pero después de leer la carta latía impetuoso, más enamorado que nunca.

Y por quien más lo sentía era por Mariano. Él no me había dejado ni a sol ni a sombra y tal vez yo había creado en él unas expectativas que jamás podría cumplir. Me sentía mezquina y rastrera por ello, pero peor sería continuar con una historia que sabía que era una farsa. Me había inventado unos sentimientos hacia él que no existían, ni nunca llegaría a tener, con el vano pretexto de pasar una página que estaba grabada a fuego lento sobre mi piel, en la que Marcos era el único protagonista. Mariano no se merecía que le hiciera sufrir, pero mi corazón mandaba y no me dejaba otra opción que ir de nuevo hacia Marcos, fuera como fuera. Le debía una explicación a Mariano, pero eso sería en otro momento. Ahora tenía algo mucho más importante que hacer: debía ir a Guardamar.

« *¿Será un anillo?* », me preguntaba con entusiasmo, mientras me acicalaba con premura frente al espejo. « *¡Eres una boba, Lucía! Esas cosas pasan sólo en las películas* », me recliné, aunque también era cierto que nuestra historia superaba con creces cualquier ficción cinematográfica.

Sin pensármelo dos veces, cogí el bolso y las llaves y salí directa hacia la parada de taxis. Tenía que ir a Guardamar, tenía que volver a ver a Marcos a toda costa, a pesar de que destrozaría el corazón de Mariano. En mi destino tan sólo había un nombre y ese era el de Marcos, aunque no podía creer que me dirigiera de nuevo hacia mi dulce abismo.

29

« *Aprendí que no se puede dar marcha atrás, que la esencia de la vida es ir hacia adelante. En realidad, la vida es una calle de sentido único* » .
Agatha Christie.

Al taxista no le di la dirección exacta para no dejar ninguna pista o rastro alguno acerca de mi paradero o de mis intenciones. Le iba dirigiendo tramo a tramo, indicándole por dónde debía girar, por dónde debía continuar, hasta que al final le hice detenerse a un par de calles del apartamento de Marcos. Simulando una tranquilidad que brillaba por su ausencia, me bajé del coche y me encaminé hacia el bloque de apartamentos, aparentando que hacía *footing*. En tan sólo unos minutos llegué hasta la entrada y, al traspasar una pequeña verja, me fijé en un helecho incrustado en un gran macetero.

Por culpa de mis nervios traicioneros, mi cuerpo sudaba a chorros a pesar del frío que hacía. Recé para que no me viera nadie excavando en el tiesto, porque no habría excusa posible si me pillaban *in fraganti* buscando las llaves. Afortunadamente, sólo tuve que apartar un poco de tierra del macetero para encontrarlas. Estaba a tan sólo un paso de llegar a mi objetivo final: el apartamento de Marcos.

Aceleré el paso hasta las escaleras, deseando no cruzarme con ningún vecino, ya que no quería levantar sospechas. Subí por la escalera con sumo sigilo, pero con toda la rapidez que pude, porque sobre la puerta del ascensor había un letrero que anunciaba que estaba averiado. Un perro ladró al notar mis pasos en la primera planta, dándome un susto de muerte.

Por culpa de mi falta de forma física después de tantas estancias en el hospital, mi respiración me jugó una mala pasada y una incipiente fatiga irrumpió en mi pecho sin avisar. Decidí detenerme para retomar el aliento, ya que mis jadeos eran audibles a varios metros de distancia. « *También es mala suerte que hasta el ascensor me lo encuentre averiado, joder* », me lamenté. A pesar de que me faltaba la respiración, decidí continuar subiendo hasta el tercer piso, ya que no tenía tiempo que perder.

Cuando llegué hasta el umbral del apartamento, la puerta estaba entreabierta. Temí que alguien se encontrara en el interior del piso y me descubriera, ya que eso sería el principio de mi propio fin: si se trataba de la policía, no habría ningún tipo de explicación o excusa medianamente creíble acerca de por qué estaba allí; y si era algún enemigo de Marcos, no tendría escapatoria. A pesar de ello, decidí entrar con

cautela para echar un vistazo.

La casa se encontraba revuelta por completo. « *Tal vez han entrado a robar... O quizás haya estado investigando la policía* », pensé. Temí que el esperado regalo de Marcos hubiera desaparecido o se encontrara ya en dependencias judiciales y me quedara sin saber lo que tenía preparado para mí, aunque no pensaba rendirme tan fácilmente.

Con gran cuidado para no dejar rastro de mi presencia en la casa, fui hasta la habitación. Cuando abrí la puerta tuve la sensación de que un tsunami había arrasado con todo. Un gran cúmulo de ropa y objetos personales se amontonaban de mala manera sobre la cama. Me esperaba una ardua tarea para encontrar lo que había venido a buscar, en el supuesto de que aún se encontrara allí. Iba a ser como buscar una aguja en un pajar.

Miré en el tercer cajón de la mesita, pero se encontraba totalmente vacío. Pensé que tal vez estuviera entremezclado con la ropa. Revisé prenda por prenda, objeto por objeto y allí sólo había pantalones, camisas, algunos bolígrafos, mecheros y *tickets* de la compra desgastados, además de un cartón de tabaco de una conocida marca de cigarrillos. Pero de lo que Marcos me había hablado, no había ni rastro.

Enfadada, empujé a la vez los tres cajones de la mesita de una patada y comprobé que el último se quedaba desencajado, como si hubiese algún obstáculo que lo hiciera quedarse más hacia afuera, no alineado con los otros dos. Una débil luz de esperanza se abrió ante mí. Tal vez allí estuviera lo que había ido a buscar.

Extraje por completo el cajón y justo en su parte trasera había un pequeño paquete pegado, envuelto en un viejo papel de periódico. Dentro contenía un pequeño bloc.

—¿Qué coño es esto? —me pregunté, turbada.

En un primer momento sentí cierta decepción al comprobar que no era un anillo, pero estaba claro que no era el momento ni el lugar. Seguro que cuando las cosas mejoraran, habría tiempo para una petición de matrimonio más romántica.

Al hojear la libretita, comprobé que en una de las páginas había algo escrito. Me sorprendió que la letra no fuera de Marcos. Decía así:

« Princesa, una vez más te espero en nuestro punto de huida, en el mismo día en que tus ojos y los míos se cruzaron por primera vez. Deseo que perdones a este loco que no hace otra cosa que pensar en ti. Si no vas, lo entenderé, no te culparé por ello; pero sin ti, sé que moriré por dentro.

P.D.: Orden de Marcos a través de Horacio, para Princesa.

Tengo entendido que pronto le van a trasladar a la cárcel de Picassent...

¡Buena suerte chicos! » .

En cierto modo, me alivió saber que Horacio había salido con vida del accidente simulado de la ambulancia. Después de todo, él había luchado por salvarnos y se merecía salir indemne de aquella macabra pantomima.

Un creciente nerviosismo se adueñó de mí. Marcos se había vuelto loco por completo, aunque en realidad creo que lo estuvo desde un primer momento. ¡Pensaba escaparse de la cárcel! Tal vez incluso ya lo hubiera hecho. Además, me pedía que fuera hasta Valencia para reunirme con él, justo el mismo día en que nos habíamos conocido en “El Malecón” hacía dos años. Eso fue un dos de febrero, ¡y estábamos a primer día de mes! ¿Cómo era posible que lo tuviera todo tan planeado, incluso desde prisión? Estaba claro que tenía una inquietante manera de estar en todas partes.

Ante mí la vida se bifurcaba en dos senderos bien determinados. Uno me conducía a una vida sin Marcos, tal vez más estable, junto a Mariano, el cual me había demostrado con creces que me amaba de forma sincera y profunda; pero mi día a día estaría tizado de una aparente y gris normalidad. El otro camino me conduciría de nuevo hacia Marcos, el hombre al que amaba de verdad y por el que había estado dispuesta a dar la vida. Estaría lejos de todo y de todos, pero estaría a su lado.

Tendría que tomar una determinación de manera inmediata. No tenía tiempo que perder. Un nudo de indecisiones se interpuso en mi garganta. ¿Qué hacer? ¿Correr a sus brazos o perderle para siempre?

Me sentía como una minúscula barca en mitad de un tempestuoso océano de miedos e incertidumbres. Hasta quereleí la nota « ... *pero sin ti, sé que moriré por dentro* ». Aquello despertó un cúmulo de emociones en mi interior que diluía por completo mi desazón. Una tímida sonrisa se dibujó en mis labios, haciéndome saber que la decisión ya estaba tomada. Quizás lo había estado desde el mismo momento en que había abandonado mi apartamento de Torrevieja sin pensármelo dos veces. Había escuchado a mi corazón y éste había dictaminado su sentencia: iría a Valencia. Amaba a Marcos por encima del bien y del mal, más allá de mi propio yo y por encima de todas las cosas.

Hablaría con él y juntos volveríamos a empezar de cero. El sol de nuevo volvería a salir en mi vida.

—Todo saldrá bien —me dije en voz alta, tratando de infundirme el valor y la confianza necesarios para seguir hacia adelante.

Agarré con fuerza las llaves, saqué la cartera del bolso y salí escaleras abajo. Al llegar a la acera, un fuerte golpe de viento azotó mi rostro. ¿Sería un mal presagio? Tal vez, pero tenía que comprobarlo por mí misma.

Mi corazón aleteaba de nuevo enamorado y éste había tomado las riendas de mi vida. Nada me achantaría en conseguir mi propósito. Tal vez era una locura pero el amor, al fin y al cabo, también lo era. Huiría a su lado y tenía la absoluta certeza de

que esta vez sería para siempre.

« Si enciendes una luz para alguien,
también iluminará tu camino » .

Buda.

En Guardamar alquilé un coche, un turismo muy similar al que tenía antes de que la explosión lo dejara siniestro total. Sin pensármelo dos veces, inicié mi viaje hacia Valencia.

Tras cerca de tres horas de trayecto y tras confundirme de carril un par de veces en la maraña de vías que se abrían ante mí justo a la entrada de la ciudad, llegué a la calle Hermanos Maristas, donde recordaba que Marcos tenía el apartamento.

Creí haber perdido totalmente la razón al encontrarme otra vez en aquel lugar: las mismas calles, el parque, los bares y terrazas de la zona... Pero él no estaba a mi lado y todo era mucho más gris. Había llegado hasta allí persiguiendo un hermoso sueño, el cual temía que, tarde o temprano, se convertiría de nuevo en pesadilla. « *¿Y si es una trampa?* » , « *me estoy metiendo en un lío de los gordos* » , me gritaba mi conciencia hasta que, al final, la mandé callar. Desde que conocí a Marcos, en todas las lides que mantenían mi corazón y mi razón, ésta última solía tener todas las de perder. Además estaba fuera de Torre vieja, fuera de la férrea supervisión policial a la que estaba sometida, y eso podría acarrearle serias complicaciones si me descubrían. Pero mi corazón me arrojaba hacia él, como la marea arroja las olas contra las rocas una y otra vez, mientras yo no podía ni quería hacer nada por evitarlo.

Una cosa estaba clara: tenía que volver a verle, fuera como fuese. Además, él también estaba locamente enamorado de mí, de eso no me cabía la menor duda. Se escaparía de prisión sólo por estar a mi lado, y eso a todas luces era una prueba fehaciente de la autenticidad de sus sentimientos, concluí. Pero aún sangraba la herida de lo ocurrido la última vez que habíamos estado en su apartamento de Guardamar.

Pensaba en todo ello mientras daba vueltas con el coche, desesperada por encontrar un aparcamiento. Iba tan abstraída que en uno de los cruces salí sin mirar y al coche que venía de frente le tocó frenar *in extremis*. Por fortuna, el incidente no pasó a mayores y ambos seguimos por nuestros respectivos caminos.

A la enésima vez que pasaba por la misma calle, logré al fin estacionar el coche. Pero cuando apagué el motor tuve un mal presentimiento, una absoluta certeza de que me estaba equivocando. Tal vez él no lograra llegar hasta a mí, o quizás todo fuera una emboscada para qué se yo. Lo mejor sería que adoptara una actitud más positiva, porque así no llegaría a buen puerto, concluí. Necesitaba infundirme todo el valor y el

arrojo que me fuera posible para seguir hacia adelante.

De repente me di cuenta de que había cometido un error importante. Ya no tenía las llaves del apartamento de Valencia y no tenía ni idea de cómo podría acceder a la vivienda. Además, debería ser muy cauta para no ser descubierta bajo ningún concepto. Supuse que no sería tan fácil como tocar al timbre, que Marcos estuviera dentro del piso y me abriera la puerta, como si nada hubiese ocurrido. Asimismo, era muy probable que aquel apartamento estuviera ocupado por unos nuevos inquilinos.

Levanté el cuello de mi abrigo porque la temperatura en Valencia era más baja que en Torrevieja. Un panel luminoso, en la farmacia de la calle principal, anunciaba que allí tan sólo había cuatro grados de temperatura. Al haber sido una decisión tan repentina, no me había preparado para el frío y tan sólo llevaba un jersey de entretiempo y un fular.

« *¿Y si le han cogido? ¿Y si no viene? ¿Y si nunca más le vuelvo a ver?* », me atormentaba, mientras esperaba en la cafetería que había al lado del apartamento. Tenía la vana esperanza de que tal vez, mientras reponía fuerzas, le vería aparecer. Me tomé un cortado y un cruasán en la barra, mientras pensaba cuál sería el siguiente paso a dar, en el más que probable caso de que Marcos no apareciera. El camarero, al verme tan angustiada, me preguntó si me encontraba bien. Asentí sobresaltada al comprobar que mi desazón era evidente. Pagué la cuenta y, llena de un gélido desasosiego, salí de nuevo a la calle.

Para colmo de males, una fina lluvia comenzó a derramarse sobre las aceras. Me refugié en el portal, justo en el mismo lugar donde tiempo atrás Walter me había golpeado y secuestrado. Una tormenta de recuerdos acució mi mente: aquella habitación, aquella cama, las dolorosas correas... Demasiados miedos y fantasmas me golpearon sin previo aviso. Mi respiración comenzó a fallar y me senté en un escalón del portal. Me sentía mareada y mi cuerpo temblaba de puro pánico por las imágenes que me martilleaban nada más irrumpir en mi cabeza. Me encontraba en pleno brote de ansiedad cuando una señora pasó junto a mí, acelerando su paso hacia el interior del bloque de viviendas. Supongo que me tomó por una drogadicta en plena crisis de abstinencia. No la culpé por ello. Mi cuerpo tembloroso, preso del pánico, era lo que daba a entender a simple vista.

Respiré hondo y me convencí de que no pasaba nada. No había nada que temer porque los recuerdos pertenecían al pasado. Tenía que dominar mi mente, y no al revés. Transcurridos varios minutos pude recobrar la compostura. Estuve esperándole allí durante varias horas, muerta de frío, mientras la ilusión era una vela que se consumía con el paso lento del tiempo. Finalmente asumí que no vendría y que lo mejor era que regresara a casa, a Torrevieja, antes de que mis problemas fueran a más. Hundida y desmoralizada, me di por vencida y emprendí el camino de vuelta al

coche.

Cuando esperaba para cruzar una calle, un desaprensivo aceleró al pasar sobre el enorme charco que había en la calzada, justo delante de mí. No pude evitar que me calase entera. Quise gritarle, pero rompí a llorar fruto de la impresión que me dio el agua helada. Tal vez pillara una pulmonía, aunque sabía que aquel sería el menor de todos mis males. Nada me importaba ya. Había perdido para siempre al gran amor de mi vida, y posiblemente nunca más le volvería a ver. Pero antes de que el semáforo cambiara a verde, escuché una melodiosa voz a mi espalda que me decía:

—Feliz aniversario, princesa.

¡Era él y había venido a por mí! Varias lágrimas furtivas se arrojaron por mis mejillas y aunque respiré aliviada al tenerle de nuevo junto a mí, mi corazón palpitaba con furia, lleno de nerviosismo. Me giré y me arrojé a sus brazos, mientras él se aferró a mis labios con fiereza. Su boca, al sellar la mía, fue la pieza definitiva para que en el puzle de mi vida todo encajara a la perfección. Marcos era mi motor, mi aliento, y a su lado volví a renacer, tal y como sucedió la primera vez que le vi.

—Sabía que vendrías —comentó con entusiasmo. En su mano portaba una pequeña cajita a la que, de inicio, no le di la menor importancia.

Me apartó de él y me miró fijamente. Mordió su labio inferior, ávido en deseo aunque esperando tal vez alguna mala reacción por mi parte. En cambio mi mente, algo traidora, estaba conmocionada y trataba de asumir que al fin le volvía a tener frente a mí.

—¿Estás, estás...? ¡Oh, Dios mío, Marcos! —No me salían las palabras por culpa de la congoja.

Me arrojé de nuevo a sus brazos, necesitaba sentirle, notarle piel con piel, aunque para pasar desapercibidos lo mejor sería que nos fuéramos a un sitio más discreto. Al fin y al cabo, otra vez éramos dos fugitivos.

Apenas si podía reconocerle porque estaba muy demacrado. Había perdido mucho peso y su piel estaba áspera y descuidada. Sus ojos lastimeros me miraban desde la profundidad de su rostro. Llevaba una barba incipiente de varios días pero, a pesar de su aspecto deteriorado, estaba segura de que no había nadie más hermoso en todo el mundo.

No podía evitar sentir pena por él. Sus ojos me miraban cansados y oscuros, como si después de lo vivido esperara una mala noticia o cierta hostilidad por mi parte. Tuve ganas de romper a llorar, pero mordí mis lágrimas. No era el momento de venirme abajo.

—¿Tan feo estoy? Espero no haberte dejado de gustar, princesa. Esto con una buena ducha y un buen afeitado, se soluciona —me respondió pusilánime y pintó para mí la más bella de las sonrisas.

Por un instante me deleité en su rostro. Estaba algo hastiado y su pelo estaba remolinado en la parte de atrás, pero cuando su mirada se aunó con la mía, supe que podría pasar allí una vida entera, perdida en la infinitud de su brillo áureo. Le devolví la sonrisa y me sentí como una acróbata que camina sobre un alambre sin red y mira desafiante al vacío. En ese momento supe que él era el principio y fin de mi universo.

—¡Marcos, mi vida! Te amo —logré decirle, con el corazón en un puño.

El tiempo de nuevo se detuvo para nosotros. Mis labios y los suyos se fundieron en uno. Me emborraché de su sabor, de su dulzura, de su ternura. Marcos era todo lo que necesitaba para seguir adelante. Tal vez nunca podría llevar una vida normal a su lado, pero sabía que ésta no tendría sentido si él no estaba cerca. Sorprendentemente, la lluvia había parado y un brillante sol emergía entre las nubes. La realidad y el tiempo al fin eran nuestros aliados, y esta vez para siempre.

—Y yo, princesa. ¡Quédate a mi lado! —me suplicó, ofreciéndome la cajita que llevaba como regalo.

Fui incapaz de asumir lo que podría ser. Simplemente la abrí y *voilà*... ¡Era una alianza! ¡Me estaba pidiendo matrimonio! Fue el momento más extraordinario de mi vida. El mundo entero enmudeció para nosotros. Tan sólo estábamos él y yo, frente a frente, con una vida por delante, que siempre nos sonreiría si su rostro era lo primero que veía en cada amanecer. La respuesta estaba clara y era un rotundo sí.

—No hay nada que desee más —le respondí, pletórica.

Era tan hermoso tenerle cerca que ya no importaba cuándo ni cómo. Él era mi eterna razón de vivir y sabía que estando a su lado no habría obstáculo que me pudiera vencer. Pero antes de entregarme a él, le aclararía unas cuantas cosas. Así que, armándome de valor, me separé de Marcos y mirándole a los ojos le dije:

—Mira, no quiero que te separes nunca más de mí. Te amo más que a nadie en este mundo y creo en ti, más allá de lo que pueda estar bien o mal. Pero te juro que no voy a consentir nada como lo que me hiciste la última vez que estuvimos juntos en Guardamar, ni tampoco quiero que te vuelvas a alejar de mí bajo ningún concepto.

Mis piernas eran frágiles, temblorosas, pero saqué fuerzas de flaqueza y continué diciéndole con firmeza:

—Me juego mucho apostando por ti y quiero que tú también lo hagas por mí de la misma manera, de una vez por todas y para siempre.

—No te arrepentirás, princesa. Te amo con locura desde que te cruzaste en mi camino. Jamás volveré a hacer nada que te hiera, te lo prometo. No te volveré a fallar. Nunca más me alejaré de ti. Sabes que te adoro, princesa —me contestó, emocionado y con una intensidad que me erizaba la piel.

Mi mundo, después de escucharle, abandonó el blanco y negro en el que estaba sumido y volvió a teñirse de vivos colores.

— ¿De verdad me amas así, Marcos?

Tal vez intuía cuál podría ser la respuesta, pero necesitaba escuchárselo decir de sus labios. Él guardó silencio y mil lágrimas inundaron su rostro. Finalmente, mis nervios también se rompieron y estallé en un amargo llanto. Él secó su rostro con torpeza y levantó el mío y, bajo la mirada más encantadora que jamás me había regalado, musitó:

—Te respiro...

Mi cuerpo se estremeció al escuchar sus palabras y supe que no le había olvidado ni un ápice y tuve claro que nunca le dejaría de amar.

—Y yo a ti, amor mío —Y mis palabras, al fin sonaron a plenitud y a eternidad.

Nos encaminamos hacia el coche sabiendo que tendríamos que empezar desde cero en cualquier otro lugar. El destino se dibujaba arduo y complicado ante nosotros, pero mi corazón y el suyo latirían por siempre bajo un mismo compás. Tenía la plena certeza de que en el juego del amor había jugado la partida definitiva, en la cual yo había ganado el mayor de los premios: un trepidante y maravilloso futuro junto a Marcos, en el que nada ni nadie volvería a separarnos.

Agradecimientos

Al equipo de Red Apple Ediciones por haber confiado en mí y hacer realidad este sueño llamado “Te respiro”.

A mi madre, por inculcarme su pasión por la literatura y estar siempre presente en cada paso que doy, aunque no como a mí me gustaría.

A Jose, mi marido, por apoyarme en todo momento y por ser la razón y el motor de mi vida. Gracias por hacerme la mujer más feliz del mundo.

A Masangar y a eMe, por ser sencillamente maravillosas. Os quiero, soletes.

A mi familia y amigos, por ser una parte indispensable de este sueño y por ser el impulso necesario en el camino. Gracias infinitas por estar siempre ahí.

A mis lectoras y lectores, porque sin vosotros nada de esto tendría sentido. Os quiero, gente linda.